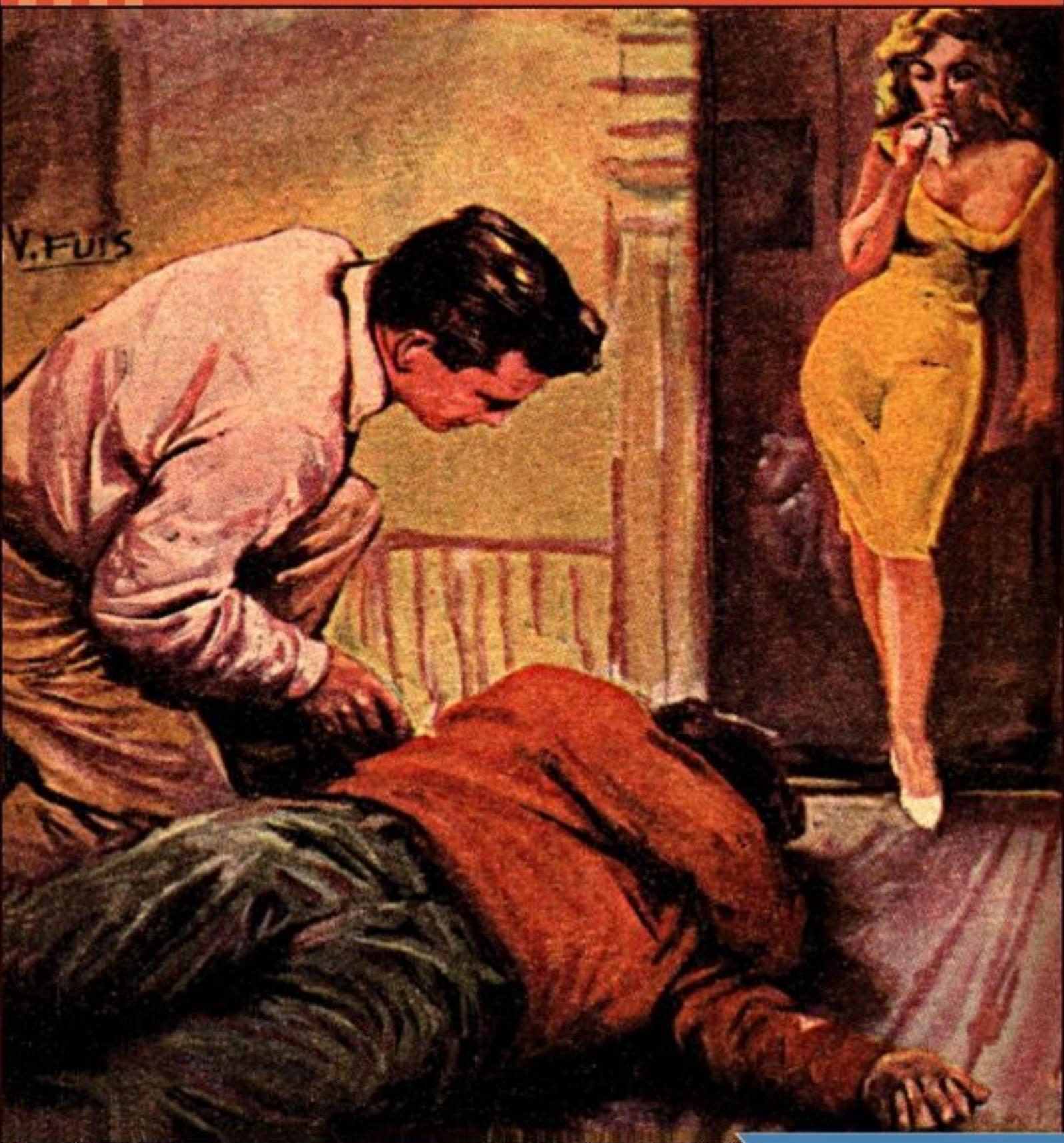


CARTER DICKSON
ADVERTENCIA AL LECTOR



*El pensamiento humano
¿puede ser un arma?*

Lectulandia



¡Usted ha leído muchas novelas policiales! No ha leído ninguna en la que el arma asesina pueda haber sido el pensamiento humano Carter Dickson, el renombrado escritor inglés, resume en esta extraordinaria novela una tesis que lo asombrará.

¿Cómo y quién mató a Sam Constable?

Lectulandia

Carter Dickson

Advertencia al lector

Henry Merrivale - 9

ePub r1.0

Titivillus 21.05.2018

Título original: *The Reader is Warned*

Carter Dickson, 1939

Traducción: Jorge A. Bronenberg

Editor digital: Titivillus

Portada: V. Fuis

Retoque de portada: Preigad

ePub base r1.2

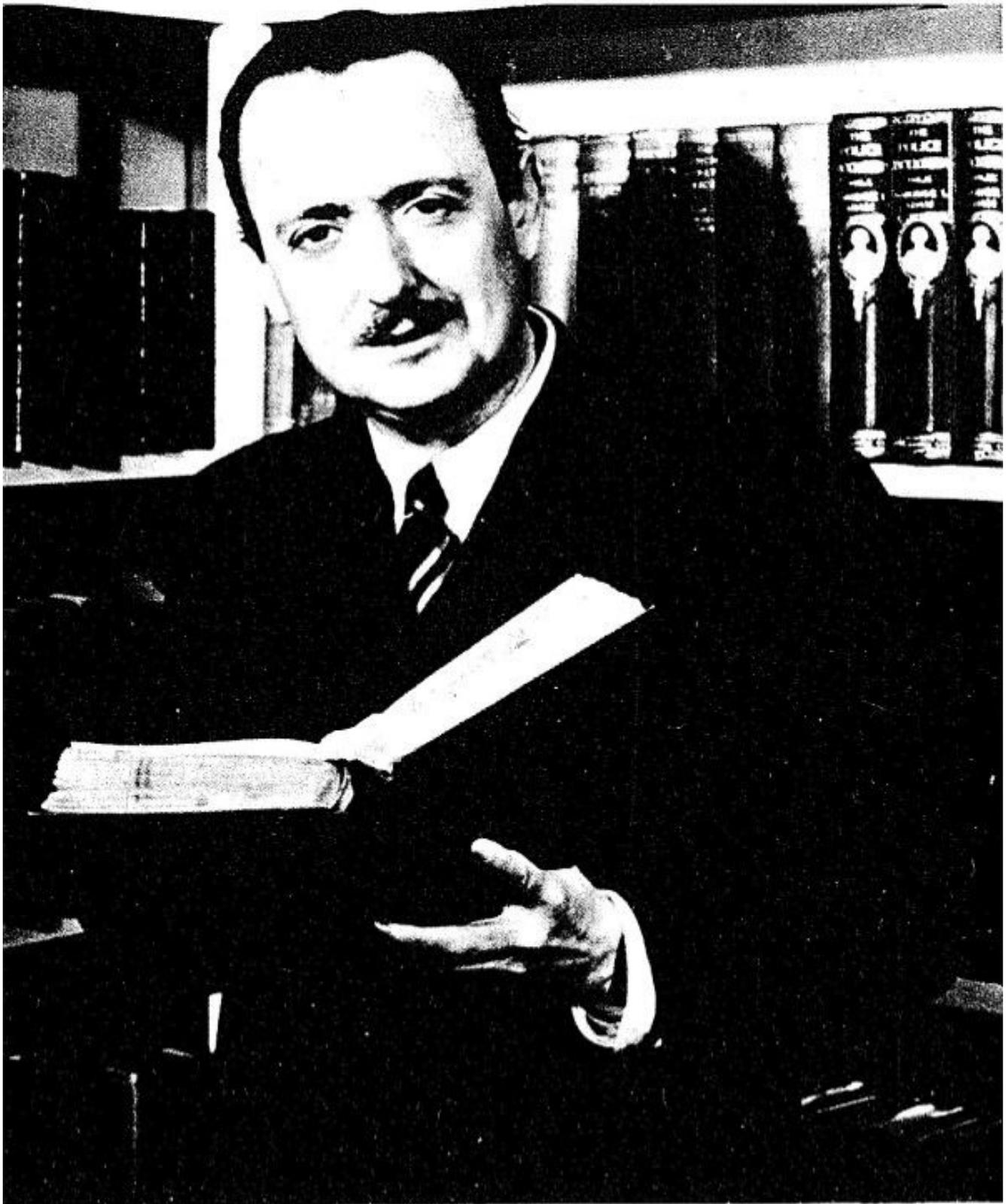
más libros en lectulandia.com

Carter Dickson



the reader
is warned

A Sir Henry Merrivale Golden Age Classic



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Ártagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una

obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.

Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol con su abuela materna.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

* * *

En este volumen de Novelas escogidas de Carter Dickson^[1], presentamos cinco de sus novelas características, que son: Con guantes de acero, Sangre en el espejo de la reina, Los crímenes de la viuda roja, Los crímenes del unicornio y La Policía está invitada.

SALVADOR BORDOY LUQUE

A
J. B. Priestley

Parte I

CREPÚSCULO

Concerniente a una profecía formulada y cumplida.

CARTA DE MR. LAWRENCE CHASE AL DOCTOR JOHN SANDERS

81, Soane Street.
Lincoln's Inn Fields,
26 de abril de 1938

Mi estimado Sanders:

¿Qué hará usted este fin de semana? Cualquiera sea su plan espero poder persuadirlo para que lo abandone. Nos agradecería muchísimo tenerlo con nosotros en Fourways. ¿Podría usted arreglárselas para traer también a sir Henry Merrivale?

Fourways, como usted probablemente sabrá, es la casa de Sam y Mina. Constable. Sam es una especie de pariente lejano mío, y en cuanto a Mina ya debe de haber oído hablar de ella. Ellos me piden que extienda su más cordial invitación a ustedes dos. El motivo es éste: Mina ha encontrado un adivinador del pensamiento.

Le doy mi solemne palabra de honor de que no se trata de una burla o una broma. Y no permita que su espíritu científico se escandalice. El sujeto no es un número de variedades; en cierto modo es un estudioso. No creo que sea un farsante; por lo menos, y hasta donde mi escasa inteligencia alcanza, no veo cómo puede ser un farsante. Es un individuo modesto, nada bambollero, pero parece ser que realmente puede leer el pensamiento en tal forma que le hará parar los pelos de punta. Sostiene una cierta teoría según la cual el pensamiento es una fuerza física que podría usarse como arma.

Seremos un grupo muy pequeño: solamente Sam y Mina, nuestro amigo el adivinador del pensamiento, cuyo nombre es Pennik, Hilary Keen y yo. Hilary Keen es una nueva chica, gran amiga mía (así que nada de bromas con ella, ¿eh?).

Bueno. ¿He conseguido intrigarlo o no? Comenzaremos este fin de semana, el viernes 29. Hay un tren conveniente a las 5.20, de Charing Cross a Camberdene. Un coche lo esperará en la estación. Si usted acepta, mándeme unas líneas. Suyo,

LAWRENCE CHASE

P. S. ¿Sigue todavía la dama de sus sueños, Marcia Blystone, en ese viaje con sus padres alrededor del mundo? He oído que algo no anda bien; espero que no sea nada serio.

CARTA DEL DR. JOHN SANDERS A MR. LAWRENCE CHASE

Harris Institute,
Bloomsbury St., W. C. I.,
27 de abril de 1938

Mi estimado Chase:

Encantado de unirme a ustedes el viernes; pero me temo que sea imposible para H. M. estar con nosotros. Tiene que ir al Norte por un asunto oficial; pero está fuertemente intrigado por lo de su adivinador del pensamiento y promete volver y llegar hasta allí el domingo, siempre que no sea demasiado tarde.

Si bien reservo mi propia opinión basta que haya oído la evidencia, debo decirle que si usted lo ha descrito correctamente, ese adivinador del pensamiento aparenta ser un charlatán científico.

Muchas gracias a Mr. y Mrs. Constable. Tomaré el tren de las 5.20, en Charing Cross. Suyo,

JOHN SANDERS

P. S. No entiendo su párrafo “nada de bromas, etc.” ni tampoco lo de que “algo no anda bien”. Sí, Marcia sigue navegando. Su última carta era de Honolulu; de allí han continuado a Jamaica. Estarán de regreso para junio.

CAPÍTULO 1

En la tarde del viernes 29 de abril el Dr. John Sanders viajaba hacia Surrey en el tren que le habían recomendado.

No tenía la menor idea de que estaba en vísperas del caso criminal que pondría a los abogados los pelos tan grises como sus pelucas, y que alteraría todos los precedentes de la ley y la medicina. Empero, Sanders no se sentía tranquilo. Ni siquiera la brillante tarde primaveral, con un viento suave y un cielo claro y resplandeciente, podía seducirlo. El tren que le recomendaran estaba de tal modo repleto que no le era posible sacar cierta carta del bolsillo para estudiarla nuevamente, como quien estudia un espécimen bajo el microscopio.

Desde luego no tenía motivos para intranquilizarse. Marcia Blystone, aunque se encontrase a diez mil kilómetros de distancia, en Honolulu, era su prometida. Su larga excursión en barco a través del mundo había sido necesaria a raíz de un pequeño escándalo producido alrededor de su padre, como consecuencia del caso criminal Haye. En el principio ella no había tenido muchos deseos de partir, aunque Sanders no podía reprocharle que luego se sintiera encantada ante la perspectiva y escribía frecuentemente; sus cartas, estaban llenas de comentarios, si bien le parecía que a veces eran un poco demasiado animadas. Él hubiera preferido algo más sentimental o más bien apasionado, como cuando desde Grecia —al pasar por un momento de sentimentalismo— le envió una carta que lo hizo caminar, durante días, como flotando en una nube.

Pero eso no ocurría a menudo, y lo que comenzaba a carcomerle el ánimo era la constante repetición en esas cartas del nombre de Kessler. La primera referencia fue fortuita. “Los pasajeros en conjunto son detestables, pero hemos encontrado un hombre bastante bien; Kessler, creo que es su nombre”. Luego: “Mr. Kessler ha hecho este mismo viaje cuatro veces y es una gran ayuda para nosotros”. Y después: “Debieras haber escuchado la descripción que hizo Gerald Kessler de sus experiencias con un camello en el desierto de Gobi”. ¡Al diablo con el Gobi y el fanfarrón que hasta allí se había largado! Más tarde aquello se convirtió en: “Gerald Kessler nos decía” y, finalmente, en: “Jerry dice”.

Sanders podría haber trazado el curso de aquella amistad a través de todos los mares, tan claramente como el oficial de un barco pincha las banderitas en un mapa para mostrar la distancia recorrida entre uno y otro puerto. Kessler había empezado a obsesionarle. Sus rasgos seguían siendo vagos, a pesar de una instantánea de él, junto a Marcia, tomada en Yokohama, que lo mostraba alto, muy a sus anchas en unos pantalones de franela blanca y con una pipa en la boca. Sanders no podía dejar de

reconocer que aquel Kessler tenía grandes atractivos. Esos relatos de aguas cálidas, faroles pintados y almendros en flor —bajo cuya sombra las cosas parecían más amplias— llegaban a Inglaterra justo en los fríos días que median entre diciembre y marzo. Sanders —mientras examinaba las vísceras de un cadáver para el patólogo del Ministerio del Interior— se sentía por momentos terriblemente deprimido. ¡Ese Kessler de rasgos imprecisos!... Ahora estaban en Honolulu. Los conocimientos de Sanders acerca de Honolulu eran vagos; más que nada se referían a ukeleles y a gentes que se echaban unos a otros guirnalda de flores al cuello. Pero si podía imaginar el efecto siniestro que provocaría sobre, una muchacha como Marcia Blystone.

¡Kessler, Kessler, Kessler! ¿O qué habría de aquel otro individuo, ese que ella escasamente mencionaba? ¿No sería acaso Kessler una cortina para ocultar al otro?

Luego había veces que se preguntaba a sí mismo si no estaría perdiendo su interés por Marcia. La llegada de una carta no siempre le producía los síntomas acostumbrados. Había veces, cuando leía las descripciones alegres y sofisticadas de Marcia, que casi caía en la tentación de decir tristemente: “Luz de mi vida, abandóname”. Su conciencia lo señalaba con su dedo acusador por tales pensamientos, pero ello no lo conmovía.

Tal era, pues, su estado de ánimo cuando se puso en camino a Fourways, la casa de campo de Sam Constable, para pasar el fin de semana. Y ello puede haber sido en parte responsable de lo que ocurrió después, aunque de eso nunca podría estar completamente seguro.

Eran las seis y quince cuando el tren lo dejó —en la enorme quietud del atardecer— en una apartada estación denominada Camberdene. Le agradaba esa tranquilidad; le gustaba la sensación de estar solo y, por primera vez, se sintió descansado. El cielo tenía esa claridad del crepúsculo, bajo la cual todo parece grande y fresco y recién lavado. Y la campiña olía a atardecer tan claramente como olía a primavera. Ningún automóvil le había sido enviado para recogerle, pero no le importó. Un jefe de estación, de voz ahuecada y profunda, le informó a Sanders que no había ningún medio de transporte, y que Fourways estaba a un kilómetro sobre el camino. Pese a ello se largó a caminar alegremente llevando su pesada maleta.

Cuando Sanders tuvo a Fourways ante la vista juzgó que no podía ser llamado “una joya arquitectónica”. Lo único que podía decirse acerca del edificio era que aparentaba ser opulento y estrecho al mismo tiempo, en típica mezcla de gótico y Victoriano. Descrito con más propiedad, podía decirse que surgía con una suave elevación de ladrillos rojo oscuro, se alzaba luego francamente, hasta cierta altura, estrecha y sólidamente como el costado de un barco, para ramificarse por último en pequeños pináculos, torrecillas y cursis chimeneas. Ubicado en la parte posterior del triángulo formado por dos lados de un cruce de caminos, sus dos o tres hectáreas de terreno estaban rodeados de una alta pared de ladrillos, que ya en el 1800 debía de haberle costado a alguien una fortuna.

Quién fuese que hubiera construido a Fourways había deseado intimidad y la había conseguido. Del otro lado del paredón, en el cruce de caminos, había una casilla desde la cual un hombre dirigía el tránsito. Pero adentro el sendero estaba interceptado por los árboles hasta que, andando un poco más, al doblar una curva se alcanzaban a divisar ventanas de vitrales y pequeños balcones.

El Dr. Sanders —profundamente interesado— marchaba por el sendero enarenado al son de sus propias pisadas. Había una algazara en el baño para pájaros, frente a la puerta, y un gorjeo de gorriones alrededor de la fachada de Fourways. Sanders poco sabía de Sam y Mina Constable, salvo que eran grandes amigos de Lawrence Chase, pero no tenía idea de por qué deseaban conocerlo. Chase, ese joven abogado amable, pero a veces confuso, generalmente albergaba la suposición de que uno lo sabía todo.

Sanders asió el gran llamador de hierro y golpeó la puerta. El gorjeo de los pájaros fué en aumento, pero no hubo respuesta. Luego de una pausa volvió a llamar, sin resultado. No alcanzaba a percibir pasos o signos de vida en el interior. Sumado esto a la ausencia de un automóvil en la estación se sintió inquieto por las posibles causas: podría ser una cita errónea, una equivocación o quizás una carta mal dirigida. Titubeó, puso la maleta en el suelo y echó a andar en dirección al costado derecho de la mansión.

Un cuarto enorme, había sido construido a modo de ala en el centro de este costado. Era un invernadero tal como los concebían en el siglo diecinueve; un espacioso recinto construido de madera, con altas ventanas de vitrales que llegaban hasta el sueldo y una cúpula de cristal. Para nuestra época aquello parecía ridículo y arcaico, atestado y sofocante. Uno de los ventanales estaba a medio levantar, y, para su alivio, Sanders escuchó una voz. Era la voz de una mujer, que hablaba por encima de un suave ruido como el de una corriente de agua.

—Tiene que irse —decía la voz—. Debes persuadir a Mina para que lo aleje, Larry. De otro modo vamos a tener dificultades, ¿comprendes?

La voz tenía tal tono de apremio que Sanders se detuvo involuntariamente. Alguien rió entredientes, y pudo oírse la voz de Lawrence Chase.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso tienes miedo de que él pueda leer tus pensamientos?

—Tú sabes que, en cierto modo, así es —admitió la muchacha.

Sanders tosió, arrastrando los pies en el sendero enarenado. Luego cruzó la franja de césped que separaba el invernadero del caminillo, golpeó en la ventana e introdujo la cabeza por la abertura.

—¡Santo cielo! —exclamó Chase, volviéndose. Una muchacha de vestido oscuro se levantó con rapidez de su asiento junto a una fuente en miniatura.-

Adentro estaba aún más caluroso y sofocante de lo que Sanders esperaba. A través de la cúpula de cristal, cuyos bordes se hallaban pesadamente adornados, penetraba muy poca luz; Enormes plantas de una variedad semitropical, entremezcladas con helechos y palmeras, espesaban la oscuridad. El agua de la pequeña fuente caía en forma de lluvia, tan fina que apenas se oía como un murmullo

en el centro del piso de oscuros mosaicos cubiertos con alfombras. En medio de este escenario anticuado una moderna estufa eléctrica lanzaba una luz que se reflejaba con tonos rojo-anaranjados en el suelo, en la lluvia de la fuente y en el techo de cristal.

—¡Es el bueno de Sanders! —dijo Chase, incrédulamente—. ¡Santo cielo! ¡Caramba, siento lo del automóvil! Parece que ya hemos empezado mal el fin de semana. De paso, permítanme que los presente: doctor Sanders, ésta es Miss Hilary Keen.

Le echó a Sanders una mirada significativa, como la de uno que repite “así que nada de bromas con ella: ¿eh?”. Su rostro, de por sí largo, pareció más largo y más solemne aún. Lawrence Chase era hombre alto y magro, de ademanes medidos y auténtico talento para las leyes. Las palabras rodaban de su lengua. En la época en que la casa fué construida había una frase corriente para describirlo con exactitud: parecía como recién salido de una caja de sorpresas. Pero la solemnidad era ahora su rasgo principal.

—Me temo que todo esté desorganizado —explicó—. Por eso no fué usted esperado en la estación. La razón es que hemos tenido un accidente.

—¿Un accidente?

—Sí. Mina, Hilary, Sam y yo vinimos en tren, lo mismo que nuestro amigo Pennik, el adivinador del pensamiento. Pero los sirvientes (los cuatro) venían en el coche de Sam con todo el equipaje. Las maletas nos fueron enviadas; pero los sirvientes, no.

—¿Por qué no los sirvientes?

—Bueno; nadie parece saber la causa. Hodges, el chofer de Sam, tomó una curva en una colina, evidentemente a demasiada velocidad, y se estrelló contra un camión, de Guilford hacia aquí. No lo comprendo, porque Hodges es uno de los choferes más cuidadosos que yo haya conocido.

—Dice usted que están seriamente...

—Oh, no. Ninguno está seriamente herido. Pero las magulladuras y el susto los retendrán allí toda la noche. Mientras tanto, no disponemos siquiera de nadie capaz de freír un huevo. Es un inconveniente; pero mucho más inconveniente es para ellos, por supuesto, ¡pobres diablos! —agregó con precipitación.

—Mucho más; estoy de acuerdo —asintió Hilary Keen—. Pero “yo” puedo freír un huevo. ¿Cómo le va, doctor Sanders?

Sanders había estado esperando. En la semipenumbra no alcanzaba a distinguirla bien. Aunque Hilary debía de ser casi de su misma edad, apenas pasados los treinta, parecía mucho más joven por obra de una especie de suave y tibia vivacidad que emanaba de su cuerpo, de su espíritu y hasta de su voz. No era que produjese la impresión de ser frágil, sino solamente la de ser joven. Tampoco era una belleza, porque carecía de la personalidad de una mujer bella. Sus ojos azules y su corto pelo castaño oscuro eran de un tipo convencional, tanto que uno no habría vuelto a mirarla de no ser por la vivacidad de su persona. Pero al mirarla una vez uno se obligaba a

estudiarla. Sanders había tenido pocas oportunidades de ver una persona que, sumado a esa vitalidad, tuviera tanto equilibrio en el gesto. Estaba sentada en el borde de la fuente, con un sencillo vestido oscuro, y sin embargo no podía omitirse su presencia. Además tenía risa muy agradable.

—¡Qué curioso —dijo Chase, en tono rumiante— lo solitaria que parece una casa sin sirvientes! ¡Curioso!... ¡Los seis encerrados aquí durante el fin de semana, sin nadie que haga andar el barco!

—¿De veras? —inquirió Hilary—. ¿Qué hay de curioso en ello?

Pese a lo rápido y contradictorio de la réplica Sanders alcanzó a sentir la misma atmósfera que quizá Chase tampoco hubiera podido definir. De un cuarto contiguo al invernadero llegaban los sonos de un reloj; era como si los cortinados de Fourways los aislaran del resto del mundo. Chase vaciló.

—Oh, no sé. Puede ser que esté compartiendo la tendencia general hacia lo psíquico. Y el bueno de Sam tendrá un disgusto si su inapreciable Parker no está aquí para prepararle el baño o ponerle los gemelos en los puños de la camisa. Hilary —agregó, cambiando hábilmente de tema— se ocupa de los mismos asuntos que nosotros. Ella trabaja en el Departamento del fiscal. Ella los acusa del crimen; usted los despedaza, y yo los defiendo. (Si puedo). Hacemos un buen hato de vampiros, ¿no es verdad?

—Supongo que lo somos, realmente —Hilary asintió con toda seriedad. Y se dirigió a Sanders—. Pero usted es el amigo de sir Henry Merrivale, ¿no es así?

—Soy uno de ellos, de todos modos.

—¿Y va a “venir” él aquí, este domingo?

—Oh, sí.

—Hilary piensa que tendremos inconvenientes con nuestro amigo, el adivinador del pensamiento —explicó Chase. Hablaba con tono de indulgencia, como si accediera a los caprichos de una niñita.

—Se me acusa de ser maniática —dijo Hilary, mirándose las uñas—. Sin embargo, permítanme que les diga una cosa; déjenme exponer un caso hipotético. Supongamos que este hombre sea perfectamente auténtico. Supongamos que posea en verdad el poder que alega tener y que con un esfuerzo apropiado, pueda leer cada pensamiento nuestro como si fuera letra impresa. No admito necesariamente que su poder sea verídico, aunque jamás he asistido a una demostración que me provocara semejante..., semejante hormigueo. Pero suponiendo que sea auténtico, ¿se imaginan ustedes lo que eso podría significar?

Sanders debió de haber demostrado una duda porque ella sorprendió su gesto con la misma rapidez con que un esgrimista advierte una estocada; en verdad, había en su pensamiento algo de la calidad de un espadachín. Ella sonrió.

—El doctor Sanders no cree en los adivinadores del pensamiento.

—No sé —admitió Sanders, honestamente—. Pero prosiga. Admitiendo su hipótesis, ¿adonde llegaríamos?

Ella observó la fuente.

—Estuve conversando con Larry acerca de una pieza titulada “Esquina peligrosa”. El tema de la obra, si usted recuerda, es que en todas las conversaciones entre amigos o parientes hay una esquina peligrosa en la cual la palabra más insignificante puede convertir la charla en un desastre. La mayoría pasamos esa esquina de largo, pero a veces el volante gira por accidente. Entonces, un secreto surge acerca de alguien. Una vez que se ha doblado dicha esquina hay que continuar por el desvío. La revelación de ese secreto conducirá a la revelación de otro secreto de alguien más, hasta que una tras otra se exhibe la vida íntima de todos; y el panorama no es por cierto agradable.

Esa esquina es muy peligrosa. Pero es una esquina que se dobla por accidente o por casualidad. Por el contrario, supongamos que alguien la doblara deliberadamente porque supiese de qué se trata y adónde conduce. ¿Se imagina usted una persona con capacidad para leer nuestros pensamientos? ¿Para conocer todos los secretos de la gente? Imposible pensar en el resultado. La vida se volvería simplemente intolerable, eso es todo. ¿No lo cree usted?

Hilary había comenzado a hablar quedamente, en tono de explicación, sin poner énfasis en las palabras. Al terminar se limitó a levantar la vista. Lawrence Chase parecía sorprendido y un poco atemorizado.

—Es algo demasiado académico para mí...

—No, Larry, no lo es. Tú lo sabes.

—... y estoy comenzando a sospechar que tienes un cerebro ruin.

—Quizá lo tenga. Honestamente lo ignoro. Pero noto que la gente siempre la acusa a una de estar mal de la cabeza cuando se les pide que usen la suya.

—Hablando de la humanidad en general... —dijo Chase. Hasta entonces había estado actuando de muy buen humor, con un ojo puesto en Sanders, como rogándole que no escuchara a la muchacha. Se puso de pie, tan tieso que sus pronunciados omóplatos se marcaron en la espalda del saco—. Tienes razón. Continuemos seriamente. Volvamos a la obra que mencionabas: si no me equivoco, antes de que terminen de desenterrar secretos se encuentran con que ellos han cometido casi todos los crímenes del Decálogo. ¡Que los cuelguen! ¿No querrás sugerir que eso podría aplicarse al azar a cualquier grupo de personas, eh?

—¡Oh el crimen! —exclamó Hilary, sonriendo—. Déjame preguntarte algo. Suponte que todos los pensamientos que acudiesen a tu mente durante un día completo fuesen anotados, y luego su conjunto leído ante un grupo de tus amigos.

—¡Dios no lo permita!

—No te agradaría, ¿verdad?

—Creo que más bien preferiría ser hervido en aceite —declaró Chase, reflexivamente.

—Y sin embargo no has cometido ningún crimen, ni de los grandes, ¿verdad?

—Por lo menos, ninguno que me preocupe.

Hubo un silencio.

—Ah. Y otra cosa —continuó Hilary, con un brillo travieso en los ojos azules—. Dejemos de lado los crímenes. Desechemos, inclusive, tus conquistas, o pretendidas conquistas femeninas. No tienes por qué confesar las veces que has visto una muchacha de tu agrado y la has invitado a alguna parte, pensando: “¡Qué bien y qué fácil!”, cuando en realidad nada sabías acerca de ella. La gente habla de “secretos”, pero generalmente lo único que quiere significar es secretos de amoríos...

—Y generalmente tienen razón —replicó Chase, con sinceridad. Empero, pese a la oscuridad, podía verse su rostro ruborizado.

—Bien. Desechando el crimen y todo lo concerniente al sexo, ¿insistirías?...

—¡Vamos; no! —interrumpió Chase—. Esto está yendo demasiado lejos. Se supone que estamos sosteniendo una discusión seria y no jugando a “mentira o verdad”. Además, ¿por qué tendrían que ventilarse mis defectos y mis estupideces? ¿Te agradaría que “tus” pensamientos de todo un día desfilaran ante el resto de la gente?

—De ninguna manera —respondió Hilary, fervorosamente.

—¡Ajá! Aún aparte del crimen o el sexo, ¿has albergado pensamientos que no debieras haber tenido?

—¡Desde luego!

—Entonces, ¿admites que has tenido también pensamientos sobre el crimen y el sexo?

—¡Claro que sí!

—Bueno. Está bien, entonces —dijo Chase, aliviado—. ¿Qué te parece si cambiamos el tema antes de que la reunión se vuelva inconveniente?

—No podemos cambiarlo. Ésa es precisamente la cuestión, ¿no lo comprendes? Ya ves cuán fácil es comenzar una cosa así, tal como lo hemos estado haciendo nosotros hasta ahora. Pero eso no es porque todos seamos criminales, sino simplemente porque somos humanos. Y allí está la razón por la cual debemos persuadir a Mina para que se deshaga de ese Pennik.

Chase vaciló, e Hilary se volvió hacia Sanders.

—Nos va a acarrear dificultades —dijo Hilary—. No quiero significar que sus intenciones sean malignas o que se trate de un bribón. No; por el contrario, sus intenciones son buenas y, a su modo, es un hombre encantador...

—Entonces, ¿a qué preocuparse? —inquirió Chase, aunque no las tuviese todas consigo.

—Porque en ello estriba toda la dificultad. A menos que sea más farsante de lo previsible, él realmente está convencido de sus facultades. Bajo su faz tranquila sería capaz de hacer cualquier cosa para convencer de su sinceridad a la gente. Especialmente desde que Mr. Constable...

—Sam.

—Bueno; Sam. Particularmente desde que Sam antagoniza con él en todo

momento. ¿Recuerda usted lo que ocurrió cuando hizo aquella demostración en el piso de los Constable, en la ciudad? ¿Puede imaginarse hasta dónde habría llegado si realmente hubiese decidido acarrearlos inconvenientes a un grupo como el nuestro? ¿O a cualquier otro grupo de personas en el mundo? ¿Qué responde usted, doctor Sanders?

El invernadero estaba cada vez más oscuro, lleno de plantas convertidas en sombras; el eco de la fuente parecía desvanecerse. El frente rojo anaranjado de la estufa refulgía con más brillo. Sanders había comenzado a comprender el significado de su invitación a Fourways. Dirigió una mirada a Chase.

—Dígame —preguntó—. ¿Qué idea suya que H. M. y yo investigáramos a este individuo? ¿Qué descubriríamos si se trata o no de un farsante?

Chase se sintió herido.

—Oh, no lo interprete así. ¡De ninguna manera! Ambos, Sam y Mina deseaban especialmente invitarlo a usted.

—Gracias. Y... antes de proseguir, ¿dónde están nuestros anfitriones? Debiera presentarme ante ellos, ya que he llegado.

—Oh, no se preocupe. Ambos han salido. Fueron hasta Guilford para ver cómo siguen los sirvientes y de paso hallar alguien que pueda preparar una comida sencilla y atender el resto de las tareas. Esto ha contrariado a Mina, precisamente ahora que tiene otro libro en camino...

—¿Otro qué en camino?

—Un libro —prorrumpió Chase. Sus ojos se abrieron enormes y se golpeó con los nudillos en la frente—. Por Dios vivo. ¡No me diga que lo ignoraba! ¡Creí que todos lo sabían!

—No, desde el instante que usted tiene la misión de divulgarlo.

—Mina Constable —prosiguió Chase— es realmente Mina Shields, la novelista, ¿comprende?, y no se ría.

—¿Por qué demonios habría de reírme?

—No lo sé —contestó Chase, apesadumbrado—. Pero el caso es que, por alguna razón, todas las mujeres novelistas resultan cómicas. Es una especie de axioma. De todos modos, Mina es una moderna Marie Corelli. Con ello no quiero significar nada pomposo, superficial o moralista. Mina, es una de las mejores investigadoras. Ya le explicaré. Ella puede escribir un romance sobre la reencarnación en Egipto, o Satanás en los arrabales, pero ante todo es veraz. Cuando quiso escribir una novela acerca de un templo en el corazón de la Indochina francesa no se fió de los libros; ¡por San Jorge! ¡fué hasta la misma Indochina! Aquel viaje por poco aniquila a Sam, y a Mina también. Ambos contrajeron la malaria. Sam dice que todavía no puede quitarse el chucho de encima. Por eso tiene estas estufas portátiles encendidas en cada cuarto, y la casa parece un horno. No se le ocurra abrir demasiadas ventanas, o sé le echará encima.

Hilary habló con cierta tensión en la voz, mirando por encima del hombro hacia la

lluvia de la fuente.

—Sí, yo diría que eso podría ocurrirle.

—¡Vamos, vamos!

—Mrs. Constable es encantadora —dijo Hilary—. Me agrada enormemente. Pero Mr. Constable... No, no pienso llamarlo Sam, ¡uff!

—¡Pamplinas! Sam es una buena persona. Sólo que es el “clubman” británico perfecto y por eso parece un poco chocante.

—Por lo menos tiene veinte años más que ella —agregó Hilary—, y no le hallo atractivos desde ningún punto de vista. Hasta el modo en que la manda o cómo le llama la atención en público... Bueno, yo creo que preferiría tomar veneno antes que dejar a un hombre hacerme semejantes cosas.

Chase hizo un amplio ademán.

—Mina le tiene cariño; eso es todo. Como si se tratara de un héroe de sus novelas... Sam era un hombre de muy buen aspecto antes de llamarse a retiro.

—Cosa que no podemos hacer el resto de los mortales —exclamó Hilary, con un poco de amargura.

—Oh, está bien —Chase comenzó a hablar, pero luego pareció cambiar de idea—. De todos modos, me parece que lo mejor sería dejar de hablar de ellos en su propia casa —volvió a titubear—. Veá, Sanders. Sería injusto negar que el ataque de malaria trastornó un poco a Sam y a Mina también. Él tiene sus estallidos, pero ello no impide que sea simpático. No sé hasta qué punto deseo probar que este adivinador del pensamiento sea un bribón o un individuo sincero. Es un descubrimiento de Mina, y ella parece tener fe en él, aunque por momentos me pregunto si no actúa impulsada por su sentido del humor. A Sam no le agrada el tipo, y por eso existe ese estado de guerra fría que revolotea sombríamente en la casa. La cuestión es ésta: ¿Harán usted y el famoso H. M. todo lo que puedan por nosotros?

CAPÍTULO 2

SANDERS volvió a sentirse el mismo de siempre. Experimentaba una enorme sensación de alivio y, por primera vez en muchas semanas, sonrió.

—Naturalmente, pero...

—¿Pero qué?

—... parecería que tienen ustedes una idea equivocada acerca de mí. Yo no soy un detective; mi trabajo es la medicina forense. Y no comprendo en qué forma podría aplicarse a este hombre lo que yo sé o lo que podría investigar. Al mismo tiempo...

—Un bribón prudente —acotó Chase a Hilary.

—... al mismo tiempo es difícil definir qué rama especial de la ciencia o pseudo ciencia podría aplicarse a Pennik, en caso de ser reales sus facultades. ¿Cuál es su ciencia? ¿Por qué normas se rige o pretende regirse?

—Creo que no comprendo, viejo.

—Bien. La mayoría de los “adivinos de pensamiento” que he conocido han sido todos artistas de variedades. Ya sabe cómo actúan; lo hacen en parejas. La mujer se sienta en el escenario con los ojos vendados mientras el hombre circula entre el público y hace las preguntas: “¿Qué tengo en mi mano?”, y otras por el estilo. Después está el individuo que trabaja solo: hace escribir las preguntas en trozos de papel, que luego guarda en un sobre y las lee sin abrirlo. Generalmente, en estos casos es tan sencilla la trampa que si usted tiene un mínimo de conocimiento sobre estos trucos en seguida la descubre. Si Pennik perteneciera a alguna de estas dos clases yo podría ayudarlos. ¿Es así?

—Por Dios, ¡no! —respondió Chase, con mirada de asombro.

—¿A qué se debe tanta vehemencia?

Hilary Keen hizo una mueca.

—Larry quiere decir que Pennik no es el resultado de una moda pseudocientífica, sino que ha adquirido sus conocimientos estudiando en distintos sitios. No es que me deje impresionar por eso, pero creo que es inútil negar que ese antecedente algo influye en cuanto se refiere a su sinceridad. Por otra parte, él no es de la clase de individuos descrita por usted.

—Entonces, ¿qué es lo que hace? ¿Acaso se dedica a mirarlo a uno en los ojos y decir luego: “Usted está pensando en una casilla de baño en la playa de Southend?”.

—Me temo que así sea —respondió Hilary.

El ambiente estaba poniéndose más oscuro. El crepúsculo polvoriento bacía más pesadas las sombras de las palmeras en el invernadero, mientras que el cuadrado rojo anaranjado de la estufa resaltaba con notable claridad. Pese a ello debieron de haber

notado la expresión de la cara de Sanders porque Chase le espetó, agitando la cabeza:

—¡Ajá! ¿Con que se alarmó, eh? ¿Por qué?

—Porque resulta increíble. Es pura charlatanería científica —Sanders hizo una pausa—. No puedo negar que en el pasado se hayan realizado con éxito algunos experimentos en telepatía. Por ejemplo, William James fué uno de los experimentadores. Lo mismo hicieron Hegel, Schelling y Schopenhauer, aunque últimamente haya decaído el interés por falta de una buena investigación. El inconveniente es que nada puede tomarse como un hecho científico si no es factible producirlo a voluntad y en cualquier momento, siempre dé acuerdo con los mismos principios recurrentes. La mayoría de las veces el hecho telepático no se ha podido producir a voluntad. Si el experimentador alega que no se halla en buena disposición o que las condiciones “no son aptas”, podemos admitir su honestidad, pero no tiene nada de científico. De paso, ¿quién es este hombre? ¿Qué saben acerca de él?

Hubo una larga pausa antes de que Hilary respondiera.

—Realmente no sabemos nada. Excepto que, en apariencia tiene un buen pasar y que no necesita recurrir a sus artes para ganarse un penique. Mina lo encontró en el viaje de regreso de Indochina. Él se considera a sí mismo un estudioso.

—¿Estudioso de qué?

—De la utilización del pensamiento como una fuerza física. Debiera pedirle a él que se lo explique —respondió Hilary, cuya suave voz se había vuelto tensa—. Todo este tiempo estuve pensando que hay algo poco claro con respecto a Pennik. No quiero significar que lo considere un farsante, pero hay algo raro en el fondo de su mente. ¿Preocupaciones, quizás? ¿Afectación? ¿Un complejo de inferioridad? Uno llega a sospechar que él considera su “adivinación del pensamiento” como un preludio a algo mayor... ¡Oh, no sé cómo explicarlo! Mejor será que usted hable con él. Es decir, si él está dispuesto...

—Tendré sumo agrado eh hacerlo —dijo una voz que provenía del jardín.

Hubo un rumor de pasos en la franja de césped que rodeaba por fuera al invernadero. Las luces del poniente tocaban ya la cúpula de vidrios pintados y también proyectaban pálidamente en el suelo el cuadrilátero de la ventana abierta. En ese espacio rectangular apareció un hombre.

La escasa claridad sólo permitía distinguir el perfil de las cosas. El recién llegado era de estatura algo inferior a la mediana, con ancho tórax y piernas ligeramente combadas. Más que verla, se “sentía” su sonrisa al inclinar la cabeza. Su voz era grave, pausada y agradable.

—Será mejor que encendamos las luces —prorrumpió Chase, con un tono de urgencia en la voz, en la cual Sanders hubiera jurado que había un toque de pánico.

Cruzó el recinto hasta alcanzar la llave de la luz. En cada esquina de la cúpula de cristal se encendieron sendos racimos de tulipas aglobadas, como si fueran frutos luminosos recién brotados. Los artefactos tenían esa apariencia charra y retorcida tan común en las postrimerías del siglo diecinueve, y al encenderse destacaron el oropel

de los dorados, las palmeras y los vitrales coloreados.

—Gracias —dijo el nuevo personaje—. ¿Es usted el doctor Sanders?

—Sí, Mr....

—Pennik. Herman Pennik —contestó a la vez que extendía la mano. No se podría haber hallado una persona más intrascendente que Mr. Herman Pennik, a pesar de la momentánea curiosidad despertada con su aparición en la ventana. Limpió las suelas de los zapatos en el umbral, para no ensuciar con barro el cuarto y, antes de estrechar la mano de Sanders, todavía volvió a mirar las suelas por encima del hombro a la vez que asentaba fuertemente los zapatos en el suelo para estar más seguro.

Su edad podía oscilar alrededor de los cuarenta y cinco años. Tenía cabeza maciza, cubierta de pelo rubio vulgar, y su cara ancha con curtidas arrugas en las mandíbulas lucía tostada por los fuertes soles. Aquel rostro de nariz ancha y ojos claros bajo unas cejas rubias no revelaba ninguna señal de fuerte intelectualidad; incluso en su boca había un toque de rusticidad. En suma, Herman Pennik podía pasar inadvertido sin dificultad.

Al hablar lo hacía con un movimiento de hombros que recordaba el andar del pato.

—¿Cómo está usted, señor? Siento haber estado oyendo lo que hablaban.

Sanders devolvió el cumplido.

—Espero no haberlo molestado siendo demasiado franco, Mr. Pennik.

—De ninguna manera. Yo mismo no alcanzo a comprender por qué estoy aquí, cuando, soy tan poco afecto a las reuniones sociales. Pero es el caso que Mrs. Constable deseaba que viniera, y... aquí me tienen ustedes.

Sonrió, y Sanders al observarlo sintió la punzadura de una curiosa reacción psicológica. La misma reputación que Pennik había creado para sí lo invalidaba a Sanders en lugar de moverlo a luchar contra ella. Lo rodeaba a Pennik como una aureola; era algo formidable y perturbador, pero Sanders tenía que zafarse de ella. Sin embargo, otra idea insidiosa le asaltó: «¿Si a este individuo le diera por leer “mi” pensamiento?». El cambio en la atmósfera era evidente.

—¿Nos sentamos? —sugirió Pennik, de pronto—. ¿Me permite que le busque una silla, Miss Keen? ¿No le resultaría más cómodo que estar sentada en el borde de esa fuente?

—Me encuentro perfectamente bien, gracias.

—¿Está usted..., este..., segura?

—Oh, sí. Gracias.

Aunque Hilary contestó con una sonrisa, Sanders estaba seguro de que también ella había notado un rasgo distinto en la conducta de Mr. Herman Pennik. Sus modales habían sufrido un cambio al dirigirse a ella. Sus palabras eran torpes; tenía el aire de un chiquillo turbado.

Se sentó rápidamente en un sillón de mimbre y en seguida recuperó su naturalidad. Sanders notó que había necesitado hacer una profunda inspiración de aire

para recobrar la calma.

—Estábamos justamente contándole al doctor algunas de las cosas que usted ha realizado —comenzó Lawrence Chase, alto y erguido y revelando ahora a la luz de los focos una incipiente calvicie.

Pennik hizo un gesto deprecativo.

—Gracias, Mr. Chase. ¿Le interesó el asunto al doctor?

—Para decirle la verdad, creo que se sorprendió un poco.

—¿De veras? ¿Puedo preguntarle cuál es el motivo?

Sanders había comenzado a sentirse terco; era como si él —y no Pennik— estuviera a la defensiva. Al mismo tiempo deseaba que el tipo le quitase sus endemoniados ojos de encima. ¡Malditos fuesen tantos misterios ocultos! Mientras esto ocurría se había encontrado a sí mismo dirigiendo furtivas miradas a Hilary Keen, pero disgustado con su propio yo había desviado la vista.

—Yo no lo llamaría precisamente “sorpresa” —dijo secamente Sanders—. Más bien diría alarma. Cualquier persona acostumbrada a habérselas con una ciencia tan concreta como la anatomía...

—Vamos, vamos —interrumpió Chase—. Páselo en limpio.

—Bueno. Cualquier hombre de ciencia se opondría a una pretensión que... —hizo una pausa. Lo que deseaba decir era “una pretensión que trastorna la normalidad de la naturaleza”, pero le pareció que su juicio sonaría demasiado pomposo y tan pedante que los haría sonreír burlonamente y resolvió modificar la frase—... se opondría a semejante pretensión.

—Ya veo —intervino Pennik—. ¿De modo que la ciencia renuncia a investigar porque teme que los resultados podrían ser inconvenientes?

—De ninguna manera.

El ceño de Pennik estaba fruncido, y en sus ojos había un centelleo.

—Sin embargo, usted mismo reconoce que en el pasado se han realizado con éxito algunos experimentos de telepatía.

—Hasta cierto grado. Pero nunca hasta el punto que usted alega haber llegado.

—¿Se opone usted a mis progresos? En ese caso sería tan falto de razón como decir que por cuanto los primeros experimentos en telegrafía sin hilos fueron sólo positivos a medias, mejor hubiera sido abandonar el intento.

“Ten cuidado”, pensó Sanders. “Te puede ganar por varios tantos y darte encima una paliza si le permites seguir en ese tren. La argumentación por falsa analogía es anticuada”.

—A eso iba, Mr. Pennik. La telegrafía sin hilos está basada en principios que pueden demostrarse. ¿Podría hacer usted lo mismo con los suyos?

—A la persona apropiada, sí.

—Entonces, ¿a mí no?

—¡Doctor —replicó Pennik, con una mirada honesta que reflejaba su perturbación—, trate de comprenderme! Usted piensa que yo arguyo falsamente

porque lo hago mediante comparaciones. Pero si una cosa es enteramente nueva, ¿cómo podría explicarla si no fuese por comparación? ¿De qué otro modo podría hacerla ver claramente? Supongamos que tuviese que explicar los principios de la radiotelegrafía a un salvaje del Asia central. Perdóneme, pero las comparaciones a veces son ofensivas. Supongamos, mejor, que quisiera explicar dichos principios a un cultísimo romano del siglo primero de la era cristiana. Para él, los fundamentos sonarían tan misteriosos como el resultado; más aún, le parecerían increíbles. Ésa es la ingrata posición en que me veo cuando la gente me pide explicaciones. Pero con usted podría hacerlo, si me concede tiempo. El fundamento es, a grandes rasgos, que el pensamiento, o lo que llamamos “ondas del pensamiento”, tiene una fuerza física parecida a la del sonido. Pero si el romano culto hubiera necesitado cinco semanas para entender las bases de la radiotelegrafía, no se sorprenda si usted no llega a entender los principios de la telepatía en sólo cinco minutos.

Sanders pasó por alto esto último.

—¿Sostiene que las ondas del pensamiento poseen una fuerza física como las del sonido?

—Así es.

—Pero el sonido, científicamente, puede medirse y pesarse...

—¡Por supuesto! Las notas del sonido pueden quebrar el cristal y basta matar a un hombre. Lo mismo se aplica al pensamiento.

Hablaba con perfecta lucidez. La primera impresión de Sanders —de que Pennik era un loco— quedaba ahora anulada.

—Por ahora, Mr. Pennik —dijo Sanders—, pasemos por alto el hecho de si usted es capaz de matar a un hombre con su solo pensamiento, igual que un hechicero bantú. En cambio, hablemos en términos simples para que hasta una persona de limitada inteligencia como la mía pueda comprender qué es exactamente lo que usted hace —las palabras sonaban como un desafío—. ¿Sostiene usted que puede hacer tales cosas con cualquier persona?

—Casi con todas. Por supuesto que si el individuo no coopera conmigo y trata de esconder sus verdaderos pensamientos el asunto se vuelve más difícil. Pero igual puedo arreglármelas...

Era la sencillez del hombre lo que excitaba los nervios de Sanders. Casi podía notar sus propios pensamientos que disparaban furiosamente en busca de un escondite para evitar ser vistos.

—¿Y usted querría ensayar conmigo?

—Si ése es su deseo, sí.

—Muy bien; comencemos —contestó Sanders, cruzándose de brazos.

—Bueno. Desde el momento que usted ha... ¡No, no, no! —interrumpió Pennik, con enojo—. ¡En esa forma, no!

—¿Por qué no ha de ser?

—Usted estaba tratando de borrar de su mente todos los pensamientos

importantes. Mentalmente estaba disparando para echar tranca y cerrojo en cada puerta. No tenga temor de mí. No le causaré daño. Por ejemplo, usted había decidido concentrarse en el busto de mármol de algún científico (creo que era Lister) que ha visto sobre la estufa en la biblioteca de alguien.

Aquello era absolutamente cierto.

Hay algunas emociones cuyo efecto es difícil estimar porque surgen de fuentes que nunca hubiéramos sospechado. Ser “sorprendido” en un pensamiento es bastante desagradable; ser sorprendido por algún amigo que lo conoce a uno y súbitamente penetra las defensas valiéndose de la adivinación puede crear resentimientos y hasta una cierta impotencia. Pero ser instantáneamente pinchado sobre la pared, justo en el momento en que la mente de uno está dedicada a la más ínfima trivialidad, por una persona totalmente extraña que lo mira como si fuese un perro recién apaleado ...

—¡No, no! —apremió Pennik, alzando el dedo índice y agitándolo seriamente—. ¿No puede darme una oportunidad más amplia que ésa? El busto de Lister no significa nada para usted. Podría haber sido también la estatua de Aquiles o el hervidor de la cocina. ¿Quiere que probemos otra vez?

—Esperen —terció Hilary desde su asiento en la fuente. Sus manos pequeñas apretaban con fuerza un pañuelo—. Doctor Sanders, ¿estaba Mr. Pennik en lo cierto?

—Así es.

—¡Recorchos! —musitó Lawrence Chase—. Será mejor que las mujeres y los niños abandonen la sala. Tal como le dije en mi carta, Sanders, yo no veía “cómo” podía ser todo esto un mero truco. No se trata de escribir en trocitos de papel u otra cosa por el estilo.

—¡Un engaño, un engaño! —exclamó Herman Pennik, un poco jocosamente. Pero Sanders presintió que bajo su aparente reacción Pennik escondía algo más serio; que en lo más profundo de su ser había sido tocado algún resorte de su vanidad. Sin embargo siguió alardeando—. ¡Un engaño! Eso es lo que ustedes..., nosotros, los ingleses, pensamos de estas cosas. Bien, doctor, ¿quiere que comencemos de nuevo?

—Como no. Prosigamos.

—Entonces trataré de... ¡Ah! ¡Ahora vamos mucho mejor! —Pennik se había cubierto los ojos con las manos y ahora espiaba a través de los dedos entreabiertos—. Ahora usted juega limpio. Está concentrándose en una emoción...

Y sin hacer pausa procedió a describir a Marcia Blystone y su viaje alrededor del mundo con Kessler.

Sanders experimentaba una curiosa sensación, como si lo comprimieran físicamente y le arrancasen los pensamientos igual que si fuesen muelas.

—Este..., espero que no tenga usted inconveniente —aclaró Pennik—. Según las reglas no debiera haber sido tan franco. Mi lema ha sido siempre el de la reina Isabel I: “video et taceo”: veo y me callo. Pero, usted me pidió que dijera en qué estaba concentrándose... Con las debidas precauciones, podríamos ir algo más adelante. Además, había cosas que usted trataba de escamotearme —titubeó—. ¿Prosigo?

—Adelante —le respondió Sanders, entre dientes.

—Yo preferiría...

—¡Continúe!

—Es algo más reciente —siguió diciendo Pennik, con un rápido y sorprendente cambio en la mirada, que ahora parecía la de un sátiro—. Desde que usted llegó a esta casa se ha sentido violentamente atraído por Miss Keen, quizá debido a alguna reacción emotiva. Esta atracción es el motivo de su actual disposición de ánimo. Usted ha estado preguntándose si con Miss Keen no haría mejor pareja que con la otra joven.

—¡Ya me parecía! —gritó Lawrence Chase, poniéndose de pie de un salto.

Hilary proseguía callada; era como si no hubiese oído nada. Continuaba observando con displicencia por encima del hombro la irisada lluvia de la fuente. La luz relumbraba en su hermoso pelo castaño oscuro y destacaba el perfil de su cuello al volver la cabeza. Pero el evidente asombro que demostró después fué causado, más que por las palabras, por el tono con que Pennik las pronunciara.

—¿Estoy acertado, doctor? —interrogó Pennik, otra vez con voz descolorida.

Sanders no contestó.

—¿Así que lo admite, no? —saltó Chase—. Muy bien, Mr. Pennik; ¿en qué estoy pensando “yo”?

—Preferiría no decirlo.

—¡Ajá! ¿Quiere decirme alguno de ustedes por qué se me acusa de tener una mente vil? ¿Por qué suponen todos que yo siempre estoy pensando en...?

—Nadie ha dicho semejante cosa —lo interrumpió Sanders, con suavidad—. Aparentemente, ésa es la dificultad de este juego. Nuestra conciencia está por encima de nosotros.

—Bien. Entonces ¿en qué está pensando Hilary? —preguntó Chase, con tono de desafío—. ¿Cuál es el secreto culpable que ella estuvo ocultando durante todo el tiempo que la he conocido?

Afortunadamente el diálogo se interrumpió con el ruido de pasos apresurados y el sonido de voces, casi sin aliento, que los llamaba desde el interior de la casa, más allá de una puerta de cristal flanqueada por cortinas de terciopelo. Los cortinados se abrieron para dar entrada a una mujer pequeña y sonriente, que llegaba apresurada llevando en la cabeza un sombrero mal acomodado.

No podía ser otra que la dueña de casa, y al verla Sanders acogió su presencia con un suspiro de alivio. Para él este juego de adivinar el pensamiento estaba yendo demasiado lejos y amenazaba con terminar en una catástrofe. Más aún, parecía que por obra misma de la inevitable perversidad humana todos insistieran en llevar las cosas más allá de lo prudente. Ésa era la dificultad. Y eso le hizo también preguntarse a sí mismo: “¿Qué irá a suceder aquí antes de que termine este fin de semana?”.

CAPÍTULO 3

SIENTO mucho haberles dejado solos —se excusó Mina Constable—. Me temo que las cosas estén tan desordenadas que no sepa por dónde comenzar.

A Sanders le agradó el aspecto de la dueña de casa; su presencia significaba volver a la normalidad. Mina Constable demostraba una benevolencia y sinceridad que parecían genuina. Su talla era pequeña, pero su inquietud de movimientos revelaba un físico insensible a la fatiga. Tenía grandes ojos imaginativos, de color castaño oscuro; tez oscura y pelo negro muy corto. A juicio de Sanders estaba vestida con mucha elegancia, aunque su sombrero estuviese colocado al descuido. Al hablar con ella el encanto irradiaba de su persona, pero podían distinguirse aún rastros del ataque de malaria en las pupilas de los ojos y en la dificultad con que sostenía su bolso.

Mina Constable echó una rápida mirada por encima del hombro.

—He venido a prisa... este..., para decirles —prosiguió con la misma voz un tanto jadeante—, para prevenirles que no tomen en serio a Sam si lo notan con mala disposición de ánimo. Pobre viejo, ha tenido un día espantoso: primero con el choque y ahora con la dificultad para hallar quien reemplace a los sirvientes. No, los sirvientes están bien, gracias a Dios. ¡Oh!

Al ver a Sanders se interrumpió. Chase, entonces, se hizo cargo de las presentaciones, pero al hacerlo demostró —quizá por haber sido tomado desprevenido— una falta de tacto poco usual en él.

—No tienes que gastarte en zalamerías, Mina —le dijo cordialmente, tomándola por los hombros—. Aquí hay un tipo que nunca ha oído hablar de ti. No eres tan famosa como crees.

—Nunca pensé que lo fuese —respondió Mina, con más calma, a la vez que sonreía a Sanders.

—Sanders nunca oyó hablar de tu “Satanás en los suburbios” o de “Miladi Ishtar” —insistió Chase, con fruición—. Ni tampoco de... ¡Ah, a propósito! Nuestra Mina incluso ha hecho un intento en la literatura policial, pero todavía insisto que no fué muy exitoso. Me niego terminantemente a creer que el asesino acarreará por todo Londres el cadáver y pudiera convencer a la policía de que la víctima había muerto en Hyde Park. Pienso que la heroína es una zopenca, que pierde la cabeza todo el tiempo. Claro que si la heroína no fuese una zopenca no habría novela, de modo que eso es lo único bueno.

Las palabras de Chase tocaron a Sanders en lo vivo.

—Perdón. ¿Fué usted quien escribió “La doble coartada”? Claro que la conozco.

Y estoy por entero en desacuerdo con Chase. Quizá ya esté cansada de que le pregunten todos lo mismo, pero ¿de dónde sacó la idea del veneno que usa en la novela? Es algo nuevo y científicamente aceptable.

—Oh, no lo sé —respondió Mina, con vaguedad—. Una conoce tanta gente..., y le dicen a una tantas cosas —parecía ansiosa por cambiar el tema—. Ha sido usted muy amable al venir hasta aquí, pero temo que lo hayamos invitado para un espantoso fin de semana. ¿Qué le parece Fourways? Es una hermosa antigüedad ¿verdad? —preguntó con sincero orgullo—. Desde niña siempre deseé tener una casa como ésta. Yo sé que hay gente capaz de lanzar gemidos al verla, pero a mí me agrada. Me encanta su atmósfera; también a Sam. Él es tan comprensivo para estas cosas... Larry, por favor, prepáranos unos tragos. Estoy muriéndome por un copetín, y Sam querrá un “Gin-and-It”. Este..., ¿lo harás, mi querido?

Se volvió alegremente, y Sam Constable la siguió dentro del invernadero.

Mr. Samuel Hobart Constable estaba a punto de hablar, pero se contuvo súbitamente al ver a un extraño. Su respiración era también pesada. En la forma de enmudecer podía notarse su intención de que los otros percibieran su gesto, ostensiblemente contra todas las reglas de educación. A Sanders le habían descrito a Constable como un ogro, pero a su juicio sólo era un cincuentón exigente y quisquilloso, gordinflón y porfiado. Aunque no muy alto, todavía conservaba los rasgos atrayentes de sus años mozos, y tan cuidado era su atuendo que una arruga en su traje hecho de tela basta —apropiada para el campo— hubiera sido de lamentar. Luego de la impresión lograda con su deliberado silencio echó una mirada a la ventana abierta. Volvió a mirar a los presentes, se dirigió midiendo cada paso hasta la ventana para cerrarla y, luego de hacerlo, les echó una fuerte mirada final.

—¿Cómo está usted? —le preguntó a Sanders, ignorando adrede al resto de los invitados.

—Bueno, querido. Está bien —trató de calmarlo Mina, golpeándole el brazo con brío—. Larry nos va a traer unas bebidas (¿verdad, Larry?) y luego nos sentiremos mejor todos. Por suerte, Mrs. Chichester ha prometido traernos algo de comer.

Su marido la ignoró; sus ojos estaban fijos en Sanders.

—Ya debe saber usted lo que ha sucedido. Bueno, joven, con todo tendrá la fortuna de comer algo. En esta casa, al menos. Una cierta Mrs. Chichester ha consentido graciosamente en servirnos: ella no podrá preparar una cena como la gente, pero nos promete “un trozo de carne fría” y “una rica ensalada” —al decir esto su rostro cetrino se enrojeció—. Bueno, eso a mí no me basta. No quiero un trozo de carne y una rica ensalada. ¡Quiero una cena decente, decentemente preparada! Y desde...

—Sam, estoy terriblemente apenada —se apresuró a decir Mina, quitándose el sombrero y arrojándolo sobre un taburete. Su ansiedad aumentó al tomar a su marido del brazo—. Comprendo cómo te sientes. Para colmo hoy los comercios cierran más temprano, y salvo las cosas frías no hay nada más en la casa.

Sam Constable se volvió hacia ella con gran cortesía y cierta pomposidad en su opulenta figura.

—¿Es acaso culpa mía, querida?

—Es que al no estar los sirvientes aquí...

—Eso no me concierne. No creo que me corresponda a mí salir con un canasto en el brazo a buscar la carne o lo que sea. Procura ser sensata, Mina. Si has sido capaz de preparar hasta el más mínimo detalle para una expedición de mil doscientos kilómetros, a través de un pantano infestado de malaria, creo que no exagero al pretender que en nuestra propia casa haya algo que comer. Pero mejor sería no reñir delante de nuestros invitados.

—Yo le prepararé una comida, si usted acepta —prorrumpió Herman Pennik. Su salida fué tan inesperada que todos se volvieron a la vez para mirarlo. Chase, que ya había abandonado el invernadero en busca de las bebidas, asomó la cabeza por detrás de un grupo de helechos para ver mejor. Y hasta el mismo Sam Constable se sorprendió tanto que le costaba hablar.

—¿Es usted cocinero, mi amigo? —le preguntó por fin, en el mismo tono despreciativo con que le hubiera dicho: “Ya debiera haberlo sabido”. Y agregó—: Quiero decir, ¿amén de sus otras cualidades?

—Soy muy buen cocinero. No le podré ofrecer una cena caliente, por supuesto, pero le prepararé unos platos fríos que lo harán sentirse satisfecho.

Hilary Keen rió. Fué una risa espontánea, como el desahogo de una larga represión. Y al hacerlo se levantó de junto a la fuente.

—Oh, ¡muy bien hecho! Por favor, Mrs. Constable, siéntese y póngase cómoda —la apremió Hilary—. Honestamente hablando, ¿no cree que se está haciendo demasiada tragedia con el asunto de la comida? Si usted fuese tan pobre como yo no lo tomaría tan en serio. Mr. Pennik preparará la cena, y yo la serviré...

—¡No, no, no! —exclamó Pennik, sobresaltado—. ¿Servirla usted? No; yo no podría permitir semejante cosa. Deje todo en mis manos.

—Miss Keen: ha hecho usted toda una conquista —pontificó Saín Constable.

Al hablar lo hizo con ostentosa galantería. Sanders no sabía a qué atribuir el cambio: si era que la idea de verlo cocinar a Pennik lo divertía, o si las palabras de Hilary le habían hecho evocar sus remilgadas costumbres, pero Sam exhibió de pronto un alegre humor. Mina había estado mirando en torno, esperanzada en que los demás viesan en su marido un tipo de lo más simpático, en lugar de un individuo con desagradables salidas. Ante el cambio retomó su desvariada forma de expresión.

—Entonces, ¡todo está arreglado! —declaró—. ¿Acaso Dumas no cocinó una vez para los gastrónomos de Francia? Ya quisiera poder hacerlo yo. Creo que en la cocina hay hasta un gorro de cocinero; uno de esos gorros blancos bien altos. Puede usted usarlo si quiere, Mr. Pennik.

—Le quedará muy bien —comentó Sam, seriamente—. Pero tiene que darnos su palabra de que no pretenderá envenenarnos, ¿eh?

Esta vez fué Chase quien interrumpió la conversación. Al arrastrar una mesa de mimbre hizo raspar los mosaicos con las patas en tal forma que Sam pegó un salto en el asiento y volvió a mostrar su gesto agrio. Sobre la mesa Chase había puesto una bandeja llena de botellas, vasos y un recipiente con hielo en trozos.

—¡Oh, seguro que no nos envenenará! —aseveró Chase—. No tendría necesidad de hacerlo.

—¿Cómo que no tendría necesidad?

—Así es. Simplemente con concentrar su pensamiento en nosotros, ¡listo! ¿Prefieren un “Gin-and-It” o les preparo un copetín?

—¿De qué diablos está hablando usted?

—De algo tan verídico como el Evangelio —contestó Chase, sirviendo las copas—. ¿Cómo? ¿No desea un copetín? Bien. ¿Y tú Mina? ¿No querrías uno?

—Cualquier cosa estará bien para mí, Larry. Un “Gin-and-It” me vendría espléndido.

—Mr. Pennik —prosiguió Chase— sostiene que las ondas del pensamiento son una fuerza física. Eso ya lo sabíamos, pero ahora asegura que debidamente empleadas podrían servir para matar a un hombre.

Sam Constable, que en ese momento aceptaba una copa, mostró una expresión desesperada. Era como si dijera “¡Otra vez atormentándome e importunándome! ¿Por qué tendrán que caer sobre mí todas estas estupideces?”. Aunque detrás de su rostro frío hervían el capricho y la autoconmiseración, se limitó a decir a la vez que sorbía ruidosamente del vaso:

—¿De veras? ¿Así que ha estado jugando de nuevo a adivinar el pensamiento?

—Si no, pregúntele a Sanders. ¡Pregúntele! Mr. Pennik le pidió que pensara en algo y le acertó del primer tiro. Y volvió a acertarle cuando Sanders trató de esconder su pensamiento, incluyendo...

—Incluyendo otras cosas —se interpuso Hilary, con los ojos fijos en la fuente.

—Quisiera saber si puedo dar con el hombre que necesito —dijo Sam, mirando a Sanders por encima del borde de su vaso—. Joven, ¿es usted médico?

—Lo soy.

—Me dicen que es consultante del patólogo del Ministerio del Interior.

—En efecto.

—¿Y tolera usted todas éstas estupideces?

—No es que tolere precisamente nada en especial, Mr. Constable. Deseo admitir que Mr. Pennik hizo una demostración notable, a decir verdad.

El anfitrión se puso de pie de un salto.

—¡Mina, por amor de Dios! ¡Deja de hacer ruido con ese vaso, como si fueras una vieja bruja que chupa ginebra en su cueva! Si tus manos tiemblan demasiado para sostener debidamente el vaso, mejor será que lo pongas en la mesa y bebas sin tocarlo. Sería más decente que el espectáculo que estás dando ahora.

Cuando terminó de hablar algo debió remorderle la conciencia porque se mostró

un poco avergonzado por su explosión de ira. Sus palabras habían sido demasiado crueles porque las manos temblequeantes, a causa de la malaria, eran de por sí dignas de lástima. Mina permaneció en silencio.

—Bueno; bueno; está bien. Lo siento —gruñó Constable. Yació el vaso y volvió a sentarse—. Es que la gente lo hace a uno sentirse viejo. Tengan un poco de compasión de vez en cuando. ¡Siempre digo que Mina va a ser culpable de mi muerte, con sus manos tan flojas! ¡No puedo soportarlas! Volviendo a lo que decía antes, sostengo que eso de leer el pensamiento es pura estupidez. Es un engaño. Está en contra de todo lo que nos han enseñado —las venas se hincharon en su frente—. ¡Va contra la naturaleza! ¡Eso es todo!

—Ya habrás de convencerte, Sam —se quejó Mina. Sus ojos brillaban—. ¿No ves lo fascinante que resulta? ¿No recuerdas cuando Mr. Pennik te dijo exactamente lo que pensabas, la vez que hizo la prueba contigo? Solamente a ti podía ocurrírsete interrumpir y gritar: “¡Mentira!””, antes que las palabras salieran de su boca. Y luego te negaste a proseguir el experimento. Lo siento, querido, pero tú sabes bien que es algo verídico.

Su marido la miró.

—¿Cambiamos el tema? —le sugirió con avasalladora cortesía. Luego sacó un reloj del bolsillo y lo estudió detenidamente.

—¡Ah, bien, bien! Casi las siete y treinta. Hay tiempo de sobra para bañarse y cambiar de ropa antes de la cena...

—Pero, Sam ¿supongo que esta noche no vamos a cambiarnos para cenar?

Él volvió a observarla.

—¡Claro que nos cambiaremos para ir a la mesa, mi querida! ¿Ves acaso alguna razón concreta para alterar nuestras costumbres? Si yo he podido cambiarme para cenar entre un montón de condenados negros, con mayor razón lie de hacerlo para comer en mi propia casa.

—Sí, claro. Si así lo deseas...

—Así lo deseo; gracias. ¡Este Parker tenía que elegir esta noche para quedarse en el hospital! El único hombre que he conocido capaz de prepararme la ropa debidamente. En fin; así andan las cosas. Tendrás que reemplazarlo, querida, si es que te sientes capaz de hacerlo. Este... —alzando la quijada se dirigió a Herman Pennik—: Mi amigo, debo agradecerle por su ofrecimiento de preparar la cena. ¿Podríamos decir que la tendrá lista para las ocho?

—Si usted lo desea, sí —contestó Pennik—. Pero no creo, Mr. Constable, que pueda usted disfrutar ninguna cena.

El otro se incorporó.

—¿Por qué no he de cenar? ¿Qué demonios podrán impedir que lo haga?

—Porque creo que usted no estará vivo para ese entonces.

El sentido de las palabras tardó quizás unos segundos en ser captado por los presentes, pero mucho más tardaron éstos en reaccionar.

Durante la conversación previa Pennik había estado sentado tan silencioso que nadie se había percatado de su presencia, ni nadie le había dirigido la palabra. Pero ahora todos se hallaban, pendientes de él, como si fuera una poderosa deidad, sentado en el borde de su silla, con su serio traje de sarga azul, los pies cruzados y las manos entrelazadas con tanta fuerza que las medias lunas de las uñas parecían azuladas.

En el invernadero cada pequeño sonido parecía agrandarse en el silencio de la expectativa; el murmullo de la fuente semejaba un chapoteo, y hasta podía oírse el roce de cada pie sobre los mosaicos.

Sam Constable rompió el silencio con su incredulidad, y la vida volvió a reinar en el cuarto.

—¿De qué está hablando usted?

—Dije que no creo que usted se halle vivo a la hora de servir la cena.

Lawrence Chase se incorporó de un salto.

—¿Acaso un ataque? —demandó Constable, con repentino temor.

—No.

—Entonces, ¿tendría usted la bondad de explicarse mejor, mi amigo? Su intención de atemorizarme... —Sam calló, atisbo cautelosamente en torno y levantó el vaso—. ¿Acaso insinúa qué alguien ha envenenado mi bebida? —agregó con estudiado sarcasmo.

—No; no quiero decir eso.

—Yo le diré lo que él quiere significar —tercio Hilary—. Mr. Pennik, ¿podría usted decirnos lo que cada uno de nosotros está pensando?

—Quizás.

—¿Está en la mente de alguno de nosotros la intención de matar a Mr. Constable dentro de un rato?

Hubo otro silencio. Pennik, con las manos entrelazadas aún más fuertemente, y afirmando el sentido de cada palabra con movimientos de cabeza, le contestó:

—Claro que yo no digo que haya de ocurrir con certeza... Yo..., bueno; tengo mis razones para pensar así. Mr. Constable, de todas maneras pondré un asiento en la mesa para usted, pero puede ser que no llegue a ocuparlo —levantó la mirada—. Desde que usted concede tanta importancia al espíritu deportivo, acepte mi advertencia como si fuera un desafío amistoso.

—¡Oh, sandeces! —explotó Chase—. Déjese de...

Luego de rezongar por lo bajo Sam alzó los ojos. Después, sorprendentemente, estiró la barbilla, y en su cara apareció una expresión de agresivo buen humor, que provocó la admiración de Sanders.

—Muy bien —agregó Sam—. Le agradezco su advertencia, señor. Tendré los ojos bien abiertos. ¿Pero quién habrá de ser mi asesino? ¿Mi mujer? ¿Y que luego parezca un accidente, como en el caso que salió en los diarios? ¡Ten cuidado, Mina! Recuerda que luego de haberme matado puedes hablar en sueños. Siquiera eso te obligará a ser virtuosa durante tu viudez —distráidamente, Sam golpeó con el codo

un vaso, que se hizo añicos al caer sobre los mosaicos—. ¡Señor! ¡Cuánta charlatanería babosa! Voy arriba a cambiarme. ¿Suben ustedes también?

—Sam; Pennik sabe lo que dice —recalcó Mina.

—¿Tienes seguridad de estar en tus cabales, mi querida?

—¡Sam, te repito que él sabe por qué te hizo esa advertencia!

—Encontró la valija de alguien frente a la puerta del frente —dijo Sam, enérgicamente—. ¿Es suya acaso, doctor Sanders? Bien. Si viene conmigo le mostraré su cuarto. Mina, acompaña a Miss Keen hasta el suyo. Larry, ¿tendrá la bondad de mostrarle a Mr. Pennik la cocina y este... las demás cosas que precise? ¡Brrr, se está poniendo frío!

—Sí —contestó Pennik, pensativamente—. Pero antes quisiera decir unas palabras a Mr. Chase.

—¡Sam! —alcanzó a gritar Mina. Pero su marido la asió fuertemente del brazo y la condujo fuera del recinto. La última escena que Sanders retuvo en la memoria fué la de Pennik y Chase sentados junto a la mesa de mimbre en medio de la doméstica jungla del invernadero. Las palabras de Pennik debieron de haber alarmado a Chase porque éste se había levantado y mirado en derredor. Sus pasos resonaban huecamente bajo la cúpula de cristal, mientras un reloj en alguna parte anunciaba con sus campanadas las siete y treinta.

CAPÍTULO 4

ERAN las siete menos cuarto cuando Sanders oyó un débil grito en el cuarto vecino.

Asomarse a una ventana en Fourways era, según la impresión de Sanders, como asomarse a la borda de un barco. Una serie de antesalas tapizadas conducían hasta un vestíbulo principal, cuyo piso lo formaban pequeñas baldosas blancas y despulidas. Se iba a los pisos superiores por una escalera construida contra una pared formada especialmente por altos ventanales de vitrales, los cuales ascendían como si fueran los tramos de la escalera. Todas las luces estaban ubicadas en tulipas de vidrio tallado o en retorcidos artefactos de bronce. En el primer piso —eran cuatro en total— los seis dormitorios principales se abrían sobre un descanso formando los tres lados de un cuadrilátero.

Era un pequeño descanso, pesadamente alfombrado y mal iluminado, con un reloj de péndulo como único mueble. Dos dormitorios ocupaban cada lado del cuadrado, mientras que la escalera formaba el cuarto costado. A Sanders le habían asignado el dormitorio vecino al de Hilary Keen. Sam y Mina Constable ocupaban las habitaciones que miraban a la pared de la escalera. Chase y Pennik, supuso Sanders, estarían en los dos cuartos restantes, en el tercer, costado.

Por el momento, lo que Sanders deseaba era disponer de tiempo para pensar. Su dormitorio era tal como lo había imaginado: las ventanas tenían pesados cortinados cargados de frunces, como si fueran enaguas fuera de moda; la cama era de bronce y de gran tamaño; y sobre una mesa junto a una ventana se veía una lámpara de porcelana nueva. Aunque no disponía de calefacción central; Fourways estaba bien dotado de cuartos de baño, y Sanders tenía uno para su uso exclusivo.

Con el propósito de despejar la sofocante atmósfera del cuarto Sanders apagó el calorífero y abrió ambas, ventanas. Como no había modo de tener las cortinas recogidas las dejó como estaban. En la parte exterior de una de las ventanas había uno de esos pequeños e inútiles balconcillos que parecen como encaramados en el declive de la pared.

Luego de haber respirado profundamente el aire de afuera tomó un rápido baño frío y comenzó a vestirse con cierta prisa. Ya listo, menos el chaleco y el saco, encendió un cigarrillo y se dispuso a reflexionar.

Ese Herman Pennik, a pesar de su demostración de adivinación del pensamiento, ¿no sería un...?

¡Atención! Podía jurar que había oído un débil grito. Aunque las paredes eran espesas, y resultaba difícil distinguir el rumbo de los sonidos, podría también haber jurado que provenían del cuarto vecino. Aguardó tratando de no perder detalle de lo

que parecía un murmullo o un chirriar de ventanas. Luego, varias cosas sucedieron simultáneamente.

Los pesados cortinados se abultaron en la más alejada de las ventanas abiertas. Parecía que alguien luchaba con ellos. La mesita junto a la ventana se tambaleó, y la lámpara de porcelana, al resbalar sobre la pulida superficie, giró y fué a dar contra el suelo con un ruido que debió de oírse hasta en la planta baja. Por debajo de las cortinas apareció primero una chinela de raso negro; luego unas medias color carne; después un brazo y un vestido azul oscuro; y por fin Hilary Keen, respirando agitadamente, entró a los tumbos en el cuarto. Tenía tal terror que sus ojos parecían haber perdido el color, y se hallaba tan cerca del desmayo como nunca lo había estado en la vida. Pero con todo hizo un esfuerzo para evitarlo.

—Perdóneme que haya entrado así —dijo—. Pero no pude evitarlo. Hay alguien en mi cuarto.

—¿Un intruso en su cuarto? ¿Quién es?

—Vine por la ventana —explicó con afanoso detenimiento—. Hay un balcón. Permítame, por favor, que me siente por un minuto. No quiero caer en la deshonra.

Con anterioridad a este suceso Sanders había estado tratando de discernir cuál era el rasgo que más la distinguía a Hilary. Al verla en ese estado de alteración pudo por fin descubrirlo: era su melindrería. En sus suaves hombros y brazos, en sus ojos y en su frente había una estremecida melindrería que corría pareja con el frío aspecto de su piel. Uno de los sostenes del vestido se deslizó del hombro, y ella lo volvió a su sitio con rapidez. Sus manos y brazos estaban tiznados con la suciedad del balcón, y cuando ella se percató pareció que sus nervios fueran a estallar en lágrimas. Se sentó en el borde del lecho.

—¡Vamos; calma! —insistió Sanders—. ¿De qué se trata? Dígame lo que sucede.

No hubo tiempo para la respuesta porque alguien golpeó atronadoramente en la puerta del cuarto. Hilary dió un salto.

—¡No la abra! —gritó—. ¡No atienda! ¡Quienquiera que sea, no abra!... —pero al abrirse la puerta sin permiso de nadie Hilary se interrumpió, lanzando un suspiro de alivio, porque se trataba de Sam Constable, calzado con pantuflas y con una bata puesta encima, a la ligera.

—¿A qué se debe el bochinche? —preguntó—. ¡Parecía que se hubiera derrumbado la casa! ¿No puede un individuo terminar de vestirse en paz?

—Lo siento —contestó Sanders—. No ocurre nada malo: fué la lámpara que cayó y produjo el ruido.

Pero el anfitrión había dejado de interesarse en la lámpara. Les echó una larga mirada; luego sus ojos se agrandaron y se dispuso a expresar sus propias deducciones.

—¿Quieren decirme...? —comenzó a hablar alzando las cejas.

Hilary había recuperado su fría calma.

—No, Mr. Constable. No se apresure a sacar conclusiones. No se trata realmente de lo que usted está pensando.

—¿Puedo preguntarle, Mis Keen —replicó Constable, retomando su aire lleno de empaque— qué conclusiones se supone que he obtenido? ¿He exigido acaso alguna explicación?

Su dignidad ultrajada hacía temblar a Sam. Levantó una mano y se acarició el espeso y sedoso pelo gris.

—Vengo a investigar un ruido. Encuentro una valiosa reliquia hecha pedazos (¡véanla!) y a dos de mis invitados en una situación que en “mis” días hubiera sido calificada de singular. Pero, ¿he formulado alguna pregunta?

—Mis Keen estaba diciéndome... —comenzó a explicar Sanders, pero ella le interrumpió.

—En mi cuarto ocurrió algo que me asustó y por eso vine hasta aquí, a través del balcón. Míreme las manos, si no me cree. Siento muchísimo lo de la lámpara; yo la volteé cuando trepé a la ventana para entrar.

—No tiene importancia —replicó Sam Constable, con aire socarrón—. Lamento, sí, que algo pueda haberla asustado en su cuarto. ¿Ratones, quizás?

—No..., no sé.

—Entonces, no han sido los ratones. Si llega a recordar, dígamelo, por favor, y dispondré que se ocupen de ello. Bueno; con su permiso me retiro. No deseo perturbarlos por más tiempo.

Sanders no hizo comentarios, sabiendo bien que si se unía a las explicaciones le daría a su anfitrión la oportunidad de insistir con su socarronería. Evidentemente, Constable ya vislumbraba sus posibilidades de triunfo en la situación.

—De paso, Mr. Constable, supongo que hasta el momento nadie ha intentado asesinarlo ¿verdad? —le preguntó.

—Todavía no, doctor. Todavía no, y lo digo con gusto, El libro de recortes sigue aún en su sitio. ¡Hasta el momento de la cena, entonces!

Sanders quedó con la vista fija sobre la puerta recién cerrada.

—¿Qué habrá querido significar con eso?

—¿Con qué?

—Que “el libro de recortes está aún en su sitio”...

—No tengo la más remota idea —contestó Hilary—. Y en este preciso momento no sé si reír o llorar. Pareciera como si todo se hubiese juntado para ponerla a una en una situación embarazosa tras otra.

—Oh, no se preocupe. La cuestión es: ¿en qué situación embarazosa estaba usted hace un rato?

Hilary ya estaba calmada, aunque el sobresalto había dejado sus huellas, y su aspecto no era del todo bueno. Por momentos temblaba sin causa aparente.

—No es nada. ¿Puedo usar su baño para lavarme? No deseo volver a mi habitación por un buen rato.

Sanders hizo un ademán aprobatorio, tomando el cigarrillo que había abandonado cuando ella entró. Esa irrupción súbita y la expresión de su rostro le habían preocupado más de lo común. Hilary sólo desapareció por un instante, y cuando regresó él pudo reconocer una fuerza de resolución en su barbilla.

—En verdad, quería darme tiempo para pensar. —Explicó Hilary—. Y discúlpeme, doctor Sanders, pero no puedo darle a usted ningún detalle. Créame, las cosas aquí van encaminadas hacia, un desastre, y no de ser yo quien agregue mi granito de arena. No ha sido nada...

—Decididamente, algo le ha ocurrido. En lenguaje llano, ¿ha querido atacarla alguien?

—No comprendo.

—¿De veras?

—Bueno; no en la forma que usted insinúa. Fué algo más —tembló al decir esto—. Supongo, como ellos dicen, que simplemente no puedo admitirlo. ¿Podría una mirada quebrar un hueso? ¿Tiene usted un cigarrillo? —Hilary tomó asiento en una silla tapizada y encendió el cigarrillo que le ofreció Sanders. Durante un rato se distrajo haciendo anillos de humo—. ¿Debo decirle qué sucede de malo aquí con todos nosotros y por qué esto va a terminar de un modo desagradable para todos?

—Bueno.

—Cuando yo era pequeña tenía un libro de cuentos que estimaba muchísimo. Algunas de esas historias eran más bien sobrecogedoras. Mostraban un mundo donde podía tenerse cuanto se deseara a condición de que un brujo o un hechicero se lo proporcionase. Uno de esos cuentos era acerca de una alfombra mágica, el tipo usual de alfombra mágica. El hechicero le decía al niño que la alfombra le llevaría a todas partes, con un solo requisito: que mientras viajase en la alfombra nunca debería pensar en ninguna vaca, pues en caso de hacerlo, la alfombra volvería a tierra otra vez.

No había motivo terrenal para que el chico pensase en vaca alguna, pero bastó que se le prohibiera pensar en ello para que no hiciera otra cosa que pensar en aquellos rumiantes. Se le metió de tal modo la idea en la cabeza que nunca lo abandonaba cada vez que veía una alfombra. No, no he perdido la cordura. En aquel entonces no capté el lado psicológico del cuento; más bien, el relato me disgustaba. Pero es exacto. Cuando alguien dice “Aquí hay una persona que puede leer sus pensamientos”, lo único que uno se pone a pensar es precisamente lo que no quisiera que los demás supieran. Estamos todos concentrándonos en lo que deseamos mantener reservado y no podremos quitárnoslo de la cabeza por mucho que intentemos.

—Pero, ¿a qué viene eso?

—¡Oh, no sea tan..., tan cándido!

Sanders reflexionó.

—Dios sabe que procuro no serlo. Pero todavía no la comprendo. ¿No está usted

exagerando el asunto? Me inclino a creer, junto con Larry Chase, que sería terriblemente incómodo que nos leyeran todos nuestros pensamientos; pero después de todo no somos un hato de criminales.

—¿Acaso no lo somos, en potencia? Yo tengo una madrastra y la odio. Quisiera que se muriese. ¿Qué me dice usted de eso?

—Sólo que no es un secreto tan terrible.

—Yo quiero su dinero —prosiguió Hilary, sin detenerse—. O mejor dicho, el dinero de mi padre por el cual ella siente un interés vital. Es verdaderamente un interés vital; ella se casó con mi padre cuando él tenía casi la edad de Mr. Constable. Ella no es mucho mayor que yo y es dura como un hierro viejo. Yo también estoy aprendiendo a ser dura... Dígame, ¿qué piensa usted de Mr. Pennik, nuestro adivinador del pensamiento?

—Creo que es un bribón —contestó Sanders.

Hilary, que había estado contemplando el cigarrillo levantó los ojos con asombro y algo, de alarma. En su mirada había también alivio y una confusión de emociones que no podían clasificarse. Pero resultaba indudable que desde algún supersticioso rincón de su alma Hilary se veía impulsada a creer en los poderes de Herman Pennik.

—¿Por qué dice eso? ¿Pennik leyó sus pensamientos...!

—En apariencia. Estuve reflexionando acerca de ello, No arribé a ninguna conclusión definitiva, pero es muy posible que una buena parte de la respuesta tenga que ver con Larry Chase.

—¿Con Larry Chase? —exclamó Hilary—. ¿Cómo?

—Usted sabe cómo habla Larry. Siente profundo interés por todas las personas. Es capaz de contarle a uno la historia íntegra de alguien y luego afirmar y creerse a sí mismo sinceramente que no ha dicho una palabra, Ahora recuerdo, y se me ocurre en este preciso momento que Larry sabía o sospechaba algo acerca de..., bueno, acerca de Marcia Blystone y de ciertas cosas que no quiero mencionar. Él citó este detalle en una carta que me dirigió. Si Pennik es un experto en sonsacar a la gente y luego hacerles olvidar que les ha tirado de la lengua...

—Pero eso no explica cómo Pennik pudo saber lo que usted pensaba en determinado momento.

—No estoy muy seguro. Pero demos por sentado que él es un experto psicólogo. Todos los adivinadores del porvenir tienen que serlo.

—¿Y cómo explica usted lo de la estatua de Lister o quienquiera que fuese? ¿Y en cuanto...? —Hilary vaciló. Sin levantar la mirada prosiguió—. Discúlpeme por mencionar el tema pero, ¿cómo explica la otra cosa que dijo?

—Admito que lo de Lister no lo comprendo. En cuanto a lo que usted llama “la otra cosa”, quizá se deba a que no tengo una cara tan inexpresiva como desearía poseer.

Por unos minutos Hilary se mantuvo en silencio. Luego arrojó el cigarrillo en la vacía chimenea, se levante y midió sus pasos sobre la alfombra.

—También está su profecía acerca de Mr. Constable.

—Mr. Constable —dijo Sanders, cortésmente— aún no está muerto; usted lo sabe. Pero si Pennik puede leer el pensamiento, ¡que me cuelguen si llego a creer que lee también el porvenir!

—¿Y si todo esto fuese un tremendo fraude?

—No digo que lo sea. Es muy posible que haya un cierto grado de poder telepático. Quizás Pennik esté usufructándolo, como algunos hombres honestos lo han hecho en otro terreno, mediante un pequeño fraude consciente y una notable habilidad deductiva.

—Entonces, ¿usted no cree en el pensamiento como arma física?

—Me llevarán a la tumba y seguiré negándolo.

En el instante que las manecillas del reloj de Sanders indicaban las ocho menos un minuto Mina Constable comenzó a gritar desde un par de cuartos más allá de donde estaban Hilary y Sanders.

Había algo de animal en aquellos gritos, algo de dolor físico más que de terror. Mina Constable parecía querer gritar y hablar al mismo tiempo, de modo que lo único inteligible era la interminable repetición del nombre de su marido. Hilary, asiéndose con una mano de la repisa de la chimenea, se volvió con el terror de la superstición pintado en el rostro. No podía soportar el ruido de esos gritos, y Sanders temió que también ella comenzara a gritar a la par. Cuando abrió la puerta que daba al corredor los gritos proseguían, y la escena que contempló hubo de describirla después muchas veces.

Sam Constable, completamente vestido para la cena, se encaminaba rectamente hacia el pasamanos de la escalera, a un paso del primer escalón. Sostenido parcialmente con una mano sobre uno de los postes, su cuerpo se inclinó por encima del pasamanos. Luego alzó la otra mano espasmódicamente, con los dedos crispados, y alzó la espalda como si fuera a lanzarse al vacío. Pero para ese entonces ya estaba inerte; se deslizó junto a la baranda, con el cuerpo curvado contra los barrotes, y una mano golpeó con ruido seco sobre la alfombra. Su rostro estaba dado vuelta, por lo cual Sanders no pudo verlo hasta que el cuerpo rodó sobre sí mismo.

Los gritos cesaron. Mina Constable, con los dientes mordiendo un pañuelo, permanecía en la puerta semiabierta de uno de los cuartos, mirando hacia la escalera. No se movió. Ya acallado el taladrante ruido de sus gritos era posible pensar. Sanders corrió hasta el cuerpo caído y se arrodilló junto a él. Había apenas un levísimo síntoma de pulso, que se detuvo al auscultarlo Sanders. Sam Constable estaba muerto.

Sanders, todavía de rodillas, miró en torno. Tres de las puertas sobre aquel corredor estaban abiertas: la del cuarto de Mina Constable, la de su propia habitación y la perteneciente a Hilary. Desde su posición podía ver oblicuamente el cuarto de Hilary. Podía ver bajo las sillas, bajo la cama y hasta debajo del tocador contra la pared del fondo. Y su mirada fué atraída por el perfil de un objeto que se había deslizado inadvertidamente o por descuido bajo el tocador; un objeto que luego

habría de ser mencionado.

Era un alto gorro blanco, de los que usan los cocineros.

Con un sonido de fluidas campanadas, y luego rompiendo con dignidad como para un pronunciamiento oficial, el reloj de péndulo —en el descanso— anunció las ocho.

CAPÍTULO 5

POR el rabillo del ojo Sanders pudo comprobar que ahora eran tres las personas que estaban en el corredor además de él. Mina Constable seguía aún junto a la puerta entreabierta, con las mandíbulas temblando. Hilary había dado un par de pasos en dirección a ellos y se había detenido. En el otro extremo Lawrence Chase había abierto otra puerta, la de su dormitorio. Ninguno de ellos se movió.

En un rincón, junto al reloj de péndulo, cuya marcha más parecía un restregar que un movimiento acompasado, estaba encendido un artefacto cuya luz arrojaba la sombra de los barrotos del pasamanos sobre la cara y el cuerpo de Sam Constable. Metódicamente, y cerrando la mente a toda otra cuestión, Sanders efectuó el examen del cadáver. El resultado no le provocó alarma, pero sí una quebrantada sensación de alivio. Y sin embargo...

Más que ver, sintió a Chase aproximarse en puntas de pie hasta su lado y hacer varios intentos para mirar por sobre el hombro. Pero no se dió vuelta hasta que Chase, con una especie de zarpazo, le asió del brazo. Chase estaba sin saco y sin cuello, con la pechera almidonada de la camisa sobresaliendo entre los tirantes y su largo pescuezo que parecía ser más largo aún. En la otra mano esgrimía un cuello postizo también almidonado.

—Oiga —espetó Chase con ronca voz—. ¿No está muerto, verdad? ¿No me va a decir que está muerto?

—Sí.

—¿Sam está muerto?

—Compruébelo usted mismo.

—Pero no puede ser —replicó Chase, tomando a Sanders con una mano y blandiendo el cuello postizo en su cara con la otra. Se le acercó más aún—. No es cierto. Él no quiso decir nada con respecto a esto. No podría haberlo dicho.

—¿Quién no podría haber dicho qué?

—No importa. ¿De qué ha muerto, Sam? Dígamelo. ¿De qué ha sido?

—¡Calma! Dentro de un minuto estaré de nuevo aquí ¡Déjeme pasar, caramba! Creo que ha sido una lesión cardíaca.

—¿Una lesión?

—Sí, o quizás una simple falla del corazón provocada por la debilidad. ¡Déjeme, por favor! —repitió Sanders, a la vez que quitaba de frente a su cara el cuello cuya vista le hacía sentir como si un centenar de cuellos estuvieran agitándose a la vez—. Usted le oyó hablar a Sam de un ataque repentino. ¿Tiene idea de cómo andaba su corazón?

—¿Su corazón? —hizo eco Chase, con un rayo de esperanza—. No sé. Probablemente muy mal. Tiene que haber sido así. ¡Pobre Sam! ¡Pregúntele a Mina; eso es, pregúntele a Mina!

Hilary se había aproximado en silencio. Sanders asió a cada uno de un brazo.

—Escúchenme bien y, por favor, hagan lo que yo les diga. Quédense aquí, junto a Sam; no lo toque ninguno de ustedes y tampoco dejen que nadie le ponga las manos encima. Estaré de vuelta en un instante.

Se acercó hasta la puerta semiabierta donde Mina Constable aguardaba. Empujándola gentilmente delante de él, se introdujo en la habitación y cerró la puerta. Mina sé resistió, pero sus rodillas empezaron a doblarse de tal manera que, más que caer, parecía plegarse como un farol de papel. Sanders la sostuvo por las axilas y la condujo hasta una silla. Mina estaba aún sin terminar de arreglarse; tenía puesto un largo peinador color rosado que la hubiera hecho parecer más gruesa si no hubiese sido por sus manos flacas y su rostro atontado enmarcado por un pelo negro. La bata era suelta, y en una de sus mangas podían verse unas manchas parecidas a las de cera. Toda la vivacidad de Mina había desaparecido. Sus labios estaban blancos; el pulso muy agitado. Pero sólo cuando se percató de que Sanders quería alejarla de su marido, manteniéndola en la silla, reaccionó y comenzó a resistirse.

—Quédese tranquila, Mrs. Constable. Nada podemos hacer por ahora.

—¡Pero él no está realmente muerto! ¡No lo está! Yo vi...

—Me temo que sí, señora.

—¡Usted podría saberlo! Usted es médico. ¿Usted lo sabría, no?

Sanders asintió con un movimiento de cabeza. Después de un largo silencio, durante el cual Mina estuvo estremeciéndose, se dejó caer finalmente contra el respaldo de la silla. Era como si el terror estuviera aplacándosele para dar paso a alguna otra emoción. Pareció darse ánimo a sí misma y luego, lentamente, las lágrimas inundaron los grandes ojos imaginativos.

—Ha sido el corazón, ¿no es así Mrs. Constable?

—¿Qué dice usted?

—Que el corazón de Sam era débil, ¿no es verdad?

—Sí, él siempre... ¡No, no, no! —estalló Mina volviendo en sus cabales y observando a Sanders de un modo confuso—. Su corazón era tan fuerte como el de un toro. El doctor Edge se lo dijo hace apenas unas semanas. Nadie tenía un corazón mejor que el suyo. De todos modos, ¿qué importa eso ahora? Ahora recuerdo que no le di los dos pañuelos limpios. Fué lo último que me pidió.

—¿Pero qué ocurrió, Mrs. Constable?

—¡No lo sé, no lo sé, no lo sé!

—¿Por qué gritó usted?

—Déjeme sola, por favor.

Sanders se contuvo, sintiendo un pesar que de ninguna manera, quería demostrar.

—Mrs. Constable, usted sabe que odio ponerla en molestias. Pero, como puede

ver, hay ciertas cosas que estamos obligados a hacer. Tenemos que mandar a buscar un médico, su médico de cabecera; y quizá también a la policía... —Sanders sintió que los músculos de Mina se endurecían bajo su mano—. Si usted me cuenta lo que ocurrió, yo podré hacerme cargo de todo, y estará más tranquila.

—Sí, tiene razón —contestó, procurando aquietar las mandíbulas, pero sin poder evitar que las lágrimas fluyeran más rápidamente ante el esfuerzo—. Lo haré. Usted me parece honesto.

—¿Qué pasó, entonces?

—Él estaba en...

Estaban en el dormitorio de Mina Constable, un recinto de lo más recargado en el cual la única nota de austeridad la daba el mobiliario. Se comunicaba con el cuarto de su marido a través de un pequeño baño. Todas las puertas del departamento estaban abiertas. Mina, enderezándose y apoyando el dorso de la mano en la frente, le indicó la otra habitación.

—Él estaba en su dormitorio; acababa de vestirse. Yo estaba sentada aquí en el tocador. Aún no estaba lista. Había tenido que ayudarlo a vestirse y estaba atrasada. Todas las puertas estaban abiertas. Él me llamó y me dijo: “Voy basta abajo”. (Fué lo último que le oí decir en vida). Yo le contesté: “Está bien, querido”. —El recuerdo del episodio volvió a llenar de lágrimas el rostro de Mina, aunque sus ojos estaban tan serenos como si los párpados hubieran sido pegados.

—¿Sí, Mrs. Constable?

—Oí cuando cerró su puerta; la que da al corredor.

Volvió a interrumpirse.

—¿Sí?

—Luego me pregunté dónde había dejado yo los dos pañuelos que Sara me pidiera. Uno para el bolsillo superior y el otro para usarlo.

—Continúe.

—Quise preguntárselo, de modo que me levanté y tomé la bata —con dedos temblorosos señaló la prenda; todas sus palabras las ilustra con ademanes—. Me dirigí hacia allí y abrí mi puerta para mirar en el corredor. Esperaba que Sam hubiera estado ya escalera abajo, pero no lo había hecho. Estaba ahí, parado de espaldas, a mí, bailando o tambaleando, o quizás haciendo ambas cosas a la vez.

Nuevamente tardó varios minutos antes de proseguir. Los esfuerzos que hacía para controlar su rostro, endureciendo las mandíbulas y presionando la lengua contra los dientes eran de amarga obstinación.

—¿Bailando y tambaleando?

—Así me pareció. Después cayó sobre ese pasamanos. Yo creí que se iría abajo de cabeza y comencé a llamarlo a gritos. Sabía que él estaba muriéndose.

—¿Por qué?

—Porque puedo presentir los hechos.

—¿De veras?

—Así es; eso es todo. Luego vino usted y pude oír lo que decía a Larry Chase.

—Bueno; ya es suficiente, Mrs. Constable. Yo me ocuparé del resto. Quédese aquí en su lecho y descanse un rato. Ah, de paso, ¿vió usted alguien más en el corredor?

—No.

—¿Qué tiempo trascurrió desde qué usted habló por última vez a su esposo y el momento en que lo vió en el corredor?

—Cerca de un minuto. ¿Por qué quiere saberlo?

—Estoy queriendo calcular el tiempo que necesitaría un ataque repentino para evolucionar.

En la voz de Mina podía percibirse una curiosa corriente subterránea, como si fuera una suerte de menosprecio, una vacilación vehemente justo al filo de una decisión, que la impulsó a proseguir.

—No puedo acostarme —dijo—. No me acostaré. Quiero estar sentada junto a él. Quiero reflexionar. “El alma de Adonais, como una estrella”. ¡Oh, Dios, ayúdame!

—Por aquí, Mrs. Constable. Aquí estará más cómoda.

—No quiero.

—Eso es; así estará mejor —prosiguió Sanders, haciendo caso omiso de sus protestas y cubriéndola con una manta apenas estuvo sumergida en el lecho—. Espere un momento.

El largo suspiro que lanzó Mina tranquilizó a Sanders. Éste se preguntaba si hallaría en la casa una tableta de somnífero o algún bromuro. Con una persona como Mina Constable, cuya vivida imaginación la convertía en un manojito de nervios y secretos temores, lo más probable era que hubiese lo que buscaba. Y a Sanders le urgía serenar el ánimo de la mujer antes que comenzara a pensar en Herman Pennik.

Se encaminó hasta el cuarto de baño. Estaba a oscuras, salvo el resplandor proveniente del dormitorio de Sam Constable; y encendió la luz. El baño era un pequeño recinto, oliente a humedad, provisto de una bañera, un portatoallas, un lavabo con agua fría y caliente y un botiquín. En el botiquín (tan repleto de frascos y utensilios que Sanders tuvo que mover las manos con cuidado para no voltear algo) encontró una caja de cartón que contenía tabletas de morfina en dosis pequeñas, prescritas por un tal doctor J. L. Edge.

Sanders volcó dos en la palma de la mano. Luego, al cerrar la puerta del botiquín, contempló su propia imagen reflejada en el espejo.

—No —dijo en voz alta. Y volvió a guardar las tabletas en la caja, retornando ésta a su sitio. Cuando regresó al dormitorio Mina Constable reposaba tranquila, con los ojos entreabiertos en medio de las pequeñas arrugas que los bordeaban.

—Estaré por aquí —le aseguró—. ¿Puede darme usted el nombre del médico de su marido?

—No..., sí. ¿Cerca de aquí? —Mina estaba evidentemente tratando de razonar—. Es el doctor Edge. Puede telefonarle a Grovetop 62.

—Grovetop 62. ¿Le apago esta luz de la cabecera?

—¡No!

No fué el intento de Mina de incorporarse lo que hizo que Sanders retirara la mano. Es que había visto algo, y eso le confirmó su temor subconsciente de dar una medicina a cualquiera de la casa. Junto a la cama había una mesa de noche, y junto a la lámpara un tablero de escribir, una hilera de lápices afilados y varios blocks de papel revueltos. Las puntas de todos los lápices estaban roídas o mordidas por aguzados dientes. Detrás justo de la mesa, sobre la pared, había un par de pequeños anaqueles que podían alcanzarse desde el lecho. Entremezclado con un diccionario de Oxford, un libro de sinónimos y varios gruesos libros de recortes y anotadores divisó un volumen más alto y de menor grosor, encuadernado en imitación cuero. En el lomo tenía pegada una etiqueta que rezaba en vacilantes, letras mayúsculas: “Nuevas formas de homicidio”.

Despaciosamente Sanders regresó al corredor. Hilary Keen y Lawrence Chase, con la espalda vuelta hacia el cuerpo que yacía junto a la baranda, aguardaban con aire calmo.

—¿Y bien? —interrogó Chase. En su mano se veía el cuello postizo completamente arrugado.

—Usted conoce bien dónde están las cosas de esta casa. Lléguese hasta el teléfono, disque Grovetop 62, pida por el Edge y pregúntele si puede venir inmediatamente. Todavía no llamaremos a la policía.

—¿La policía, eh? Dígame exactamente en qué está pensando, viejo.

—Oh, nunca lo imaginaría. De todos modos, no necesita ser adivinador del pensamiento para conocer mis ideas... De paso, ¿dónde está Pennik?

Los tres se miraron unos a otros. La ausencia de Pennik era un hecho palpable. En aquella casa no se escuchaba otro sonido que el tictac del reloj y el ruido repentino, suave y ahogado del llanto incontrolable de Mina Constable encerrada en su cuarto.

—Iré a verla —dijo Hilary, de pronto, pero Sanders Intervino.

—Dentro de un minuto. Antes debemos celebrar un consejo de guerra, porque todos tendremos que responder algunas preguntas... Como pueden imaginar, semejantes alaridos eran capaces de levantar a un muerto de su tumba. ¿Dónde está Pennik?

—¿Por qué me mira a mí? ¿Por qué demonios tengo que saber yo dónde anda?

—Porque lo dejamos con él cuando subimos para cambiarnos.

—Ah, ¿por eso? Yo estuve abajo sólo un par de minutos, y de eso hace más de media hora. Me limité a mostrarle la cocina y decirle: “Adelante con todo esto”. Luego volví a mi cuarto y allí, he estado hasta ahora. ¿Cómo era el número? ¿Grovetop cuánto? Seis dos. Bien. ¿El doctor Edge, verdad? Le telefonaré.

Se volvió y casi tropezó con el cadáver de Sam Constable; después de componer el ánimo se largó a grandes trancos por la escalera. Durante todo este lapso había sido imposible descifrar la expresión de Hilary Keen. Nuevamente trató de dar un paso

adelante, y otra vez se interpuso Sanders en su camino.

—¿No cree usted que sería mejor dejarme pasar? Esa pobre mujer está destrozándose el corazón allí dentro.

—Escúcheme. Yo no pretendo darle órdenes. Pero, créame, me he visto embrollado anteriormente en otros casos criminales —un solo caso, se admitió a sí mismo, pero cayo recuerdo estaba aún vivido—, y las cosas se pueden volver bastante desagradables a menos que se diga la verdad desde un comienzo. ¿Me contestará a una sola pregunta?

—No.

—Pero...

—¡No; no lo haré! Voy con ella —pero Hilary se detuvo a mitad de camino con los ojos azules semisonriendo ante la expresión de Sanders.

—¡Bueno, está bien! ¿De qué se trata?

—Algo o alguien le ha provocado un miedo espantoso esta noche. ¿Fue Pennik el causante? ¿Estuvo él en el cuarto de usted?

—¡Santo Cielo, no!

—Ah —exclamó Sanders, con un suspiro de alivio—. Entonces, está bien.

—¿Por qué motivos piensa usted que Mr. Pennik estuvo en mi cuarto?

—No interesa. Fue sólo una suposición.

El color aumentó en la cara de Hilary.

—Oh, sí que interesa. A pesar de lo que usted pueda pensar, importa mucho, ¿sabe? ¿Por qué tenía que pensar que Mr. Pennik anduvo por mi cuarto? Por alguna extravagante razón pareciera que yo, “yo” entre todos los habitantes del mundo, estuviese condenada a despertar las peores sospechas. Primero, fué Larry Chase; después Mr. Constable. Y ahora usted.

—Nosotros no sospechamos de usted. Sólo sospechamos de nosotros mismos.

—Explíquese mejor, por favor.

—Siento traer el tema a colación. En las presentes circunstancias...

—Oh; él no puede oírlo. Está muerto.

—Únicamente puedo decir...

—Yo también lo siento —interrumpió Hilary, cambiando bruscamente el tono. Se llevó el puño cerrado a la boca, se mordió nerviosamente el dedo índice y luego, como reacción emocional de todo lo sucedido, estuvo a punto de soltar las lágrimas. La actitud de Sanders cambió instantáneamente.

—Es que estoy empeñado en saber la causa de su temor. Porque probablemente tenga alguna relación con ese que está muerto —agregó, señalando hacia la escalera—. Y que no puede oírnos, como usted dice.

—Usted piensa que soy un hueso duro de pelar, ¿no es verdad? —interrogó Hilary, más tranquila, alzando los ojos—. Pero se olvida dónde trabajo. Usted olvida que probablemente yo conozco de muertes violentas tanto como usted. Oh, nunca llegaría a conocerme bien; yo soy solamente uno de los pequeños y humildes

colaboradores que ayudan a los verdaderos abogados a preparar los casos. Pero no quiero saber nada de eso. “No” quiero —le tocó la mano a Sanders—. ¿Por qué dijo usted eso acerca de Pennik?

—Venga por aquí —le pidió Sanders y la condujo hasta la puerta del cuarto de ella—. Agáchese y mire bajo el tocador desde aquí. ¿Ve lo que hay sobre el piso? ¿Ese gorro blanco de cocinero?

—¿Y bien?

—Mrs. Constable le ofreció uno a Pennik, esta misma noche. Y él contestó que le vendría bien usarlo. Yo me pregunto... —al ver la expresión concentrada y perpleja en la cara de Hilary hizo una pausa—. Probablemente no sea nada. Sólo una idea persistente. Si usted dice que no fué Pennik, no hay por qué seguir.

—¿Ese hombrecito tan simpático y modesto?

—Si usted lo dice... Bueno, ¿dónde está ese hombrecito modesto?

Lawrence Chase apareció en el extremo de la escalera, casi sin hacer ruido sobre la pesada alfombra. Había subido de a dos escalones por vez, lo cual explicaba su falta de aliento.

—Ya está todo arreglado —informó—. El doctor Edge vendrá inmediatamente —se asió del poste de la baranda con sus fuertes y largos dedos—. Vea, Sanders, quizá no haya sido otra cosa que un retortijón de tripas, pero creo que debiéramos llamar a la policía, de cualquier modo.

—Más vale no apresurarse. ¿Pero por qué dice eso?

—'Por una razón: el doctor Edge dice que el corazón de Sam estaba perfectamente. Por otra parte, Pennik...

—¿Ha visto a Pennik?

—A decir verdad —replicó Chase, asiéndose a la barandilla con más fuerza— no lo vi. Pero está en el piso bajó. No debemos tomarlo muy seriamente si comienza a hablar tonterías. Pude oírlo, pero no me agradó la perspectiva de toparme con él. Eché una mirada en el comedor y vi que ha dejado la puerta de la cocina abierta con una calza. Está en la cocina porque lo oí silbar, y hacer un ruido como el de la ensalada cuando se la revuelve en una fuente de madera. Ya tiene la mesa lista, con todas las luces encendidas, la mejor vajilla y los cubiertos más finos. También ha usado la mantelería de hilo que Mina tanto aprecia y ha puesto flores en el centro. Pero en la mesa sólo hay dispuestos asientos para cinco personas.

Parte II

OSCURIDAD

Concerniente a la muerte en el aire

Recortes de prensa

“East Surrey Morning Messenger”, 30 de abril de 1938

FALLECIMIENTO DE MR. S. H. CONSTABLE

Los numerosos amigos de Mr. Samuel Hobart Constable, de Fourways, cerca de Grovetop, habrán de lamentar la muerte repentina de Mr. Constable acaecida ayer por la noche. Se supone que Mr. Constable sufrió un ataque cardíaco en momentos de disponerse a cenar.

Mr. Constable, que tenía solamente 56 años, era hijo de sir Lawrence C. Constable, el industrial textil. Fue educado en Hartonby y Simon Magnus College, en Cambridge. Al finalizar el primer año en Cambridge decidió ingresar al Servicio Civil, donde su carrera, aunque discreta, fué recta, constructiva y de acuerdo con las mejores tradiciones del Imperio. Se retiró al ocurrir la muerte de su padre en 1921. En 1928 se casó con Miss Wilhemina Wright, más conocida por sus numerosos lectores bajo el seudónimo literario de Mina Shields. No deja descendientes.

“London Evening Griddle” (última edición del sábado), 30 de abril de 1938

¡MARIDO DE ESCRITORA DE MISTERIOS MUERE DE UN GOLPE INEXPLICABLE!

“¿Qué causó su muerte?”
La policía “asombrada”

Por Ray Dodsworth, reportero policial del “Evening Griddle”.

Samuel Constable, acaudalado esposo de la novelista romántica Mina Shields, sufrió un colapso y falleció ante la vista de sus amigos ayer por la noche en su casa de Surrey.

¿Qué pudo matarlo?

Se dijo en principio que una falla del corazón. Pero por orden del juez instructor se procedió a la autopsia al negarse el Dr. J. L. Edge a extender el certificado de defunción. La autopsia fué realizada esta mañana por el mismo Dr. Edge, con la única ayuda del Dr. John Sanders, famoso patólogo. Posteriormente, ambos facultativos

estuvieron reunidos en una consulta de casi siete horas.

¿Por qué?

Se cree que el motivo se debe a que no pudo hallar ninguna causa probable de muerte. Todos los órganos del cadáver estaban en perfecto estado.

“¿Tienen los médicos alguna teoría que formular este respecto?”, fué la pregunta hecha al coronel, F. G. Willow, alguacil jefe de Surrey.

“Ciertamente, es asombroso”, replicó el coronel Willow. “Pero no tengo nada que manifestar por ahora”. “¿Pero puede morir un hombre sin que haya causa aparente?”.

“No tengo nada más que manifestar por ahora”, insistió el coronel Willow.

Se ha prohibido entrevistar a los invitados al fin de semana de Fourways, la tenebrosa mansión que fué escenario de tan misteriosa muerte.

London Evening Griddle” (misma edición)

¡ÚLTIMO MOMENTO!

El inspector jefe Humphrey Masters, de Scotland Yard, partirá mañana para Grovetop, Surrey, en relación con la misteriosa muerte de Samuel H. Constable.

CAPÍTULO 6

En la mañana del domingo, cuando aún el pasto y los cercados parecían no haberse despertado, una luz soñolienta penetraba por las abiertas puertas del “Black Swan Hotel”, ubicado entre Guildford y Grovetop. El doctor Sanders, sentado junto a una de las ventanas del salón, tomaba café a la vez que observaba el sol con ojos entreabiertos. El silencio era tal que hasta se podía oír las gallinas que escarbaban en el patio trasero del hotel. De pronto y con gran ruido hizo su aparición un automóvil. Sanders experimentó gran alivio cuando divisó el rostro grande y blando del inspector jefe Masters que lo observaba desde el camino.

—¡Hola, señor! —prorrumpió Masters, entrando al salón con el aire de un galeón con todas sus velas desplegadas y estrechándole la mano con gran efusividad—. ¡Buen día, buen día, buen día! Hermosa mañana, ¿verdad?

—Creo que sí.

El inspector jefe se resistió a que le enfriaran el ánimo. Pero cuando tomó asiento ya estaba más sumiso.

—¿Café? ¿No le importa que tome yo sólo? Perdón, señor, pero parece un poco preocupado.

—Creo que es así; un poco.

—Bueno, espero que podré aclarar ese asunto. ¿Eh? —contestó Masters cordialmente—. ¿Y qué tal van sus cosas, señor? ¿Tiene noticias de miss Blystone? Supongo que ella está bien, ¿no?

—Que yo sepa, ella está perfectamente bien —lo interrumpió Sanders, echándole una mirada tan fría que el otro se sorprendió, enrojeciéndosele aún más la frente. Luego de observar astutamente a su compañero Masters pareció adoptar una decisión porque arrimó su silla a la mesa con aire conspirador.

—Bien, señor. ¿De qué se trata? —preguntó con sincera voz—. No comprendo por qué tiene que darme vuelta la cabeza por interesarme en Miss Blystone; pero con todo, como no es asunto de mi incumbencia, está bien.

—Perdón. No quise insinuar eso.

Masters lo miró profundamente.

—Lo importante es esto: ¿qué hay acerca del mensaje que me envió usted? Me pidió que viniera, y aquí estoy. Pero ante todo, doctor, usted como cualquiera sabe que yo tengo que cumplir con mi deber. Mi obligación es ir previamente a Grovetop y presentarme al superintendente de allí. ¡Así es! —su tono era muy persuasivo—. ¿Por qué deseaba verme y ponerme “usted” mismo al tanto del asunto?

—Porque usted habrá de estallar cuando se entere —le respondió Sanders,

simplemente—. Será capaz de saltar y de dar con la cabeza contra el techo. Por eso pensé que mejor sería prevenirlo.

Masters se echó atrás en el asiento.

—¿Tan mala es la cosa?

—Sí.

—Ya estamos metidos —reflexionó Masters, luego de una pausa—. Bien, señor; no importa. Le digo francamente que no me importa. He visto demasiado en los últimos seis o siete años y no me conocería usted bastante si pensara que algo puede sorprenderme ahora —no obstante se notaba que su preocupación iba en aumento—. ¿A qué viene tanto alboroto? Este buen señor, Mr. Constable, fué visto por su mujer cuando salís del cuarto en dirección a la escalera. En mitad del trayecto le dió un ataque, cayó y murió en un par de minutos. ¿No es así?

—Así es, en apariencia.

—Oh —replicó Masters, echándole una rápida mirada—. ¿No puede darme una explicación mejor que ésa?

—Un poco. No es en absoluto complicada, si a eso se refiere usted. En la noche del viernes había en Fourway seis personas: Mr. y Mrs. Constable, Miss Hilary Keen, Mr. Lawrence Chase, Mr. Herman Pennik y yo. Nuestras respectivas posiciones antes de que Constable muriese eran éstas: Constable estaba vistiéndose en su dormitorio, vecino al de su esposa, con el cual se comunica a través del baño. Mrs. Constable estaba arreglándose en su habitación. Mr. Chase también hacía lo propio en su cuarto. Miss Keen hablaba conmigo en mi dormitorio, Todos estos cuartos están en el mismo piso, dispuesto; sobre los tres costados de un cuadrado. El invitado restante, Mr. Pennik, estaba abajo en la cocina preparándonos una comida ligera.

”Cerca de las ocho menos dos minutos Constable llamó a su mujer, a través de las puertas abiertas, para decirle que estaba listo y que descendería al piso bajo. Apenas ella escuchó cerrarse la puerta de él recordó que había olvidado preguntarle si le había dado a su marido los pañuelos limpios. Entonces abrió su puerta, que da al corredor.

”Ambas habitaciones miran hacia el cuarto costado, constituido por la escalera y su pasamanos. Mrs. Constable vió a su marido en medio del corredor, de espaldas a ella. No lo vió parado exactamente, sino que lo describió como “bailando y tambaleando”.

Masters extrajo su libreta de apuntes, que abrió sobre la mesa. Sus ojos eran ahora duros y especulativos. Parecía percibir que había algo bajo la superficie de todo aquello, algo que no podía precisar. Se aclaró la garganta.

—“¿Bailando y tambaleando?”. ¡Ajá! ¿Qué quiso decir ella con eso?

—No pudo o no quiso aclararlo.

—Bien, señor; continúe.

—Constable se lanzó hacia el pasamanos, y ella comenzó a gritar. Yo llegué en un par de segundos después que ella gritase. Constable estaba retorciéndose sobre el

pasamanos; su mano izquierda se agitaba en el aire y, al parecer, pretendía lanzarse al vacío. En cambio cayó al pie del pasamanos y murió pocos segundos después de que yo llegara hasta su lado.

—¿De qué murió, señor?

—Al principio creí que era un síncope. Los síntomas eran característicos: dolor repentino, colapso, calambres, las extremidades frías y húmedas. Y por la tarde él había mencionado un ataque repentino, como si estuviera temiendo tal cosa. Empero, lo que no me agradó fué la dilatación de sus pupilas. Procuré interrogar a Mrs. Constable acerca del corazón de su esposo, pero no estaba en situación de responder. Ése era el planteo del asunto (un caso simple, dirá usted) hasta que hablé con el doctor Edge, el médico de cabecera de Mr. Constable.

—¿Ajá? ¿Y qué más?

—Su corazón estaba tan bien como el de usted o el mío. El hombre era un hipocondríaco; eso es todo. Pero lo peor fué que en la autopsia descubrimos todos los órganos sanos; nada revelaba la posible causa de su muerte.

—Pero usted la encontrará; ¿no, doctor?

—No lo entiendo.

—¡Vamos, vamos! —respondió Masters, frunciendo los labios y haciendo un ruido de gran escepticismo. Y prosiguió, contemporizador—: Puede parecer complicado; lo admito. Pero no veo con qué elementos podremos echar luz sobre el asunto. Los médicos siempre proceden de la misma manera; buscan los argumentos sobre qué pudo causar la muerte...

—Le repito que no había nada que delatase la causa de su muerte. Cuando se le caiga la casa sobre su cabeza terminará por comprender usted por qué ese punto es de tanta importancia. Y no diga que “los médicos siempre proceden de la misma manera”.

—¿No habrá sido un envenenamiento, quizá? —sugirió Masters, con el aire de quien hace una honesta propuesta comercial.

—No.

—Oh, ¿ah? ¿Seguro?

—Sí, a menos que me argumente “algún veneno misterioso desconocido por la ciencia”, lo cual no pienso aceptarle —a despecho de sí mismo Sanders sonrió sarcásticamente—. Inspector: Me juego mi reputación (tal como lo oye) de que Constable no murió de ninguna clase de envenenamiento, sólido, líquido o gaseoso. El doctor Edge y yo hemos hurgado hasta el cansancio, y si existe alguna prueba que hayamos omitido me agradecería conocerla. Pero no dará resultado.

El inspector jefe se rascó el costado del mentón. Su rostro perturbado denotaba que comenzaba a sentirse intrigado.

—Entonces hay algo escondido, ¿eh? Después de todo alguien mató al sujeto ¿no es así? Es decir, que un hombre no puede caer muerto sin que exista “algún” signo revelador de la causa.

—¡Oh, sí que puede! —replicó Sanders.

—¿Cómo?

—Contrariamente a lo que usted supone, puedo nombrarle por lo menos tres maneras por las cuales una persona en perfecto estado de salud puede morir, sin mostrar huella interna o externa del motivo de su muerte.

—¡Pero eso no es posible!

—¿Por qué no?

—Porque..., bueno, ¡cuernos! —estalló Masters, haciendo un gesto vago. Se puso de pie y contempló la ventana mientras hacía sonar las monedas en el bolsillo—. Eso nos pondría en un buen aprieto, ¿verdad? ¿A dónde iría a parar la policía si a la gente le diera por morirse sin revelar la más mínima huella de qué pudo barrerlos de este mundo?

—¡Ah! Ahora sí que vamos acercándonos más al problema. No hemos dado justo en él, pero andamos más cerca. Tengo aquí copiado un párrafo que usted podrá proporcionar a los diarios si las cosas se ponen demasiado feas. No es una afirmación mía, pero encierra una buena dosis de autoridad. Es una cita de Taylor^[2], de modo que puede creérsele.

Desplegó una hoja de papel cubierta con su cuidadosa escritura.

“Entre las personas legas existe el prejuicio de que nadie puede morir violentamente a menos que se le haya infligido alguna evidente herida mortal al cuerpo, pongamos por caso, una visible herida mecánica en algún órgano o conducto sanguíneo vital. Esta es una noción errónea, desde que la muerte puede ocurrir por disturbio de las funciones de algún órgano importante para la vida, sin que ello vaya necesariamente acompañado de una alteración perceptible de su estructura”.^[3]

Entregó el papel a Masters, agregando:

—Aquí lo tiene usted, corto y conciso. Le repito que puedo mencionarle por lo menos tres modos en que una persona muera violentamente sin mostrar ningún signo, interno o externo, que revele la causa.

Masters se aferró a las palabras de Sanders.

—¡Oh! ¿Dice usted “violencia”? ¿Pretende insinuar... “crimen”?

—Así es.

—Ya veo —murmuró el inspector jefe, después de una pausa. Tomó asiento y se puso en guardia—: No tengo inconveniente en admitir que cada minuto aprendo algo nuevo. Sólo que cada vez que hablo con, usted o sir Henry Merrivale surgen siempre cosas que yo desearía no fuesen así. ¿Con que tres maneras, eh? Bien, doctor; veamos cuáles son.

—Primera. Se sabe de personas que han sido muertas rápidamente como resultado de un golpe inesperado en la parte superior del abdomen o en la boca del estómago. El golpe actúa sobre los nervios o los ganglios de los nervios. Sin embargo, no ha habido marca externa de golpe o alguna lesión física interna que revele la muerte.

—Espere un momento —prorrumpió Masters, incorporándose en la silla—. ¿Quiere usted decir que se puede darle un porrazo en la panza a cualquiera y liquidarlo?

—Bueno..., yo no me confiaría en él como un método infalible para matar. Puede matar, pero también puede ser que no. Lo menciono porque se sabe que así ha ocurrido. Pero si lo hiciera usted sin testigos, y la víctima muriese, no habría nadie en la tierra que pudiera acusarle de asesinato.

—¿De modo que es así? —musitó Masters—. Prosiga. ¿Cuál es el segundo método?

—Segundo. Ha habido personas que murieron sin marcas de concusión cerebral. Un hombre recibe un severo golpe en la cabeza y cae muerto instantáneamente o fallece luego sin conocimiento. Puede haber una pequeña lastimadura en el cuero cabelludo, pero también puede ser que no haya ninguna; incluso en el cerebro quizá no aparezca herida alguna o ruptura de vasos sanguíneos, y el resto del organismo permanecer sano. Sin embargo, el hombre ha muerto en forma violenta.

—¡Hum! ¿Y la tercera?

—Tercera. “Shock” nervioso causado por la sorpresa o el miedo. Usualmente denominada como una “indefinida inhibición del corazón”. No resople: se trata de un hecho real y una fuerza científica positiva que puede golpear a un hombre como si fuera un juego de bolos, sin dejar marca externa o interna en el cadáver. Hay también varias otras maneras, aunque ninguna, de ellas puede aplicarse en este caso.^[4] Por ejemplo, muchas personas han muerto de “shock” eléctrico, cosa en la cual podría pensarse dada la abundancia de artefactos eléctricos que había en la casa. Pero Constable estaba a gran distancia de cualquiera de ellos; no había corriente suficiente para matarle, en caso de haber sido así. Y lo más importante de todo es que la electricidad, cuando mata, lo hace en una fracción de segundos.

Prosiguiendo; existen algunas drogas (como la insulina) muy difíciles de detectar, si han sido inyectadas hipodérmicamente; pero creo que de ser así hubiéramos podido descubrirlo igualmente. No quiero que tenga usted conceptos equivocados con respecto a esto; en todo caso es lo más que puedo hacer por usted para cuando se le avecine la hora de las grandes complicaciones.

Por momentos Masters observaba a Sanders con ojos especulativos, a la vez que su frente enrojecía más y más.

—Perdóneme, doctor —le espetó con tono consolador—. ¿Pero se siente usted bien?

—Más o menos.

—Me alegra oírlo. Porque, ¡por vida mía que no comprendo lo que lo aflige! ¿No ve usted que ya ha explicado toda la cuestión? ¿Qué más pretende? Déjeme verificar si está bien planteado el problema. Mr. Constable podría haber muerto de un puñetazo en el cuerpo. O podría haber fallecido de un golpe en la cabeza con un objeto contundente. O (¡hum!) alguien podría haberle salido al paso y gritarle: “¡Buuuu!”. Si

usted no tiene inconveniente —prosiguió Masters, con escéptica indulgencia— seamos decorosos y llamemos a esto último “inhibición cardíaca”. En definitiva, son tres las posibles causas de la muerte de Constable, ¿no?

—Sí.

—Perfectamente. ¿Y cree usted que fué muerto en forma deliberada?

—Así es.

—¡Cuidado! —advirtió el inspector, alzando un dedo—. No saquemos conclusiones todavía; mejor es esperar la prueba concreta. Pero analicemos algo más. El viejo, Mr. Constable, ¿le dijo a su mujer que bajaba a cenar y salió al corredor?

—Sí.

—Entre el instante en que ella le habló por última vez y el momento en que ella abrió la puerta y lo vió en pleno ataque, en el corredor, ¿cuánto tiempo trascurrió?

—Cerca de un minuto, según ella.

—Cerca de un minuto... ¿Observó alguien el corredor antes de que la dama gritara?

—No.

—¿De modo que Constable estuvo solo en el corredor durante todo un minuto?

—En efecto.

—Supongamos —prosiguió Masters— que un criminal hubiese estado aguardándolo allí. Supongamos que el criminal lo atacó en el instante que Constable aparecía. ¿Eh? Y que le haya dado) un golpe en el cuerpo o la cabeza. ¿No habría tenido tiempo suficiente para escurrirse por la escalera o en alguno de los cuartos antes de que Mrs. Constable acudiese?

—Tiempo de sobra; estoy de acuerdo.

—¿Entonces?...

—Ya lo ve usted mismo —explicó Sanders—. Estamos metiéndonos en la angostura del problema. Todo eso puede ser cierto; elija la teoría que quiera. Pero aun admitiendo que fuera cierto, “¿quién puede probarlo?”.

Hubo un silencio. Masters estuvo a punto de incorporarse y comenzar a hablar, pero se contuvo. Su mirada se hizo dura. Interrogó:

—Soy lo bastante claro, ¿no? El problema es que no existe el menor rastro de la posible causa de su muerte. Es probable que haya muerto de un golpe en el cuerpo, o en la cabeza, que podría también, haber sido causado por una caída accidental cuando estaba solo. En cualquier, caso, no tiene usted asidero para afirmar que murió en esa forma. Podría, asimismo, haber sido un simple “shock” nervioso mientras se encontraba solo. No existe dominio más misterioso, más incalculable o menos comprensible que ese mismo “shock” nervioso del cual se reía usted hace un momento. Hubo personas que fallecieron al presenciar un accidente ferroviario; algunos haciendo apuestas de juego, y otros durante una discusión. Incluso de pensar que se los atacaba cuando en realidad no había una sola alma alrededor de ellos. Pero desde que no tenemos la más remota idea de porqué murió Sam Constable, nunca se

podrá probar nada Masters, si esto es un crimen, el criminal está perfectamente a salvo de la ley.

De nuevo hubo otro silencio.

—¡Pero no es razonable! —protestó Masters, quejosamente.

—No; el único inconveniente es que así ocurre algunas veces.

—Bueno, señor; tendremos que ver qué podemos hacer —contestó Masters, con un esfuerzo para parecer optimista—. De cualquier modo me veo obligado a admitir que no me gusta esta falta de pruebas...

—Oh, ése es el menor de los inconvenientes.

Otra vez el inspector jefe estuvo a punto de tomar la palabra, pero antes observó a su interlocutor con aire de sospecha.

—Un momento, doctor. Si no lo conociera tan bien a usted, ¡que me cuelguen si creyese que hay algo enigmático en todo esto! ¿Está seguro de que no anda detrás de una quimera? ¿Crimen? De acuerdo con todo lo que usted me ha explicado bien podría tratarse de una muerte accidental. ¿Eh? Tal como suena. Entonces, ¿por qué ha estado alborotando a todo el mundo con la idea de que la muerte de Mr. Constable no fué natural?

—Porque un vidente llamado Herman Pennik dijo que Constable moriría alrededor de las ocho, el viernes a la noche —contestó Sanders—. Y yo no creo en los que “leen” el pensamiento.

Afuera, en el camino, donde el sol iba aproximándose al mediodía, se oyó el ruido sordo de un ómnibus dominguero. El vehículo se detuvo con un chirrido de frenos, y Sanders observó su reloj. Mientras tanto 'el inspector jefe Masters había estado mirándolo fríamente. Luego de lanzar un profundo suspiro el policía se incorporó y salió del cuarto. El doctor Sanders lo oyó hablar en el dulce tono de alguien que quiere engatusar a un tonto.

—Miss —decía—. ¿Está abierto el bar los domingos aquí?

Una voz femenina le respondió indignada que sí.

—Ah —prorrumpió Masters—. Entonces ¿dos pintas de cerveza amarga, si es “tan” amable?

En ese instante Mr. Herman Pennik descendía del ómnibus. El doctor Sanders no podría haber explicado qué había de discordante en el aspecto de Pennik en medio de aquel rústico camino en un día domingo. Pero sí le oprimía la misma sensación que le había preocupado desde la muerte de Sam Constable: una sensación de que la personalidad de Pennik se agrandaba a cada hora como un árbol tropical bajo un lienzo, revolviendo la tela y echando tentáculos.

El inspector jefe Masters regresó con dos jarros de cerveza. Su aire era de rebuscada espontaneidad.

—Hola, doctor —dijo—. Ya que estamos, ¿sabe algo del viejo? ¿Sir Henry, quiero decir?

—Llegará aquí esta misma tarde.

—¿De veras? ¿Está él enterado de lo que usted acaba de decirme?

—Todavía no.

—¡Ah! —exclamó Masters, con una repentina e irreverente fruición que no iba aplicada a la bebida—. ¿Así que nada sabe del asunto, eh? Bonita sorpresa para él ¿no? ¡Bueno, bueno, bueno! Bueno, aquí está lo mejor.

—Lo mejor... Ah, mientras tanto hay alguien a quien deseo que usted conozca. Aquí viene. ¡Eh, Mr. Pennik! ¡Por aquí! Este... —prosiguió Sanders—, le presento a Masters, inspector jefe de Scotland Yard. Masters, éste es Mr. Pennik, el fenomenal adivinador del pensamiento de quien le hablé. También le he pedido que viniera.

La satisfacción contemplativa de Masters fue de corta duración. Abandonando su jarro rápidamente dirigió a Sanders una breve mirada cargada de reproches y luego volvió el rostro, luciendo su habitual candor, a Pennik.

—¿Sí, señor? No he podido escuchar bien...

—Soy quien el doctor Sanders llama el “adivinator del pensamiento” —aclaró Pennik sin dejar de fijar sus ojos en los de su interlocutor—. El doctor Sanders me dijo que usted estará al frente del caso.

Masters sacudió la cabeza en gesto negativo.

—Me temo que no lo esté todavía, señor. Así que no hay mucho que yo pueda saber sobre el asunto, ¿no es verdad? Empero —su tono se volvió confidencial—, si usted no tuviese inconveniente de participarme sus puntos de vista en forma estrictamente confidencial, y entre nosotros, por supuesto, eso me ayudaría muchísimo. Tome asiento, señor. ¿Qué desea servirse?

(Ten cuidado con él cuando se halla en esta disposición de ánimo).

—Gracias —contestó Pennik—. Nunca bebo. No es que tenga algún prejuicio, pero siempre me causa malestar de estómago.

—¡Ah! Mucha gente estaría mejor sin la bebida. Me atrevo a afirmar... —reflexionó Masters, con un ojo puesto en su jarro—. ¡En fin! Lo malo es, usted comprende, que la gente dirá que no hay tal caso. Sería un poco amargo que armáramos un alboroto para descubrir al final que Mr. Constable murió de muerte natural, ¿no?

Pennik frunció ligeramente el ceño a la vez que dirigía una amable, pero asombrada mirada a Sanders. De nuevo la misma impresión del árbol bajo la tela sombría, y por cierto que no era nada grata.

—El doctor Sanders no debe de haberle contado mucho acerca del caso. Sin duda no fué una muerte natural.

—¿Usted también cree lo mismo?

—Claro que sí. Yo lo sabía.

Masters rió entre dientes.

—¿Lo sabía usted, señor? Entonces ¿quizá pueda decirnos quién lo mató?

—Por supuesto —replicó Pennik, alzando una mano para tocarse ligeramente el pecho—. Lo maté “yo”.

CAPÍTULO 7

Fue la mano levantada la causa de todo. ¿Por qué si es posible saber, había esa leve insinuación de adorno en Pennik esa mañana? Sus ropas eran tan comunes y sencillas como las de Sam Constable. Su sombrero blando y su bastón nudoso descansaban sobre la mesa. Su gesto (quizá vehemente) estaba tan reprimido como si fuera tallado en madera. Pero en el meñique de su mano izquierda lucía un anillo con un rubí.

Nada podría haber sido más grotesco que el contraste entre aquel anilló y el escenario: la posada de campaña, el paisaje dominguero con las gallinas, el sol a través de las frescas cortinas, que daba en la cabeza de toro de Pennik. El anillo lo transformaba; era como si lo iluminase.

Sanders estaba tan abstraído mirándolo que pasó por alto la expresión en la cara de Masters. Pero sí oyó el tono de voz del inspector jefe.

—¿Qué ha dicho usted?

—Dije que “yo” lo maté. ¿Acaso no se lo contó el doctor Sanders?

—No, señor; no me lo dijo. ¿Así que por eso ha venido, no? —Masters se incorporó—. Herman Pennik, ¿desea formular alguna declaración sobre la muerte de Mr. Constable?

—Si usted quiere, sí.

—¡Un momento! Le prevengo que usted no está obligado a formular ninguna declaración; pero en caso de que lo hiciera...

—Está bien, inspector —afirmó Pennik, escondiendo tras sus rasgos tranquilos una enorme diversión. Pero también había enojo—. No alcanzo a comprender, sin embargo, por qué el doctor Sanders omitió decírselo. Ni tampoco entiendo la causa de tanta conmoción. El doctor Sanders puede dar fe de que le advertí expresamente a Mr. Constable, en presencia de los demás, que yo trataría de matarlo. No dije que era “seguro”, observe bien, porque yo no estaba seguro de si podría hacerlo. Me limité a prevenirle que procuraría hacerlo. Pero no puedo comprender cómo ha existido semejante omisión. Por cierto que no alego poseer poderes sobrenaturales, ni nadie, hasta donde yo sepa, ha sido capaz de leer el porvenir. Yo le avisé que lo mataría, y lo maté. Así, pues, ¿a qué viene tanto barullo?

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Masters, soltando el aliento—. ¡Permítame decirle unas palabras antes de que prosiga, señor! Debo advertirle que no está obligado a hacer ninguna declaración, pero que si lo hace...

—Y le repito que está bien, Mr. Masters. Ya me han dicho que puedo declarar cuanto quiera sin que corra peligro.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Mi abogado.

—Su...

—Mejor dicho —Pennik se corrigió—, era mi abogado. Me refiero a Mr. Chase. Él se ha desligado de mí, aduciendo que yo bromeaba. Pero yo no estaba de bromas.

—¿No, señor?

—No. Antes de matar a Mr. Constable le pregunté a Mr. Chase si me acusaría de crimen en caso de asesinarlo, en las condiciones que le describí. Mr. Chase me dijo que no. De otro modo yo no lo habría hecho. Tengo terror de que me encierren; eso me aniquilaría, y el experimento no hubiera justificado que corriese el riesgo de que me enjuiciaran.

—Yo diría que no, señor. ¿Qué le parecería la horca, en cambio?

—¿Usted también piensa, Mr. Masters, que estoy bromeando?

Masters se aclaró la garganta con fuerza.

—¡Vamos, vamos, señor! Hay que tomar las cosas con calma... Perdón, doctor, pero ¿este hombre no está loco?

—Desgraciadamente, no —le respondió Sanders, secamente.

—Gracias, doctor —terció Pennik, con gran gravedad, aunque Sanders alcanzó a divisar un rayo de malicia tras aquella ancha nariz, malicia que iba extendiéndose a todo el rostro.

—Y bien, ¿por qué no fué con su historia a la policía local?

—Lo hice —asintió Pennik.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como fueron llamados. Quería estar seguro de que nada habría de suceder en mi contra; ¿se da cuenta?

—¿Y qué les pareció a ellos?

—Estuvieron de acuerdo en que nada podía hacerse, en cuanto a lo que les pareció, eso es otro asunto. El coronel Willow, ni pestañeó; pero el superintendente Belcher está hecho de una pasta menos dura, y creo que solo el recapacitar en su mujer y en sus cuatro hijos lo contuvo de meter la cabeza dentro del horno del gas.

Masters se dió vuelta con peligrosa calma.

—¿Es cierto eso, doctor?

—Enteramente cierto.

—Entonces, ¿por qué rayos no me lo dijo?

—Eso es lo que estoy haciendo —replicó Sanders, pacientemente—. Por eso usted está aquí. Lo mismo que a Mr. Pennik, yo lo previne a usted. No me pareció prudente..., este..., darle a usted todo el trabajo de golpe.

—Pero, ¡por mil demonios! ¡La policía no puede también estar loca!

—No lo está —aseguró Pennik—, aunque al principio parecieron compartir su punto de vista sobre mí. Empero estoy con usted en que el doctor Sanders debiera habérselo contado. Se lo dije a él y a los demás invitados en Fourways, tan pronto como aconteció el hecho. Por alguna curiosa razón todos parecen (todos, menos el

doctor Sanders) mirarme con una especie de terror supersticioso. Hasta rehusaron servirse la cena, que buen trabajo me costó prepararla. Procuré explicarles, pero no me escucharon. Por supuesto, estaba orgulloso de mi éxito —otra vez cruzó su rostro una extraña luz—, pero soy un ser humano; no pretendo poseer poderes sobrenaturales. Tales ideas son una tontería.

Masters se abatió; por un momento respiró con lentitud y calmosamente, como si contase. Luego levantó la cabeza.

—Si usted no se opone, señor —prosiguió con explosiva suavidad—, vamos a empezar este asunto por el principio, ¿eh? ¿Pretende usted sentarse aquí y hacerme creer que mató a Mr. Constable?

—Me temo que no podemos seguir adelante, inspector, a menos que usted procure considerar eso como una posibilidad y deje de hacerme la misma pregunta. Sí; yo lo mató.

—¿Tiene razón, tiene razón! Pero, ¿“cómo” lo mató?

—¡Ah! Ése es mi secreto —explicó Pennik, pensativamente—. Estoy, de pronto, empezando a comprender lo importante que podría ser mi secreto para el mundo. No esperen que se lo revele.

—¿Cómo que no; por San Jorge! No; espere; ¡calma! Mejor será andar tranquilo. Ahora, dígame, ¿por qué lo mató?

—Eso es muy fácil de responder. Yo lo consideraba a Constable como un imbécil de malas maneras, brutal con su mujer, insultante para sus invitados, un obstáculo para todo progreso mental o moral. Juzgado como persona, me había desafiado hasta más allá de los límites de la paciencia humana. Juzgado como sujeto de una experimentación, era un hombre cuya desaparición en nada afecta al esquema del universo. Aunque el doctor Sanders disienta conmigo en otras cosas, admitirá que en eso tengo razón. De modo, pues, que lo convertí en el sujeto de un experimento.

—¿Un experimento! —repitió Master—. ¡Vamos, señor! Respecto de cómo lo hizo, ¿qué medios utilizó usted? ¿Ha perfeccionado algún nuevo golpe sobre el estómago? ¿Un golpe que nunca falle? ¿O alguna nueva manera dejarlo a uno quieto, quizá? ¿O de asustar al pobre infeliz?

—¿Así que ha estado escuchando sobre las posibilidades científicas? —observó Pennik, volviendo su mirada hacia Sanders.

—Bien; ¿cuál de esos medios empleó usted?

—Eso es lo que tendrá que descubrir por sí mismo —sonrió Pennik.

—¿Ajá? ¿Así que admite haber usado uno de esos medios?

—Por el contrario; no empleé ninguno de ellos, salvo en cierto sentido.

—¿Excepto en cierto sentido? ¿Qué quiere significar con eso?

—Que ciertamente he utilizado un arma que puedo golpear y, si es usada con propiedad, matar. Si usted desea darle nombre, llámela “Telefuerza” el poder de sondear o, inversamente, de destruir a la distancia. No sabía —nuevamente se le iluminaron los ojos y el mentón— que podía alcanzar semejante fuerza. Inspector,

estoy muy cansado. No me exija demasiado ahora. Sé en este momento lo que piensa usted, porque mi método me lo permite.

—¿Conque usted sabe lo que estoy pensando yo, no? —inquirió Masters, echando la cabeza a un costado.

Pennik sonrió, vagamente.

—Bueno, está pensando en mi poder extemporal, naturalmente. Eso sería evidente para cualquiera que lo mire a usted. Me refería a sus pensamientos ocultos; los pensamientos que ha estado tratando de borrar de su mente. Usted ha estado exhibiendo hoy un aire de falsa y forzada genialidad porque, secretamente, se siente preocupado. Usted tiene una hija que mañana será internada en un hospital para ser operada de apendicitis. Ella no es una criatura fuerte, y usted no ha dormido en toda la noche por esa preocupación.

Masters enrojeció y luego palideció un poco. Su amigo jamás le había conocido esa expresión en el rostro.

—¿Le contó eso a él? —preguntó a Sanders, girando sobre los talones.

—Yo lo ignoraba. Lo siento —contestó Sanders.

—Pero es cierto, ¿no? —prosiguió Pennik—. Sea razonable; tarde o temprano tendría que admitirlo.

—Si es tan amable, dejemos mis asuntos de lado, señor. ¡Hum! Ahora... ¿supongo que no podrá probar usted qué hacía cuando Mr. Constable fué muerto?

—Estaba diciendo para mis adentros cuándo haría usted esa pregunta —replicó Pennik, mostrando los dientes—. Aclarémoslo de una vez y para siempre. El doctor Sanders (y también Miss Keen) podrán atestiguar que Mr. Constable estaba vivo y gozando de perfecta salud el viernes a las ocho menos cuarto de la noche. Creo que había ido a investigar ciertos hechos curiosos sucedidos en el dormitorio del doctor Sanders —aquí un rayo de malicia fué lanzado hacia el doctor, que pudo percibirlo casi como una vibración—. En esos momentos yo estaba en el piso bajo. A las ocho menos cuarto llamaron a la puerta..., la puerta de servicio. Atendí; era un tal Mrs. Chichester, que había prometido ayudar en la comida y la limpieza por cuanto no se contaba con los sirvientes. Venía acompañada por su hijo Lewis, posiblemente para mayor seguridad. Yo estaba dispuesto a preparar la comida, pero les pregunté si querían ayudarme. Por algún motivo desconocido parecían nerviosos.

En este punto del relato intervino Sanders. Era una de las partes que menos le agradaban de todo el asunto.

—¿Por qué no le dice al inspector jefe cuál era el motivo para que estuviesen nerviosos, Mr. Pennik?

—No comprendo.

—Mrs. Chichester y su hijo —explicó Sanders— le dirán que cuando Mr. Pennik les abrió la puerta respiraba como si hubiera estado corriendo y los ojos le daban vueltas. Desde las ocho menos cuarto hasta las ocho Pennik estuvo perturbado por alguna causa todavía no aclarada. A las ocho, cuando Mrs. Constable comenzó a

gritar arriba, los Chichester salieron disparando de la casa como si les persiguiera el diablo y ya no volvieron.

—¿Sí, señor? ¿Qué hay con ello? —frunció Masters el ceño.

Sanders miró a Pennik.

—Me pregunto solamente por qué respiraba jadeante cuando abrió la puerta. ¿Había estado arriba, por ejemplo?

—No, no estuve —contestó Pennik. Hizo una ligera pausa—. Pero el doctor Sanders ha reseñado el caso en mi nombre. Mrs. Chichester y su hijo le dirán que entre las ocho menos cuarto y las ocho no me moví de la cocina o del comedor; la puerta entre ambos recintos estaba abierta, lo cual pueden ratificar. En cuanto concierne al aspecto médico, el doctor Sanders le dirá que Mr. Constable murió a las ocho. Eso soluciona todo, me parece.

Masters apoyó los puños en la cintura.

—¡Oh! Una coartada perfecta, ¿eh?

—Usted lo ha dicho: una coartada perfecta —sonrió Pennik, con sarcasmo.

Hubo una pausa.

—Ahora, inspector, yo conozco la ley inglesa. Usted no osaría arrestarme; ni siquiera podría conseguir una orden de prisión. Tampoco podría usar esa arma denominada “el tercer grado”; y menos podría encerrarme bajo el argumento de ser un “testigo material”. Como le decía, siento horror de que me encierren. En ningún caso soy un testigo. Yo simplemente maté al hombre, pero no veo cómo puedan ustedes resolver el problema.

El inspector jefe se echó atrás y lo observó sin pronunciar palabra. Pennik tomó su sombrero y su bastón. El sol le tocaba el pelo rubio arena; henchió el pecho y levantó la vista. Su voz se profundizó de pronto como influida por la inspiración.

—Y aconteció —dijo Pennik— que a la séptima vez, cuando los sacerdotes sonaron sus trompetas, Josué dijo al pueblo: “Den vivas, porque el Señor les ha restituido la ciudad”. —Cerró el enorme puño y lo estrelló con un golpe sobre la mesa—. Señores, con mi corazón, mi cuerpo y mi cerebro he desarrollado un nuevo y gran poder. He traspuesto los tesoros de lo desconocido. El doctor Sanders le dirá que no hay dominio más misterioso, más incalculable y menos comprensible que la fuerza llamada “shock” nervioso; pero yo he descubierto su secreto. Antes de que haya terminado habré convertido a los científicos en murciélagos y lechuzas y demostrado la puerilidad de su lógica. Pero esta facultad debe emplearse espaciadamente y sólo para el bien. Sí; siempre para el bien. ¡Siempre, siempre, siempre! ¡Mr. Constable, pese a la estima que ustedes hayan sentido por él, no será echado de menos!...”.

—¿No se le ha ocurrido pensar —insinuó Sanders— que podría ser echado de menos por su esposa?

—¡Su esposa! —repitió Pennik, con acento burlón.

—Ella es una mujer útil y honesta. ¿Alcanzará usted a entender si le digo que, siempre que haya sido usted el autor, le ha destrozado a ella el corazón?

—¿Siempre que yo haya sido el autor? —repitió Pennik, alzando ligeramente las cejas.

—Eso mismo dije.

Pennik se estiró a través de la mesa y habló con voz distinta.

—¿Está usted desafiándome, señor?

Hubo un silencio que fue quebrado por el inspector jefe Masters.

—¡Calma! —rugió—. ¡Calma, ahora! Esto no puede proseguir. ¡No puede; les digo!

—Tiene razón —asintió Pennik, lanzando una profunda expiración—. Le ruego me perdone, doctor. Debo recordar en mi mente algunos hechos; no debo hacer ninguna tontería o cometer un desliz —se dió vuelta, un poco petulante—. Traten de comprenderme, caballeros. No reclamo para mí poderes sobrenaturales de ninguna especie; trabajo asistido por una fuerza natural que sólo yo conozco. No pretendo que esa fuerza pueda “siempre” surtir efecto. No, no, no. Soy mucho más modesto de lo que suponen: quizá pueda dar resultados en siete casos de cada diez. Eso es lo que aclaré a los representantes de la prensa...

Aquello fué una nueva causa de enojo para Masters.

—¡Vamos, vamos! —dijo—. ¡Un segundo! ¿Quiere insinuar que va a hacer declaraciones a los diarios?

—¿Y por qué no?

—¡Pero usted no puede hacer eso, señor!

—¿Oh? ¿Y qué piensa hacer para impedírmelo, inspector? En estos momentos hay un buen número de periodistas en la estación de policía de Grovetop. Les he anunciado que formularé una declaración a última hora de hoy. El primero en entrevistarme —sacó una tarjeta del bolsillo y la estudió— fué Mr. Dodsworth, del “Evening Griddle”. Me han informado que el “Griddle” es un diario de escándalo, pero no me importa porque el escándalo a veces es estimulante y saludable. Pero hay otros que no son específicamente de escándalo. Déjeme recordar. Mr. Banks, del *News Record*; Mr. MacBain, del “Daily Trumpeter”; Mr. Morris, del “Daily Non-Stop”; Mr. O’Brien, del “Evening Banner”; Mr. Westhouse, del “Daily Wireles”. Ah, sí, y también Mr. Kynaston, del “Times”.

Con ira reprimida Masters comentó:

—¿Así que quiere publicidad, eh?

—Mi estimado señor. Ni busco publicidad ni tampoco la rehuyo. Si esos señores tienen algunas preguntas que formularme, les responderé con el mayor agrado.

—¿Aja? ¿Y se propone usted narrarles lo que acaba de decirme a mí?

—Naturalmente.

—¿Sabe que no se les permitirá imprimir siquiera una palabra, no?

—Esperemos a ver qué pasa —le respondió Pennik, desinteresado—. Sería una calamidad que me viera obligado a ejercitar mi poder nada más que para demostrarlo. No me lleve hasta esos extremos, mi amigo. Soy un alma sencilla y quiero hacer el

bien a todos. Y ahora, si no me necesita más por el momento, me despediré. Me encontrarán en Fourways cuando quiera que me precisen. En verdad, Mrs. Constable me ha echado de la casa; su desagrado por mí ha llegado a lindar en lo maniático. Pero la policía me ha pedido que me quede y, como usted ve, soy feliz cuando puedo acceder a un pedido razonable.

—Señor; ¡se lo digo seriamente! Le prohíbo decir una sola palabra de esto a los periodis...

—¡No sea tonto, inspector! ¡Buen día!

Fueron sus últimas palabras. Se acomodó el sombrero, tomó el bastón nudoso y salió luego de una fría reverencia de cabeza a Sanders. Ambos le vieron marchar con aplomo hasta la parada del ómnibus. Sanders rompió el silencio con una sola palabra.

—¿Bien?

—Es un loco —declaró el inspector jefe.

—¿Usted lo cree, realmente?

—¿Qué otra cosa podría ser? —replicó Masters. Reflexionó—. Y sin embargo, este hombre tiene “algo”; debo confesarlo. ¡Diablos! Nunca me había hablado nadie así desde que nací. Por mi vida, que no lo puedo tratar como al vulgar maniático que viene y dice que ha matado a alguien. Los conozco bien; he tratado a miles así, pero, se lo digo honestamente, este Pennik no es de esa calaña.

—Suponga —murmuró Sanders, pensativamente—, suponga y no monte en cólera que él le dice a alguien más que va a morir a determinada hora, y la persona muere.

—No lo creería; eso es todo.

—Bueno, eso es muy honrado y razonable de su parte; pero no es de gran ayuda, ¿no? ¿Puede imaginarse lo que haría la prensa pasquinera con una historia como ésta? La considerarían sensacional.

Masters sacudió la cabeza con escepticismo.

—No me preocupa mucho ese aspecto, señor. No habría un diario en toda la ciudad que osará explotar un cuento semejante; y ciertamente que menos lo harían en cuanto recibieran ciertas órdenes. Pero lo que más me preocupa, ¡uff!, sí, debo admitirlo, es que después de todo creo que ese sujeto mató a Mr. Constable.

—¿Se ha convertido usted?

—No en la forma que insinúa; no. Pero, doctor, ese hombre es sincero. Él lo dió a entender, o yo soy el holandés errante. Yo puedo olfatear cosas como ésa. Pero lo que quiero significar es que, quizá, puede tratarse de un nuevo y genuino método infalible para liquidar a la gente, como si fuera una nueva manera de golpear en el estómago.

—¿Aunque se haya probado positivamente que él se encontraba abajo con Mrs. Chichester y el hijo de ésta?

—Lo que queremos nosotros son hechos —contestó Masters, tercamente. Reflexionó y luego su expresión se iluminó con un rayo de aliento—. Hasta donde yo puedo ver hay sólo un consuelo. ¡Dios mío! ¡Cuándo podremos contar con cierto

caballero que ambos conocemos! —y agregó, con un guiño de contento asomándole en los párpados—: Entre nosotros, doctor, ¿qué cree usted que dirá sir Henry Merrivale?

CAPÍTULO 8

—¡Fuiiiii! —dijo H. M.

En los tiempos que Fourways fuera construido algunos decoradores emprendedores habían hecho popular una pieza de mobiliario o decoración que se conocía con el nombre de “rincón turco”. En una esquina de la sala se instalaba un escondite o alcoba decorada con pesados cortinados orientales, muy espesos, adornados de borlas. Estas cortinas cercaban un ambiente constituido por una otomana rayada; en las paredes colgaban en cruz siniestras cimitarras. A veces un farolito amarillo ardía allí, aunque no muy a menudo. El efecto tendía a crear una atmósfera de misterio y romanticismo; inevitablemente el “rincón turco” atraía a las parejas de enamorados y también a todo el polvo de la casa.

En la sala de Fourways, y en medio de la penumbra del anochecer, H. M. se sentó en el borde de la otomana y miró con ojos fijos y penetrantes. Ni siquiera Masters había visto alguna vez una expresión más malévola en su cara. Subiéndose y bajándose los anteojos sobre la nariz H. M. atisbaba alternadamente al doctor Sanders y al inspector jefe. Ocasionalmente, al mover su voluminoso cuerpo sobre la otomana, el polvo caía sobre su cabeza calva y le hacía levantar la vista y renegar. Pero se encontraba demasiado concentrado, o demasiado cómodo, para abandonar su ubicación.

—Y ésa es la situación, sir Henry —dijo Masters, casi alegremente—. De paso, ¿qué diría usted de este asunto?

H. M. resolló.

—Yo diría —respondió quejosamente— lo que ya he dicho anteriormente. No sé por qué es así. Pero usted, Masters, se las arregla siempre para verse enredado en los casos más condenados de que yo tenga noticia. ¿Cuándo lo dejarán 'tranquilo? Usted debiera pensar que tarde o temprano se aburrirán de tramar tretas ingeniosas exclusivamente para beneficio suyo y se dedicarán a mortificar a algún otro por un tiempo. Pero, oh, no. Nunca tendrá esa suerte. ¿Quiere usted decirme por qué?

—Yo supongo que es porque me encolerizo con facilidad —admitió Masters, con cierta sinceridad—. Igual que usted.

—¿Como yo?

—Sí, señor.

—¿Qué quiere significar con “igual que yo”? —dijo H. M., alzando rápidamente la cabeza—. ¿Acaso tiene usted el infernal y quimérico descaro de insinuar que yo, “yo” entre todos los habitantes de este mundo...?

—¡Vamos, vamos; señor! No he querido decir nada, semejante.

—Me alegra oírle decir eso —respondió H. M., alisándose con gran solemnidad las solapas del abrigo y mostrando, a la vez, alivio—. En este mundo sólo hay malas interpretaciones y nada más que malas interpretaciones. Tome mi caso, por ejemplo. ¿Me aprecian ellos acaso? ¡Ja! ¡Le apuesto a que no!

Sanders y el inspector jefe lo contemplaron. Era una expresión nueva en él: no de lamentación, por supuesto, pero sí de tristeza en el tono de su voz, que parecía sugerir que todos somos de barro, y que el hombre anda una fatigosa jornada nada más que para morir.

—Este..., no sucede nada malo con usted, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir con “nada malo”?

—Bueno..., señor, que acaso estuviera afectada su salud o algo por el estilo con este trabajo agobiador.

—Estuve pronunciando un discurso —contestó el jefe del servicio secreto militar, contemplándose los zapatos tétricamente. Pero su ánimo se recobró en seguida—. Después de todo yo sólo estaba tratando de hacerle un favor a un amigo, ¿no es así? Yo soy un miembro del Gobierno, ¿verdad? Sólo fué por ayudar a Squiffy. Squiffy era quien debía pronunciar el discurso, declarando oficialmente inaugurado un nuevo ramal ferroviario en el Norte. Él estaba un poco atacado de gripe y no podía concurrir, de modo que me ofrecí para reemplazarlo. Hubiera sido un acontecimiento de lo más divertido, de no ser por el lío que vino después. Habían dispuesto un tren especial, y descubrí que el maquinista era un viejo amigo mío. Sin duda, yo debía viajar en la locomotora con Tom Porter, ¿no es verdad? ¡Malditos sean! ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Luego le dije a Tom: “Oye, Tom; ¿por qué no te corres y me dejas que maneje la cosa?”. Él me contestó: “¿Sabes cómo se hace?”. Le dije: “Seguro que sí”, porque tengo una mente de mecánico, ¿eh? Él me dijo: “Bueno, pero frénala despacio”.

Masters lo contempló.

—¿No querrá decirnos que destrozó el tren, señor?

—No; ¡claro que no destrocé el tren! —replicó H. M., no si en ello estuviera la clave de su ánimo apesadumbrado—. ¡Así es! Sólo que atropellé una vaca.

—¿Hizo usted “qué”?

—Atropellé una vaca —explicó H. M.—. Y me tomaron fotografías cuando discutía con el granjero dueño de la vaca. Squiffy estaba exasperado. Dijo que eso rebajaba la categoría de la persona en su vida pública. Y dijo que yo siempre andaba haciendo eso, cosa que es una mentira. Nunca había estado en una ceremonia pública desde que bauticé aquel nuevo barreminas en Portsmouth, tres años atrás. En ese entonces, ¿fué acaso culpa mía que ellos botaran el barco demasiado pronto y que le diera con la botella de champán en la cabeza, al alcalde, en lugar de romperla en la proa? El infierno me condene; ¿por qué tienen siempre que elegirme a mí?

—Bueno, señor; quizá... —comenzó a decir Masters, con tono consolador.

—Le diré lo que pasa —gruñó H. M., atacando súbitamente el meollo del asunto

—. Puede ser que usted no lo crea, pero yo he oído algunos rumores y he podido enterarme de algunas conversaciones malévolas acerca de que quieren enviarme al Parlamento, a la Cámara de los Lores. Yo pregunto, Masters, ¿pueden ellos hacer eso conmigo? ¿Eh?

Masters lo miró dudoso.

—Difícil es decir, señor. Pero no veo cómo lo van a enviar a la Cámara de los Lores sólo porque atropelló una vaca.

—No estoy muy seguro —respondió H. M., dudando en todo sentido de la competencia de sus detractores—. Ellos nunca se cansan de decirme que soy un viejo fósil gruñón con cabeza de trapo. Acuérdesse de mis palabras, Masters. Hay todavía muchos chanchullos que resolver, y si ellos se proponen aprovechar algún otro accidente acabaré en la Cámara de los Lores. Como remate de todo esto, ¿qué sucede? Vengo aquí, esperando gozar la cola del fin de semana después de mis pesadas tareas, y ¿qué me dan? Otro crimen. ¡Cuernos!

—Hablando de la muerte de Mr. Constable...

—No quiero hablar de ello —dijo H. M., cruzándose de brazos—. En realidad, no pienso hacerlo. Me excusaré y me mandaré mudar. Ah, y de paso, hijo, ¿“dónde” está Mrs. Constable? ¿Dónde están los demás?

Masters echó una mirada inquisidora en torno.

—No podría decirle, sir Henry. Acabo de llegar de la estación de policía. Pero el doctor Sanders vino hacia aquí antes que yo...

—Mrs. Constable —aclaró Sanders— está arriba, desusando en su cuarto. Miss Keen la acompaña. Chase está conversando con el policía que dejaron apostado en la cocina. Y Pennik parece que ha desaparecido.

H. M. parecía incómodo.

—¿Así que la señora no aceptó con resignación la muerte de su esposo?

—No; por el contrario. Hilary tuvo que dormir en el cuarto de ella el viernes y también anoche. Pero Mrs. Constable ya se encuentra mejor y desea especialmente verlo a usted.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? ¡Maldito sea!

—Porque ella piensa que Pennik es un farsante y a la vez un criminal loco, y que usted podría desenmascararlo Mrs. Constable está al tanto del caso Answell y el caso Haye y de los demás. Es una gran admiradora suya, H. M. Ella ha estado aguardándolo; por eso no ha querido hablar mucho. No la abandone.

H. M. se revolvió con un brillo en la mirada. Luego sus ojitos grises se concentraron con fijeza, empujó sus anteojos a la debida posición y espíó por encima de ellos.

—De modo que ella dice que Pennik es un fraude, ¿eh? —preguntó con voz curiosa—. Pero eso es más bien extraño, ¿no es cierto, hijo? ¿No fué acaso ella misma quien descubrió a Pennik y juraba que era genuino y lo respaldó frente a su marido?

—Sí.

—Y entonces, ¿a qué viene el cambio de frente? ¿Cuándo ocurrió eso?

—Cuando Pennik mató (así lo dice él) a Constable. Es decir, cuando Pennik así lo anunció.

—¡Oh! ¿Cree ella que alguien más podría ser el autor?

Sanders hizo un amplio ademán.

—Ella no pretende que el hecho sea racional. En estos momentos ella no piensa, solamente siente. Parecería que quisiese vengarse de Pennik en alguna forma. Por eso espero que usted y Masters se queden y enderecen las cosas. He estado expuesto durante dos noches seguidas a una “danse macabre”, ¡y por cierto que no es nada agradable!

H. M. murmuró para sus adentros. Luego alzó la mirada.

—Masters —dijo—, este asunto es mucho más extraño de lo que usted cree.

—No puede serlo más de lo que pienso —replicó el inspector jefe—. Claro que es preciso recordar una cosa. No podemos afirmar con certeza que sea un crimen...

—¡Oh, Masters; hijo mío! ¡Por supuesto que ha sido crimen!

—Lo mismo da...

—Pennik dice que un hombre morirá antes de la noche, y un hombre “muere” antes de esa hora. ¡Oh, por mi vista! ¿No ha tenido su despreciable mente desconfiada (que no creería ni en su propia madre) una pizca de curiosidad?

—Todo está muy bien —respondió Masters, testarudamente—. Eso es lo que dijo el doctor, con quién estoy de acuerdo en cierto grado. La cuestión es ésta: ¿cómo podemos probar el crimen si no hay un solo dato para verificar en qué forma murió Mr. Constable? ¿Admitirá usted ahora que, al no existir la más mínima prueba, estamos metidos en el peor embrollo de nuestras vidas?

H. M. cedió en sus defensas.

—¡Hum! —admitió. Se puso de pie y comenzó a caminar pesadamente de uno a otro lado, con los pulgares sostenidos en los bolsillos del chaleco. Su vientre abultado, adornado con una gruesa cadena de oro, lo precedía con el esplendor de un mascarón de barco de guerra. Si había adelgazado desde que Sanders lo viera por última vez aquello no era evidente—. ¡Muy bien, muy bien! —gruñó—. ¡Aclaremos el asunto, entonces! Pero, ¡cuidado!, que no estoy haciéndome cargo de él.

—Como usted guste. Y bien, ¿que opina usted —preguntó Masters, persuasivamente— de nuestro amigo Pennik?

H. M. se detuvo en seco.

—No —dijo con alguna firmeza—. No voy a decirle lo que pienso, aun en caso afirmativo. Estoy demasiado preocupado, Masters. El solo pensar en mí, vestido con una toga y una peluca, hijo, es suficiente para hacerme erizar la piel. Si esos condenados con alma de hienas andan al acecho en las sombras en espera de otra excusa para meterme en la Cámara de los Lores, debo pensar en algún modo de burlarlos. No. No me molesta escuchar lo que usted conoce de este caso, pero tiene

que decirme lo que “usted” piensa.

Masters asintió.

—Perfectamente, señor. Para comenzar, soy un hombre sencillo y no creo en milagros. Salvo los de la biblia, que no rezan para esto. Estuve con el superintendente Belcher estudiando los hechos, y concluimos que Herman Pennik no cometió el crimen (si lo hubo) porque no habría podido hacerlo. Ése es el primer paso.

El siguiente: ¿a quién más podríamos eliminar definitivamente sobre la base de las coartadas? ¿Quién más pudo no ser el culpable?

Su pausa fué retórica.

—Yo no fui —respondió Sanders, lo cual se esperaba de él—. Y Hilary Keen tampoco. Podemos ratificarnos el uno al otro porque estábamos juntos.

—¿Está eso comprobado, hijo? —preguntó H. M.

—Sí —asintió Masters—. Es correcto. Muy bien, señor. ¡Salta a la razón! Si Mr. Constable fué asesinado, pudo haberlo sido por Mrs. Constable o Mr. Chase.

—Eso es una tontería —comentó Sanders, lacónicamente.

Masters alzó una mano.

—Un momento, señor. ¡Uuuun momento! —se volvió hacia H. M.—. Como usted ve todavía quedan posibilidades. Un golpe en el cuerpo. O en la cabeza. Hasta algo que hubiera causado al buen hombre una conmoción nerviosa, matándolo. Cualquiera de esas cosas “podría” haber sido cometida por su mujer o Mr. Chase. Ninguno de ambos tienen una coartada, ¿eh?

H. M. continuó caminando. Masters prosiguió.

—Hasta ahora hemos aceptado la versión de Mrs. Constable de que el hombre salió de su dormitorio y sufrió un ataque en el corredor. Belcher la aceptó. El coronel Willow la aceptó. Pero, ¿es cierto eso? El doctor Sanders no vió a Mr. Constable sino en los momentos finales del ataque, justo antes de que muriese. La mujer podría haberlo golpeado o herido. O, si tomamos por el otro camino, Mr. Chase podría haberlo atacado escondiéndose en su cuarto antes de que alguien lo viese.

Aquí Masters levantó pesadamente el dedo.

—¿Qué más podríamos considerar, señor? Le diré: los motivos. ¿Quién podría haber tenido motivos? Pennik no los tenía; no lo que se llama un motivo, porque lo de sus “experimentos científicos” es un cuco. El doctor no tenía tampoco motivos. Miss Keen, menos. Pero, ¿qué me dice de Mr. Chase y de Mrs. Constable? ¡Cuidado!, que sólo estoy sugiriendo. Mr. Chase es un pariente, según dicen. También, según lo que me han dicho, parece haber sido en un extremo solícito con un hombre con edad suficiente para ser su padre, aunque sin tener afinidad de caracteres. ¿Es posible que reciba una buena tajada del dinero de Mr. Constable? En cuanto a Mrs. Constable, bueno —dijo Masters, con otra ancha sonrisa de escepticismo—, no quisiera estar toda la noche con una bolsa de hielo en la cabeza pensando las varias razones por las cuales ella hubiera querido desprenderse de un marido rico, veinte años mayor que ella. ¿Eh?

—¿Puedo decir una cosa? —preguntó Sanders.

H. M. asintió con la cabeza, sin hablar.

—Es ésta. En mi vida he visto una mujer más genuinamente afectada por la pena como lo estaba Mrs. Constable.

—¿Oh, sí? —comentó el inspector jefe.

—No lo digo como una opinión personal. Lo afirmo como una verdad médica. Arriesgo mi juramento profesional de que esa mujer no mató, ni podría haberlo hecho nunca, a su marido. Esa mujer por poco muere el viernes a la noche.

—¿Por la angustia sufrida? —inquirió el inspector jefe.

—Tómelo así, si prefiere. Masters: a un médico no se lo engaña con lágrimas de cocodrilo. Ella no intentó hacerlo; estaba realmente tan conmovida y afectada por la muerte de su esposo como Hilary Keen lo estaba por algo ocurrido en su cuarto el viernes a la noche. En ambos casos, era una cuestión de síntomas físicos. —Sanders hizo una pausa—. Le cuento esto antes de decirle algo más, que quizás usted descubrirá luego de todas maneras. Pero mejor será que lo oiga de mis labios. El viernes a la noche, cerca de las ocho menos cuarto (este punto ya lo conoce usted) algo asustó a Hilary en el cuarto vecino al mío. Ella corrió en mi busca utilizando el balcón que une ambas ventanas. Cuando entró en mi dormitorio volteó una lámpara. Mr. Constable oyó el ruido y vino a averiguar la causa. Cuando sé retiraba le dije algo así como: “¿Supongo que nadie ha tratado de matarlo hasta ahora?”, y él me respondió: “Todavía no. El libro de recortes sigue aún en su anaquel”.

»¡Aguarden! Yo no sabía que quería significar con esa advertencia y aún sigo ignorándolo. Detrás de la parte inferior de la mesa de noche de Mrs. Constable, donde probablemente ella escribe estando acostada, hay un par de estantes y, entre otras cosas hay allí un gran libro de recortes titulado “Nuevas formas de homicidio”».

De nuevo hubo otro silencio. Masters parecía muy pensativo.

—Nuevas formas de homicidio —musitó con creciente excitación—. ¿Sabe, doctor? No me sorprendería en absoluto si esto nos diera justamente lo que queremos. ¿Eh, sir Henry?

—No sé —respondió H. M.. ¿Qué asustó a la chica?

—¿Cómo?

—Dije: ¿qué asustó a la chica? —repitió H. M., haciendo un alto en su ir y venir y mostrando cara de exasperación—. Esta Hilary Keen, de quien han estado hablando. Parece que todos están enterados de que sufrió un susto, pero nadie sabe el motivo. Y ni siquiera se han preocupado por averiguarlo. ¿La interrogó su amigo Belcher sobre ese punto?

Masters rió entre dientes, hojeando en su libreta de apuntes.

—Oh, sí. El superintendente la interrogó. Es un hombre de mente muy suspicaz. Quería saber qué hacía ella en el cuarto del doctor Sanders. Ella dijo que se sintió atemorizada por la predicción de Pennik y todo lo demás; que no pudo sentirse sola por más rato, de modo que corrió hasta la puerta vecina del cuarto del doctor. —

Masters titubeó—. ¿Nada hay en ello, verdad?

—¡Oh, Masters, hijo mío! ¿Por qué usar el camino del balcón?

—Bueno; está eso, por supuesto.

—Ahí está. Los balcones son complicados y llenos de suciedad. El trepar por las ventanas es un lío y es poco digno. Si uno desea compañía, ¿para qué hacer eso cuando todo lo que se debe hacer es caminar por el pasillo y abrir una puerta? Más todavía; ella rompe una lámpara, y Sanders dice aquí que la muchacha se hallaba en un estado próximo al verdadero colapso. Parece como que hubiera habido algo o, alguien entre ella y la puerta.

Más allá de las largas ventanas de la sala la luz del atardecer era oscura y fría. A su reflejo, el piso lustrado parecía un lago donde se movían las sombras. Pero la luz no sobrepasaba los cortinados ni el mobiliario con patas de araña, de modo que bajo un hogar de mármol blanco se veía relucir el cuadrado anaranjado de una estufa eléctrica. (Así, reflexionó Sanders, que Hilary se había negado a decir la verdad a la policía...).

Sintió luego la vista de H. M. puesta sobre él.

—¿Pero ella debe de haberle dicho algo a usted, hijo? ¿O haberle dado algún indicio?

—No.

—¿Así que se negó?

—Sí; en cierto modo.

—Pero usted se encontraba en el sitio. ¿No tiene idea de qué pudo haber sido?

—No. Es decir, por un minuto creí saberlo, pero me equivoqué; así que más vale olvidarlo.

—¡Espere un poquito, Masters! —apuró H. M., agitando la mano en dirección del inspector jefe quien, al parecer, estaba por intervenir. H. M. hablaba en un tono de voz diferente y movía los anteojos de arriba hacia abajo sobre la nariz. Volvió a sentarse sobre la otomana, que crujió sonoramente bajo su peso, y continuó moviendo los anteojos sobre la nariz. Luego agregó—: ¿Sabe, hijo, que usted me hace enojar?

—¿Enojarse usted? ¿Por qué?

—¿Quién es la muchacha?

—¿Miss Keen? No sé. Sólo la conozco de dos días atrás.

—Ya veo. Enamorándose de ella, ¿verdad?

—No alcanzo a ver por qué supone usted eso.

En su corazón Sanders siempre había tenido profundo respeto por H. M. Pensaba que H. M. era cómico; gozaba con H. M., en especial cuando se dejaba llevar por las tonterías; pero ni aún en los momentos de regocijo mermaba ese sentimiento. En consecuencia, debía dominar sus nervios para evitar una discusión.

No surtió efecto.

—¡Jo, jo! —rió H. M.—. ¡Yo se leer el pensamiento, por eso es! Ahora, si Pennik hubiera dicho eso, simplemente usando los ojos y la inteligencia como yo, ustedes

debieran haberle entregado la corona dorada de los magos. Es una antigua costumbre medieval —su tono cambió—. Oh, no hago objeción. Yo puedo decirle quién es ella. Su padre fué el buen Joe Keen, quien al morir su primera mujer se casó con esa buscadora de oro, salida del coro del teatro “Holborn” donde actuaba en “Viaducto”. Una muchacha muy inteligente, he oído decir. ¡La hija!, por supuesto. Pero no es ése el punto en discusión. El único punto en discusión ahora —miró fijamente a Sanders— es ¿quién o qué cree usted que la atemorizó?

—Yo pensé que fuera Pennik —respondió Sanders. Y les relató lo del gorro de cocinero bajo el tocador.

Masters estaba a punto de interrumpir con vehemente interés, pero H. M. lo contuvo.

—¿Ajá? ¿Y la interrogó usted a ella sobre el gorro?

—Sí, y ella lo negó, de modo que el asunto está terminado.

—Empero, un gorro de cocinero no es algo muy común de hallar bajo el tocador de un dormitorio, ¿verdad? ¿No le dijo ella qué hacía el gorro allí?

—Teníamos otras cosas en qué pensar.

—¿Quiere decir usted que ella no le habría respondido?

—He dado a entender que no llevé las cosas más a fondo.

—Calma, hijo. Juego limpio. ¿Qué más había allí que le hiciese sospechar la presencia de Pennik en el cuarto de ella?

—Todo este fin de semana —prosiguió Sanders, un poco fatigado— hemos estado acostumbrados a que nuestros pensamientos fuesen estimulados al máximo antes de que nos los arrancasen. Esto fué simplemente el resultado de esa situación. Era la actitud de Pennik hacia ella; una especie de devoción canina. No podía él hablar con Hilary naturalmente o sentirse cómodo en su presencia. Cualquiera cosa que le apeteciera a ella, lo tenía a él dispuesto, en un relámpago, a atenderla. Pennik parecía estar al borde de algo. Yo tenía la indefinida impresión de que esa “profecía” sobre la muerte de Constable era sólo producto de su deseo de lucirse ante ella. Para ser franco, cuando ella trepó a mi ventana su estado no revelaba el de una mujer bajo el mero efecto de una impresión mental.

H. M. se acomodó.

—¿Ajá? “Un humilde y modesto admirador se descarrila súbitamente”, dirían los diarios —hizo una pausa—. Le digo, Masters que no me gusta esto —volvió a titubear—. Ella no es del tipo de las que se desmayan, ¿no?

—No.

—¿Por eso usted —intervino el inspector jefe— le preguntó esta mañana a Pennik si él había estado arriba la noche del viernes, doctor? ¡Tal cual! Pero él lo negó.

—Él lo negó —asintió Sanders.

H. M. puso mala cara.

—Esto sigue inquietándome. Usted debiera haberla supuesto capaz de afrontar

una situación como ésa con un poco más de entereza, ¿no? No voy a generalizar, pero las mujeres acostumbran decir que ellas harían determinada cosa si alguien se pusiera furioso, y luego hacen algo más cuando ello ocurre. Pero me inquieta más que si fueran centellas. Suponiendo que no fuese lo que usted pensaba que era: ¿qué puede haberle hecho Pennik que la haya afectado en esa forma?

El tiro dió en el blanco. Era lo que había estado preocupando subconscientemente a Sanders desde el viernes por la noche.

—Pero ella dice que no fué Pennik —señaló—. Y en ese caso apuesto a que no ha sido. No sabemos qué o quién fué. Todo lo que sabemos es que estaba atemorizada.

—¡Chist!, —dijo Masters, con rapidez. Los tres se dieron vuelta porque desde el vestíbulo se oían pasos sobre los mosaicos. Lawrence Chase, erguido y caminando con soltura, entró con su paso vivo que parecía empujar el piso detrás de sí, igual que un hombre que sube una escalera mecánica. Sonreía, y cuando divisó a los tres reunidos lo hizo con una mirada de franco interés.

—Aquí estamos —dijo Sanders—. Mr. Chase..., el inspector jefe Masters y sir Henry Merrivale.

Mientras estrechaba las manos con contenido entusiasmo Chase, con rápida mirada, no perdía detalle.

—Hola —dijo—. ¿Así que han llegado los poderosos? Nunca he tenido mayor placer. ¿Cómo está usted, inspector jefe? ¿Y usted, señor? Estoy bien enterado acerca de ambos... —luego, con cierta arrogancia se volvió y le dijo displicentemente a Sanders—: Perdería usted su dinero, viejo.

—¿Dinero?

—Su apuesta.

—¿Pero qué apuesta?

—La de que Pennik no estaba en el cuarto de Hilary la noche del viernes —explicó Chase, sacando una cigarrera del bolsillo interior—. No puedo imaginar por qué se han interesado los lores de Scotland Yard, pero así es. Nunca se me había ocurrido pensar en ello, pero Pennik estuvo en el cuarto. Yo lo vi.

Arrimó una silla, tomó asiento, acomodó las rodillas y las largas piernas, arrojó la cigarrera al aire, la recogió y observó a los demás con interés, como si estuviese esperando el aplauso de un conjuro mágico.

CAPÍTULO 9

Fué Masters quien entró ahora en acción.

—Un momento, señor —advirtió, extrayendo su libreta de apuntes y dirigiendo a Chase la consabida, mirada siniestra necesaria para apoyar una exclamación de esa especie—. ¿Dice usted que vió a Mr. Pennik en el cuarto de Miss Keen el viernes por la noche?

—Bueno, para ser estrictamente exacto, lo vi salir de él —se corrigió Chase. Volvió a arrojar la cigarrera al aire.

—¿Y cuándo fué eso?

—Cerca de las ocho menos cuarto.

—Ajá. Sin embargo, teníamos entendido, señor, que a las ocho menos cuarto Mr. Pennik estaba en la planta, baja abriendo la puerta a Mrs. Chichester y su hijo.

—Sí, en efecto —contestó Chase. Reflexionó y agregó—. Estoy bien seguro de que escuché la campanilla, de la puerta trasera mientras Pennik descendía la escalera.

Masters lo miró.

—Bien, señor. ¿Hizo ya alguna declaración al inspector Belcher?

—En efecto. El buen Belcher. Cáspita ¡qué nombre! —ante la evidencia de haber dado una nota en falso Chase adoptó súbitamente una postura más austera. Sus estrechos hombros se echaron hacia atrás. Se sentía como que una naciente curiosidad espiaba detrás de cada cosa; pero aunque continuó lanzando al aire su cigarrera su voz adquirió un tono conciso y formal—. Sí, formulé un testimonio ante el inspector.

—¿Pero no le mencionó ese detalle?

—No; ¿por qué habría de hacerlo? Nada tenía que ver con la muerte del pobre Sam. Además...

—Si me permite —interrumpió Masters, alzando imperiosamente una mano—. Permítame que le lea un trozo de su declaración. Usted dice: “A las siete y media Mrs. Constable me pidió que mostrara a Pennik la ubicación de la cocina, mientras los demás subían al piso alto. Le enseñé la cocina, la heladera y lo demás, y luego también yo me encaminé hacia arriba. No estuve con él más de dos minutos. Después permanecí en mi cuarto cambiándome de ropa y no lo abandoné hasta que oí los gritos de Mrs. Constable a las ocho”.

—Sí, muy bien —luego de escuchar atentamente, alzó la cabeza—. ¿Qué hay con ello? Es la pura verdad. Yo no abandoné mi habitación. No estuve con Pennik ni hablé con él. Pero lo vi.

—¿Quiere explicar eso, señor?

Chase cedió.

—Con mucho gusto. Cerca de las ocho menos cuarto estaba llenando mi bañera y desnudándome. De pronto oí un ruido tremendo, como de vidrio o porcelana que se rompe. Abrí la puerta de mi habitación y miré afuera. Vi salir a Pennik del cuarto de Hilary, cerrar la puerta tras de sí y descender la escalera. Nada más.

—¿Y no le pareció extraño eso?

Chase frunció el ceño. Alzó la cabeza y estudió a Masters con una mirada amplia y rara como la de un hombre que desea tener una buena visión de un cuadro demasiado grande.

—No, ciertamente que no. ¿Por qué habría de extrañarme? Hilary se había ofrecido para ayudarlo con la cena; o a servirla, por lo menos. Sanders le confirmará ésto. Por esa razón yo lo suponía allí.

—¿Es cierto eso, doctor Sanders?

—Enteramente.

—¿Pero no le pareció extraño el ruido de la loza, Mr. Chase?

Chase titubeó.

—Sí, así fué..., por un instante. Pero luego pude explicármelo y no volví a pensar en Pennik —su mirada pareció dirigirse a un punto distante—. Apenas había descendido Pennik la escalera, la puerta del cuarto de Sam se abrió, y salió el pobre Sam precipitadamente, echándose encima la bata y, tambaleando mientras procuraba calzar los pies desnudos en las pantuflas. Se encaminó hasta la habitación de Sanders, golpeó la puerta y la abrió. Le escuché preguntar qué sucedía y pude oír la voz de Sanders que le contestaba: “Nada serio. Es la lámpara que se cayó”.

Hizo una pausa.

—¿Y luego, señor? —apremió Masters.

—Chase alzó los hombros.

—También escuchó la voz de Hilary.

—¿Entonces?...

—Entonces cerré la puerta —contestó Olíase, revelando en su tono la intención de dar por terminado el asunto—. No era cuestión de mi incumbencia. ¿Por qué tenía que seguir pensando en Pennik? Después de todo Hilary no estaba en su propio cuarto.

No siguió explicando, pero tampoco era preciso que lo hiciera.

“De modo que ésa”, pensaba Sanders, “era la explicación del humor de Chase durante el fin de semana. Si había existido alguna vez un caso en que cada uno (quizá naturalmente) confundiera los motivos de los demás, éste era”. Pero no dijo nada, porque la mirada del inspector jefe le previno. Masters, de pronto, se volvió blando y cordial por lo que Chase, advirtiendo el cambio, se tornó más afable.

—Ya veo —observó el inspector jefe—. Muy comprensible, como usted dice. ¡Muy comprensible! Podríamos aclarar el punto, ya que estamos, ¿eh?

Chase le dirigió una sonrisa burlona.

—Haga sus preguntas, inspector jefe, pero nada de amabilidades. El guante de

seda es siempre una señal de que hay algo sucio detrás. Recuerde que, como abogado, no debo cometer deslices.

—Entendido. Dígame, cuando usted vió a Mr. Pennik en ese momento, ¿notó en él algo de extraño?

—Insiste en usar la palabra “extraño”. ¿Qué entiende por “extraño”?

Masters se limitó a hacer un ademán indefinido.

—No, no puedo decir que notó nada anormal. La luz del corredor era demasiado pobre para que pudiese distinguir su rostro, si eso es lo que quiere saber. Pero caminaba torpemente como un enorme mono. Eso me hizo sospechar (y no temo calumniar) que estaba mal de la cabeza.

—¿Tocado de la cabeza?

—Vea, inspector jefe —Chase lanzó la cigarrera al aire y la recogió. Luego pareció decidirse—. En cierto modo ya estoy metido en este asunto. Es enteramente cierto: en realidad, cuando estábamos en la cocina me preguntó si podría ser acusado deprimen en caso de matar a un hombre en la forma que me describió. Le dije que para la ley actual no era todavía un crimen el hecho de sentarse y comenzar a pensar a sus anchas lo peor acerca de un hombre. Planteaba las cosas en una forma tan endiabladamente razonable, que era imposible no simpatizar con él. ¿No lo cree así, doctor Sanders?

—Sí, estoy de acuerdo.

—Pero tomarlo en serio... ¡Vamos!

Desde el “rincón turco”, donde H. M. estaba sentado, con las comisuras de su ancha boca apuntando hacia abajo, partió una risita de avinagrada diversión.

—¡Jo, jo! —exclamó H. M.—. ¿Así que estaba por tomarlo en serio hijo?

Chase lo apuntó con la cigarrera.

—Bueno, un poquito de adivinación de pensamiento, es una cosa —dijo como si arguyera que los muchachos siempre serán muchachos—. Pero destrozarle los huesos y el cráneo a un hombre, como por obra de un rayo mortal, es cosa más seria. ¡Piense! Piense lo que ello significaría si fuera cierto. Hitler, por ejemplo. Hitler, de pronto, se aferra la cabeza con las manos y dice: “Mein Gott!, o Mein Kampf!” o cualquiera de esas cosas que siempre está diciendo y cae tan muerto como lo está Bismarck. Yo argüí diciéndole: “Bien, ¿podría matar a Hitler, por ejemplo?”.

Esto iba adquiriendo tanto interés que Masters cerró la libreta de apuntes.

H. M. se quitó los anteojos.

—¿Y qué le contestó a eso, hijo?

—Me dijo, ¿quién es Hitler?

—¿De veras?

—Sí; tal como lo oye. De pronto me pareció estar hablando con un hombre de la luna. Le pregunté dónde había estado durante los últimos cinco o seis años. Me contestó muy seriamente: “En varios lugares de Asia, a donde llegan pocas noticias”. Y me pidió entonces, “a mí”, que fuera razonable. Me dijo, primero, que no pretendía

tener éxito utilizando cualquier persona; y, después, que debía hallar la víctima en cuestión, y “conocerla a fondo” (cualquiera sea el significado de esto) antes de lograr un resultado satisfactorio. Por último me explicó que le era preciso vivir muy cerca de la víctima, la cual debía ser de una inteligencia inferior a la suya.

El inspector jefe Masters echó una mirada satírica a H. M.

—Lo cual —Masters señaló— por una razón u otra impide que barran con Hitler, Mussolini o Stalin o cualquiera de los grandes bonetes. Pero todo esto no lo logró usted con el cambio de una o dos palabras con él durante la noche del viernes, ¿verdad?

—No, no. Fué ayer cuando lo atajé. Él... ¿dónde está él, ahora?

Masters lo calmó.

—Está muy bien. No le hará ningún daño.

—Seguro que no; sobre todo si puedo evitarlo. Pero, ¿dónde está él?

—Supongo que el hombre anda paseando su malhumor por ahí. Quería hablar con los reporteros en la estación de policía, pero los convencí de que es un individuo inofensivo —contestó Masters, con viva satisfacción—. Vamos, prosiga, señor. No estará impresionado por toda esta basura, ¿no es así? Entonces, ¿para qué preocuparse por dónde pueda andar él?

—No. Es que creí —dijo Chase— que lo había visto asomándose a la ventana en ese preciso momento.

Masters se levantó y encaminó los pasos hacia las tres grandes ventanas que miraban hacia el frente de la casa, a través de cuyas cortinas se filtraban como ribeteadas las últimas luces del día. Apoyando su pesado hombro contra el marco. Masters levantó una de las ventanas que primero chirrió y luego se izó suavemente.

—Hace un poco de calor aquí. Me tomaré la libertad... —e indicó la libertad que se había tomado. Luego se estiró hacia afuera y husmeó el aire que, al penetrar en el cuarto, hizo estremecer con su toque frío.

Pequeños ruidos podían escucharse en la quietud: un gorjeo cerca del baño de los pájaros; un crujido como el de las enredaderas al contraerse al anochecer. Pero el sendero afuera estaba solitario.

—Probablemente se halle cerca. Me han dicho que a Mr. Pennik le gusta vagabundear —prosiguió Masters. Con tono enérgico se dirigió a Chase—. Bueno, Mr. Chase. Quisiera formularle algunas preguntas; no sobre Mr. Pennik, sino relativas a usted. Y mientras lo hago... Doctor Sanders, ¿sería tan amable de subir y pedirle a Miss Keen que se reúna con nosotros?

Sanders salió cerrando tras de sí la doble puerta de la sala.

—No le había gustado nada el modo con que Masters había mirado por la ventana, igual que un tirador en una almena. Pero cuando estuvo arriba y golpeó en la puerta del cuarto de Miss Keen nada pareció tan corriente. Hilary Keen estaba sentada próxima a la ventana para aprovechar la luz y tejía con exagerada dedicación. Mina, envuelta en una bata de seda medio chillona, estaba sentada en una silla

tapizada, junto al lecho. A su lado había un cenicero lleno de colillas, y todavía seguía fumando: el cigarrillo corría de un lado a otro de su boca como si los labios fueran demasiado lisos para sostenerlo con firmeza. La atmósfera era de paz, pero de una paz vacía y fría, como si hubieran agotado toda conversación y simplemente aguardasen.

Mina se animó de pronto, lo mismo que se enciende la llama del un encendedor.

—¿Quiénes están abajo? —preguntó, volviendo los grandes ojos—. ¿Es otra vez ese inspector? Oí que lo habían hecho entrar.

—No, Mrs. Constable. Son el inspector jefe Masters y sir Henry Merrivale. Quieren ver si...

—Ya lo sabía. Lo sabía. Me vestiré y bajaré en seguida. Pero no tengo ninguna prenda de luto. Oh, no tengo nada en negro. —Por un momento Sanders pensó que los ojos de ella se llenarían de lágrimas—. No importa: ¿Qué puede interesar eso? Es lo mismo. ¿Les dirá que esperen, doctor?

Sanders vaciló.

—No tiene por qué preocuparse en vestirse, Mrs. Constable. Siéntese allí y quédese tranquila; ellos subirán basta aquí. En verdad, es a la señorita K..., a Hilary a quien desean ver primero.

Hilary, que había estado espiando con desagrado detrás de su tejido, levantó la mirada.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Ha habido una pequeña confusión en la declaración. ¡Calma, Mrs. Constable!

Mina, rozando a Sanders, se lanzó hacia el baño, encendió la luz, tomó una toalla, tropezó contra la estufa eléctrica y finalmente empujó la puerta con una dura mirada en los ojos. En su comportamiento era fácil apreciar algo de opresivo, tenso y suplicante; algo que a primera vista no podía distinguirse. Pero no fue eso lo que atrajo su atención. La luz del cuarto de baño caía sobre su mesa de noche, y los estantes de libros de abajo; pero el alto libro de recortes titulado: “Nuevas formas de homicidio” no estaba ahora en su sitio.

—¿Alguna confusión en el testimonio? —preguntó Mina, frotándose las manos en la toalla—. ¿De qué se trata?

—Nada de importancia, de veras.

—¿Algo relacionado con ese escuerzo de Pennik, el que lleva una fortuna en la cabeza?

—Sí.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

—Por favor, siéntese —Hilary la urgió y se volvió hacia Sanders—. Jack —el titubeo que mostraban al pronunciar sus nombres de pila demostraba falta de naturalidad—, hay algo que es preciso decidir aquí y ahora mismo. ¿Tiene usted que volver a sus ocupaciones mañana?

—Sí, por supuesto que sí. Tendremos la indagación, pero eso puede diferirse.

—¿No podida inventar alguna excusa que le permita quedarse?

—Sí, podría ser. Pero ¿por qué?

—Porque esta mujer —señaló a Mina, que seguía aún frotando las manos en la toalla con aire ausente— no puede quedar esta noche aquí, sola. Insisto en ello, Jack. Del hospital telefonearon para avisar que dos de los sirvientes, el cocinero y la mucama, estarán mañana aquí, pero sólo mañana. A Mrs. Constable se le ha metido en la cabeza que quiere estar sola, y no debemos permitirselo. Yo me quedaría pegada aquí, pero mañana tenemos la apertura del caso Rice-Masón, y si no parto esta misma noche aquello será el saqueo. ¿No podría quedarse usted?

“Después de todo, reflexionaba Sanders, con un ojo puesto en el hueco que ocupara “Nuevas formas de homicidio” en el estante, yo no soy un policía. Éste no es asunto para mí. ¡Cómo hubiera deseado que ese libro no desapareciera!...”

—Por favor, ¿me escucha?

—Claro que sí —contestó Sanders, dejando de lado sus pensamientos—. Tendría mucho gusto en quedarme, siempre que Mrs. Constable no tenga inconveniente. Necesita que la acompañen esta noche; no está tan bien como ella cree.

Los ojos de Mina se entrecerraron, y luego su rostro se animó con una encantadora sonrisa. Arrojando a un lado la toalla se adelantó impulsivamente y puso la mano sobre un brazo de Hilary.

—Pase lo que pase —dijo—, gracias, de todos modos. Ambos han sido muy buenos conmigo. Y usted, Hilary, no sé qué hubiera hecho sin su ayuda. ¡Preparando las comidas! ¡Y hasta lavando la vajilla!

—Un trabajo terrible —comentó Hilary, con ironía—. Un trabajo ideal para destrozar la espalda. Casi me deja lista. ¿Cómo se las arregla en esos endiablados viajes que realiza cuando no tiene quien le lave los platos?

—Oh, le pago a alguien para que lo haga —replicó Mina, con cierta vaguedad—. Así ahorro tiempo y molestias, ¿comprende? —su tono cambió—. Pero no se preocupe por mí, querida. Estaré perfectamente bien, demasiado bien. Trataré de hacerlo. Eso, si puedo persuadir a ese sapo de Pennik para que se quede también.

—“¿Pennik?”

—Eso es.

—Pero yo pensaba...

—Quiero hablar con sir Henry Merrivale —continuó Mina—. Luego ya veremos. Pero ahora salgan ambos de aquí, por favor, y déjenme vestir. ¡Vamos!

Los empujó fuera del cuarto con la prisa de quien está otra vez al borde de la postración y cerró la puerta ruidosamente. Sanders no lamentó que los hiciera salir. Tenía que decir a Hilary ciertas cosas, pero descontaba que encontraría dificultad para decírselas.

El vestíbulo estaba muy oscuro, excepto la serie de grandes ventanales de vidrios coloreados que brillaban pálidamente junto a la escalera. Éstos parecían aún más majestuosos, como la curva de una concha; era como estar dentro de un tibio

caleidoscopio. “Y santos crepusculares y oscuros blasones”, fué el pensamiento que se le ocurrió mientras él y Hilary descendían juntos la escalera cubierta de gruesa alfombra. El resto de las palabras quedó adherido a su garganta. Hilary habló entonces.

—Es imposible hablarle a ella francamente. Ahí está la gran dificultad. Es inútil pretender saber lo que ella está realmente pensando...

—¿Quién?

—Mina, ¡por supuesto! Porque se vuelve teatralmente literaria. Puede ser que en ambos extremos haya algo verídico pero, ¡cómo me gustaría poder saber lo que le está sucediendo!

—Hilary.

—¿Sí?

—¿Por qué no me dijo usted la verdad acerca de Pennik? ¿De que estuvo en el cuarto de usted el viernes por la noche?

Ambos se detuvieron. Habían descendido ya diez escalones; por detrás y por encima de ellos podía oírse el tictac del reloj de péndulo. Sanders temía que las personas en la sala pudieran oírlos.

—Venga aquí —le dijo, haciéndole remontar la escalera. Ella no se resistió; su brazo se abandonó blando bajo el apretón.

Luego, en voz baja, le preguntó:

—¿Por qué cree usted que no dije la verdad?

—Larry Chase vió salir a Pennik, justamente antes de que usted entrara a través de mi ventana. Chase lo ha contado a la policía: por eso quieren verla ahora. La cuestión es que no hay ningún peligro. Lo que ellos desean saber es qué motivo la hizo asustarse a usted en semejante forma. ¿Pero él estaba allí, no es así?

Sanders oyó a la muchacha aspirar el aire con profundidad.

—Sí —contestó Hilary—. Pennik estaba allí.

CAPÍTULO 10

—¿Y por qué no me lo dijo?

Hilary buscaba refugio, esta vez en una afectada extravagancia que ella sostenía admirablemente, pero que era errónea. Sanders lo percibió. Hilary, luego de una especie de reverencia victoriana, se sentó en uno de los peldaños de la escalera, abrazó las rodillas y lo miró. En la penumbra de los vitrales su expresión quizá no significara nada.

—¿Y por qué tenía que decírselo, señor? —interrogó Hilary meneando la cabeza.

—¡Déjese de tonterías!

—Quizás baya cosas que un joven “en alto grado inocente” no debiera saber.

—Puede ser. Pero los policías “en alto grado inocente” se van a poner intransigentes si no lo saben. A eso voy yo.

—¿Está tratando de amedrentarme?

—Vea, Hilary —dijo Sanders, sentándose en el escalón junto a ella—. Usted está hablando exactamente igual que la heroína de una mala novela policial. Alzando los brazos, haciendo hincapié en su dignidad y escondiendo alguna bagatela sin ninguna razón. La policía está interesada en Pennik y en cualquier movimiento que haya hecho. En cambio, yo estoy interesado por una razón distinta. ¿Qué le dijo Pennik para asustarla de esa manera?

—¿Qué cree usted...? ¡Oh! Ahí tiene, igual que el héroe de una mala novela. ¿Cree que deseo que todo el mundo se entere? ¿Cree que a una mujer le agrada que se arme un alboroto acerca de una cosa como ésa, malquistándose con todos? Es decir, a menos que ella sea determinada clase de mujer..., y hay un nombre para ésas. Mejor será seguir adelante y hacer de cuenta que nada ha ocurrido. Lo...

El humor de Hilary cambió, y Sanders la sintió tiritar.

—En verdad, usted tiene razón —prosiguió—. Hubo algo más. Pero el pobre hombre ni siquiera me tocó.

—¿El pobre hombre?

Hilary se echó hacia atrás, bajo el alto ventanal, con la cabeza apoyada en el borde y el cuerpo distendido.

—Dígame —prosiguió súbitamente—. Esa muchacha con quien usted va a casarse; esa Miss Blystone, ¿qué tal es? Vamos, dígamelo —en su voz había algo de regaño.

—Pero...

—Por favor, respóndame.

—Bueno... Creo que se parece un poco a usted.

—¿En qué se me parece?

En la mente de Sanders revivió la sirena del barco; el sol que bañaba los blancos puentes del trasatlántico; una muchedumbre en medio de la cual Marcia Blystone luchaba aturdidamente tratando de decir adiós a todos. Kessler debía de ser alguno de esos que estaban en la cubierta.

—No lo sé. ¿Por qué trae esto a colación? Ella no es tan asentada como usted. Más... desenvuelta —le dijo, porque odiaba la palabra—. Muy divertida en las fiestas y muy buena conversadora. Ella es toda alegría cuando yo (por el contrario) me pongo apesadumbrado.

—¿Cómo es su apariencia?

—Es más pequeña que usted y más delgada. Ojos castaños. Es una artista.

—Eso debe de ser muy interesante.

—Lo es.

—¿La ama usted?

En el fondo de su mente Sanders había estado esperando la pregunta.

—Sí; claro está.

Por un momento Hilary permaneció en su lugar.

—Sin duda; usted la quiere —repitió, levantándose y hablando con rapidez—. Por eso es que nosotros podemos ser buenos amigos, ¿no?

—Somos buenos amigos.

—Sí; yo quería decir... se contuvo. Toda pretensión de coquetería victoriana o encocoro había sido sólo pasajera: desapareció en un relámpago. Continuó tranquilamente, pero con fingida seriedad.

—Escúcheme. Hace un minuto usted me acusaba de hablar como una heroína de novela. Yo también me reía de semejantes cosas pero, en cierto modo, así es como me siento. “Mente Superior Persigue a una Muchacha”, dirían los periódicos. Lo que ocurrió hace dos noches no vale dos peniques comparado con la muerte de Constable. Pero en cierta manera fué horrible. Herman Pennik no es realmente maligno; solamente es peligroso. No le voy a contar todo, porque no quiero que se divulgue... Bueno, no interesa. La dificultad está en que si oculto a la policía todo lo que sé me acusarán de ocultar los hechos, y si no hablo entonces no tendré ninguna protección. Por primera vez en mi vida, desde que siendo niña me encerraban en un cuarto oscuro, tengo miedo; un miedo, real y auténtico, y no tengo a nadie que me auxilie. ¿Me comprende, verdad? ¿Me ayudará?

—Usted sabe que lo haré, Hilary.

Se interrumpió. En el vestíbulo de abajo surgió una línea de luz. Se oyó un arrastrar de pies, un tropezón, luego un juramento y por fin el agitar de hojas de una palmera de maceta, derribada.

—¿Si usted quiere tomarse la molestia de buscar el interruptor, señor! —dijo una voz exasperada—. Discúlpeme, pero mejor sería que no ande a tientas hasta que no conozca bien la ubicación de cada cosa. ¡Así no voltearía nada!

—¿Quién cree que soy, condenada lechuza? —gritó otra voz todavía más acalorada—. Que me quemén, Masters. Si usted cree que puede ver en la oscuridad, venga y búsquela. Yo sé muy bien lo que hago. ¡Ajá! ¡La encontré!

Hubo un clic, y al mismo tiempo que Hilary y Sanders se ponían de pie con aire culpable el vestíbulo se iluminó por entero delatándolos. La luz también delataba sus rostros ante H. M. y Masters, que los contemplaban desde abajo.

—¡Oh! —gruñó H. M., sin agregar comentario. Ascendió la escalera—. ¡Buenas! ¿Es usted la hija de Joe Keen?

Hilary asintió sin decir palabra.

—Yo conocí a su padre hace años. Gran tipo, el viejo Joe —comentó H. M. Resolló—. Digo..., el inspector jefe quiere hacerle algunas preguntas. ¿Querrá hacer el bien...? No, hijo —tocó a Sanders en el brazo—. Usted viene conmigo. Quiero que me presente _ a Mrs. Constable.

De nuevo Hilary asintió con un gesto, fríamente.

—Estoy lista —contestó, mirando su reloj de pulsera—. Pero espero que no lleve demasiado tiempo. Tengo que preparar la cena.

Bajó la escalera con rapidez mientras Masters asumía un gesto severo y empacado. Lawrence Chase, que en ese momento echaba una mirada en el vestíbulo, comenzó a silbar entre dientes. Y Sanders se encaminó arriba con H. M. Este último no pronunciaba palabra; solamente miraba.

Con sensación de desagrado Sanders comprendió que todo ese despliegue no iba en favor de Hilary o de él. En el aire podía percibirse algo más. Eso lo descubrió tan pronto como H. M. fué presentado a Mina.

Mrs. Constable los recibió vestida de color castaño y adoptando una fría pose.

—Estaba por ir abajo —les dijo, cerrando la puerta—. Pero quizá sea lo mismo aquí. Tomen asiento. Vayamos ahora a la cuestión.

—Señora —comenzó H. M., con esa delicadeza elefantiásica que era tan abrumadora como sus más espeluznantes arranques de ira—. Señora, no me encuentro aquí por mi gusto.

—Pero yo estoy encantada de que se halle aquí —sonrió Mina, quitándose polvo del cuello. Los ojos le brillaron—. Sólo que me habría gustado tenerlo... antes. ¿Se quedará con nosotros?

Aquello sonaba grotesco, pero H. M. sacudió la cabeza.

—No, señora. Le dije que sólo podría estar por este día. Pero... —se arrellanó muy cuidadosamente en el sillón, asentando, las manos en los apoyabrazos y mirando enfurruñado por encima de los anteojos—, pero ya sé; me dijeron que usted deseaba hablarme. Y entonces me puse a pensar que quizá podría hacerle algunas preguntas que brotarían mejor de mí que de Masters. Son unas preguntas más bien embarazosas, señora.

—Haga todas las preguntas que desee, por favor.

—Bien... Veamos. ¿Es cierto que su esposo pensó en algún momento que usted

estaba tratando de matarlo?

—¿Quién le dijo eso? ¿Larry Chase?

H. M. hizo un ademán.

—No lo dijo exactamente. Surgió de una pura e impoluta fuente. ¿Es cierto?

La única luz en el cuarto era la de la lámpara de cabecera, y ésta se hallaba detrás de Mina. Ella estalló en algo parecido a la risa.

—¡No, no, no! Es algo tan enteramente absurdo que no puedo expresarle lo ridículo que me suena. Pero ¿por qué tenía que contar eso Larry? Él sabe más, pero no lo ha dicho, supongo. Era una broma del pobre Sam.

—Se trata de algo bastante serio como para tomarlo a broma, señora.

Mina recuperó otra vez su brillo y resplandor. Sanders, que la observaba, notó como si ella empuñara (o creyera que empuñaba) la otra espada en el duelo.

—Realmente, no. Usted sabe... —sonrió apenas—, yo escribo cosas.

—Ya lo sé.

—¡Oh! Está bueno. Verá. Una vez escribí un simple relato de detectives, que fué criticado despiadadamente. Pero en los siguientes siempre incluí alguna forma de muerte misteriosa o violenta. Sam —mantuvo los ojos serenos— decía que yo tenía una mente criminal. Por el contrario, yo sostenía que eso era un signo alentador y saludable, y que los de mente criminal eran los que la mantenían escondida sin manifestarla. De ahí su broma de que yo quisiera matarlo.

—¿Eso la preocupó alguna vez?

—No; nunca —respondió Mina, sorprendida.

—Estaba pensando... ¿Dónde consigue el material para urdir esas muertes misteriosas?

—Oh, la gente siempre le cuenta cosas a una. Y hay muchísimo material en los archivos egipcios y medioevales. Luego, por supuesto, yo llevo un libro de recortes. Lo he denominado “Nuevas formas de homicidio”.

H. M. pestañeó ante esto. Los jugadores de póker del Diógenes Club ya han descubierto que cualquier intento para leer en su rostro es altamente inoficioso, pero en su cara había ahora una expresión muy curiosa y husmeadora. Cruzó las manos sobre el abdomen y comenzó a jugar con los pulgares.

—¿Ajá? ¿Un libro de recortes, eh? Debe de ser una lectura muy interesante, Mrs. Constable.

—No. Ya no, gracias a Dios —contestó Mina, oprimiendo las manos juntas—. Lo quemé ayer. He terminado para siempre con esas cosas, aun en mis libros —se inclinó hacia adelante—. Sir Henry, ignoro si le han dicho por qué tenía yo tantos deseos de verlo. Lo admiro sinceramente..., y no lo tome como un cumplido. Conozco todos sus casos, desde el asunto Darmoth en el 30, y el del cuarto envenenado en la casa de lord Mantling, y el crimen de la estrella de cine en el 31. No creo que lo aprecien mucho. A menudo he oído decir que mejor le hubieran conferido a usted la dignidad de par.

El rostro de H. M. se volvió púrpura.

—Y lo que más me gusta —prosiguió Mina, absorta— es la forma en que puede atravesar con su mano las paredes de ladrillo y demostrar que los fantasmas no son más que pura imaginación. Necesitamos algo así; ¡lo necesitamos! Por eso recorro a usted, en la esperanza de que me ayudará. Quiero que descubra a Herman Pennik. Quiero que lo atrape y que lo haga condenar como se merece; la horca, si es posible. ¿Ha encontrado usted a Pennik?

Con un esfuerzo H. M. recuperó el aliento. Pero permaneció sorprendentemente quieto.

—Bueno..., ¡vamos! —dijo—. Usted está descubriendo un nuevo terreno, Mrs. Constable. ¿Sugiere usted que Pennik mató a su esposo en la forma que explicó?

—No sé. Sólo sé que el hombre es un farsante.

—Pero eso es un poco inconsistente, ¿no es así, señora? Primero, usted sugiere que él podría haber matado a su esposo mediante una especie de supertelepatía. Luego dice que es un impostor. ¿Qué quiere significar usted, exactamente?

—No lo sé. Sólo sé lo que siento. ¿Ha encontrado a Pennik?

—No.

—Lo hallará dando vueltas por allí —explicó Mina. Sus ojos empequeñecieron—. Sir Henry, durante días y días he estado tratando de aclarar a quién me hacía acordar ese hombre. Y ahora lo sé. Él es idéntico a Peter Quint, el de “Una vuelta de tornillo”. ¿Se acuerda usted de ese espantoso caso de la gobernanta asustada en la casa llamada Bly? Bly; hasta el nombre es mezquino y reservado. Quint en la torre, Quint en la ventana, Quint en la escalera. Y todo siempre envuelto en una perpetua penumbra. Pero eso también me hace recordar otra cosa. Yo, le puedo decir dónde está Pennik —Mina se inclinó todavía más hacia adelante—. Siempre anda dando vueltas por afuera y echándose encima de uno cuando se pone oscuro. ¿Y sabe por qué? Sufre de lo que llaman “claustrofobia”. No puede soportar verse encerrado. Por eso le gustan estos cuartos de aquí, grandes y altos. ¿Sabe, entonces, qué tiene que hacer usted? Deténgalo por una acusación cualquiera. Enciérrelo. Enciérrelo por una semana o más, en la celda más estrecha que pueda encontrar. ¡Entonces, hablará! ¡Entonces sí que hablará!

—Me temo que no podamos hacer eso, señora.

—Pero ¿por qué? —interrogó Mina, quejumbrosamente—. Nadie jamás lo sabrá. H. M. le echó una larga mirada. Parecía desconcertado.

—Vea, señora. Nosotros tenemos las leyes. Nos gusten o no, las leyes son justas. Uno no puede usarlas a su arbitrio. No podemos hacerle a Pennik absolutamente nada, aunque se ponga morado gritando que él mató a su marido. Y además, vea usted, esas leyes no llegan a la tortura.

—¿Tortura? ¿Cree usted que “él” no es capaz también de utilizar la tortura?

—Bueno...

—¿Así que él pudo hacer un “experimento” con Sam, no? Tal como suena, ¿eh?

¿Así qué Sam nada valía para el mundo, verdad? ¿En cambio, él, Pennik, podría ser perdonado, no? Ya veremos. ¿Renuncia, entonces, a ayudarme, sir Henry?

—¡Oh! ¡Por todos los gatos! —rugió H. M.—. Tómelo con calma, señora. Soy un viejo y la ayudaré hasta donde pueda. Pero éste es un asunto muy resbaloso; un verdadero palo enjabonado, y tanto que no hay cómo agarrarlo. Y hasta que podamos hallarle la vuelta, ¿qué iremos a hacer? —interrumpió sus palabras porque una sombra había cruzado el rostro de Mina; la firmeza de una resolución; un replegarse en su propia caparazón, como si se hubiera perdido todo contacto con ella. Mina sonreía vagamente.

—¡Escúcheme! —dijo H. M., puesto súbitamente sobre aviso—. ¿Me escucha usted?

—Sí.

—Si yo debo servir de algo, señora, es preciso que usted me ayude. El ponerse en trances así no conduce a nada. Tengo una idea; por ahora una idea en nebulosa. Pero quiero de usted hechos concretos. ¿Va a decirme lo que quiero saber?

—Perdóneme —respondió Mina, levantándose despejada—. Sin duda; le diré todo.

H. M. estaba realmente preocupado; Sanders lo sabía. Le había lanzado las palabras como si fueran una cuerda, para traerla de vuelta. Por un momento H. M. respiró asmáticamente, sin hablar.

—Bien. Entonces, ¡comencemos! —echó una mirada en derredor de su cuarto—. Su esposo no compartía este cuarto con usted, ¿no?

—No, no. Se quejaba de que yo hablo en sueños. Su cuarto está del otro lado. ¿Quiere verlo?

Mina se levantó sin interés y lo condujo a través del baño hasta el dormitorio de Sam Constable, cuya luz encendió. El cuarto, tenía poca diferencia con los demás de la casa, aunque sí un poco más de personalidad que los destinados a invitados. Era, alto, cuadrado y austero. Sus muebles: cama, ropero, cómoda, mesa y unas pocas sillas eran de nogal oscuro. Las paredes estaban empapeladas de un verde bilioso, alternadas con paneles dorados. Un cierto número de cuadros de pesados marcos poco agregaban al atractivo del cuarto.

H. M. observó la habitación. Luego comenzó a caminar pesadamente a la vuelta de las paredes. En un rincón había un armero; encima del ropero había cajas de sombreros y, sobre la mesa, descansaba un montón de “Tatlers” y revistas deportivas. Pocos rastros más quedaban de su difunto ocupante. Una de las; ventanas se abría sobre un balconcillo estrecho del cual partían escalones de piedra hacia la planta baja. H. M. los inspeccionó antes de volverse hacia Mina desde la puerta del baño. Durante todo este tiempo los ojos amarillentos de ella lo observaban.

—¡Hum! ¿Qué habitación hay justo debajo de ésta, señora?

—¿Debajo de nosotros? El comedor.

—Ya veo. Ahora... volvamos a la noche del viernes. Usted y su esposo subieron

aquí a las siete y treinta, ¿no? ¿Qué hizo él, entonces?

—Tomó un baño y comenzó a vestirse.

—¿Dónde estaba usted en ese momento?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí. Parker (su valet) estaba en el hospital, de modo que yo tuve que prepararle su ropa de cena y colocarle los botones y gemelos en la camisa. Me llevó un cierto tiempo. Mis manos... —se interrumpió.

—Prosiga, señora.

—Él estaba a medio vestir, y yo le ataba los cordones de los zapatos cuando...

—¿Ah, sí? ¿No podía atárselos él mismo?

—Sufría de vértigos, el pobre. No podía agacharse hasta ese extremo —Mina miró el ropero y apretó las mandíbulas con fuerza; evidentemente el momento era para ella de los peores—. Estaba haciéndole eso cuando oímos ese terrible ruido. Yo le dije: “Es en el cuarto vecino”. Él respondió: “No; no es allí. Ha sido la lámpara de mi bisabuela, que está en el cuarto de ese tonto de doctorzuelo”. (El doctor Sanders no había sido realmente, pero Sara esperaba que viniera aquí y lo desenmascarará a Pennik. Por eso estaba contrariado. Ahora comprendo cómo se sentía. Pero no tenías por qué preocuparte, Sam. Ya nos cuidaremos de él).

Por un instante, al mirarla, Sanders tuvo una sensación cercana al temor.

—Él me dijo que iba a ver lo que ocurría. Se puso la bata y salió. En un minuto, más o menos, estuvo de regreso. Me explicó que Hilary Keen y el doctor Sanders estaban... —Mina pareció despertarse—. Perdóneme, doctor. No me di cuenta. De todos modos, no viene al caso. Bien. Cuando lo hube ayudado a ponerse la camisa me dijo que siguiera, que siguiera, que me vistiese o si no se me haría tarde. Él se ataría la corbata sólo, porque mis manos no servían para eso —ella sonrió tristemente—. Fui a mi cuarto. Unos minutos después lo oí cepillarse el saco. Luego me dijo que iba abajo. Le contesté: “Está bien, querido”. Cuando oí cerrarse la puerta recordé lo de los dos pañuelos limpios. Usted debe de saber lo que sucedió después. Ya lo he contado tantas y tantas veces; lo he repetido y repetido y repetido. ¿Debo acaso volver a relatarlo?

—No —contestó H. M. Estaba parado en el centro con las piernas separadas y los puños apoyados en la cintura. Había escuchado en silencio, pero en las comisuras de su boca arqueada hacia abajo había una desvaída expresión siniestra, que hasta parecía también brillarle en la calvicie. Resopló—. ¡Hum! —se volvió hacia Sanders—. Óigame, hijo. A mí tampoco me agrada agacharme debido a que soy obeso —señaló—. Agáchese y eche una buena mirada ahí, junto a la alfombra de piel que está a los pies de la cama. Y también cerca de donde está parada Mrs. Constable. Y dígame qué ve.

—Parecen —informó Sanders, examinando la alfombra— manchas de cera.

—¡Cera! —repitió H. M., rascándose un costado de la nariz—. ¡Ah!, ¿sí?

Otra vez volvió a mirar en derredor. Sobre la cómoda, en ambos costados, había dos candelabros de porcelana que lucían cada uno (a simple título de adorno) una vela verdosa. H. M. se aproximó y pasó la mano en los extremos de ambas.

—Están frías —dijo—. De todas maneras alguien ha hecho arder estas velas. Ambas. Fíjese en las puntas. ¿Las ha encendido usted, Mrs. Constable?

—¡Santo cielo; no!

—¿No han tenido algún inconveniente con las luces, o algo parecido?

—No; ciertamente no.

—Sin embargo, alguien las ha encendido —musitó H. M.—. ¿No sabe quién?

—Temo que no. No he tomado nota de nada —ocultó la cara con las manos—. Pero, ¿eso le dice a usted algo? ¿Qué interés puede ofrecer?

—Porque es curioso —contestó H. M.—. Es el único objeto extraño o fuera de su sitio en un cuarto tranquilo y ordenado. Y también un “tranquilo y ordenado” ejemplo de cochino trabajo. Alguien camina con un par de velas encendidas, en un lugar donde hay bastantes luces como para iluminar Piccadilly Circus. Y justo fuera de la puerta un hombre sufre un ataque sin que exista nadie en su proximidad, y muere. Oh, ¡por mi vista! Y además...

Mina Constable exhibía resolución en su cara pálida.

—¿Ha terminado, sir Henry?

—Temo que sí. Por ahora, por lo menos.

—Yo todavía no he terminado —replicó Mina, con una sonrisa nerviosa y simpática—. Por el contrario, voy a comenzar. Le mostraré. ¿Quiere venir abajo conmigo, por favor?

Sanders no comprendía la intención de Mina. Ni tampoco, evidentemente; H. M. Salieron en silencio y bajaron. Mina se encaminó hasta la sala, cuyas puertas dobles estaban ahora abiertas. Bajo un candelabro de aspecto retorcido estaba sentado Masters con una libreta de apuntes sobre la rodilla, escribiendo con afán. Lawrence Chase lo observaba. Cuando Mina penetró ambos la miraron con sorpresa, pero ella no les prestó atención. Junto a los ventanales salientes, sobre una mesa, había un teléfono.

Tomó el auricular y lo asentó sobre la mesa. Luego, asiendo con la mano izquierda el puño de la derecha para hacerla más firme, comenzó a girar el disco. Había una expresión decidida en su cara.

—T..., O..., L... —deletreó Mina, concentrada. Levantó de nuevo el auricular.

Masters se levantó de un salto.

—Perdóneme, ¿pero usted es Mrs. Constable, no es así? ¡Tal cual! ¿Le importaría decirme qué está haciendo?

—¿Qué pasa? —preguntó Mina, volviendo por sobre el hombro el rostro vivo y agradable, pero a la vez decidido—. ¿Toll? Quiero hacer una llamada a Londres, por favor. Éste es Grovetop tres, uno. Quiero hablar con Central nueve, ocho, siete, seis. Sí, por favor... ¿Cómo decía usted?

Masters se acercó a largos trancos.

—Le pregunté qué estaba haciendo, Mrs. Constable.

—Estoy telefoneando al “Daily Non-Stop”. Conozco al editor literario; he escrito algunos artículos para él. No conozco a nadie más en la redacción, pero él puede decirme con quién debo hablar. Perdón... ¡Hola! “¿Non-Stop?”. ¿Puedo hablar con Mr. Burton, por favor?

—Medio segundo —interrumpió Masters, ásperamente. Puso un enorme dedo sobre la horquilla del teléfono y cortó la comunicación con un clic—. Lo siento, Mrs. Constable.

Mina alzó la vista.

—¿Quiere entonces decir que no puedo hacer una llamada telefónica desde mi propia casa?

—Por supuesto que puede, Mrs. Constable. Sin duda —sonrió Masters, con pomposa cordialidad y desaprobación a la vez—. Sólo que... Bueno, usted sabe: mejor sería que nos viese a nosotros primero, ¿eh? Ya tenemos mucha experiencia en esto. ¿Qué quería decirles?

Mina no se encolerizó. Bajo aquella luz su aspecto era marchito y nada atractivo. Su gesto fué inconexo, pero mantuvo asido fuertemente el auricular y lo apretó contra el pecho.

—Usted debe de ser el inspector jefe Masters —dijo—. Dígame: ¿cuál es el peor insulto que usted conoce?

—Ah, eso es un poco difícil de decir —respondió Masters, reflexivamente—. Si piensa aplicármelo a mí...

—Estaba pensando en aplicárselo a Herman Pennik —su gesto era pensativo—. Mi marido acostumbraba a hacerlo saltar, cuando tocaban determinado tema. Quisiera saber por qué. Pero podríamos comenzar con Patraña, con P mayúscula. Es un gran sinvergüenza.

—¡Si quisiera usted darme ese teléfono, Mrs. Constable! ¡Ah! Gracias. Así está bien, ¿eh?

Mina soltó el teléfono y miró en torno. No hubo en el cuarto quien no sintiera contraerse su corazón de piedad ante la expresión de su rostro.

—He estado metida en un infierno —dijo—. Por el amor de Dios, denme una oportunidad para salir de él —sus ojos se llenaron de lágrimas.

El teléfono retiñó en el vasto silencio cuando Masters puso el auricular en su sitio. A través del alto ventanal abierto el aire frío entraba a raudales.

—Ya sé, señora; ya sé —contestó Masters, con cordial pesar—. Pero ése no es el modo de hacerlo. Quiero decir, que no puede usted llamar a un periódico y ponerle nombres a una persona, ¿no es así?

—No me propongo hacerlo.

—¿No?

—No. ¿Así... —prosiguió en voz muy baja—, así que Mr. Herman Pennik

proclama que él puede usar el pensamiento como un arma, eh? Tonto mentiroso. Vea. Mi marido era un hombre de bastante fortuna. Y voy a hacer lo que Sam hubiera querido que hiciese. Sam, que en su vida nunca tuvo miedo de nada ni de nadie. Muy bien. Dejen a ese sapo de Pennik probar su arma en contra mía. Lo desafío. Eso era lo que deseaba decirle a Mr. Burton. Le tomo la palabra a ese baladrón. Déjenlo que pretenda matarme. Si lo lograra, todo lo que tengo irá a manos de cualquier institución benéfica que ustedes dispongan. Pero habrá de hacerlo. Simplemente le tomo la palabra por hacer algo en memoria del pobre Sam. Y les prevengo que lo desparramaré por todos los diarios de Inglaterra, si eso es lo último que haya de hacer en mi vida.

Lawrence Chase dió dos pasos adelante.

—Mina —murmuró—, ten cuidado con lo que dices. Te lo digo, ¡ten cuidado!

—Oh, tonterías....

—Te lo repito; no sabes lo que estás diciendo.

—Ni usted tampoco, señor, me temo —dijo Masters, por sobre su hombro—. ¡Señoras y señores! —se aclaró la garganta y pegó con el puño sobre la mesa del teléfono—. ¡Por favor! ¡Calma; vamos! Esto parece una reunión de histéricos, ¿o acaso no lo es? —lanzó una especie de sonrisa—. ¿Qué tal? ¿Así es mejor, verdad? Ahora, Mrs. Constable —prosiguió en tono consolador—, ¿por qué no viene hasta aquí y se sienta cómoda y tranquila? Ya hablaremos largo y tendido. Miss Keen está preparándole algo de cenar —ladeó la cabeza hacia las cerradas puertas del comedor, tras las cuales se podía oír el doméstico ruido de loza—. ¿Por qué no nos sentamos y comportamos sensatamente mientras ella termina?

—Como usted quiera —asintió Mina, reconfortada—. Yo digo lo que digo. Pero sepa que no van a poder tenerme alejada del teléfono para siempre.

Masters aceptó la bravata con un guiño.

—Y yo le voy a decir otra cosa —confesó—. Si a usted le preocupa este Mr. Pennik, olvídense. No tiene por qué andar diciendo a todo el mundo que es un bribón. Ya lo sabemos.

Mina giró en redondo.

—¿Es verdad lo que usted dice?

—¡El Señor sea loado! ¿Para qué cree usted que estamos los polizontes? —preguntó Masters—. Acabamos de saberlo. En verdad, acabamos de comprobarlo.

Afuera, en el sendero enarenado, más allá de la ventana abierta, se oyó el ruido de pasos. Sanders, que era el más próximo a la ventana, los escuchó, pero no se dió vuelta. Los oyó en algún estrato de su conciencia, sólo como para recordarlos luego. Porque estaba demasiado enfrascado en los rostros de los personajes reunidos en el brillante salón adornado, donde el roble encerado del piso hacía resonar sus propios pasos hasta más allá de donde alcanzaba la iluminación.

—Está “reventado”, Mrs. Constable —le aseguró el inspector jefe—. Le ofrecería un pequeño descuento sobre milagros, ya no más. ¿Por qué? Pues porqué acabamos

de enterarnos por ciertas cosas que nos ha relatado Mr. Chase, unido a lo; que ya sabíamos por Miss Keen, que por lo menos en un par de ocasiones nuestro amigo Pennik ha pretendido leer el pensamiento cuando en realidad sólo repetía información recogida de antemano.

—Discúlpeme —interrumpió Chase con airada dignidad—. No voy a tolerar que se desfigure mis palabras. “Yo” no dije eso. Eso es ocurrencia “suya”.

—Elija sus propios términos, señor. No me importa.

—¡Si yo pudiera creer eso! —gritó Mina—. ¿Quiere decir usted que hasta su misma adivinación del pensamiento fué una farsa?

—Lo fué, Mrs. Constable —asintió Masters, con agrado. Dirigió una mirada hacia H. M., quien en todo el lapso no había pronunciado palabra—. Debiera haber estado aquí, señor. ¡Fué todo una treta! —el rostro de Masters se ensombreció—. Hoy me dió un buen susto, y no lo niego. ¡Hablando de mi chica! ¡Urr! ¡Ya le daré lo que pienso, por lo de mi hija, y tan luego que la van a operar mañana! Me gustaría saber de dónde sacó ese dato. Pero si a ustedes les preocupa la publicidad, yo les daré una información de prensa que revelará como un verdadero loco a ese caballero. En cuánto a su desafío —le dirigió a Mina una curiosa y seca mirada, cuyo significado no fué claro—, lo cumpla o no, eso es perder el tiempo. Él no va a matar a nadie con su infantil “Telefuerza”; ese caballero no lo hará. No podría ni matar una hormiga con una palmeta. Y si lo hiciera, mañana mismo presento mi renuncia.

—¡Oigan! —exclamó Chase, de improviso. El agudo grito lanzado los hizo callar, al punto que el enfático tintineo de llaves en un bolsillo, o el todavía más enfático resoplido de Masters, se extinguieron en la lejanía. Está vez todos oyeron el débil ruido de pasos en el sendero enarenado.

Chase corrió hasta la ventana. Sanders, que estaba más cerca, escudriñó afuera. Las estrellas habían aparecido y brillaban en una noche clara y luminosa; una noche sin viento y con aire que permitía una clara visibilidad. Aunque el sendero estaba desierto alguien se movía a cierta distancia, lentamente, aprovechando las sombras de los árboles.

—Ése es Pennik —explicó Chase, con voz clara—. ¿Qué creen que estará tramando?

CAPÍTULO 11

Las cosas para su desayuno —dijo Hilary, calzándose un guante— están alineadas en la alacena. No puede equivocarse. El pan fresco está en el cajón de la derecha; no en el izquierdo, que es duro. ¿Está seguro de que podrá desenvolverse? ¿Y también de qué podrá cuidar a Mina?

—Créase o no —respondió Sanders—, algunas veces en el pasado tuve oportunidad de preparar mi propio desayuno. ¡Por Dios vivo, mujer! Después de todo no es un acto de purificación espiritual que deba alcanzarse después de una noche de meditación y rezo. Es solo cuestión de poner un par de huevos y unas cuantas lonjas de jamón eh una sartén engrasada, y después da que uno ha quemado la segunda tanda de tostadas ya está listo. En cuanto a Mina, está completamente dormida con una buena dosis de morfina y no habrá de moverse hasta mañana a las nueve. ¿Para qué se preocupa, entonces?

Algo andaba mal. Y Sanders hablaba en esta forma porque creía también él percibir la misma influencia. Ambos estaban en el comedor, bajo los enormes cuadros hidrónicos que (de quitarles la oscura pátina que los cubría) debían representar jamones y vegetales gargantescos. En el reloj de Sanders eran las nueve y veinte.

Hilary terminó de calzarse, el guante. Su valija estaba lista y esperando. A través de las puertas del frente, que estaban abiertas, podían oír la sirena de un coche policial a la distancia.

Ella comenzó a ponerse el otro guante.

—Estamos desertando —continuó—. Como ratas. Igual que las ratas de un barco. Primero, el encantador Pennik se queda afuera entre los tilos y rehúsa venir a cenar. Luego Larry Chase decide súbitamente que tiene una cita urgente y debe disparar a Londres...

—Tiene una conferencia con un procurador. Nos lo dijo ayer.

—¿En domingo? ¿Y a esta hora? Le pedí que me ayudara a lavar los platos. Y me dijo que no podía soportar el lavado de platos. Si me pregunta, le diré que para mí Larry tiene temor de otras cosas muy diferentes que lavar platos. Pero no soy yo quien deba hablar. También yo lo abandono, ¿verdad? —sus tirones, del guante estaban de sobra—. La cuestión es ¿dónde puede haberse metido Pennik? ¿Porqué no quiso entrar? ¿Se imagina usted que lo dejaremos en la casa sólo con Mina y Pennik?

—No importa. Yo sé cómo manejarlo a Pennik.

(Se preguntó a sí mismo si podría).

Pero al mismo tiempo Sanders no deseaba que ella se fuera. Los colores de Hilary estaban encendidos, y sus ojos azules brillaban con nerviosidad o excitación. Usaba

vestido gris claro, en contraste con el color del rostro y ojos; el maquillaje era discreto, y de su piel parecía brotar una especie de frescura. Siempre la recordaría así, junto a la mesa y bajo la araña rutilante del comedor.

Hilary alzó la valija con una mano y extendió la otra.

—Bueno, adiós. Ha sido todo un “fin de semana”, ¿no?

—Lo ha sido —le tomó el bolso de la otra mano. Ya estaban junto a la puerta cuando ella se detuvo—. Bueno, Jack; si sucediera algo...

—Óigame —protestó Sanders, blandamente—. Yo no me quedo encerrado en la Bastilla, para no volver a ver la luz del día. Estoy confortablemente alojado. El doctor Edge probablemente caerá por aquí a eso de las diez, para ver a Mina. En la alacena hay cerveza. Hay una biblioteca que aún no he tenido tiempo de examinar. Váyase, y estaremos cenando juntos el martes por la noche, ¿eh?

Ella asintió. Él prosiguió hablando locuazmente, y sólo cuando llegaron hasta el vestíbulo principal dejó escapar una secreta preocupación, un escondido antagonismo. El inspector jefe Masters y sir Henry Merrivale bajaban las escaleras.

—Suba al coche —le dijo a Hilary—. Masters la dejará en la estación. —Esperó a que ella saliese y cerró la puerta del frente, como para que ella no escuchase. Luego se encaró con ambos hombres, tercamente.

—¿Puedo hacer una pregunta sin que vuelvan a echárseme encima?

Masters se mostró sorprendido.

—¿Una pregunta, doctor? Sin duda —respondió con una sonrisa de gran cordialidad—. ¿Qué desea saber?

—¿Qué piensan hacer con ella?

—¿Con quién?

—Mrs. Constable. ¿No se les ha ocurrido pensar que está expuesta a un gran peligro?

Nunca se había sentido tan abandonado por quienes él consideraba sus amigos. La conversación era tensa, preñada de reflexión y sentimiento. Hasta H. M., en quien él había depositado toda su fe, permanecía sombrío y con cara amarga. Masters fue blando, pero positivo.

—¿Oh? ¿Exactamente qué clase de peligro cree usted, doctor? ¿Peligro de quién?

—De Pennik. No creo que ustedes comprendan bien el carácter de ese individuo. Ya sea que mate con las ondas del pensamiento o no lo haga, el caso es que el hombre es capaz de matar. ¿No escucharon acaso el desafío de Mrs. Constable?

—¿El desafío de Mrs. Constable? —murmuró el inspector jefe—. Sí, señor. Lo oímos. Y también oímos el cuento del chico que gritaba: “¡El lobo!”. ¿No lo conoce usted?

—Lo único que recuerdo de aquel cuento es que el lobo al final vino.

—Bueno, por ahora no nos preocupemos de él —respondió el inspector jefe, cómodamente—. Y tampoco se deje usted preocupar por él. En una palabra, si yo fuera usted me olvidaría de todo.'

Hubo un silencio, mientras Sanders lo contemplaba.

—Pero cuando Pennik vuelva...

—No volverá, hijo —terció H. M., sombríamente—. Acabamos de estar en su cuarto. Pura hojarasca. Ya empacó sus cosas y se fué mientras estábamos cenando. Y ha dejado algo sobre la mesa. Muéstréelo, Masters.

El inspector jefe extrajo de su libreta de apuntes una hoja de papel doblada, que extendió a Sanders. En ella estaba escrito con tinta y en cuidada letra menuda:

A la policía:

Lamento que ciertas circunstancias, no tantas como las que puedan surgir en el futuro, hagan poco aconsejable e inconveniente para mí permanecer por más tiempo en Fourways. Empero, para que no se interprete que escapo de la ley, declaro que me instalaré en el “Black Swan Hotel” donde encontré al inspector jefe Masters esta mañana. Es el único alojamiento que conozco en este distrito, y me pareció muy tolerable en la breve inspección que me fué dable hacer. Allí me encontrarán a cualquier hora.

Suyo, etc.,

Herman Pennik

A juicio de Sanders la carta contenía motivos de alivio y de mayor desasosiego, a la vez. La devolvió.

—Pero, Mrs. Constable...

—Escuche, hijo —le respondió H. M., en tono calmo que muy rara vez empleaba—. Yo quisiera pensar distinto, pero el hecho es que la heroica y afligida Mrs. Constable ha estado diciéndonos una sarta de mentiras deliberadas.

Sanders no pudo comprender por qué las palabras lo sorprendieron de ese modo; y eh cierto modo, por qué lo conmovieron. Sólo supo que había tenido esa sensación.

—¿Quiere oírlas, hijo?

—Con mucho gusto.

—Ítem uno, —gruñó H. M., introduciéndose la mano alrededor del cuello—. Retrotraiga la mente hacia esa pequeña aventura, cerca de quince minutos antes del crimen, cuando Sam Constable oye romperse la lámpara en su cuarto y se lanza abajo para investigar. Bueno; dos personas, dieron una descripción detallada de eso, ¿no es verdad? Usted la oyó. El joven Chase la describió, y Mrs. Constable también la describió. Chase nos contó cómo Constable salió disparando de su dormitorio, con los pies desnudos y calzado con pantuflas, tambaleando para calzarse bien las pantuflas mientras caminaba. Todos hemos pasado por esa misma experiencia. Sabemos cómo ocurre. Es demasiado circunstancial. No podría ser un error. O es la verdad o es una mentira lisa y llana.

—¿Y bien? —interrogó Sanders, que ya descontaba el resto del relato.

—Pero, ¿qué es lo que la dama dice, por otra parte? Nos dice que cuando Constable oyó el ruido y salió, ella acababa de atarle los cordones de los zapatos. De modo que “ella” dice que Constable tenía las medias y los zapatos puestos. Nuevamente es un dato detallado y circunstancial. O es verdad o es mentira. Y me temo, hijo, que sea una simple mentira.

—¿Por qué no podría mentir Chase?

H. M. se restregó con las manos la cabeza calva.

—Porque yo conozco a los mentirosos, hijo —replicó, más bien cansado—. Ella no es de los mejores. Pero si usted quiere una prueba mejor que las deducciones de mi cabeza de trapo, ¡haga memoria! Usted vió a Constable, ¿no es cierto? Bien. ¿Usaba zapatos o pantuflas?

Sanders no había tenido en cuenta el detalle. Había estado demasiado enfrascado en otras cosas para percibir discrepancias. Y aunque no quería recordarlo, la escena revivió en su mente con perfecta lucidez.

—Pantuflas —admitió.

—¡Hum! De modo que ella mentía... —H. M. prosiguió—. Ítem dos. Usted la oyó jurar con conmovedora sencillez y fervor que nada sabía acerca de las dos velas que alguien había encendido en el dormitorio de su marido. Bien. ¿No había estado ella caminando con esas velas? Quizá no haya usted notado cómo dió un salto cuando yo las descubrí. Pero no tomemos eso en cuenta. Ahora bien. El viernes por la noche ella usaba una bata de seda rosada, ¿no es así? Masters y yo hemos estado hurgando un poco y hemos echado una mirada a esa misma bata. La manga derecha todavía está manchada con gotas de sebo de vela; la manga de la mano temblona.

(Sanders no lo puso en duda. Ni siquiera intentó hacerlo, porque a su memoria volvía insistentemente el recuerdo de Mina Constable acuclillada en la silla tapizada, envuelta en su bata y con las manchas de sebo en la manga).

—¿Se da cuenta, hijo? —preguntó H. M., humildemente.

Silencio.

—También está —continuó H. M.— la cuestión de ese libro grande de recortes que ella dice haber quemado. Sin embargo no lo hizo. Es imposible quemar esos desmesurados libros encuadernados en imitación cuero sin dejar “algún” rastro; a menos que uno lo eche a la chimenea. Pero aquí no hay chimenea, ni siquiera un simple fuego de leña o carbón donde pudiera, haberlo quemado. Ni tampoco rastros de libro quemado. Son todas mentiras, hijo. Déjela dormir. Si hubiese alguna pizca de prueba de cómo lo hizo, ella ya estaría en camino de Kingston, acusada de homicidio.

—¡Cáspita! —exclamó Sanders.

—Seguro... —asintió H. M.

—¿Pero entonces todo lo que ella dijo e hizo...? Después de todo, ¿qué diferencia hay entre que Constable usara pantuflas en lugar de zapatos? ¿O que ella encendiera las velas y dijese luego que no?

H. M. contestó con malevolencia.

—Ya quisiera saberlo yo, hijo. De todas las pistas curiosas que conozco éstas son un par de las más singulares.

—Entonces, usted insiste en que todas sus manifestaciones —prosiguió Sanders—, su llanto, sus desmayos, su vitalidad disminuida, hasta su intento de desafío a los diarios esta tarde; ¿todo fué parte de una burla y una rimbombante demostración teatral?

Masters rió entre dientes con benevolencia.

—Bien, señor; ¿qué le parece a usted? ¿Notó con qué facilidad la persuadí de que no enviara su desafío a los diarios, no?

—Pienso que usted está equivocado.

—Vivimos en un país libre, doctor. ¡Cada hombre es dueño de su opinión! Y ahora, si usted no se opone —Masters examinó su reloj—, sir Henry y yo tendremos que irnos. Primero a Grovetop, y luego al “Black Swan” para ver a Mr. Pennik. ¡No tengo inconveniente en avisarle que allí tendremos una entrevista que estoy esperando celebrar! Cuando sir Henry se tope con él...

—Esa mujer sigue todavía en peligro.

—Está bien, doctor; Quédese usted a cuidarla. ¡Buenas noches, buenas noches, buenas noches!

Abrió la puerta e hizo un gesto a H. M. para que lo precediera. H. M. tomó de la percha su antigua galera y su igualmente antiguo sobretodo, caminó dos pasos y se detuvo. Volviendo la cabeza le dijo:

—Vea, Masters. ¿Suponiendo que este joven estuviera en lo cierto?

Masters por poco no lanza un aullido.

—¿Para qué sigue pensando en cosas como ésa? Ya hemos agotado el tema, señor. Sabemos lo que hacemos, ¿no es así?

—Oh, seguro, seguro. Siempre lo hacemos. Cada vez que alguien en este mundo pega un salto y se viene abajo como resbalando sobre manteca, lo hace porque sabe lo que hace. Bueno, sigamos oyendo la fúnebre melodía. ¿Qué pensamos de todo esto?

Luego de mirar en derredor, cautelosamente, Masters cerró la puerta. Luego le habló a Sanders.

—Que Mrs. Constable mató deliberadamente a su marido mediante un ardid que aún no hemos podido descubrir. Ah, y le diré algo más. No he leído ninguno de los libros de la dama (no teman); pero mi mujer sí: todos, y antes de salir de casa me dijo una o dos cosas. En uno de los libros, acerca de una expedición al Egipto, un montón de gente muere aparentemente como resultado de una maldición en la tumba del faraón, y se descubre luego que en realidad han sido eliminados mediante una hábil utilización del gas de monóxido de carbono. Mi mujer no podía recordar con exactitud cómo había sido, pero me dijo que el método le parecía bueno, y que uno lo podía emplear en casa, de modo que se preguntaba si no le serviría en caso de querer

eliminar a mí.

Sanders encogió los hombros.

—Está bien, admito eso —dijo—. Y en “La doble coartada” ella hacía morir a la víctima de una inyección hipodérmica de insulina. Lo cual hace parar los pelos, porque científicamente es admisible y muy difícil de descubrir. Recuerdo que el viernes por la noche hablé con ella algo acerca de esto. ¿Pero qué hay con eso? Constable no murió por monóxido de carbono o insulina. ¿Qué comprueba, entonces?

—Comprueba mi teoría —afirmó Masters, golpeando la palma de la mano con un dedo— de que un ardid como ése, no importa cómo rayos sea, sería el recurso más apropiado para ella. Si alguna vez pensó en eliminar a alguien, éste es el medio exacto que ella utilizaría. Algo tan salvaje como el viento, y sin embargo tan doméstico como el queso. Algo que uno podría hacer en la propia casa con dos dedales y una pastilla de jabón; y sin que haga falta ningún conocimiento especial.

(En ese punto hubo un extraordinario cambio de expresión en el rostro de H. M. Era como si contrajera y distendiera la cara para devolver una resonadora frambuesa, pero se transformó en agitada admiración).

—¡Oh, por todos los rayos! —murmuró.

—¿Señor?

—Nada, hijo. Estaba pensando.

Masters se volvió hacia él con la más profunda y la más oscura de las sospechas.

—¡Le digo que estaba pensando! —insistió H. M.—. Prosiga. Lo que yo pensaba nada tiene que ver con lo suyo. Sólo estaba pensando en las manchas de sebo en la alfombra y en el lugar exacto donde las hallamos. Que me quemem, Masters; ¿por qué cree siempre que yo estoy tratando de darle en el ojo?

—Porque habitualmente lo hace —replicó el inspector jefe, brevemente—. Fíjese, señor...

—Siga con su explicación —exclamó Sanders—. ¿Cómo encaja Pennik en su razonamiento?

—¿No es claro; como la luz del día, doctor? Pennik lo sabía o lo adivinó. Él sabía cuándo ella iba a hacerlo y por qué lo haría. De modo que cuando el hecho sucedió, él aprovechó la circunstancia simplemente para robustecer y reforzar su rubicunda treta del crimen por telepatía. Fíjese usted, él no fué demasiado lejos anunciando lo que ocurriría. Simplemente dijo que podría ocurrir. Luego ocurrió en efecto, y entonces, por primera vez, apareció descaradamente jurando que él era el autor. ¿Eh? Estoy completamente seguro de que no estaba en complicidad con ella.^[5] Sólo la utilizó para sus fines. Por eso ella está tan ciegameamente enardecida y encarnizada con Pennik. Por cuyo motivo debo admitir que muchas de sus manifestaciones son verídicas y sinceras. Pennik anda por ahí diciendo que él fué el criminal, cuando ella tiene muy atendibles razones para saber que no es verdad. Le hago esta simple pregunta: ¿explica eso todas las inconsistencias con que nos hemos topado?

—Sí, siempre que ella se dé maña para desenvolverse.

—No lo entiendo.

—¡Oh, Masters, hijo mío! ¿No lo llamaría usted a eso ser un poquito demasiado escrupuloso? ¿Se pondría ella tan furiosa con él nada más que porque viene y asume todas las consecuencias del crimen cometido por ella?

Masters caviló.

—No estoy muy seguro, señor. Podría ser la mayor de las fanfarronadas.

—Podría ser. Encajaría perfectamente; en cuyo caso su “desafío” es pura mentira. Es un lindo caso, a pesar del insignificante hecho de que no podríamos probarlo aunque supiésemos que es cierto. Lo que yo sé es que algunas partes son verídicas. Tienen que ser, y pese a sus preocupaciones, hijo —H. M. lanzó una mirada malevolente a Sanders—, esa mujer está aquí tan segura esta noche como si la hubiéramos envuelto entre algodones, y la tuviéramos guardada en medio del Banco de Inglaterra. Ahora tenemos que irnos, o haremos que la hija de Joe Keen pierda su tren. Buenas noches, hijo. Vamos, Masters.

El doctor Sanders permaneció en la puerta de Fourways hasta que la luz trasera del coche policial desapareció entre los árboles. Ahora estaba haciendo más fresco. Miró por un instante la clara luz de las estrellas por encima de la arboleda. Luego penetró en la casa y cerró la puerta con llave y pasador. Estaba solo en la casa con una mujercita tranquila y agradable de quien, dos de sus colegas, sospechaban que era una criminal. Eso le hizo sonreír.

Se encontraba solo, en vísperas de la que sería una de las peores noches de su vida.

CAPÍTULO 12

Su primera sensación, como lo recordaría después, fué de liberación y casi de jovialidad. Podía echarse a leer o a pensar en sus propios problemas personales, gozando el lujo de estar solo. Quizá no debiera dejar las luces encendidas en una casa ajena, pero la abundancia de luces coincidía con su estado de ánimo, y no se sentía con deseos de hacer economías. Notable es cuán tensos y sensitivos se vuelven los nervios y los oídos y hasta los ojos bajo el mero peso del silencio. Todo parecía un poco más grande y más agudo de lo común. Todo, desde el sonido de un zapato sobre los mosaicos hasta el roce de la propia manga con las hojas de una palmera de maceta parecía tener una claridad de sonido que sacudía como una nota musical.

Entró en la sala donde el pulido piso de roble era más ruidoso aún. Se estaba poniendo francamente frío aquí, de modo que cerró el alto ventanal. Una idea tardía lo hizo volver y echarle falleba. Todas las ventanas de este piso llegaban hasta el suelo, y se le ocurrió preguntarse si todas estarían cerradas con seguro. Cuando uno se ponía a pensar, estas casas no eran más que una serie de arcos abiertos.

Recorriendo el comedor contempló los grandes cuadros oscuros y la pesada vajilla de plata sobre el aparador. Recordó que en el mueble había un porrón de cerveza a medio empezar. Lo trajo y lo puso sobre la mesa con un ruido que le pareció un sonoro porrazo y luego fue a buscar un vaso en una profunda vitrina que, inesperadamente, le mostró su propia imagen reflejada en el espejo del interior. También trajo un cenicero de cerámica, un cenicero que sonaba y repiqueteaba perversamente contra la mesa cada vez que uno dejaba ceniza en él.

La cerveza, entibiada, hizo bastante espuma. Con paciente esfuerzo llenó el vaso, encendió un cigarrillo y se sentó junto a la gran mesa redonda para reflexionar.

Será interesante algún día escribir una monografía sobre el aspecto médico de la emoción llamada miedo. Sin duda ya ha sido tratado anteriormente; pero sólo al escoger los hechos para su pequeño informe a Masters había Sanders comprendido las profundidades y las oscuridades de ese terreno llamado “shock” nervioso. Era un dominio nuevo, casi como arena movediza. Varias personas aquí lo habían sufrido, incluyendo a Hilary. Y —ahora volvía a acordarse— todavía él no había podido descubrir qué había visto Hilary. Tomando un ejemplo más concreto, supongamos que Sam Constable hubiera muerto de un “shock” nervioso como resultado de algo visto u oído o preparado con ese propósito.

Detrás de él, la puerta de, vaivén de la cocina crujió y chilló agudamente. Sanders no dió un salto, aunque ese fue su primer impulso. Esperó una fracción de segundo y luego observó casualmente por encima del hombro. No vió nada, sabiendo que no

vería nada. Ese sobresalto, por el cual se sintió disgustado, había sido causado por un mero movimiento repentino de una cosa inanimada. Una corriente de aire o la contracción de una madera o cualquier otra causa es el pequeño movimiento de lo inanimado que impulsa a los nervios por mal camino. Notó que la cocina estaba a oscuras; también el invernadero estaba oscuro —lo cual podía distinguir a través del vidrio de una puerta cerrada.

Pero no era el mejor momento, probablemente, para analizar la naturaleza de los nervios. Mejor sería levantarse y hacer algo. Mejor sería ir arriba y ver cómo seguía Mina Constable.

Apagando el cigarrillo terminó la cerveza y fué escaleras arriba. Cuando llamó a la puerta de ella no recibió respuesta, ni tampoco la esperó; la morfina ya habría surtido su efecto para ese entonces. Abrió suavemente la puerta y miró adentro.

El lecho de Mina estaba vacío.

Las coberturas habían sido arrojadas en desorden mostrando las frescas sábanas blancas que brillaban a la luz de la lámpara de cabecera. Las almohadas también estaban en confusión, y una bata y las pantuflas que él recordaba haber visto cuando Mina se acostara dócilmente a las nueve habían desaparecido. Hasta el baño estaba vacío. Y tanto este cuarto como el de su esposo eran sitios desagradables, donde nadie iría a sentarse por placer.

—¡Mrs. Constable! —llamó.

Ella debiera haber contestado.

—“¡Mrs. Constable!”.

No hay cosa más perturbadora que cuando una persona, que está encerrada con uno entre las cuatro paredes de una casa, lo oye a uno y por alguna razón resuelve no contestar. Es un juego demasiado desagradable. Y Mina continuaba escondida.

Efectuó una minuciosa búsqueda en el cuarto, un poco esperando encontrarla en el ropero y preguntándose qué le diría él si la encontrase allí. ¿Sería un verdadero rapto, esta vez? Pero las pantuflas y la bata no concordaban con eso. Corrió a través del cuarto de baño, golpeando las piernas contra el calorífero de bronce y manoteando por encima de un vaso que cayó con endemoniado ruido en la bañera. Ese ruido lo hizo serenar. Más tranquilo recorrió un cuarto tras otro en aquel piso, incluyendo su propio dormitorio. Luego descendió al piso bajo, para encontrarse con una ligera alteración en el aspecto del vestíbulo. Las altas puertas plegadizas que daban a la sala, que estaba seguro de haberlas dejado abiertas, ahora estaban cerradas.

El teléfono comenzó a sonar en el momento que abría las puertas; por poco estropeó su cometido porque nunca pensó Sanders que el objeto tuviera semejante lengua. El aparato continuó sonando mientras miraba por todo el cuarto, y eso lo enfadó. Mejor sería atender. Cuando levantó el auricular descubrió que todavía estaba tibio del reciente contacto con una mano.

—¡Hola! —dijo una voz persuasiva—. ¿Es Grovetop tres, uno?

—No... ¡Sí! —corrigió Sanders, aclarándose la garganta y mirando el disco—.

¿Quién es?

—Hablan del “Daily Non-Stop”. ¿Puedo hablar con Miss Shields, por favor?

—¿Con quién? Oh, perdone. Miss Shields está indispuesta y lamenta no poder...

—Está bien, doctor —se interpuso la voz de Mina, hablando en su oído. La cara de Mina apareció junto a su hombro. El brazo de Mina, delgado y moreno y más bien pecoso, saliendo de la amplia manga de la bata, se movió hacia adelante y le tomó el auricular.

—¿Hola? Sí, con ella. Bueno, ahora que usted me ha llamado, ¿se convence de que no es una burla?... Sí, sí, entiendo perfectamente que usted debía ser cauteloso... Sí, “imprímalo” o haga lo que mejor pueda... No; está perfectamente bien; pero no puedo seguir hablando, realmente no puedo. No me siento bien; sí, muchísimas gracias. Adiós, adiós, adiós.

Repuso el auricular sobre la horquilla y se echó atrás.

—Siento mucho tener que decepcionarlo —dijo Mina, mirándolo luego de una pausa—. Pero ya les dije que no podrían alejarme del teléfono para siempre. Tan pronto como se fueron vine hasta aquí. Estaba esperando. Ellos me lo hubieran impedido.

Sanders siguió en su sitio.

—Está bien, Mrs. Constable.

—Usted debe de estar enojado.

“Claro que estoy enojado. ¿Quién diablos no estaría enojado?”.

—Está bien, Mrs. Constable. Si yo quiero hacer el tonto, ése es asunto mío —se recordó a sí mismo gritando por toda la casa y traicionando su estado de ánimo con cada palabra—. ¿Pero quiere decirme cómo se las arregló para estar despierta después de la dosis de morfina?

—No la ingerí —respondió Mina, con la astucia desesperada y triunfante de una mujer genuinamente enferma. Reconoció esa malicia histérica y cedió—. Sólo simulé que la tomaba. Ahora la sigo con Pennik; vuelvo a seguirla. No imprimirán todo lo que les dije, porque sería calumnia o libelo o no sé qué; pero ya tienen suficiente, ya tienen suficiente, suficiente. Aparecerá como un verdadero loco, ese M. Vaudois. ¿Lo sabía? Un profesor que viajaba en nuestro barco apodaba a Pennik “Monsieur Vaudois”. No se por qué, pero lo hacía poner frenético. Y ahora ya he terminado. Voy arriba a tomar mi medicina; luego estaré bien.

—Ciertamente que sí. ¡Vamos; andando!

—Pero usted vendrá conmigo, ¿verdad? Estoy sola y me parece peor estar sola ahora que durante el día. Todas las ratas han abandonado el barco. Menos usted.

—Está bien, Mrs. Constable. Venga.

En el pasillo por encima de ellos el gran reloj comenzó a lanzar sus fluidas campanadas, anunciando las diez. Eran las diez y veinte cuando Sanders dejó a Mina acostada, después de comprobar que esta vez había ingerido la tableta. La había arropado con la misma bata, y tan pronto como la droga hizo su efecto le escuchó

lanzar un murmullo de relajación. Con la cabeza apoyada en una almohada Mina se arrellanó y comenzó a dormir.

“Sin sueños”, deseó Sanders. Le tomó el pulso, la estudió un momento con el reloj en la mano y apagó la luz. Esta mujer sincera en apariencia, pensaba él mientras descendía la escalera, había mentido en cuanto terreno le había sido dable mentir.

Sin embargo, el temor por esa desaparición le había dejado un saldo. Lo había curado (o creyó que lo había curado), de disturbios nerviosos sin fundamento. Una vez era suficiente. Pero lo había fatigado y dejado sin esperanzas de dormir. Él sabía que debía descansar, puesto que al día siguiente tenía trabajo que hacer, pero también sabía que sería inútil. Caminaba y se sentaba, volviendo siempre al comedor. En un rato aprovechó para dar una vuelta y echar cerrojo a todas las puertas y ventanas del piso bajo; otro lo dedicó para ojear unos libros insípidos en la biblioteca. Las diez y treinta sonaron en el reloj de la escalera; luego las once menos cuarto y luego las once.

Eran cerca de las once y treinta cuando creyó ver la cara de Herman Pennik que lo miraba a través de la puerta de vidrio del invernadero. Sanders recordaría luego que el vaso en el cual había estado bebiendo el final de la cerveza del porrón se le deslizó de los dedos y se hizo pedazos sobre la mesa del comedor, en medio de una estrella de espuma oscura. Sanders se había dado vuelta y lo había visto.

Durante un momento tuvo conciencia de un ruido desvanecido: un ruido en verdad tan sordo que más bien parecía una vibración, una presión en los oídos, que no un sonido. Lo asoció vagamente con el agua, y luego comprendió que debía tratarse de la fuente miniatura del invernadero, que volcaba el agua después de la muerte de Sam Constable igual que antes. Revolviéndose en su asiento para ver miró hacia la puerta de vidrios del invernadero..., y Pennik lo observó nuevamente.

Cruzó el cuarto con tal rapidez que, no recordaba haber abandonado su silla. Por un segundo creyó que se tratase de su propio reflejo provocado por los rayos de luz contra la puerta de un cuarto oscuro, pero luego vió la nariz y los dedos de Pennik apoyados contra el cristal y tan apretados que parecían ampollas blancas sobre él mismo. Pennik desapareció de golpe, y cuando Sanders tiró de la puerta sólo se encontró con una ráfaga del aire caliente y sobresaturado de las plantas... y el silencio.

Permaneció en la puerta. Ninguna luz, ningún sonido, ningún movimiento de clase alguna, hasta que se lanzó hacia adelante y despertó una selva de ruidos al caminar entre las plantas. Tanteando entre los pasillos se convenció de que una búsqueda allí era inútil; también hubo otra razón para ello. Una de las largas ventanas de vitrales, que él había cerrado un rato atrás, estaba ahora abierta: una vía de escape.

¿Y Mina Constable?

¿Mina Constable?; ¡arriba y seminarcotizada!

Trató de no correr cuando trepaba la escalera y entró al cuarto oscuro sólo para encontrarse con otra falsa alarma. Mina no estaba más muerta o herida que él

respiraba tranquila y regularmente mientras dormía. Esta vez Sanders no aceptó riesgos. Echó llave al baño, se fijó que las ventanas estuvieran cerradas y, cuando salió otra vez al pasillo, cerró la puerta desde afuera y metió la llave en el bolsillo.

Estas falsas alarmas continuadas eran peores que un suceso real. ¿Había visto en verdad a Pennik o no? Súbitamente descubrió que no estaba muy seguro. No había sido más que un relámpago visto por el rabo del ojo, una imagen surgida en su propia mente, o (retrocedió ante la idea) una imagen proyectada. Pero, ¿y la ventana abierta? Quizá la hubiera dejado abierta él mismo; ahora que reflexionaba estaba casi seguro de que él era el responsable.

Eso era un poco mejor. No obstante no se alejó del dormitorio de Mina; se sentó en el primer peldaño de la escalera. Su respiración se tranquilizó; sus pensamientos empezaron a girar sobre la facilidad con que los fantasmas podían ser evocados. Encendió otro cigarrillo y contempló el humo. El reloj dió las doce menos cuarto. Sintiendo más aliviado descendió la escalera...

El teléfono estaba sonando nuevamente. Mejor sería atender.

—¿Hola? —dijo una voz agradable—. ¿Grovetop tres, uno? Hablan del “Daily Trumpeter”.

Sanders, fastidiado, comenzó a bajar la mano para colgar el receptor.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho. No puedo hacer ninguna declaración esta...

—¡No corte! —dijo la voz, con tanta urgencia que él se detuvo a despecho de sí mismo—. ¡No corte, por favor! No quiero ninguna noticia. Más bien deseo darle una a usted.

—¿Cómo?

—¿Está Miss Mina Shields bien? ¿Usted me entiende?

—No, no sé qué quiere significar. Claro que ella está bien. ¿Por qué?

—¿Quién es que habla, por favor?

—Mi nombre es Sanders. Soy un amigo de la familia. ¿Por qué preguntó si ella está bien?

—¿El “doctor” Sanders? —interrogó la voz con rapidez—. Doctor, usted debiera saber esto. Mr. Herman Pennik acaba de llamar a esta oficina.

—¿Sí? —dijo Sanders, sabiendo lo que seguiría.

—Él dijo que Miss Shields moriría probablemente antes de la medianoche. Quiso aclararnos que no lo promete, o que no dice que sea seguro, pero cree que para ese entonces habrá conseguido su propósito de matarla. Naturalmente no prestamos mucha importancia a sus alegatos, pero nos pareció que sería mejor darle a usted la oportunidad de desmen...

—¡Espere! ¿De dónde fué hecha la llamada?

Hubo una pequeña pausa.

—De un lugar llamado “Black Swan Hotel”, a unos seis kilómetros de donde se halla usted.

—¿Está seguro de eso?

—Sí. Lo hice verificar.

—¿Cuánto hace que llamó?

—Cerca de diez minutos. Estamos pensando qué es lo mejor a hacer, doctor, y si usted quisiera ayudarnos haciendo alguna declaración...

—Nada de cierto hay en ello. Mrs. Constable está confortablemente dormida con su puerta cerrada y nadie puede aproximársele. Ella está absolutamente bien. Por favor, acepte mis palabras.

Colgó el auricular sonoramente; miró hacia los ventanales salientes y acarició con un dedo la llave en el bolsillo.

¿Estaría Mina bien?

El teléfono rompió a sonar otra vez, a su costado.

—¿Grovetop tres, uno? Hablan del “News Record”. Perdóneme que lo moleste, pero esta mañana un hombre llamado Herman Pennik nos hizo unas extraordinarias declaraciones. Ahora acaba de llamar a esta oficina para decir...

—Ya sé. Que se propone matar a Mrs. Constable por medio de lo que denomina “Telefuerza”. Él es muy modesto y no promete absolutamente que pueda llevar a cabo...

—No exactamente —dijo la voz—. Eso es lo que dijo hace quince minutos. Pero ahora dice que ella está muerta.

Por un instante Sanders miró el número sobre el disco blanco que estaba ante su vista. Sin responder a lo que la persona en el otro extremo de la línea le decía colgó el auricular.

Esta vez no lo engañarían. Era su imaginación que le había hecho ver a Pennik en la casa, puesto que en esos momentos Herman Pennik se encontraba en el “Black Swan Hotel” a seis kilómetros de distancia. Todo era pura imaginación. Empero, el hecho de que había visto una imagen tan vivida; el hecho de que la figura de Pennik había estado pegada contra aquel cristal mostrando claramente las huellas de su nariz y sus dedos le hacían parar los pelos a Sanders con el recuerdo de esa maciza cabeza de pelo rubio arena.

Él lo había visto. ¡Por el Señor!, que lo había visto.

Otra vez volvió a sonar el teléfono.

—¿Grovetop tres, uno? Hablan del “Daily Wireless”...

Sanders puso el receptor sobre la horquilla con cuidado y amabilidad. Sacando del bolsillo la llave del cuarto de Mina cruzó la habitación y subió la escalera. Y sólo cuando llegó al final del tramo empezó a correr. Introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y se encaminó hasta el lecho.

* * *

Cuando salió del cuarto unos minutos más tarde, tenía sólo una idea. Mina

todavía estaba acostada en su lecho, pero su postura ya no era apacible, salvo en el fino sentido que la muerte pueda ser apacible. Pobre mujer a quién él había apreciado tanto, pobres y patéticos despojos yaciendo con los brazos y las piernas rígidas. Empero, Sanders tenía una sola idea: de alguna manera tenía que acabar con el ruido de ese teléfono que sonaba abajo, violenta e incesantemente.

Parte III

TERROR

Concerniente a unas pistas sin sentido

Instantáneas de todas partes

“Daily Non” - Stop, lunes 2 de mayo de 1938

**MINA SHIELDS DESAFÍA AL MÍSTICO Y MUERE;
SEGUNDA MUERTE DEBIDA A FUERZA DESCONOCIDA**

“Daily Trumpeter”

**TELEFUERZA: ¿NUEVA AMENAZA PARA LA
HUMANIDAD?**

“Daily News-Record”

**ESTUDIOSO ANTICIPA AL “NEWS-RECORD” MUERTE POR
PRETENDIDAS ONDAS DE PENSAMIENTO ¿Qué es la
“Telefuerza”?**

“Evening Griddle” (última edición del lunes)

**NINGÚN RASTRO DE MUERTE:
¡TERROR INVADE A SURREY MIENTRAS “TELEFUERZA”
RECLAMA PRÓXIMA VICTIMA! (¡Nota exclusiva!)**

... Pero lo oímos. ¡Sí, señor! Yo y mi marido lo oímos en la radio. Y yo le dije a mi marido: “Bueno, si uno no puede creer en la B.B.C. ¿en quién puede creer?”. Eso es lo que le dije: “Si no crees en la B.B.C. ¿en quién puedes creer?”. ¡Corchos! Toda la gente está hablando de eso. No se habla de otra, cosa donde una vaya. La pobre Mrs. Drew por poco se dió un tremendo susto. Casi nada. Su Bert trabaja en un garaje en Grovetop; ¿sabía usted? “Lo debieran colgar”, dice ella, “a este Pennik”. Yo le dije: “Déjenlo que mate al viejo Hitler”, le dije. “Déjenlo que lo mate al viejo Hitler y después veremos”. Le dije a mi marido; él sabe toda la historia; oír, sí, señor, él lee todas las notas científicas de los diarios; le dije: «Pero, ¿qué es “Telefuerza”?». «Él dijo: “Oh, es grande. Como la radio, sólo que más grande”». «Pero yo le dije: “¿Qué le harán a este Pennik; eso es lo que quiero saber? ¿Lo colgarán? ¿Qué es lo que le harán?”».

* * *

Otra pinta de cerveza, por favor, señorita.

Ta.

Bueno, viejo, siento decirte esto, pero me parece que eres un reaccionario. Sí, viejo, pero me temo que seas precisamente eso: un reaccionario. Sin ofenderte, espero; pero tú debieras ser él primero en reconocer que eres un poco reaccionario.

¿Creerlo, viejo? ¿Por qué no? Eso es ciencia para ti. Quiero decir, fíjate cómo corre el tiempo. Quiero decir, treinta o cuarenta años atrás hubieras dicho que la radiotelefonía era imposible. ¿No es cierto, viejo? Quiero decir, si hubieras nacido en ese entonces. Y sin embargo ahí la tienes, sonando en tu propia casa, y todo lo que tienes que hacer es darle una vuelta de perilla y ya está. ¿Entiendes lo que quiero decir, viejo?

¡¡Caray!! En treinta o cuarenta años podrás dar vuelta la perilla de esta “Telefuerza” y matar a tu patrón o a Hitler o a quienquiera que se antoje. ¡Diablos! ¡No les daría tiempo para nada, si yo supiera cómo se maneja! Pop, pop, pop, pop, pop. Igual que una ametralladora. Es igual, viejo, quiero decir. Este Pennik. Él no puede hacer eso. Quiero decir, gente como Einstein y H. G. Wells están muy bien, pero, gracias viejo, no me importa si lo hago yo.

Otra pinta de la misma cerveza, por favor, señorita.

Ta.

* * *

—“¿Evening Griddle?”. Habla Nueva York. Hableee.

—¿Hola? “¿Evening Griddle?”. Quiero hablar con Ray Dodsworth, por favor.

—Sí, eso es: Dodsworth.

—¿Hola? ¿Ray? Habla Louie Westerham, del “Floodlight”. ¿Qué tal, Ray? Oye: ¿qué demonios pasa con ese científico checoeslovaco que está dispuesto a voltear a Hitler con un rayo de la muerte?

—¿Qué?

—¿Así que es una exageración?

—¿Qué quieres significar? ¿Hay una noticia mejor que ésa?

—¿Cómo?

—Oye, Ray, ¿puedo creer en eso?

—¡Noticia! ¡Por los cuernos sagrados!, pero si es la mejor cosa que... Espera un minuto, espera un minuto. Déjame ver cómo iría en

los titulares. T...E...L... ¡Cuernos!

—¿Cómo?

—¿Qué quieres decir con que no me apure?

—Oh, por todos los diablos, Ray. ¿Por qué preocuparse de eso? ¿No es una noticia, acaso? Es grande, ¿no es cierto? Suponte que nadie sepa lo que es; eso no impedirá que la gente hable igual, ¿no? Vamos a venderle la “Telefuerza” al público americano; eso es lo que haremos. Haremos que todos los hombres, mujeres y niños de este país sepan lo que es la “Telefuerza”. Espera, Ray; no cortes. Quiero que hables a...

* * *

—“¡Allo!” “¡Allo!”.

—“Ne coupez pas, mademoiselle, ne coupez paz! Quelqu’un sur la ligne. Rétirez-vous, imbécile!”.

—¿Otra, vez pon el ministerio de guerra?

—“¡Bon!”.

—Ah, mi amigo, ¿es verdad?

“Le hablo, mi amigo, para ofrecerle mis más sinceras congratulaciones. La verdad que es magnífico. Será un estimable servicio para la “Entente Cordiale”, ¿no es verdad?

—¡Ja! ¡Ja!

—¿Usted sabe de qué le estoy hablando, no? ¡Boum! ¡La máquina que sus ingenieros han construido!

“No, no. No quiero decir más. No lo presiono. Es necesario ser discreto. Sólo le presento mis felicitaciones.

“Su tono es admirable. Yo también sospecho que la conversación está siendo grabada.

“Pero nuestros ingenieros podrán visitarlo a usted, ¿no es verdad?

—No lo puedo entender. La línea hace ruidos como de chisporroteo; están grabando la comunicación. Sí, tenemos un tiempo hermoso aquí en París. Los tulipanes han florecido en los jardines de las Tullerías.

—“A’voir”, mi amigo.

CAPÍTULO 13

El martes llovía. Caía una pareja cortina de agua cuando el doctor Sanders salía del subterráneo en Trafalgar Sanare y apretaba el paso en dirección al restaurante al final de Whitehall, donde debía encontrarse con Masters y H. M. para conferenciar mientras almorzasen.

Estaba satisfecho de hallarse de nuevo en la ciudad, en la bulliciosa corriente donde las fantasías pueden olvidarse. Pero algo lo seguía y no le perdía pisada; con la diferencia de que mientras estuviera en el campo era sólo una murmuración, mientras que aquí eran varios millones de voces. Desde la mesa detrás de la gran vidriera, de la cual se levantó Masters para recibirle, podía ver carteles de los diarios. Y eran bastantes.

H. M. se atrasó sólo unos minutos. Ambos lo vieron abandonar su coche y chapalear a través de la lluvia, cubierto con un gran impermeable encerado provisto de caperuza, que lo envolvía por completo (incluyendo el sombrero) y lo hacía parecerse a un fantasma particularmente malevolente en medio de una nube de ectoplasma.

Se desembarazó del capote, se lo extendió a un camarero y husmeó el aroma de la buena cocina. Masters se puso de pie.

—Usted prometió, señor...

H. M. habló gritando.

—No es bueno querer contar conmigo, Masters —dijo—. No pude ir a Fourways ayer. No pude. Hay un demonio de cosas que atender aquí; y a menos que pueda zafarme de esto iré a parar de cabeza a la Cámara de los Lores tan directo como una cebolla en el Covent Garden.

—¿Alguna dificultad?

—¿Dificultad? —dijo H. M., colocándose la servilleta colgada del cuello y examinando él menú—. Oh, no. Hemos tenido casi una situación internacional entre manos; eso es todo. Ya se arregló. O, por lo menos, espero que se haya solucionado. Quisiera saber quién fué el imbécil que lanzó la noticia de que teníamos un rayo de la muerte capaz de voltear cualquier bombardero que vuele a menos de un kilómetro de altura. Se nos tiene por astutos. ¡Astutos! ¡Por mil rayos! Vea, Masters, pareciera que cada vez que se arma algún embrollo en este mundo son nuestros paisanos los que tienen que ir a arreglarlo. Y todo lo que recibimos por nuestras penurias es una buena pateadura en el trasero por no ser más activos.

Masters señaló uno de los carteles de periódicos bajo la lluvia.

—¿Hasta cuándo va a seguir este disparate, señor?

—No sé. Estoy esperando por un final rápido y divertido.

—Pero Pennik no puede hacer eso —exclamó Masters.

—Sin duda, mi viejo. Pero lo está haciendo.

—Esa campaña en los diarios... Nunca he visto en mi vida algo semejante. En los tranvías, subterráneos y ómnibus no se habla más que de la “Telefuerza”, “la Telefuerza” y la “Telefuerza”. ¿Y qué pensamos hacer nosotros? Es muy desagradable. Es una desgracia, según muchos. Esta mañana, en el tren, un caballero se me aproximó y me sugirió muy seriamente que encerráramos a Pennik en un cajón forrado de zinc, igual que si fuera un tubo de radio. Esos diarios tienen la culpa; ya quisiera saber yo quién los fomenta.

H. M. se golpeó el pecho con el menú.

—Yo los estoy fomentando.

—¿Qué?

—Seguro. Fíjese, hijo, que no hay alma en Fleet Street que no aclame a Pennik como a un verdadero profeta. Hay un tinte muy fuerte de éste pájaro revoloteando en cada línea que se escribe. Y si yo puedo arreglar...

—¡Pero la gente está creyendo en eso!

—Oh, sí. Es el condimento de Pennik. Espere a oírlo por la radio mañana a la noche.

—¡Dios Todopoderoso! —respondió Masters—. ¿No querrá usted decir que le han permitido transmitir por la B.B.C?

—No. Pero está en Francia. Hablará por Radio Bretaña a las 7 y 15, en un programa comercial auspiciado por los bizcochos de queso “Spreedona”. Sabe, Masters —H. M. se pasó ambas manos por la calva—, hay ciertas cosas de la vida moderna que me sorprenden. Realmente, así es. No comprendo cómo puede creerse que eso sea una recomendación para un producto. «Buenas noches, señoras y señores. Escuchen a Herman Pennik, el hombre que barre a cualquiera sin siquiera la ayuda de los bizcochos de queso “Spreedona”».

—¿Debo suponer que usted también apañó eso, señor?

—Uh. Bueno; en realidad no lo impedí del todo.

Masters cerró la boca. Estudió a H. M. como si pensara en algún sitio para encarcelarlo más apto aún que la Cámara de los Loes.

H. M. no estaba bromeando. Se incorporó.

—Yo soy el más viejo aquí —dijo con gran dignidad—. Crean en mí, y todo saldrá bien. He tenido mis razones. Sólo...

—¿Sólo que?

—Bueno, que si la cosa no camina, y el lance me falla, odio pensar en lo que va a suceder. Estaré haciendo mi valija y partiendo para Siberia lo más rápido que pueda.

—Me parece que sí —comentó el inspector jefe, ásperamente. Sanders sabía que H. M. estaba verdaderamente preocupado.

—Lo cual es motivo —prosiguió H. M.— para que nos pongamos de cabeza en el

asunto y lo resolvamos en seguida. Necesito cuanto dato pueda, caer en mis manos. Necesito todas las municiones del arsenal, porque Pennik también se las trae consigo. Estuve leyendo su informe —miró a Sanders—. Y el suyo, hijo. ¿Realizó usted la autopsia de Mrs. Constable ayer?

—Sí —respondió Sanders.

—¿Y todavía no hay rastro de qué pudo causarle la muerte?

—No. Excepto que todos sus órganos estaban crónicamente tan arruinados, tan quemados (salvo su fuerza física), que era la más fácil de las probables víctimas...

—¿Cualquiera fuese el medio?

—Sí.

—¡Hum! Finalmente quiero oír su relato completo. Quiero saber todo lo que le ocurrió a usted el domingo por la noche, después que lo dejamos librado a su suerte. Y a Mrs. Constable a la de ella, ¡Dios nos asista! Ahora, cuénteme; despacio, tranquilo y con prolijidad.

Sanders y comenzó a relatar los sucesos. Su narración se prolongó a través de la sopa y hasta la mitad del bistec; era la duodécima vez que la contaba, pero no omitió nada. H. M. con la servilleta colgada del cuello, escuchaba mientras comía; ocasionalmente se detenía y observaba por encima de su cargado tenedor. Sanders no podría haber establecido qué partes le habían llamado más la atención, aunque sus ojos revelaban curiosidad por ratos.

Al final H. M. dejó cuchillo y tenedor.

—¡Conque así! —murmuró, recogiendo los brazos—. ¡Ajá!

—Parecería, señor —intercaló Masters—, parecería que nos hemos equivocado un poquito con respecto a Mrs. Constable.

—Oh, ¿y eso lo pone a usted todavía más en la duda, eh? Ya que alardeo de creer que estoy detrás de la buena pista, en este asunto, tendré que explicar cómo pudo ocurrir esa equivocación, ¿no es así? Me pregunto si adivinan.

—Yo no quiero adivinar; yo quiero saber. Eso digo yo: quiero saber.

H. M. reflexionó.

—Vamos a redondear. Dígame, Masters; ¿está absolutamente seguro de que la coartada de Pennik para el domingo por la noche es infalible?

Masters asintió con la cabeza, firmemente.

—No hay la menor duda. Se instaló en el “Black Swan” tal como lo anunció. Usted recuerda que fuimos ambos hasta allí y tratamos de verlo, pero asumió una actitud arrogante y rehusó vernos.

—¿Y bien?

—Bueno. Él llegó al “Black Swan” a eso de las nueve de la noche. Desde esa hora hasta que se acostó, pasadas las doce, siempre estuvo a la vista de un par de testigos por lo menos. ¡Ah! Lo hizo deliberadamente, por supuesto. Reunió a un grupo de huéspedes del hotel para beber luego que el bar cerró. Ellos creyeron que estaba un poco tocado de la cabeza, y no se les puede reprochar por eso. Mucha

espuma en la boca y lo demás...

—¿Hizo eso él?

—Así fué. Incluso los tuvo ante su vista cuando llevó a cabo las llamadas telefónicas, aunque había mucho ruido; y como hablaba en voz baja no pudieron enterarse de lo que decía. No obstante, desde las nueve hasta pasadas las doce tiene una coartada definitivamente inconvencible.

Masters hizo una pausa. Inspiró aire profundamente, y luego su presión subió como un termómetro.

—Yo sé que es indestructible —repitió—. El único inconveniente es que aquí el doctor Sanders jura haber visto a Pennik rondando por Fourways a las once y media.

Hubo un silencio. H. M. se dió vuelta para, mirar a Sanders.

—¿Está seguro de eso, hijo?

Sanders asintió con un gesto. En la tarde lluviosa, aun en aquel restaurante repleto y ruidoso, volvió a revivir la atmósfera de la sombría mansión. Recordaba exactamente la nariz y cinco dedos apretados contra la puerta de vidrio del invernadero, y la cara de Pennik detrás.

—Sí. Era Pennik, o era su fantasma. O su hermano mellizo.

—Su fantasma, puede ser —comentó H. M., sin inflexión de sorpresa en la voz—. Una especie de proyección astral. Yo le dije a usted que este Pennik se traía su salsa.

—¡Al demonio con las proyecciones astrales! —replicó Masters, poniéndose más y más rojo de ira—. Sólo que... ¡Cuernos! ¿Quiere decirme usted ahora, señor, que él no solamente puede barrer a la gente sin dejarles siquiera una marca, sino que también puede enviar a su fantasma para que lo haga?

—Bueno, ¿cómo explicaría eso?

—No sé —respondió el inspector jefe—. Todavía no. Pero estoy seguro de que me voy a volver loco. Poco a poco estaré delirando y totalmente chiflado...

—¡Vamos, vamos! —ordenó H. M., echando en torno una mirada furtiva por encima de sus anteojos y volviendo la mirada hacia Masters, con aire consolador—. No se salga de la vaina y déjese de aporrear la mesa. No pierda el decoro. Haga como yo. ¡Jo, jo! —una mueca de vampiro apareció en su cara—. Soy tan decoroso como Squiffy quiere que lo sea. Coma su queso y piense en Marco Aurelio. ¿Qué tal andan por su casa? ¿Cómo está la chica?

La cara de Masters se iluminó.

—Pasó la operación espléndidamente. Todo salió bien, gracias a Dios. Mrs. Masters está acompañándola. He estado corriendo de un lado a otro...

—Seguro. Por eso su cerebro no trabaja.

—Muy agradecido, señor.

—Está bien. Ve. Estoy tratando de extraerle la información más útil. La última vez que lo vi, usted tenía sólo un objetivo. En esa oportunidad estaba por quedarse calvo buscando algo acerca de Pennik. ¿Ha descubierto ya alguna cosa?

Masters recuperó la calma.

—Ah, sí; pero muy pequeña. No es gran cosa, pero igual estoy satisfecho.

—¿Y bien?

—En parte lo logré de Mr. Chase y en parte tuve la suerte de obtenerlo del dueño del “Black Swan Hotel” —Masters frunció el entrecejo—. Como usted dice, la mayor dificultad hasta ahora ha sido descubrir algo acerca de Mr. Ruddy Pennik, quién es o qué es lo que hace o de dónde viene. Lo vi a Mr. Chase ayer. Parece ser la única persona que resta viva y que sabe algo sobre Pennik.

H. M. abrió los ojos.

—Muy estimulante la idea. Espero que lo reconforte a él.

—En verdad, señor, yo..., ¡hum!..., le pedí a Mr. Chase si podría caer por aquí y vernos hoy. Pensé que a usted le agradaría conversar con él. Pero eso es de paso. Pensé que quizá podría pescar algún cabo sobre Pennik a través de las universidades. Que eran las de Oxford y Heidelberg, según Mr. Chase; Pero en Oxford nada saben de él, ni tampoco en Heidelberg, excepto que se graduó allí hace unos quince años, con todos los honores, en... (espere un poquito), en... metafísica. En aquel entonces escribía su nombre de pila con dos enes.

—¿Ah, sí?

—El otro dato proviene de “Black Swan”. Todos, cuando se topan con Pennik por primera vez, tienen la idea de que es una especie de extranjero; pero nadie puede explicar por qué. También me ocurrió a mí y, ¡que me cuelguen si sé la causa! El propietario del hotel pensaba lo mismo. Le pidió a Pennik que firmara en el registro de extranjeros del hotel. Pennik se enojó y dijo que no lo haría y exhibió un pasaporte de la Unión Sudafricana. El dueño se convenció, pero no del todo, y copió el número del pasaporte. Entonces a mí me pareció que valía la pena cablegrafiar para obtener una información, de ser posible, sobre el tenedor de dicho pasaporte.

—¿Alguna respuesta? —gruñó H. M.

—Ninguna, lo siento.

—Y también se les escapó de allí —rezongó H. M.—. ¡Que me quemem! ¿Por qué no dejarán alguna pista o siquiera un rastro? Tome el caso del crimen de Mrs. Constable, por ejemplo. Hasta usted mismo admitirá ahora que fué un crimen. Ya hemos oído el relato del suceso de boca del doctor Sanders. ¿Han estado ya en el terreno? ¿Han buscado ya las huellas dactilares y las esposas perdidas?

—¡El Señor Sabe que sí!

—¿Sí? ¿Han encontrado algo?

—No, señor; no hallamos nada. Hemos revisado cada centímetro del cuarto donde murió la mujer y no logramos absolutamente nada. ¿Huellas digitales? Toda una cosecha de ellas. Pero pareciera que todo el mundo ha estado en el sitio una u otra vez.

Se inclinó hacia adelante seriamente y golpeó en la mesa con un cuchillo.

—La pobre mujer estaba en la cama, vestida con un camisón y una bata, rosada, y

los cobertores habían sido corridos. Indudablemente hubo lucha, verdadera lucha, como el doctor puede corroborar...

H. M. alzó la vista.

—¡Espere! ¿Una lucha física?

El inspector jefe hesitó y miró a Sanders.

—Yo no habría dicho eso —respondió este último— sin una vivida visión del lecho y de su ocupante. No habías marcas ni heridas en ella. Yo diría más bien una lucha en el sentido de un fuerte ataque como el que (según ella describiera) sufrió su marido en el corredor antes de morir.

Hubo un ligero escalofrío en aquel salón recalentado.

—Si; pero refiriéndonos al terreno físico —arguyó H. M.—, ¿podría haber tenido alguien una lucha con ella?

Sanders pensó.

—El inspector jefe y yo hemos estado discutiendo ese punto. Es remotamente posible, pero lo dudo. Yo la vi viva a las once y treinta. Luego eché llave al cuarto, cerrando la puerta que da al baño y también la que da al corredor cuando salí. Después me senté en la escalera por unos quince minutos. A las doce menos cuarto fui hasta abajo justo cuando sonaba el teléfono. Hablé con los diarios y volví apresuradamente arriba, dos o tres (estoy seguro) minutos más tarde.

”Ahora bien; el cuarto no puede ser calificado de hermético. Las cerraduras de esas puertas son muy anticuadas y podrían haber sido violentada en media docena de formas distintas. Por ejemplo, alguien podría haber entrado al cuarto a través de la puerta del baño mientras yo estaba sentado en la escalera frente a la otra puerta. También hay varias maneras por las cuales el criminal podría haber salido por la puerta del baño y echado llave desde afuera, dejando el dormitorio otra vez cerrado. Aceptado. Pero si ella fué asesinada mediante un ataque físico, durante el tiempo que yo estuve sentado en los escalones frente a la puerta que da sobre el corredor, estoy absolutamente seguro de que tendría que haber oído.

—¡Hum! ¿No estaba usted demasiado lejos de la puerta, hijo?

—No. Solamente a unos dos metros y medio. Y, como dice Masters, ella luchó violentamente antes de morir en esa cama. Estoy seguro de que no hubiese podido dejar de oírlo.

—Más que seguro. ¡Cállese, Masters! ¿Y no hubo algún ruido?

—No, ni el más mínimo. Lo cual significa que el ataque debió de haber ocurrido durante los dos o tres minutos que demoré abajo en el teléfono. Muy bien; lo admito. En ese caso el criminal habría tenido que traspasar una puerta cerrada, matar a Mrs. Constable luego de una lucha y con un arma que no dejó rastros y salir nuevamente. El criminal podría haber hecho eso, sí. Podría haber dejado las puertas cerradas tras de sí, como dije hace un minuto. Pero me parece un lapso notablemente corto para que pudiera ser así, eso es todo.

H. M. habló con lentitud.

—De modo que ella murió sola —dijo—. Igual que su marido en el corredor.

En la cara de Masters se retrató una serena afabilidad, una blandura tal que H. M. lo miró con sospecha.

—Un momento, señor —interrumpió—. Un momento, por favor. Usted dice que no había nadie en la casa el domingo por la noche, excepto el doctor Sanders y Mrs. Constable. ¿Dice usted que no hubo un tercer personaje?

—No sé. Todavía estamos debatiendo si la proyección astral de Pennik estaba allí.

El epíteto de Masters transformó la proyección astral de Pennik en algo más corto y menos digno.

—... porque, señor, estoy en condiciones de probar..., de probar que hubo una tercera persona allí.

—¿Bien?

—¿Recuerda usted esos dos candelabros verdes de la cómoda de Mr. Constable?

—Sí —dijo H. M., y sus ojos se achicaron.

—Justo antes de que usted y yo saliéramos de Fourways el domingo a la noche echamos una mirada en el cuarto de Pennik y dimos con que se había ido. ¡Eso es! También examinamos el cuarto de Mr. Constable. ¡Eso es! Usted me señaló las dos velas verdes y me mostró cómo ambas estaban consumidas un centímetro.

—¡Siga hablando, hijo! ¿Y bien?

—Luego de la muerte de Mrs. Constable —explicó Masters— esas mismas velas estaban consumidas otro centímetro más.

CAPÍTULO 14

No se qué tiene que ver con nosotros, —prosiguió Masters—, o con la muerte de Mr. o Mrs. Constable. No es lo que yo llamaría una pista —rió un poco entre dientes—. Oh, yo tengo mis ideas, debo admitirlo. Lo primero que pensé fué que podían ser velas envenenadas. He leído un cuento (en verdad, he leído dos) en el cual un tipo fué eliminado con una vela envenenada. Pero el doctor aquí jura y perjura que la víctima no murió por ningún veneno, sólido, líquido o gaseoso. Y eso es suficiente para mí. —Alzó un dedo en tono imponente—. Prueba muy poco con respecto a los crímenes. Pero sí prueba, más o menos que hubo una tercera persona en Fourways el domingo a la noche. Usted y yo, sir Henry, fuimos los últimos en salir; y las velas no se habían consumido para ese entonces un centímetro más... Me permito preguntar, doctor, ¿acaso no las encendió usted?

—No; ciertamente que no.

—Muy bien, —aquí él inspector jefe titubeó—. ¿Y no habría alguna razón para que la dama las hubiese encendido ella? Esperen; ya sé qué van a decirme. Ella podría haberlo hecho. Admitido. Pero ¿por qué? ¿Les parece lógico? No. A menos que haya sido un suicidio. Pero si las velas no estaban envenenadas no podrían haber matado a nadie. ¡Oh, recorchos, llévenme a un manicomio!

H. M. habló por fin.

—¿Eso las descarta?

—¿Qué descarta?

—Las velas. Estoy bien seguro de estar ahora sobre la pista correcta. Yo digo, Masters; ¿habría alguna huella digital en ellas?

—No.

—¿Alguna otra mancha de sebo? ¿Como las de la alfombra del cuarto de Constable, que le mostré?

—Ni una mancha.

H. M. gruñó.

—No. Ya sabía que no habría. Esta vez el criminal ha sido más cuidadoso.

—¿Más cuidadoso? —murmuró el inspector jefe, dirigiendo a H. M. una mirada esforzada—. Entonces, el criminal estuvo en la casa el domingo a la noche, ¿eh? Voy a hablarle claro, sir Henry. Si tiene usted alguna noción de cómo fué hecho esto, o de cómo Mr. Ruddy Pennik se las compuso para estar en dos sitios al mismo tiempo, o qué significan esas cándidas velas, dígamelo lisa y llanamente, y déjese de circunloquios. No estoy de humor para eso.

H. M. volvió a gruñir.

—Tampoco lo estoy yo, si viene al caso. Que me quemem, Masters; ¿nunca estuvo usted al borde de algo, no precisamente viéndolo, pero “casi” pescando la...? —deslizó los puños sobre el mantel—. ¡Casi! Eso es todo. Es como volver sobre algo que uno hubiera soñado. Es una experiencia espiritual que mejor debiera evitar. Dígame una cosa más, y cambiaré dato por dato. Ese libro grande de recortes periodísticos de Mrs. Constable, ¿lo encontró ya?

—No.

—¿Lo buscó?

—¡Jo! ¿Si lo buscamos? —respondió Masters con cierto sarcasmo—. Entre yo y el superintendente con sus hombres no hemos dejado un centímetro de la casa sin revisar. Y le digo cada centímetro. No está en la casa. ¿Pero acaso me sorprende eso? No, como usted lo habrá notado. Al terminar el fin de semana todos los huéspedes se fueron llevando valijas. Se fué en alguna de esas valijas; eso es todo. Alguien lo birló.

—Es una posibilidad, seguro. La única objeción, según mi punto de vista, es que no lo creo. Lo dije antes y, por todos los infiernos, lo repito. Mina Constable escondió ese libro antes de que la asesinaran. Si alguna vez he visto algo en la cara de una persona lo he visto en la de ella; y le apuesto mi sombrero contra un gorro, a que todavía está en la casa.

El inspector jefe reunió todas las fuerzas de su raciocinio; podía vérselo el esfuerzo.

—Doctor Sanders —dijo—. Usted es el único que ha visto el libro de recortes. ¿Qué tamaño tenía? Sanders reflexionó.

—Unos cuarenta y cinco centímetros de alto, dos centímetros más o menos de grosor y veinticinco o treinta de ancho.

—Cuarenta y cinco centímetros de alto —continuó Masters, sosteniendo la mano a esa altura sobre el suelo—. Y unos veinticinco o treinta de ancho. Lo que uno llamaría un “señor” libro de recortes. Asombroso. Y encuadernado en gruesa imitación cuero. Ella no podría haberlo quemado, como dijo usted; no podría haberlo destruido tampoco. Ella no abandonó la casa en ningún momento. ¿Querría decirme en “qué” parte de la casa podría haber escondido un libro grande como ése para que no lo encontráramos?

—No sé, hijo. Soy porfiado.

—Lo es. ¿Quiere usted decir que el libro contiene el secreto, de cómo sucedió toda esta burla?

—Algo por el estilo. Quizá.

—Si así fuera... —prorrumpió Masters—, ¡por San Jorge! Debieran adquirirlo como un tesoro nacional y guardarlo en el Museo Británico. En primer lugar, es invisible. En segundo lugar, contiene el secreto de por qué dos velas verdes son encendidas cada vez que muere una persona. En tercer lugar, demuestra cómo Pennik puede estar en el bar de un hotel de campaña y al mismo tiempo eh el invernadero de una casa a seis kilómetros de distancia...

—¡Hum! Admito eso. Pennik es el problema; pero, con todo, sabe usted, puede que no sea tan difícil; A través de lo que he visto de Pennik.

Masters lo interrumpió. Dijo:

—¿A través de lo que ha visto de Pennik? ¡Pero si usted no ha visto nada todavía! Cuando fuimos al “Black Swan” el domingo a la noche no quiso entrevistarnos. Usted no lo ha visto en absoluto.

—Oh, sí. Lo he visto —dijo H. M. Se quitó los anteojos, lo cual dió a sus ojos una expresión diferente, más bien ahuecada, de miopía; súbitamente había quedado transformado en un extraño. Luego de revisar los cristales contra la luz volvió a colocárselos. Empero, por un instante su aspecto había sido realmente el de un anciano.

—Oh, sí; lo he visto —repitió—. Igual que el joven Chase en cierta interesante ocasión, no me encontré con él ni le hablé, pero lo vi.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Anoche, en el “Gold Grill Room” del “Corinthian Hotel”. Me doy buena vida, como sabrá. Tengo dos hijas, cuyo mayor placer en vida es hacerme perder el sueño, porque cada hora extra de sueño que me hacen perder significa una más para ellas. Así fué cómo me arrastraron a una cena después del teatro. Y allí estaba Pennik en el “Gold Grill Room” del “Corinthian”, floreciendo en todo su esplendor. Con él cenaba Hilary Keen.

El inspector jefe silbó.

Sanders, por su parte, se preguntaba si alguna vez podría dejar de andar dudando de algo o de alguien en este mundo. No podía descifrar la expresión del rostro de H. M.

—Bueno; ¿y qué hubo? —interrogó Sanders. Y continuó tan rápido y certero como un dardo al clavarse en un tablero—. ¿Por qué no podía estar ella? Aun cuando yo mismo cenaré con ella esta noche, y no haya oído nada acerca de eso. Pero no puedo depararme lugares como el “Corinthian”.

—Si yo pensase que esa joven —murmuró el inspector jefe— estuviera en connivencia con Pennik...

H. M. cortó con un ademán enfadado su excitación.

—Oh, Masters, hijo mío. ¡No! Pennik no está en connivencia con nadie. Pennik es un lobo solitario. ¿No ve usted hacia dónde voy? Ella estaba allí, muy compuesta y a medio salirse del vestido, igual que mis dos hijas. Pero, sin embargo, estaba temerosa, Masters; ciegamente atemorizada y observando a Pennik por el rabillo del ojo hasta cuando él levantaba una mano para llamar al mozo —hizo una pausa—. En cuanto a Pennik, no estaba demasiado feliz por una causa. Ese salón posee abundancia de luces y brillo y alfombras rojas, pero es un lugar pequeño. Cuando se llena de gente en exceso, el efecto sobre los nervios de alguien que no puede soportar el verse encerrado —como Pennik— debe de ser bastante desapacible. Lo único que lo impulsaba era el verla. Se ha prendado de ella en una forma que no me gusta nada.

Y a eso apunto yo —miró a Sanders—. No he hablado acerca de sus asuntos hijo. Lo que usted está comenzando a sentir por la hija de Joe Keen puede ser sólo un desquite o quizás algo real. Eso no es lo importante en este momento. Lo importante es que como van sucediendo las cosas, tan seguro como Dios hizo las manzanas, usted y Pennik van encaminados hacia un choque desastroso. ¿Ha pensado en ello?

—No.

—Entonces, piénselo —prosiguió H. M., lúgubrementemente—. Porque, hace un tiempo, Masters me dijo... ¡Hola!

Interrumpió sus palabras, a la vez que cerraba los párpados. Hilary Keen, en carne y hueso, seguida de Lawrence Chase, acababa de entrar por la puerta giratoria del restaurante, sacudiendo la lluvia de sus impermeables. Bajando su paraguas Hilary dirigió hacia la calle una mirada aprensiva. La tormenta, que parecía haber estar amainando, volvía a recrudecer. La luz de un rayo pareció palidecer ante la solidez de Whitehall; y con una sacudida de la cortina de lluvia; el retumbar de un trueno explotó en el cielo.

Chase agachó la cabeza para voltear el agua del ala de su sombrero hongo. Miró por debajo del ala.

—Buenas tardes, buenas tardes —dijo—. Quien diga “hablábamos del diablo” recibirá en este lugar y al instante la copa que damos hoy de premio. Al mismo tiempo tengo la impresión de que justamente estaban hablando de Hilary o de mí. ¿Estoy acertado..., como diría Pennik?

Hilary trató de mantener la misma atmósfera liviana. Ella y Sanders se miraron uno al otro y desviaron la vista otra vez.

—Tiene usted razón —asintió H. M., llamando a un mozo—. Siéntese; ambos. Tomen un café con nosotros. Y un cigarro.

—Yo no quiero un cigarro, realmente —dijo Hilary, quitándose el sombrero y sacudiendo su hermoso pelo castaño. Sanders arrimó una silla para ella—. Y sólo puedo quedarme un momento. No dispongo de dos horas y media para almorzar como algunas personas. Pero estaba volviendo a Richmond Terrace y me encontré con este tentador y... sentí curiosidad.

Chase arrojó su cigarrera sobre la mesa.

—En verdad —admitió— también la sentí yo. Y todavía sigo con curiosidad.

—¿Oh? ¿Ah? —preguntó Masters, afable—. ¿Curiosidad de qué?

—Si yo lo supiera, no tendría ninguna curiosidad —replicó Chase—. Me refiero a por qué deseaban ustedes verme, entre otras cosas. ¿Hay algo más? ¿Algo más, aparte de lo que sabemos? ¡Mi Dios, pobre Mina!

Los bordes de sus párpados estaban enrojecidos. Acercó más la silla a la mesa.-

—No lo habría creído. Es la cosa más horrible que pudiera haber creado un hombre, una bestia o como sea su nombre. Miren en torno. Miren allá afuera... los carteles de los diarios. Miren aquí dentro..., diarios. En esa mesa, en aquella mesa y en la de más allá. —Echó una rápida mirada hacia atrás—. Este... Yo digo, ¿creen

ustedes que todos saben que estamos ligados a este “affaire”?

—Bueno, señor. No lo sabrán, siempre que usted hable en voz baja.

Chase pareció apocarse.

—Discúlpeme —murmuró—. Pero le advertí a Mina, y ella no me escuchó. No es que yo crea que este sujeto tenga algún poder sobrenatural; pero es que estos hechos continúan sucediendo. Ahora quisiera aclarar las cosas. Usted sabe probablemente que Sam era pariente lejano mío.

—¿Es así, eh? —preguntó Masters, con interés.

—Sí; ¿no lo vió en el aviso fúnebre? El nombre de su padre era Lawrence Chase Constable. Soy primo segundo, —Chase aparentó displicencia—. No heredo nada de su dinero; mala suerte.

—¿No?

—No. Bueno, salvo un centenar de libras, que apenas cuenta. La cuestión es ¿quién hereda? ¿Estamos hablando en confianza, no?

—Completamente, señor ¡Completamente!

—El testamento de Sam —explicó Chase abriendo su cigarrera— deja todo por entero e incondicionalmente a Mina. Pero Mina, que nunca pensó en esas cosas, murió sin dejar un testamento. Y Mina no tiene parientes ni ningún allegado en el mundo que la sobreviva. Lo cual significa que, por ley, el legado de Mina y el de Sam, mucho mayor aún, sumados irán a parar a la Corona.

“Esto levantará una polvareda, porque los parientes de Sam habrán ciertamente de oponerse. ¡No por mí, por supuesto! En primer lugar, por que estoy designado como ejecutor conjunto y fideicomisario del legado de Sam con un vejestorio llamado Rich, Sir John Rich. En segundo lugar, los otros parientes de Sam son una hermana y dos primos en primer grado. Si ganan en su reclamación, la hermana agarrará todo; y lo que ella no tome quedará para los primos hermanos. De modo que yo no tendría derecho a nada, aun si quisiera. Ésa es mi posición, con toda franqueza. Lo único que recibo es el sucio trabajo de administrar el legado y un puntapié en las asentaderas pase lo que pase. Ah, bien. El tres veces maldito de Pennik...

Enderezó los hombros de su elegante saco y encendió un cigarrillo en forma concentrada, evidentemente resuelto a no decir más.

—¡Mala suerte, señor! —se condolió Masters.

—Bien; es parte del juego. Lo que realmente importa es que el pobre Sam y Mina están muertos.

—Sí, señor. Pero...

—¿Pero qué?

El “ahora-demasiado-amable” inspector jefe extrajo una granada de mano metafórica, la examinó, le quitó la clavija y la lanzó en medio del grupo. Casi podía vérselo buscando una disculpa por lanzarla.

Masters frunció el ceño.

—Nada, señor. Sólo que sería mejor no hablar muy duramente de Mr. Pennik

delante de ciertas personas. ¿Eh?

—¿Ciertas personas?

—Quiero decir, estando delante Miss Keen.

—Óigame, ¿qué tiene que ver Hilary con todo esto?

Masters adoptó un pesado aire de sorpresa.

—Bueno; es decir: Miss Keen es muy amiga de Mr. Pennik. ¿No lo es usted, señorita? Después de todo, el salir a cenar con él la noche después que Mrs. Constable murió...

Hilary no había dicho palabra.

Su silla estaba casi pegada a la de Sanders, pero no volvió la cabeza. Él podía ver el suave perfil de su pelo, más bien largo y embuclado, ocultándole las orejas; y la suave línea de su cuello destacándose sobre el sencillo vestido azul oscuro. Pero también la oía respirar.

La incómoda pausa fué sólo prolongada por el mozo que traía café haciendo ruido con los pocillos. Luego Hilary levantó la cabeza y habló a H. M.

—¿Por qué le desagradó tanto; sir Henry? —preguntó.

—¿Yo? ¿Desagradarme usted?

—Sí; así es. ¿No? ¿Será porque usted es amigo de sir Dennis Blystone? ¿Eh?

—Mi estimada muchacha, ignoro de qué está hablando. ¿Qué tiene que ver Denny Blystone en todo esto?

—No importa —respondió Hilary, alzando una caja de fósforos y jugando con ella—. Lo vi a usted en el “Corinthian” anoche. Mirando y mirando y mirando y mirando. Usted pretendía no vernos, pero casi trastabilla ál pasar frente a nuestra mesa para poder echar una buena mirada. ¿Supongo que fue usted quien le contó al inspector jefe?

Por un momento H. M. no respondió. Parecía singularmente embarazado. Al elegir cuidadosamente un cigarro de la bandeja que el mozo les presentó, rezongó a la vez que su mirada destellaba.

—Bueno, usted lo sabe... Estaba usted allí, ¿no es verdad?

—Sí, ¡por Dios!, sí. Allí estaba.

—¿Por su propia voluntad?

—Por mi propia voluntad.

—Y el “Corinthian” es un lugar público muy importante. A cada minuto esperaba ver un pelotón de periodistas que los perseguían y disparaban sus cámaras...

—A decir verdad, lo hicieron. Cuando salíamos.

—¿Y le agradó eso?

—No. Los aborrezco —dijo Hilary. Dejó la caja de fósforos sobre la mesa—. Usted tiene un enorme poder. —Prosiguió con tranquilidad—. Quiero decir el poder de hacer pensar y sentir a otros lo mismo que piensa y siente usted. Por favor, no juzgue tan rápido, por favor, no se precipite a sacar conclusiones antes de saber por qué han sucedido ciertas cosas.

—No lo estoy haciendo —respondió H. M., con igual tranquilidad—. Honestamente, querría que en cierto modo aceptara el hecho de que mi embobamiento y mi encaro no eran por usted. Y que si tambaleé al pasar junto a su mesa fué para mirar bien las manos, de Pennik.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Sus manos?

—Sus manos —asintió H. M.—. Por una pizca, ¿sabe?, yo debería aceptar la posibilidad de que usted signifique más de lo que parece significar.

Hilar y se echó atrás en su asiento, soltando el aliento. Sanders rió para dar rienda suelta a cierta tensión.

—¿Podrá decirme alguien de qué se trata? —Preguntó—. No estamos aquí reunidos para charlar de acontecimientos sociales, ¿no es así? ¿Por qué no podría ella ir a cenar con quien se le antojase?

—Claro. ¿Por qué no? —repitió Hilary, fríamente—. Sólo al inspector jefe se le ha ocurrido mencionarlo.

—Por favor, señorita...

—Y después de todo —prosiguió Sanders—, ella va a salir a cenar “conmigo” esta noche, si les, interesa. ¿No es así?

—Sí; sin duda, Jack, únicamente que...

—Bueno; ¿vendrá usted?

—Sí, sí; naturalmente. Por otra parte, éste no es sitio para hablar de eso. Tengo que volver a la oficina. Por favor, discúlpenme. —Luego de terminar el café se levantó y echó el impermeable sobre los hombros. Por primera vez miró a Sanders. Su gesto era aplomado: una reticencia, una pose sin vacilaciones.

—Bien, entonces —respondió Sanders animadamente—. La llamaré a las siete y treinta en punto. No se demore.

—Jack...

—Veamos, usted va a tener que conseguir un taxi. No puede ir caminando hasta Richmond Terrace con este tiempo.

—Jack, ¿puedo hablar con usted un momento? ¿Ustedes nos perdonarán, no?

—Señorita —dijo el inspector jefe Masters, dirigiéndole una inquisidora mirada—, todo esto puede que no sea asunto nuestro. Por otro lado (perdóneme) podría serlo. Me gustaría apostarle, ahora, de que sé lo que usted va a decirle. Y cualquier cosa de Mr. Ruddy Pennik, cualquiera que se refiera a él o a quien tenga que ver con él, no importa por qué motivo, me interesa a mí también. ¿Por qué no puede usted salir a cenar con nadie más esta noche?

Se puso de pie. Más allá del empañado cristal de la vidriera una figura caminaba bajo la lluvia. Se dirigió hacia el restaurante, navegó hasta la puerta giratoria y entró. Herman Pennik, quitándose el sombrero y sobretodo empapados, hizo una señal imperiosa a un mozo a la vez que les dirigía una sonrisa a ellos.

CAPÍTULO 15

El árbol tropical seguía creciendo.

Así era cómo Sanders veía la personalidad de Pennik. Nuevos tentáculos se revolvían bajo la tela y se disponían a florecer.

Lo peor era que ellos habían pretendido que aquél sería un almuerzo ordinario, como el que estaban comiendo algunas pocas personas en el ahora casi desierto restaurante. El aire cargado de vapor, que había dejado empañados los espejos y las decoraciones, estaba ahora despejándose. Los mozos quitaban con sus servilletas las migas de las mesas vacías. En medio de esta soñolencia el grupo no podía alzar su voz, no podían sentarse, sino en posturas estiradas y reprimidas, no importa qué fuese a ocurrir.

Pennik fué el primero en hablar. Había sido una ilusión óptica que su cara o el más ínfimo detalle de su aspecto habían cambiado; no era así. Empero había un nuevo porte en él, un nuevo motivo de satisfacción, que Sanders no podía comprender.

—¿Sir Henry Merrivale? —inquirió Pennik, fijando sus ojos claros en H. M.

—Eso es. ¿Nos acompaña?

—Gracias.

Extendió el abrigo y el sombrero al mozo. Era en el rostro del camarero, y no en los del resto, donde podía verse reflejado el estado emocional que reinaba alrededor de la mesa. En la cara del mozo podía, notarse un súbito reconocimiento. Tomó las prendas de Pennik, se volvió y se alejó caminando rápidamente.

—Tengo que irme —dijo Hilary—. Realmente, debo irme. Jack, ¿podría decirle unas palabras a usted?

—Por favor; siéntese, Miss Keen —le pidió Pennik. Su tono era formal, pero para sus adentros Sanders sintió que el otro estaba conteniendo la risa. Así era; en cierto modo Pennik producía la impresión de ser más tosco, no sólo de cuerpo y rostro, sino quizás también de mentalidad—. No, no, usted no puede irse. Si llega tarde a la oficina, eso podrá arreglárselo.

—Desearía poder hacerlo.

—¿De veras? ¡Si todo fuera tan fácil...! —dijo Pennik—. “Y si yo fuera rey, le daría a usted el sol y la luna”.

—Eso sería muy bonito —replicó Hilary.

Ella se sentó.

—¿Cómo está, Mr. Masters? —continuó Pennik, interrogando a un inspector jefe que lo observaba tan cautelosamente como quien, observa un gato al cual pronto

tendrá que asestarle un botellazo si es necesario—. ¿Y usted, Mr. Chase?

—Perdóñenme. Tengo que irme. Ustedes me disculparán —dijo Chase.

—Se puso de pie, muy tieso, y salió del restaurante, llevando a la rastra el impermeable sin tomarse el trabajo de ponérselo. Le vieron parado afuera, con la cabeza semicalva descubierta bajo la lluvia, observando a uno y otro lado para decidir en qué dirección podía ser su cita. Chocó con un grupo de transeúntes que se habían amontonado buscando refugio bajo la marquesina de la entrada y observaban fijamente el interior del restaurante.

Indudablemente, algo iba a suceder.

—Lamento —prosiguió Pennik, dedicando nuevamente su atención a H. M.—, lamento con sinceridad haber tenido que despacharlos del “Black Swan” la otra noche. Pero estaba en vísperas de una reunión y pensé que, dadas las circunstancias, verlo a usted sería de una influencia perturbadora. ¿Me comprende?

H. M. encendió su cigarro.

—No hace falta disculparse, hijo. ¿Pero qué está haciendo usted aquí, ahora?

—Para decirle la verdad, estaba siguiendo a Miss Keen.

—Así que fue usted... —prorrumpió Hilary.

—¿El que la seguía en el taxi? Si, mi muñeca, me temo que era yo. Me gusta mirarla. Si, honestamente, me gusta mirarla a usted, si comprende lo que quiero significar. Usted me estimula. Bajo su inspiración siento que hasta un modesto sujeto como yo puede realizar grandes cosas —la cara de Hilary se encendió, pero no osó comentar. Pennik abrió y cerraba las manos—. Cuando vi a todos los... protagonistas sentados en concilio alrededor de la mesa, aquí, no pude resistir unirme. Por una razón: deseaba ver al inspector jefe Masters.

Masters se puso tieso.

—Quería hacerle una pregunta —explicó Pennik.

—Si hay alguna pregunta que deba hacerse aquí —dijo Masters— “yo” soy quién la formulará, si me permite. Y tengo una, o dos preguntas para usted, Mr. Pennik. ¿Qué está haciendo en Londres? ¿Cuál es su dirección fija, en caso de que tengamos que ponerle la mano encima?

“Últimamente se alojaba en el “Black Swan Hotel”. ¿Y bien?

Pennik sonrió.

—Bueno, ya no vivo allí; usted lo sabe. Tengo un piso en Bloomsbury..., un piso modesto, como a mí me agrada. Le anotaré la dirección. Este... lo que en verdad quería saber, Mr. Masters, es esto: ¿habría algún inconveniente para que yo salga del país?

Un golpe en pleno plexo solar no podría haber sido peor.

—¿Abandonar el país? —resopló Masters—. Si, señor. Habría una buena objeción para que usted no salga del país. Si usted piensa que puede iniciar toda esta batahola y luego irse, reflexione y descubrirá que no es posible.

Pennik sonrió nuevamente. Aunque sus ojos pequeños, claros y revoloteantes

estaban puestos en Hilary, prestó toda su atención a la respuesta.

—Quédese tranquilo, Mr. Masters. No tengo intención de abandonarlo. He querido decir que por unas horas solamente, para Hacer una visita a Francia. He recibido el distinguido honor de que me pidieran hacer una transmisión por radio...

—Oh, sí, sí —replicó Masters con malicia—. Ya me acuerdo. ¿Para la compañía de quesos, no era así?

Pennik rió con franqueza. Eso, le daba un aspecto singular, como si su rostro no estuviese acostumbrado a la risa, y estas nuevas sensaciones le produjesen curiosas arrugas cuando reía. Parecía, gustar verdaderamente del inspector jefe; en verdad, no abrigaba malicia en contra de nadie.

—No. ¿No ha escuchado? Todo ha sido cambiado. Me han invitado oficialmente para hablar por la emisora del gobierno francés mañana por la noche. Hablaré primero en francés y luego en inglés. De nueve y cuarenta y cinco a diez y quince es el horario, en caso de que le interesara —por su frente pasó una nube de incomodidad, sin dejar de estar mezclada con algo de diversión—. Usted sabe, mi buen amigo; me temo que los franceses hayan más bien equivocado la naturaleza de mis pretensiones. Todos estos disparatados rumores de máquinas infernales y tanta habladoría... —sacudió la cabeza—. Ellos se han engañado a sí mismos, caballeros. Persistirán atribuyéndome poderes que no tengo ni pretendí poseer. El cielo sabe que mi tesis es harto modesta... Sólo es sorprendente porque, debido a su presente aplicación científica, resulta nueva —aquí Pennik titubeó un poco; Sanders se preguntó por qué—. No quiero que ellos estén errados por semejantes cuentos y luego se chasqueen. Al mismo tiempo, cuando oigan lo que tengo que decirles, no creo que sufran una desilusión. Ni tampoco la sufrirán mis amigos, de Inglaterra. ¡Por Dios, caballeros, que el millón de personas que me escuchen no se verán frustrados!

Todos lo miraron.

—Un minuto, hijo —dijo H. M. Puso su cigarro en el borde del platillo—. ¿Quiere significar que se propone matar a alguien más?

—Sí —respondió Pennik.

Otra vez trascurrió quizás un minuto entero antes de que nadie hablara. Luego, anticipándose a cualquier objeción, Pennik se explicó con elaborada lucidez.

—No necesitan señalarme, caballeros, que hasta ahora he obrado decididamente mal. Lo admito. No soy un maestro de la estrategia; soy un ser humano y expuesto a actuar por obra de un impulso. Maté a Mr. Constable deliberadamente, en la firme y solemne convicción de que con ello hacía el bien. Pero la muerte de Mrs. Constable..., bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no? Si yo actué impulsado por la ira, ¿por qué no?

El tono de Masters fué insípido.

—¿Así que usted lo hizo —le dijo— porque yo aseguré que no mataría ni una hormiga con una palmeta?

—Yo aceptó el desafío de ella. Ahora está muerta. ¡Pero oigan también esto! —

golpeó con su rudo dedo sobre la mesa—. No voy a abusar de una fuerza que me parece tan simple a mí y resulta tan misteriosa para ustedes. Dije que debía ser usada para el bien; e insisto en ello. Pero no por eso voy a dejar de aprovechar una oportunidad como la presente. Piensen en lo que significa. Se me ha brindado una oportunidad como a pocos hombres de la historia pueda haberseles dado. Voy a explicar a los niños algo que ellos no entienden. Debo demostrárselo con ejemplos de jardín de infantes. Muy bien. Cuando hable para ellos mañana a la noche no habrán de quedar satisfechos solamente con mi charla. Tomaré en mis manos una vida humana, igual que si fuera un globo de cristal, y la haré pedazos en el suelo ante ellos; entonces podrán entender por sí mismos. Les voy a decir quien morirá y dónde y cómo. Cuando ellos hayan visto los huesos quebrados y el corazón detenido, entonces posiblemente comprendan lo que quiero significar.

Aspiró hondamente. Su excitación se apagó y recuperó su jovialidad, una jovialidad constreñida y vampiresca.

—Mucha charla, mucha charla —agregó frotándose las manos vivamente—. Como Antonio le dijo a Cleopatra (¿eh, Miss Keen?), yo no he venido a conversar. Pero hay algo en su expresión, Mr. Sanders, si usted me disculpa por decirlo, que siempre me impele a sobreponerme a mí mismo. De modo, pues, que eso me propongo hacer. Y no veo realmente cómo va usted a impedírmelo.

—¡Calma, Masters! —aconsejó H. M., agudamente—. Siéntese...

—Pero...

—Le dije que se siente, hijo.

La silla crujió. Durante todo este tiempo H. M. había continuado fumando con placidez calmosa, aunque a cada bocanada quitaba la ceniza de su cigarro. El doctor Sanders, observaba a Pennik. Y cuando Pennik se inclinó sobre la mesa hacia Hilary, durante la primera parte de¹ lo que acababa de decirse, pudo notar —lo cual no había hecho antes— que Pennik tenía boca protuberante.

—Si este caballero —comenzó el inspector jefe—, cree que puede ir a Francia y hacer alardes; “y” si piensa que yo no lo puedo detener, entonces, ¡por San Jorge...!

—¿Va a quedarse tranquilo? —interrumpió H. M. Se volvió de nuevo hacia Pennik—. Bien..., veamos. Si usted quiere ir y darse esa chapaleada, es asunto suyo. No veo que podamos necesitarlo mañana. La encuesta judicial se hará mañana a la tarde, por supuesto, pero su testimonio no será necesario.

Pennik exhibió un repentino interés.

—¿La encuesta? ¿Qué encuesta?

—Sobre la muerte de Sam Constable, la primera víctima.

—Creo que no lo comprendo, señor. Hubo ya una encuesta sobre Mr. Constable y fué diferida.

—Eso es, hijo. Pero dado que la ley tiene que obrar tarde o temprano, la van a hacer mañana para terminar con el asunto.

Pennik se enderezó en el asiento.

Sigo no entendiéndolo.

—Óigame —dijo H. M., frotándose las manos más bien con desesperación por sobre la frente—. Un hombre muere, ¿comprende? La policía cree que puede haber habido algo sucio —aquí Pennik sonrió—. Entonces demoran la encuesta para poder trabajar el caso. Pero si no existe suficiente evidencia de alguna especie contra alguien, entonces, por imperio de la ley, el magistrado tiene que efectuar la encuesta. Hacen eso para poder determinar oficialmente la causa de la muerte. La encuesta judicial es una averiguación del origen del homicidio.

—Pero ellos no podrán decir qué causó su muerte, ¿no es así?

—No; no podrán.

—Entonces, ¿para qué efectuar la encuesta?

H. M. se mantuvo en los estribos con un poderoso esfuerzo.

—Lo ignoro. Es la ley. ¡Por amor de Dios! Yo no hice la ley. No me eche la culpa. Usted debiera apiadarse de nuestra ceguera; debiera recordar que no todos los días un magistrado efectúa una encuesta en que la víctima a muerto de un porrazo telepático en la mollera. Pero antes de que empiece a ver todo rojo, trate de aceptarla. Es una cuestión de forma...; ellos emitirán un veredicto diciendo que ignoran cómo murió; eso es todo. De modo que si quiere irse a París o a Timboctú, vaya. Usted no es ningún testigo.

—Ya sé que no soy testigo —respondió Pennik, saboreándose—. Pero soy el criminal y, en consecuencia, siento ligero interés por los procedimientos. ¿Cuándo será la encuesta?

—Mañana a las tres.

—¿Dónde?

—En Grovetop. Oiga, ¿no estará pensando en ir?

Pennik abrió los ojos.

—Señor —replicó—, usted deberá disculpar mi interés mórbido en estos espectáculos públicos, pero si cree que no pienso asistir Usted no conoce a su hombre. Puedo ser solamente el criminal, pero tengo curiosidad por saber qué se dice de mí —pareció pensativo—. A las tres; sí, eso puede arreglarse. Quizás le interese saber que hay un avión de la “Air France” a mi disposición. Puedo, asistir a la encuesta y todavía tener tiempo de sobra para hablar esta noche en París. Incluso formularé una declaración, si le agrada. Podrá ayudar al magistrado en su desventurado dilema.

El inspector jefe Masters lo miró.

—¿No tiene medio (¡hum!)... no tiene acaso miedo de ser linchado, señor?

Pennik rió.

—No. Usted no conoce a sus propios paisanos, mi amigo. Pueden hablar mucho en privado, pero la sola idea de hacer una escena les produce tal horror que cuando están en público se quedan callados. Si yo me presentara ante uno solo de ellos, lo peor que podría hacerme sería cortarme en pedazos, y debo ingeniármelas para evitar

eso.

—¿Así que usted pretende llegarse hasta allá en toda su gloria, eh?

—Sí.

—¿Y proyecta seriamente ir a París y..., y...?

—¿Matar a alguien más? Sí, lo haré. Con eh mejor de los motivos. Dígame, ¿sigue creyendo que soy un farsante?

Masters se aferró al borde de la mesa.

—¿Por qué no me lo dice “usted”, Mr. Pennik? Usted es el adivinador del pensamiento. O pretende serlo. ¿Por qué no me lo dice?

—Con mucho gusto. Usted está pensando que yo cometí realmente esos crímenes, pero que lo hice de alguna vulgar manera física que todavía no ha desentrañado. ¿Es correcto? Ah, por su cara veo que lo es. Bien; desde que esa “vulgar manera física” debe de ser mucho más curiosa que cualquier pretensión que yo formule, no hago objeción.

—Tiene usted elegida ya cuál será la próxima víctima, ¿eh?

—No habrá de ser usted, inspector jefe. En el fondo no es usted un mal individuo y, a su modo, es útil. No; en...

Hilary habló en voz baja.

—Lo siento; no puedo quedarme más. Tengo que volver a la oficina; ya he terminado.

Pennik se mostró desaprobador, pero firme.

—Mi querida; su más, ínfimo antojo le será concedido. Pero eso no es una fruslería; es una depresiva tontería. ¿No oyó lo que dije? Todo puede arreglarse.

—Oh, ¿qué gano con sus palabras? No quiero que me arreglen nada. Sólo quiero salir de aquí. Mueva la silla...

—Siento —dijo Pennik, con la cara nublada— haberme precipitado en revelar mis planes. Pero no pude resistir la cara expresiva de estos caballeros, y por eso fui un poco prematuro. Oigan por misericordia, mi explicación de lo que deseo significar. No quiero que vuelva a su oficina. En verdad, más bien pensaba, en persuadirla para que venga conmigo a París.

Por primera vez desde qué arribara Pennik, el doctor Sanders habló.

—Quite la mano de su brazo —le dijo.

Fué como si todo en el restaurante se hubiera paralizado. Y fué cierto en el sentido literal de la palabra. Aunque no se diera cuenta, Sanders fué el primero en alzar la voz sobre el afectado murmullo del grupo junto a la ventana. No habló muy alto, pero fué como si hubiesen lanzado una piedra contra el vidrio. En el fondo, el movimiento de los mozos cesó.

—¿Cómo dice usted?

—Le dije que quite la mano del brazo de ella —repitió Sanders.

Sus voces eran ahora claramente audibles. Pennik giró su silla en redondo.

—Ah, es mi amigo el doctor —dijo con un aire de esclarecimiento—. No lo había

visto. ¿Cómo está usted, señor? Estaba usted sentado allí, tan quieto, sin duda pergeñando hondos, hondos pensamientos, que he sido lo bastante mal educado para omitir su presencia.

—Me pregunto si puede adivinar qué pensamientos eran.

Pennik hizo un gesto de fastidio.

—Señor, ya hemos acabado con eso antes. Varias veces he temido que tendría dificultades con usted; una vez, en el “Black Swan Hotel”, el domingo por la mañana. Estoy, casi seguro de ello. Pero déjeme oficiar de pacificador. Por favor, no me incomode con juegos de salón ahora. Esa cuestión no tiene importancia. Sólo fue un “hors d’oeuvre” deliberadamente tramado para atraer la atención...

—Oh.

—¿Puedo preguntarle por qué ha dicho eso?

—Porque eso fué lo que yo pensó —respondió Sanders.

Junto a ellos los grandes ventanales se iluminaron con un relámpago, destacando netamente el perfil de un labio y el dibujo de una cuchara. Pero Pennik estaba de espaldas a la vidriera, de modo que Sanders no pudo verle la cara. Deseaba haber podido hacerlo, porque tenía el presentimiento de que el fugaz cambio en el aspecto de la vidriera no era mayor que el momentáneo cambio en los rasgos de Pennik. El trueno estalló luego, extendiéndose y perdiéndose en la cortina de lluvia.

Pennik habló calmamente.

—Todavía no comprendo.

—Me refiero a su adivinación del pensamiento. Masters supo por Larry Chase el domingo por la noche que usted había estado pescando información acerca de todos nosotros. Con este negocio de leer el subconsciente nos ha tenido a todos a la disparada. Si hubiéramos tenido alguna profunda preocupación, y usted nos hubiese dicho: “¿Es esto lo que le ocurre en su subconsciente?”, no habríamos podido negarlo del todo, ¿verdad? Todo lo que usted precisaba era nada más que información. En cuanto al resto, es un trabajo inteligente de deducción combinado con lo que, según un libro que leí la otra noche, se denomina “lectura de los músculos”...

Hilary Keen, detrás de Pennik, hacía frenéticas señas a Sanders. Pero éste no le prestó atención.

—De modo que si usted mató realmente a esas dos personas...

—¿“Sí” yo las maté? —repitió Pennik—. Usted ya dijo la misma cosa una vez, si mal no recuerdo. Y tengo que pedir licencia para darle la misma respuesta y la misma advertencia, que usted con poca prudencia ha olvidado. ¿Está usted desafiándome, señor?

Sanders empujó a un lado el pocillo de café.

—Sí —le contestó.

CAPÍTULO 16

Quedaba la duda de si alguna vez dejaría de llover.

Cuando el tren de las cinco y veinte arrancó de Charing Cross, envuelto en vapor, igual que una marmita, poco podía verse a través de las ventanillas. Pero el tren estaba casi vacío, de modo, que tenían un compartimiento de primera clase para ellos solos, que dos de ellos aprovechaban caminando de uno a otro extremo de sus límites.

Escasamente unos cinco minutos más tarde H. M. comenzó a hablar. Dijo:

—¡Por el amor de Esaú!, ¿no puede este gusano andar más rápido?

—Quizá yo podría ir adelante y hablar con el maquinista —sugirió Masters, no sin sarcasmo—. Y darle media corona, o algo. ¿A qué tanto apuro, señor? Fourways lo esperó a usted ayer, cuando prometió ir y no lo hizo. ¿Por qué no puede esperar ahora?

H. M. no respondió. Miró por encima de sus anteojos, apoyó los puños en la cintura y observó al doctor John Sanders, que estaba sentado.

—¡Usted..., so borrico! —le dijo.

En cambio Masters estaba contento.

—¿Cómo se siente, doctor? —inquirió jocosamente—. ¿Ya no tiene palpitaciones repentinas al corazón? ¿Ni sudores fríos o qué se yo? ¡Corchos, me hizo un gran bien al corazón, y eso es un hecho! Quiero decir, eso de darle a Pennik un porrazo en la napa cuando nunca lo hubiera esperado de usted.

—¿Usted cree que es gracioso? —preguntó H. M.—. ¡Cállese, Masters! Ahora óigame a mí, hijo. ¿Por qué hizo eso?

Ante esto Sanders se incorporó.

—Y bien, ¿quién cree Pennik que es, de todos modos? ¿Una especie de dios que puede caminar entre la gente diciendo cuándo morirán y con quién habrán de cenar? Su “Telefuerza” es hojarasca, y usted lo sabe tan bien como yo. Perfectamente; déjenlo que yaya y apriete el botón. Veremos qué ocurre.

—¡Hum! —gruñó H. M., rascándose un costado del mentón—. Está alarmado, ¿no?

Sanders fué sincero.

—Sí, en cierto modo lo estoy. Un poco.

—Entonces, ¿por qué lo hizo?

¿Por qué no admitirlo? ¿Por qué no reconocer que los ojos azules de Hilary, la risa de Hilary, Hilary tal como aparecía ahora en su imaginación había acarreado esto inevitablemente? En cuanto se refería a Hilary, él y Pennik eran igual que dos perros alrededor de una perra. La comparación no era bonita ni agradable, y le disgustaba

utilizarla en relación a Hilary; pero, bien mirado, a eso llegaba. En cuanto a Pennik, nada había en él de “preux Chevalier”. Pennik lo mataría si pudiera, y también eso era evidente. Recordaba a Pennik reclamando su abrigo y su sombrero, haciendo una reverencia y saliendo tranquilamente del restaurante bajo la lluvia; en sí, cuando uno recordaba la conducta anterior de Pennik, aquél era el signo más peligroso de todos.

Sanders levantó la vista.

—¿No tiene usted alguna idea del porqué?

—¿Yo? —dijo H. M.—. Oh, seguro. No es perspicacia lo que me falta, si la precisara; es la habilidad para evitar que la gente haga estupideces cuando uno les ha advertido expresamente que no las hagan. Pennik estaba esperándolo. Espero que lo haya notado, ¿eh? Pero, oh, no. Ahí no más tiró el guante de guerra al suelo; espero que esté orgulloso de sí mismo. Pese a todas las señales y advertencias que le di durante cinco días...

—Pero...

—... no fué capaz de aceptar una insinuación. ¿Por qué cree que esa muchacha, la hija de Joe Keen, ha estado saliendo con Pennik y halagando su vanidad tan religiosamente? Justamente para prevenir lo que ocurrió esta tarde. Para evitar que Pennik se lanzara en contra suya.

Las ruedas del tren golpeteaban y matraqueaban debajo de ellos.

—¿Está seguro de eso? —interrogó Sanders, con rapidez.

—Oh, hijo; ¿si estoy seguro? Claro que sí. Lo sé. ¿No se da cuenta de que Pennik quiere quitarlo del camino? ¿No entiende que ha estado aguardando una excusa justificable para mostrar las garras? Ése es el inconveniente. Pennik, dentro de sus límites, es un hombre perfectamente honesto.

El inspector jefe Masters hizo un ruido.

H. M. le miró.

—Lo es, empero, Masters. Deme una frambuesa más y le solucionaré el caso en retribución.

—¡Vamos, vamos, sir Henry! Lo que quise significar fue...

—Pennik tiene conciencia. Admito que a veces resulta muy desagradable. También tengo la sospecha de que está chiflado, y a menos de que alguien pueda enderezarlo terminará chiflado del todo. Pero, honestamente, él tiene una conciencia que lo fastidia respecto a Sanders. El diablito le dice sí, y la conciencia dice no. El diablito le dice: “Anda; líquídalo”, y la conciencia le responde: “No, si hicieras eso sería puramente por celos de cualquiera que se acerque a ella y mostrarías que no eres un superhombre”. El diablito le dice: “Sería en beneficio de la ciencia”. Y la conciencia replica: “¿Ciencia? ¡Un rábano!”. Pero ahora le ha dado un motivo, y a la conciencia la ha tirado por la borda. Si él puede, lo hará a usted su próxima víctima.

Masters parecía aún más preocupado.

—¡Espere, señor! ¿Significa eso su creencia en que lo “hará”?

—Si es que puede —repitió H. M., con porfía—. No, no voy tan lejos. Le daré un

consuelo. En punto a verdad, yo creo que Sanders está bien a salvo.'...

—Sí, señor; eso puede estar bien —objetó el inspector jefe—. Pero también le dijo eso mismo a Mrs. Constable; y ella está ahora tan muerta como un rey de bastos.

—Ustedes son un buen par de consoladores ¿eh? —terció Sanders, no sin razón—. Una pareja de condenados vampiros, si me disculpan la rudeza del término. ¿Querrían encargarse de mi mortaja ahora o prefieren esperar a que volvamos a la ciudad?

H. M. se mostró consolador.

—Vamos, hijo. Tiene razón. Usted estará mejor si...

—Ya sé. Si me limito a confiar en el viejo. Perfectamente; haga de cuenta que ya estoy confiando.

H. M. caviló.

—Es igual. Hasta ahora siempre creí estar viviendo en un mundo ordenado y corriente, donde nunca ocurría gran cosa. Envidio a Marc..., quiero decir, envidio a la gente que puede irse de viaje al Japón. En estricta verdad, no ha habido mucho cambio. Todavía como y duermo como siempre. El empapelado de las paredes siempre es el mismo, y no tengo mucho más dinero. Pero presiento que me he metido en una clase de mundo donde cualquier cosa puede suceder.

—Eso es lo que todos estaremos sintiendo —decidió el inspector jefe, lóbregamente— si todas estas tonterías alrededor de la “Telefuerza” siguen adelante. “¡Telefuerza!”. ¿Los oyó cuando estábamos en la estación del ferrocarril? ¿Y aquella mujer que sacaba la cabeza por la ventanilla? ¿Y en el quiosco de libros? Me hubiera gustado conseguir un diario de la tarde. Podríamos ver de conseguir uno en la próxima parada del tren.

Como obedeciendo, el tren se detuvo con una repentina frenada y un tirón también repentino, igual que una bailarina clásica. Masters desapareció en la diluviana oscuridad y volvió con una brazada de periódicos.

—Hum —comentó H. M.

Hubo una pausa breve y crujiente luego que el tren arrancó de nuevo.

—Esto —dijo H. M.— es apilar la torre de Babel sobre la torre de Pisa. Los científicos entran ahora en la controversia. «El profesor Huxdane, entrevistado, consintió en pronunciar una palabra: “Disparates”. (Eso hará echar espuma a Pennik). El profesor Trippletts, por su parte, aunque acepta la posibilidad teórica de un arma semejante, dice que la idea no es nueva (Eso le hará echar más espuma todavía)». Sí, suficiente —H. M. contempló a Sanders—. ¡Si usted no se hubiera entrometido!... ¡Si se hubiera quedado callado delante de Pennik!...

El doctor Sanders se echó atrás.

—Una pregunta —dijo—. ¿Quiere decirme por qué “yo” soy el villano de la pieza? ¿Por qué arremeten conmigo? Me he ofrecido a tomarle la palabra a Pennik en la única forma posible. En lugar de darme siquiera una palabra de agradecimiento, usted sigue como si yo le hubiese estropeado algún esquema suyo.

—Así es, hijo.

—¿Cómo?

—Ésa es la engañosa y horrible tunantería del asunto... —dijo H. M., fastidiado—. Yo estaba tratando de ser ingenioso todo lo tenía planeado. Iba a hacerle morder el freno a Pennik, así —hizo chasquear los dedos—. Por lo menos tenía una chance de cuarenta contra sesenta de lograrlo, lo cual es lo más que se puede esperar en este mundo. Ahora usted la ha reducido a diez contra noventa. ¡Oh, por mil rayos! Por eso estamos yendo a Fourways con tanta prisa. Tengo dos oportunidades más...

—¿De prenderlo a Pennik? —interrogó Masters.

—Eso es.

—¿De prenderlo cuándo?

—Mañana, si tenemos suerte.

Masters lo observó.

—Bueno, mejor sería no alargarlo demasiado, señor. Ojo, que ni por un minuto creo una sola palabra de todo este embrollo. De todos modos, ¿qué ocurriría si Pennik decide eliminar al doctor aquí antes?

—No —contestó H. M., sacudiendo la cabeza con seriedad—. Hay veinticuatro horas de gracia. Pennik no se moverá hasta que pronuncie su conferencia en París mañana por la noche...

—¡Ja, ja, ja! —respondió Sanders.

—¡Cállese!, ¿quiere? —ordenó H. M., con austeridad—. ¡No estoy hablando con usted! Y, como le decía, Masters, hasta que él esté listo para hacer estallar la bomba en el piso. Por el momento, estamos seguros.

—Espero que sepa lo que está haciendo, señor. Pero se lo digo sin rodeos. Estoy comenzando a creer que usted está totalmente chiflado. ¿Quiere decir que le “permitirá” que pronuncie esa conferencia? No puedo creerlo. Se me ocurren media docena de formas para detenerlo; formas fáciles, ¿eh?

—¡Tate!, ¡tate! ¿Por qué impedirselo?

Masters se quedó silencioso.

—Habría también otra cosa —prosiguió el inspector jefe, con una sospecha oscureciéndole los ojos y cejas. Alzó un periódico—. ¿Ha visto esto? ¿“Evening Planet”?

H. M., con un poco de culpabilidad admitió, que no. Y preguntó que había en él.

—Le diré lo que hay —replicó Masters—. Hay dos fotografías mías. Una titulada: “Inspector jefe Masters, tal como es”, y la otra: “Inspector jefe Masters, disfrazado como un villano del East End”. La fotografía de tal como soy me muestra cincuenta veces más villano de lo que aparezco en la otra disfrazado. Pero dejemos de lado eso. He estado (como diría usted) sentado pensando y, ¡cáspita!, no puedo recordar más de una persona que tuviera una copia de esa fotografía mía disfrazado. ¿La entregó “usted” al periódico?

—Vamos, vamos.

—¿Lo hizo usted?

—¡Vamos, Masters! No se salga de la vaina.

—Haré lo posible. Se me ha ocurrido, también, que podría haber sido suya esa carta de una columna completa en el “Daily Wireless”. No he de decir que usted está tan loco como una liebre; no lo “digo”, señor. Pero cuando lo metan en la Cámara de los Lores, sólo quisiera estar en la galería para verlo. Eso es todo. ¿Y qué estamos haciendo ahora, en viaje a Surrey? ¿Qué esperamos encontrar allá?

H. M. seguía porfiado.

—Por una razón —insistió—: tengo que encontrar ese libro de recortes de Mrs. Constable.

—¿Oh, ah? ¿Eso? Pese a cuanto le he dicho, ¿todavía insiste que se halla en la casa?

—Sí.

—¿Y por dónde piensa buscarlo?

—Ahí está la cosa; no sé.

Masters se dió por vencido. Las borrosas ventanillas del compartimiento se iluminaron con un rayo, y el trueno resonó como un derrumbe de paredes para mezclarse con el, traqueteo de las ruedas. Ninguno habló hasta que el tren arribó a Camberdene, donde el superintendente Belcher, en respuesta a un telegrama de Masters, los aguardaba con un automóvil.

A ninguno le agradó. Quizás, el viaje a través del campo raso bajo una tormenta. Fourways se mostraba tan negro como la lluvia_ cuando llegaron hasta él, y las tierras se habían convertido en un pantano. Era más que una casa estrecha, una casa vacía, una casa muerta. El superintendente Belcher tenía una llave de la puerta principal; adentro, la lluvia sonaba sobre el techo como un pesado martilleo.

—Ahora que estamos aquí... —sugirió Masters, una vez que hubieron encendido todas las luces.

H. M. observó en derredor del vestíbulo principal.

—No me apresuren. Déjenme pensar. ¡Ah! ¡Ya sé! ¿Cuando ustedes buscaron el libro de recortes, anduvieron por el invernadero? ¿Hicieron una buena repasada del invernadero?

—Puede apostar a que sí. Si piensa que el libro pueda estar escondido debajo de alguna planta, eso está descartado también. No las hemos desarraigado, claro está; pero la tierra en esos cajones y macetas estaba tan reseca que hubiéramos notado alguna alteración.

—De todas maneras, echemos una mirada.

La sala, el comedor, el invernadero. Todo tal como lo recordaba Sanders la noche en que muriera Mina Constable. Sobre la mesa del comedor, bajo la cúpula brillante de luces, los fragmentos de un vaso roto yacían en un pegajoso charco, en el lugar donde Sanders lo había dejado caer al creer que Pennik estaba mirándolo.

Todos esos detalles recordaban el pasado como un perfume o un sonido.

Pennik no podía hacer nada. Pennik era un espantajo derribado. Pennik ya había

sido descubierto. Era lo mismo...

H. M. había abierto la puerta de vidrio del invernadero y se inclinaba hacia adentro para mirar.

—Si usted está buscando impresiones digitales —observó Masters, con agria mueca— ahórrese la vista para las paredes de ladrillo. No hemos descuidado ese aspecto. Pero o las limpiaron luego o nunca existieron.

Sanders se negaba a ser desmentido.

—¿Así que ahora se me acusa de andar viendo visiones?

—No olvide lo de la proyección astral —gruñó H. M., haciendo ir y venir la puerta—. Yo digo, hijo, ¿vió algo más de Pennik, aparte de su mano y la cara?

—Claramente no.

—¿Lo oyó cuando huía?

—No; no puedo decir que lo oí. Pero insisto en jurar que estuvo allí; no hay ningún engaño con respecto a eso.

Pennik no podría hacer nada. Empero, su imagen, enorme y fea e inerte, parecía congregarse y desplegarse a través de Fourways.

Masters se adelantó a H. M. y encontró la llave de la luz del invernadero. Los racimos de frutos luminosos volvieron a florecer en las esquinas del techo de cristales, y el rumor de la lluvia que golpeaba en aquella cúpula era tan ensordecedor que tuvieron que alzar la voz para oírse uno al otro. Pero era un alivio no ver a Pennik sentado en una silla de mimbre en medio de las plantas semitropicales. H. M. se aproximó a la fuente del centro.

—¡Caray! —gritó.

—¿Qué ocurre?

—Una pregunta muy importante, hijo. Cuando usted vió a Pennik a través de esa puerta el domingo a la noche, y corrió hacia aquí, ¿estaba esta pequeña fuente funcionando?

—No.

—¿Está seguro de ello? —insistió H. M., esgrimiendo un dedo.

—Juraría que así era. Recuerdo el completo silencio que reinaba en este sitio. Más aún, recuerdo haber pasado junto a la fuente. Pero, ¿por qué?

—Sólo por esto —respondió H. M., con blandura—. Si así hubiera sido, es uno de los elementos de evidencia más importantes del caso.

Masters se le aproximó con rapidez.

—¡Espere un poquito! ¿Un importante elemento de evidencia? ¿Cree usted que es importante en relación a si Pennik estaba o no aquí? ¿O tiene alguna explicación en cuanto a su permanencia en este sitio? Pero, ¿qué hay con la fuente? Es una fuente de jardín Gamage ordinaria; bombea la misma cantidad de agua y la utiliza una y otra vez. Ya la he revisado, porque estaba pensando en comprar una para mí.

—Ya sea que usted esté pensando en comprar una o no, Masters, todavía es importante. Y no me interesa cómo trabaja. Ése no es el asunto. Veamos, ahora —

husmeó a la vuelta del recargado y excesivamente decorado salón—. ¿No hay más puertas aquí? ¡Ah! Una. ¿Esta va a la cocina, no? Ya me parecía. Pero parece que no hay ninguna escalera trasera. Tome nota de eso; no hay escaleras traseras.

H. M. miraba ahora en la cocina. Otra vez Masters lo siguió.

—Pero...

—Por otra parte —prosiguió H. M., murmurando rápidamente para sus adentros y haciendo ademanes agitados para alejar a Masters— el dormitorio de nuestro difunto amigo Sam Constable está directamente encima del comedor. Creo recordarla a Mrs. Constable diciéndome eso. Sí. También creo recordar haber visto un balcón en el exterior de una de sus ventanas, con escalones de piedra que llevan a la planta baja. (Si no se retira, Masters, lo asesinaré). De modo que uno podría ir desde el comedor hasta ese dormitorio de arriba sin ser visto; y bajar del mismo modo. Si pudiéramos...

—¡Dios! —exclamó el inspector jefe involuntariamente.

No fué el resplandor del rayo a través del techo de cristal lo que les hizo saltar, aunque el rayo iluminó por entero al invernadero con cegadora luz diurna que también hizo palidecer los rostros. Fué, en cambio, el enorme estampido del trueno que comenzó con un largo ruido resquebrajante como si el techo de cristal estuviera haciéndose añicos, para estallar cerca de sus cabezas con un estruendo. La cúpula vibró por entero; uno de los pequeños paneles del techo se precipitó, quebrándose sobre los mosaicos, y la lluvia penetró por la abertura. Pero todos los ruidos y escenas ocurrieron tan encadenados entre sí que parecieron simultáneos. Los hombres se miraron unos a otros envueltos en esa palidez porque, en el instante de descargarse el rayo, todas las luces de la casa se apagaron.

—Nos ha arrumado —dijo la voz de H. M., emergiendo de la oscuridad.

La voz del superintendente Belcher fué alentadora.

—Está bien, tengo aquí una linterna eléctrica. ¿Qué cree que ha sido? ¿Se habrán caído los cables o han sido los fusibles?

Masters no estaba tan tranquilo. La conmoción de aquel ataque todavía hacía temblar el cuarto, y la oscuridad era densa. Habló con voz alta por encima de la lluvia.

—Creo que han sido los cables. Aquí hay tantos artefactos extras que han colocado un juego de fusibles para cada dos o tres habitaciones; y no podrían saltar los fusibles de toda la casa a menos que.

—¿Caja de fusibles? —dijo H. M., súbitamente.

—¿Cómo dice, señor?

—Dije “caja de fusibles”, Masters. ¿Cuando usted revisó por completo esta casa, se fijó dentro de la caja de fusibles?

—No, ¿por qué? Puedo jurar que no han sido tocados ni antes ni después de la muerte de Mrs. Constable...

—No estaba pensando en eso en conexión con la muerte de nadie. Estaba pensando en eso —respondió la voz de H. M. en la oscuridad— como en el sitio más

perfecto para esconder un libro chato de cuarenta y cinco centímetros de alto por veinticinco de ancho.

Luego de una pausa agregó:

—¿Dónde está la caja de fusibles?

—En verdad, está detrás del aparador en el dormitorio de Mrs. Constable —informó Masters—. Ya, vayamos arriba.

El rayo de la linterna del superintendente iba delante de ellos. En el mencionado dormitorio de: arriba, y en el sitio más alejado de la cama, había un gran armario de puertas plegables. Justo encima del estante de adentro se veía la puerta de chapa, pintada de negro de la caja, sostenida por dos tornillos pequeños: una caja grande, de unos sesenta centímetros de altura por cuarenta y cinco de ancho. Parado sobre una silla Masters destornilló con cuidado la tapa. Apenas esta se desprendió un libro alto y delgado, de colores negro y dorado cayó sobre la cara de Masters y luego sobre la tapa, nuevamente, con sonido blando.

—Conque aquí estaba —gruñó Masters.

—Eso es, hijo. Tranquilo e intocado, donde Mina Constable lo escondiera desde la noche que murió su marido. El escondite perfecto. Uno mira la caja de fusibles y nunca se le metería en la cabeza que allí puede haber otra cosa que no sean fusibles; es tan justo y apretado. Pero la tapa no queda arrimada contra los fusibles; no es posible. Si quiere un lugar para esconder su dinero donde los ladrones no irán a hurgar, siga el ejemplo de Mina Constable. Fué una de sus ideas más ingeniosas.

Masters bajó de la silla de un salto.

—Una idea ingeniosa, ¿eh? —y arrojó el libro al aire—. Eso es. ¡Conseguimos el álbum, de todos modos! —lo sacudió más salvajemente—. ¿Cree usted que esto es lo que buscábamos?

—Sí; puede ser. Si contiene lo que espero..., Masters, Pennik está en nuestras manos. Póngalo sobre la mesa y démosle un vistazo.

A la luz de la linterna, mientras la lluvia azotaba, las ventanas, Masters puso “Nuevas formas de homicidio” sobre el tocador y cuando abrió el libro los demás se asomaron por encima de su hombro.

A su modo, fué una exhibición espantosa. Contenía, cuidadosamente pegoteados, una larga serie de recortes de diarios, todos relacionados con muertes violentas, en una u otra forma. Parecían haber sido reunidos durante un lapso de siete u ocho años. Algunos eran tan viejos que el papel estaba amarillento; otros se veían ajados y rotos como si su dueño los hubiera tenido guardados largo tiempo en un cajón antes de decidirse a coleccionarlos; otros todavía se mantenían intactos. Aunque en algunos casos la fecha y el nombre del periódico habían sido escritos encima del artículo, por regla general todos tenían un signo de interrogación o habían sido dejados en blanco. Algunos provenían de revistas populares; uno o dos de un periódico médico. Ninguna cronología había sido cuidada en las fechas 1937 venía antes de 1935, y 1932 estaba en medio de ambos. Por encima de todo podía verse la mente inteligente, pero

desaliñada de Mina Constable.

H. M. estuvo a punto de lanzar un gemido. Pero lanzó uno más profundo cuando encontraron en la penúltima página que un trozo cuadrangular de la hoja —con el artículo, nombre del diario y fecha, si la hubiere tenido— había sido cortado a tijeretazos.

—Ella no quiso correr ningún riesgo —comentó H. M.—. Y pudo quemar lo suficiente, de todos modos. Masters: nos han dado una tunda.

—¿Estaba en el libro todo lo que usted esperaba?

—No quiero decir que nos haya vencido completamente. Hum, puede ser que no. Pero tenía un presentimiento de que podría probarme a mí mismo de que estaba acertado y demostrárselo a los demás también. Si hubiese habido en este libro una pequeña cosa, sólo una pequeña cosa...

Lo golpeó con el dedo. Luego cruzó a tientas la oscuridad y se sentó en un sillón. Un débil relámpago lo mostró delante de las empapadas ventanas.

Masters sacudió la cabeza.

—Siento que no haya valido de nada, señor. Si tuviéramos aunque fuese el atisbo de una pista para poder trabajar, yo podría poner en marcha toda la organización, y apuesto diez contra uno a que tendríamos el recorte que usted quiere. Pero no hay la más mínima cosa qué pueda servirnos. No sabemos de qué diario era el recorte; ni siquiera de qué país, porque, aquí hay diarios americanos y franceses también. No sabemos el día o el mes o siquiera el año. Ni tampoco sabemos qué clase de artículo estamos buscando. Si usted... —la voz del inspector jefe gimió con exasperación—, si usted pudiera proporcionarme alguna idea de la línea que está siguiendo y qué es lo que desea probar...

H. M. se tomó la cabeza con las manos. Escasamente podían verlo restregarse los mechones de pelo que le quedaba sobre las sienes.

—¡Hum! Seguro. Yo conozco todas las dificultades. Mina Shields no tenía secretaria. Ni tampoco estaba suscrita a un servicio de recortes; me tomé buen cuidado de averiguarlo. En cuanto a lo que quiero probar, se lo diré en forma breve y amable.

—¿Y bien?

—Quiero probar que una persona puede estar muerta y, al mismo tiempo, viva.

Ante esta afirmación a ninguno le pareció grato el escenario que los rodeaba. Y la risa entre dientes de H. M. tampoco mejoró la situación.

—¡Jo, jo! Por fin se han convencido de que ando mal del meollo, ¿no es cierto? La ruina de un noble intelecto. No, mi muchacho. Sé muy bien lo que digo. Ustedes están omitiendo el motivo de este caso.^[6] No me creyeron cuando les dije que había una cosa tal como una ventana de Judas^[7]; pero yo se las mostré, ¿verdad?

—Puede ser que lo haya hecho y puede ser que no. Pero usted no va a mostrarme frescamente un cadáver viviente; ni nadie, lo podrá hacer tampoco. No, por lo menos mientras yo conserve mi cordura. Estoy harto, sir Henry, y ésa es la verdad. Yo creí

que usted había rebasado los límites antes, pero esto anula cuanto yo haya podido escuchar. Puede usted tomar su proyección astral y sus velas verdes y su fuente miniatura y sus cadáveres vivientes y puede...

—¡Oh! ¿Asustado, eh?

—¿Puedo preguntarle, sir Henry, a quién llama asustado?

—A usted, Masters. Por fin se ha asustado realmente. Está empezando a asustarse de esta casa y de todo lo que hay en ella. ¿No es así?

—No, señor. No lo estoy. Niego...

—Entonces, ¿por qué no se mira a usted mismo saltando por un pequeño trueno? ¿No se avergüenza de sí mismo, honestamente?

—¡Tengan calma! —aconsejó el doctor Sanders, verdaderamente preocupado—. Ya lo verá dentro de un minuto comiéndose la alfombra.

—Óigame —dijo H. M., de pronto, con voz tan baja y cortante que todos quedaron en silencio. Sanders casi imaginó que podía ver brillar un ojo travieso en el sillón—. ¡Ah, así es mejor! Bueno: ¿quiere usted prender al criminal?

—¡Claro que lo quiero prender!

—¡Perfecto! Entonces, si usted no quiere escuchar verdades científicas, le daré algunas, más prácticas que la de comerse la alfombra. Escuche cuál deberá ser nuestra línea de ataque. Nuestra ofensiva comenzará mañana. Puede ser que nos haga mover mucho y durante un largo tiempo, pero tenemos una posibilidad, y eso es todo lo que quiero. Comenzaremos en la encuesta. En estos momentos Pennik piensa que puede dar un espectáculo profano eh esa encuesta. No lo dará; o por lo menos le haremos creer que no será así. Necesitamos un permiso para eso, pero yo creo que podré lograrlo. Haremos una declaración diciendo...

Parte IV

AMANECER

Concerniente al final del caso

Recortes de prensa

“Daily Non” - Stop: Miércoles 4 de mayo de 1938
(titular a toda página)

PENNIK EXCEPTUADO DE LA ENCUESTA SOBRE
PRETENDIDA VÍCTIMA: PROBARÁ SU “TELEFUERZA”
ESTA NOCHE

“Daily Trumpeter”

LA ENCUESTA SOBRE CONSTABLE CERRADA AL
PUBLICO

El gobierno, confundido
“TELEFUERZA” — PARÍS — ESTA NOCHE

“News Record”

PENNIK PROMETE NUEVA VÍCTIMA; RESPONDE ESTA
NOCHE AL DESAFÍO

Pero el original asesino no podrá asistir a la encuesta sobre su víctima

“Daily Wireless”

SIR HENRY MERRIVALE:

Entrevista exclusiva

“TELEFUERZA” “TELEFUERZA” “TELEFUERZA”
9 y 45 9 y 45 9 y 45

... aunque sonría como lo haríamos frente a ciertas declaraciones que han llamado nuestra atención, el hombre precavido no puede sino ver con preocupación cierta actitud mucho más seria que se ha producido hoy: una amenaza a las libertades individuales que defendemos tan costosamente. Una encuesta realizada con las puertas cerradas, una encuesta a la cual, se ha negado la entrada al público es un paso temerario del cual se deberá rendir debida cuenta. El Gobierno ha actuado con corrección y cordura; esperemos que inquieran sobre la identidad —y adopten las medidas convenientes—

del autor de esta asombrosa medida, cuya responsabilidad no puede recaer por entero sobre los hombros de Mr. Freedyce, el juez de instrucción.

* * *

—¿Yendo a ver lo que sucede, Mrs. Topahm?

—¡Corchos! ¡Y cómo que no!...

CAPÍTULO 17

El edificio de la Municipalidad de Grovetop, donde la encuesta tendría lugar, era un ejemplo victoriano de arabescos en piedra más pretencioso de lo que la ciudad parecía merecer. Pero nada de pretencioso había en el recinto donde se efectuaría la encuesta. Éste era un salón largo y bajo, algo inferior el nivel de la calle, a través de cuyas ventanas con barrotes uno podía ver las piernas de los paseantes sobre el césped de afuera. Olía a salón de clase. Era oscuro y bastante frío, a pesar de los conductos de calefacción recubierto de manchado asbesto que cruzaban el techo. El piso de piedra despertaba ecos.

Una lámpara de pantalla blanca colgaba sobre la mesa del magistrado, a cuyo lado estaba la silla de los testigos. Una especie de estrado acomodaba al jurado, quienes respiraban con fuerza. El resto de aquel oscuro cuarto estaba arreglado con varias hileras de sillas vacías, en cuya primera fila había sentadas unas pocas personas. Pero si el asunto parecía adentro frío y formal, estaba compensado con un jovial rumor de ruidos afuera. Podía verse muchas piernas (y caras) más allá de las ventanas.

—Quiero silencio en la sala —dijo el juez, arrojando sus anotaciones sobre la mesa—. Esto es realmente intolerable. ¡Sargento!

—Sí, usía.

—¿Quiere tener la bondad de cerrar aquella ventana? Ni siquiera podemos oír lo que el testigo está diciendo. —Muy bien, usía.

—No puedo soportar esto. ¿Qué están haciendo allí todas esas personas? ¿Por qué no los dispersa?

—La verdad, usía, es que se trata de una muchedumbre bastante numerosa. Están amontonados de veinte en fondo desde el extremo de Cross y High Street hasta el camino principal. Nunca había visto yo semejante turba por estos lados desde que voltearon un *zeppelin* en la granja de Heidegger durante la guerra.

—Sargento, no me interesa si toda la población de Londres ha resuelto honrarnos. Tengo mis instrucciones y debo guiarme por ellas. Yaya y aléjelos. ¿El brazo de la ley carece de fuerza, acaso?... Buen Dios, ¿qué es eso ahora?

—Parece como si fuera un acordeón, usía.

—¿De veras, parece?

—Sí, usía. Es Joe Crawley que está tocando “John Peel”. El...

—No me interesa, aunque fuese Rachmaninoff tocando su “Preludio”. No puede tocar junto a un tribunal. ¿Quiere ir y decirles qué se alejen?

—Muy bien, usía.

—Sí... Ahora... Caballeros del jurado. Siento mucho tenerlos a ustedes y a mí expuestos a estos disturbios. Si pueden hacer oídos sordos a ese estruendo, proseguiremos con el interrogatorio del último testigo. Doctor Sanders.

Sanders, en la silla de los testigos, miró en redondo. Estaba pensando que nunca había visto un lugar más espantoso que esa aula de escuela. Más allá del resplandor de la lámpara se veían los rostros tallados de H. M., de Masters, del superintendente Belcher, del doctor Edge, de Lawrence Chase, quien había identificado formalmente el cadáver. Todos estaban muy silenciosos.

Pero a él le pareció que los miembros del jurado estaban a punto de estallar.

—¡Bien, doctor! Usted nos ha dado una declaración muy clara y concisa sobre su examen del difunto, inmediatamente después de su muerte y luego en la autopsia. ¿Diría usted que su examen fué exhaustivo?

—Sí, usía.

—¿Debo aceptarlo, entonces, como que usted concuerda con la opinión ya formulada del doctor Edge?

—Así es.

—“¡A ver!... ¡Salgan de allí! ¡Muévanse!”.

—“¡Epa! ¿A quién le está hablando?”.

—“¡Vamos! ¡Andando! ¡Aaaandando!”.

—“¡Sí! Se cree poderoso porque tiene puesto un casco, ¿no? ¡Buuu! ¡Shhhhh! ¡Buuuu!”.

—“¡Ahora, muchachos! Todos juntos: “Conocen a Bobbie Peel con su casco tan ufano, conocen a Bobbie Peel cuando rompe el día...”.

—¿Quiere tener alguien la amabilidad de cerrar esa otra ventana? Gracias, inspector. Prefiero asfixiarme antes que volverme sordo. Me temo que tengamos que adoptar serias medidas. Sigamos, doctor Sanders.

Sanders respondía mecánicamente a las preguntas. La cabeza le dolía fuertemente por haber estado toda la noche revisando libros, y el ruido de afuera no le agradaba en absoluto. Revolviéndose en el fondo de su mente estaba el recuerdo de que Hilary no había salido a cenar con él la noche anterior, de modo que el primer *round* era para Pennik.

—También nos ha dicho, doctor, que ningún órgano vital estaba en modo alguno lesionado, ¿no es así?

—Es correcto.

—Y que aunque existen causas por las cuales esa condición podría haberse producido, es imposible decidir cuál de ellas (si las hubo) fué la que provocó la muerte de Mr. Constable, ¿verdad?

—Sí.

“Ese maldito Pennik y todo lo relacionado con él... Yo no podría haber dormido anoche, aunque me lo propusiera. Este asunto de la sugestión es suficiente para alterarle los nervios a uno. Uno se imagina cosas. Ahora son más de las tres. El sol se

pondrá pronto. Pennik ensayará conmigo su juego entre las nueve y cuarenta y cinco y las diez y quince esta noche. Me quedan siete horas”.

—Dígame, doctor. El difunto no murió instantáneamente, ¿verdad?

—No. Rápidamente, sí; pero no instantáneamente. En un par de minutos, a lo sumo.

—¿Afirmaría usted que murió sufriendo dolor?

—Sí, experimentando, un gran sufrimiento.

“Es bastante humillante irse hasta el pisito de Hilary, en Westminster; reservar una mesa en el restaurante del “Corinthian”; y luego descubrir que ella se ha ido ya con Pennik, dejando un mensaje de disculpa con la portera. Sin embargo, estaba ese mensaje: “Por favor, confíe en mí; eso es todo. Estoy trabajando ahora para su H. M. Él tiene un plan”. ¿Pero, qué plan?”.

—¿Podría “prestarme” atención, doctor?

—Discúlpeme.

“Pero ¿qué plan? ¿Qué había detrás de la mirada tallada de H. M.?”.

—Aclaremos un punto ahora, doctor. ¿No cree usted, entonces, en una posibilidad de muerte causada por algo sobrenatural o fuera de lo normal?

—De ninguna manera.

—¿Llegaría usted a afirmar que tal sugestión es una tontería?

—Lo haría.

—En conclusión: ¿podemos resumir su opinión diciendo que es imposible para usted o para mí o cualquier otro determinar la causa de la muerte?

—Sí.

—Gracias, doctor; eso es todo.

Uno de los jurados, un hombre flaco de pelo rojizo, que usaba cuello alto y se había mostrado más inquieto que los demás, trató de aclararse la garganta.

—¡Esperen! —dijo—. Perdone, usía, pero, ¿se nos permite formular una pregunta?

—Sí; ciertamente. Por favor, hagan al testigo cualquier pregunta que consideren pueda ser pertinente.

El hombre del pelo rojizo se adelantó en su asiento, con las manos en las rodillas.

—¿Qué pasa con la “Telefuerza”?

Un estremecimiento sacudió al jurado, y todos se adelantaron en sus sillas como si hubiesen sido impelidos a imitar la misma posición. El presidente del jurado, un gordo que poseía la más floreciente posada en Grovetop, pareció enojarse; era como si no hubiese estado lo bastante alerta para hacer la pregunta él mismo. Pero repitió la pregunta.

—Nunca he oído hablar de ella —contestó Sanders, en forma seca.

—¿Acaso no lee los periódicos, señor?

—Quiero decir que nunca he oído hablar de ella científicamente. Si me piden una opinión al respecto, sólo puedo unirme al profesor Huxdane llamándola “disparate”.

—Pero...

—Caballeros —interrumpió el magistrado fríamente— siento tener que abreviar el natural y encomendable deseo de sopesar las cosas a fondo; pero debo solicitarles quieran reducir sus preguntas a puntos que son pertinentes a esta encuesta. Ya han oído ustedes la evidencia médica basada en tales y tales cosas. Yo no les pido meramente que hagan esto, caballeros; me temo que tenga que “instruirlos” para hacerlo.

Ya que el hechizo de su silencio había sido roto, la mayoría de los jurados se estremecieron con tanta avidez que varios de ellos hablaron al mismo tiempo.

—Pero eso no está bien —le endilgó alguien al juez.

—Señor. ¿Está pretendiendo objetar mi conducta en esta encuesta?

—¡Doctores! —dijo una voz oscura preñada de menosprecio—. ¡Doctores! Vean el caso de mi mujer. Cuando ella murió el doctor dijo...

—He dicho, señores, que quiero que haya silencio; y lo tendré. ¿Está claro?

—“¡Buen Dios! ¡Allí está!”.

—“¿Quién?”.

—“¡Apúrate, Sally, te digo! Yo te levantaré. Ése que sale del coche”.

—“¡Ujuy!”.

—“¡Demonios; es él mismo! Yo he visto su retrato. Eh, viejo gallo: ¿te animas a matar a mi mujer?”.

—Y ahora, caballeros, me temo tener que pedirles que concentren su atención en mí en vez de estar mirando a esas ventanas. Lo que ocurra tras estas paredes, apenas necesito recalcarlo, es cosa que no nos concierne. Gracias, doctor Sanders; el jurado no tiene más preguntas que formular. Están satisfechos...

—“¡Un asesino, eso es lo que es!”.

—“¡Ssssss! ¡Buuuuu! ¡Ssssss! ¡Buuuuu!”.

—“¡Les digo que oigan! Hagan juego limpio. Dénle al hombre una oportunidad. ¿Qué ha hecho?”.

—“¿Qué ha hecho? Es un nazi; ¿no lo sabía usted?”.

—“¿Qué están diciendo? ¿De qué se trata?”.

—“Es un nazi. Gran amigo de Hitler”.

—“Ah, tan cierto como el Evangelio. Lo oí en la taberna anoche. Un caballero gordo que venía de Londres, de cabeza calva, y que tiene un título, él decía...”.

—... que la evidencia, y sólo la evidencia, señores del jurado, debe interesarnos. Como el doctor Sanders ha sido el último testigo que escucharemos, me permitiré ahora realizar un breve resumen de los hechos con el propósito de ayudar a ustedes a elucidar el veredicto. Y temo, caballeros, que haya sólo un veredicto que formular. No obstante, permítanme que les exponga las consideraciones con...

Sanders, en puntas de pie, pasó delante de los escasos asistentes, en el salón, quienes permanecían inmóviles como muñecos en la primera fila de sillas. Dirigió una breve mirada a H. M. cuyos ojos estaban cerrados y cuya humanidad, con los

brazos cruzados, se alzaba y descendía suavemente como si durmiera. Masters, siempre alerta, no quitaba los ojos del juez. En cambio, el doctor Sanders tenía los nervios alterados y en ese momento quería fumar como nunca había deseado tanto otra cosa, en este mundo.

Empujando una puerta rechinante salió a un pasaje subterráneo que estaba provisto de una ventanita y un cajón para desperdicios y se encontró con que Herman Pennik venía por la escalera hacia él.

El sol poniente dió de lleno en la cara de Pennik al pasar frente a la ventana, de modo que por unos instantes Sanders permaneció en la sombra. Pudo sorprender en el rostro de Pennik algo así como un ensueño: y era un ensueño de poder absoluto. El sol tocó los gruesos párpados y pareció hacer abultar los ojos. Estaba vestido con ropa de viaje; una gorra sencilla y un abrigo; y llevaba una maleta. Titubeó algo cuando vió el pequeño salón subterráneo, porque no parecían resultarle gratos los pequeños salones subterráneos. Y no había aún alcanzado el último peldaño cuando un policía se plantó ante él.

—¿Sí, señor? ¿Qué desea usted?

—Tengo un capricho, mi amigo, de asistir a la encuesta de Constable.

—¿Es usted testigo?

—No.

—Ni periodistas ni público se admite. Así que vuélvase.

—Tengo el antojo de hacer una declaración. Se me ha dicho que cualquiera que lo desee tiene el derecho legal de asistir a una encuesta y dar su testimonio.

—Pero no a ésta en especial. Ésas son mis órdenes.

—Pero usted no comprende. Yo soy Herman Pennik. Yo soy la persona tan conocida que mató...

—En ese caso —respondió el policía, sin perturbarse— vaya arriba a la sala de órdenes y entréguese. No me importa a quién haya matado; usted nada tiene que hacer aquí.

—Está tratando de... —comenzó Pennik.

Por un instante pareció abandonarse a la ira. Había levantado su pesada mano e iba a cruzarle la cara al policía con tanto menosprecio como si hubiera quitado una telaraña de su camino. Pero bajó la mano.

El policía le miró inquisidoramente.

—No sé qué pretendía usted hacer, compadre —le dijo—, pero como siga ensayando jueguitos de esa clase ya sabrá lo que es meterse en líos.

La puerta que conducía al salón de la encuesta volvió a rechinar. H. M., con los puños apoyados en la cintura, apareció.

—Está bien, hijo —le dijo al policía—. Déjelo que venga. El juez acaba de terminar. Y yo quiero verlo.

Pennik descendió los escalones. Dejando la maleta sobre el suelo se quitó los guantes y los puso en un bolsillo de su abrigo castaño. Hizo caso omiso de Sanders.

—Ah, ¿de modo que la encuesta ha terminado? He tenido la poca suerte de que me impidieran el paso. De aquí voy al aeropuerto de Croydon, para ahorrar tiempo, por cuya razón traigo¹ la maleta y...

—Es usted la magnificencia sartoril personificada, hijo, —comentó H. M., dándole una ojeada—. Estaba preguntándome si usted aparecería.

—Sí. Ahora tendremos que tratar de penetrar sus defensas mentales, sir Henry —Pennik hablaba con el aire de un dentista compadecido— y ver qué es lo que sucede. Le confieso que me intrigó la decisión del Ministerio del Interior de realizar esta encuesta en privado. Particularmente, tenía curiosidad por saber por qué sus amigos de los periódicos fueron excluidos. No veo ningún cronista aquí. También me preguntaba si todo el asunto no sería un cebo, un desafío, un reto a mí.

H. M. meneó la cabeza.

—No, hijo. No he querido que usted viniera. No, por una razón. Pero, ya que está aquí, creo que podría perfectamente entrar y escuchar el veredicto.

—Ah, ¿el propósito era atemorizarme, eh? —dijo Pennik, riéndosele en la cara—. Eso es indigno de usted, si me permite decírselo —al aproximarse más aún a H. M. casi rozó el codo de Sanders, pero continuó ignorándolo con frialdad y menosprecio—. Me he hecho asesorar legalmente. Sé muy bien, porque lo he ratificado, que no puedo ser convicto de ninguna clase de crimen.

—Sí, está, bien. Usted no puede ser convicto de ninguna clase de crimen. Pero..., venga y oiga el veredicto. Yo digo, Masters —habló por encima del hombro al inspector jefe, que aparecía en ese instante— tómelo del otro brazo, por favor. Vamos a escuchar el veredicto.

—¿Puedo preguntar qué están ustedes haciendo?

—Vamos a entrar para escuchar el veredicto. Fuiii, ¿usted usa perfume, no? ¿O es brillantina?

—¿Quiere hacer el bien de quitar su mano de mi brazo?

—Así está bien. Nos sentaremos en la parte de atrás donde nadie pueda vernos.

El murmullo de sonidos proveniente de afuera, que apenas se había podido oír en el pasaje, aumentó su volumen al entrar en la sala de la encuesta. Las sombras del atardecer comenzaban a juntarse en, aquel cuarto de por sí oscuro; las piernas y las caras en las ventanas continuaban sucediéndose.

—Bueno, señores del jurado, ¿han resuelto su veredicto?

Fué sorprendente cómo los miembros del jurado se juntaron igual que en una jugada de *rugby*, y luego se desplegaron nuevamente para presentar un frente unido. Fué en ese instante cuando alguien asomó una cámara fotográfica y un disparador de magnesio por una de las ventanas; el disparo iluminó la sala, denunciando a Pennik entre sus dos escoltas. El presidente del jurado, ya rojo hasta el mismo rostro, se puso de pie. Sostenía un trozo de papel que contemplaba con ceñuda mirada.

—Señor juez.

—¿Sí, sí? ¡Un momento!

Esta vez, afuera, en las ventanas, hubo una verdadera carga policial. Las piernas dispararon. Como si sus luces quisieran disparársele también el presidente miró por encima de su hombro. Luego compuso el ánimo, ásperamente.

—Señor juez —dijo—. Antes que demos a conocer nuestro veredicto, ¿puedo hacer una pregunta?

—Sí, sí, claro; si usted piensa que es realmente necesaria. ¿Qué desea saber?

—Señor juez, ¿está usted resuelto a aceptar cualquier veredicto que formulemos?

—Claro está.

—Bueno, algunos de nosotros no estábamos precisamente seguros —prosiguió el presidente—. Siendo las leyes como son, y la gente como es... ¿Hay alguna clase de juez, o corte de apelaciones o algo por el estilo, que pueda rechazar nuestro veredicto diciendo que no vale un comino?

—No, por supuesto que no. Y no veo motivos para esos términos o ese lenguaje, señor presidente. Este no es un tribunal de ley. Es una encuesta, y yo debo actuar como ustedes lo indiquen. Pero, seguramente...

El presidente lanzó un largo suspiro, alzando una enorme mano para evitar nuevos comentarios.

—Ah, eso es todo lo que deseaba saber. —Miró el papel en su otra mano—. Nosotros, el jurado —rugió desde las profundidades de su garganta— decidimos que el difunto fué deliberadamente asesinado por PENNIK, utilizando un objeto llamado “Telefuerza”...

El juez se puso de pie. Sanders nunca olvidó el efecto que produjo ese gesto. En su evidente agitación legal el juez había olvidado la lámpara que colgaba sobre su mesa. Su frente chocó con el borde de la delgada pantalla blanca, qué dió un sonido parecido al de una campana. Se levantó para detener el cordón de la lámpara que se agitaba salvajemente, mientras hablaba.

—Caballeros; ¡un momento, por favor!

—Yo te dije que no le gustaría, Ted —dijo una voz.

—Yo no puedo entrometerme en el veredicto, claro está. Ni tampoco tengo deseo de hacerlo. Ustedes son quienes juzgan los hechos, no yo. Pero antes de que el veredicto sea elevado, permítanme que les ruegue detenerse y recapacitar... ¿Me están pidiendo ustedes que disponga el arresto de Mr. Pennik para ser juzgado bajo la acusación de homicidio?

—Sí, usía. Eso pedimos.

—¿Pero se imaginan ustedes que semejante juicio podría ser una farsa? ¿Imaginan ustedes que posiblemente no podrán hallarlo convicto?

El pequeño jurado de cabeza rojiza alargó el pescuezo.

—Entonces, debieran tener vergüenza de sí mismos —dijo—. Si se va a permitir a un criminal que ande suelto, ¿qué podrá ocurrirle a cualquiera de nosotros? No nos interesa lo que el doctor dice. Está en los periódicos. En “todos”. Y si está en todos los diarios, no es política: es la verdad. Incluso está en el “Daily Wireless”; eso

debiera ser bastante moderado para usted. Una entrevista a un personaje llamado sir Henry No-Sé-Cuánto. Si ellos no lo pueden hallar convicto, allá ellos; pero por lo menos nosotros hemos hecho nuestra parte.

—Eso se llama decírselas, Charley —dijo una voz aprobadora.

—Pero, caballeros, por última vez, ¡permítanme que les implore que recapaciten un momento! ¿Han razonado, por un instante, sobre cuánto cuesta a los contribuyentes un juicio por homicidio?

—¿Cuánto? —preguntó la misma voz aprobadora con súbito interés.

—Bueno, eso es algo que no tiene que ver con esta encuesta...

—Ah, pero usted lo mencionó primero —señaló la voz aprobadora.

—Si ustedes me obligan, creo que cuesta cerca de cinco mil libras.

—¿CINCO MIL LIBRAS?

—Sí, señores, aproximadamente. ¡Vamos, ahora! ¿Ni siquiera esa consideración pesa sobre la resolución de ustedes?

La frente del presidente se oscureció.

—Sí, pesa condenadamente —respondió—. Si ellos pueden tirar el dinero a la alcantarilla como lo hacen con las cosas que hacen, ¿porqué, digo yo, no pueden condenadamente gastar una parte de él en defender las leyes de este país? Anoche, en el salón del bar, había un caballero..., un caballero grueso, que hablaba muy bien, y dijo exactamente eso. Si ellos pueden tirar...

El magistrado inclinó la cabeza.

—No necesitamos prolongar la discusión, caballeros. Estoy dispuesto a escuchar vuestro veredicto.

Escuchó lúgubrementemente mientras se lo volvían a leer. Sanders observaba su cara. El doctor no osaba mirar ni a H. M. ni a Masters, como tampoco a Pennik, sentados detrás de él. La cara seca y pálida del juez estaba muy próxima a la lámpara, y Sanders podría haber jurado lo que, por un fugaz instante, había visto en ella la tenue mueca de una sonrisa.

—Gracias, señor presidente... ¿Está en la sala el oficial de policía encargado del caso?

En el fondo del largo y oscuro salón Masters se puso de pie.

—¡Ah, inspector jefe! Por virtud de la autoridad investida por mí, debo ordenarle aprehender al...

—Él está aquí, usía —replicó Masters, poniendo una mano sobre el hombro de Pennik— levántese, Mr. Pennik. Camine adelante y vea al juez.

Los jurados estaban de pie. Sanders no podía ver la cara de Pennik, pero tampoco deseaba verla. Recordaba como un toque grotesco que Masters, con una mano puesta sobre el brazo de Pennik, iba acarreado con la otra la maleta nueva y brillante de éste. Las ventanas se oscurecieron ahora de piernas de policías.

—¿Mr. Herman Pennik? —interrogó el magistrado.

Pennik se inclinó, simplemente.

—Temo, Mr. Pennik, que deba detenerlo para ser juzgado. El inspector jefe Masters le dirá que no necesita usted decir nada en este momento, pero que si lo hace se tomará nota por escrito y podrá ser utilizado como evidencia. Además...

Pennik habló con voz muy clara.

—Usía, no sé en realidad si divertirme o enojarme. Esta situación es estrambótica. Usted, mismo acaba de decir que el juicio será una farsa.

—Estoy de acuerdo. Si usted, contrariamente a mis instrucciones, ha estado presente en esta encuesta —dijo el magistrado, en un curioso tono— estará enterado de que no pude darle a su caso el tratamiento justo que hubiera realizado de haber asumido su defensa, pero no tengo otra alternativa.

—Esto no es razonable; no es justiciero. Empero, si usted insiste, debo acceder con mi mejor indulgencia. Estoy deseoso de ser sometido a juicio eh el momento que usted lo considere necesario. Ya saben dónde encontrarme. Mientras tanto, tengo una misión muy importante que realizar: una visita a París. Por supuesto, daré una fianza para asegurarles mi regreso. Si ustedes me disculpan, ahora...

Dos policías se corrieron hasta la puerta y quedaron firmes.

El juez meneó la cabeza.

—Temo, Mr. Pennik —dijo ceñudamente—, que la cosa no sea tan sencilla como cree. Usted no irá a París ni a ningún otra lado. Usted será detenido en prisión hasta que se libre su juicio, y esto será el límite de sus actividades por el presente.

Pasaron quizá tres segundos antes de que Pennik hablara. Sanders vió sus hombros agrandarse bajo el abrigo festivo.

—¿No querrá usted decir..., no pretenderá significar que estaré sujeto a coerción? ¿Encerrado? ¿En una celda?

—Naturalmente. Ése es el procedimiento acostumbrado. No puede esperar que se le trate mejor o peor de los que han sido detenidos acusados de homicidio.

—Pero yo no puedo ser convicto —insistió Pennik, con desesperada moderación—. Estoy bien seguro. Usted me lo ha dicho con tantas palabras. Es una locura delirante el encerrar a un hombre que no puede ser convicto. Porque un montón de patanes cabezudos resuelven tomar una decisión contra todas las leyes o sentidos...

—¿Qué está queriendo decirnos? —demandó el presidente del jurado, saltando desde el estrado.

El magistrado se volvió prontamente.

—Señores del jurado, antes de que partan para sus casas, ¿quieren ser tan amables de entrar en ese cuarto, allí, por esa puerta? Quisiera decirles unas pocas palabras antes de que se retiren. No los demoraré demasiado... Mr. Pennik, no puedo discutir más con este asunto. Inspector jefe, dejo el prisionero a su cargo.

La voz de Pennik se levantó.

—¿Pero cuándo será el juicio? ¿Cuánto tiempo van a retenerme?

—No puedo decirle exactamente. Estamos a principios de mayo. Usted comparecerá en juicio, en los tribunales de Kingston, probablemente para fines de

julio. Como es obvio, no puedo darle otra información más exacta que ésta.

—“¿Tres meses?”.

—Aproximadamente, sí.

A pesar de los fornidos hombros y tórax de Pennik, Sanders nunca hubiera creído que había tanta fuerza en ellos. Pennik se movió con tan deslumbrante rapidez que las uñas de Masters arañaron inútilmente la tela del abrigo y erraron el apretón. La mesa era pesada; una mesa de roble. Pero Pennik la alzó en el aire con poderoso esfuerzo, asiéndola por ambos costados, y la habría descargado sobre la cara y el cráneo del magistrado con el estrépito de uña losa de piedra si no se le hubiera torcido un tobillo. La mesa osciló con todo su peso en el aire; Masters asió a Pennik de la cintura y los hombros un segundo más tarde; la mesa osciló aún más y cayó sobre el piso, mientras que otros dos hombres más sujetaban al hombre.

Aunque el magistrado estaba blanco hasta los labios, se limitó a tocarse los anteojos como si quisiera convencerse de que aún estaban sobre su nariz.

—Ya es suficiente, creo... ¿Lo tiene usted, inspector jefe?

—Lo tengo bien agarrado, señor.

—Creo que sería mejor no correr ningún riesgo. Después de un arranque de esa especie deberán ser prudentes en cuanto a la clase de celda donde encierren a Mr. Pennik. Mr. Pennik, usted ha pedido justicia al pie de la letra; y eso es lo que está recibiendo. Veo que parece arquearse violentamente ante el gusto de su propia medicina. Bueno, señores del jurado, si quieren ser tan amables de seguirme...

Con un pesado restregar de pies los jurados se retiraron con el juez a la cabeza. Pennik fué dejado solo con sus captores en el cuarto oscurecido. Sanders todavía no podía ver su cara, pero la jovialidad de su abrigo castaño y la gorra de viaje era contrastante.

Luego Pennik volvió a hablar.

—Dios de los cielos —prorrumpió bruscamente, apretándose las sienes con los nudillos—. Tú no puedes hacerme esto. Es monstruoso. Es brutal. Es una verdadera tortura. Tres meses en un calabozo; tres meses encerrado; tres meses para volverse loco. No puedo soportarlo. Demando justicia.

H. M. habló con voz queda. Se había aproximado con sorprendente poco ruido y estaba parado al lado de Pennik. Asió una silla de la primera fila y la arrimó.

—Siéntese, hijo —le dijo.

CAPÍTULO 18

EL agente de policía Leonard Riddle, de la División C, tenía una parada en la cual, es verdad, poco sucedía en materia de violencia o de crimen. Y P. C. Riddle estaba satisfecho de que así ocurriera.

Le agradaba su ronda, no sólo por la vida variada y tranquila, sino también por el agradable placer que le deparaba de hacer alguna amistad con gentes distinguidas; de estar entre telones; de cuidar, recatadamente, los lares y penates de una admirable casa. Su ronda orillaba Park Lane, llevaba por Mount Street a Berkeley Square, bajaba por la curva de Curzon Street y volvía otra vez a Park Lane. Asombroso cuánta información recogía uno sobre la gente, aun cuando no lo advirtiesen. Uno podía decir cómo andaban las cosas; quién iba a dónde; qué cuestiones domésticas ocurrían; y todas acerca de muchas personas que sólo se percataban de uno como de algo a quien hay que saludarlo con un: ¡Buenas noches!

P. C. Riddle tenía sus personas favoritas, como también tenía sus lugares predilectos en la ronda. De pocos de ellos conocía los nombres, aunque muchos choferes eran sus amigos. Pero muchos estaban registrados en su mente como números, con alguna descripción atinente, igual que el empleado de un guardarropa puede rotular una horda por los rasgos individuales más salientes y devolver el debido sombrero sin que necesite ningún trozo de papel para identificarlo. A veces se sentía paternal y un poquitín como un dios. Y le agradaba que alguien, en su vida privada, le dijese que era un estudioso de la naturaleza humana.

Esta calificación en verdad le había sido aplicada incluso por uno de sus “números”. Había sido una noche cuando el “número-once-D’Orsay Street” (el hijo, no el padre) volvía a su casa después de una fiesta a las tres de la madrugada; y “número-once-D’Orsay Street” se había encaramado sobre una columna e insistido en hablar primero de astronomía y luego de la pérfida naturaleza de las mujeres. Su prometida lo había plantado y “número-once-D’Orsay Street” se había puesto de humor filosófico. En el trascurso de sus observaciones lo había llamado a P. C. Riddle “estudioso de la naturaleza humana”; del mismo modo que todos nosotros, cuando disipados, damos en pensar que la persona con quien estamos hablando es tan profunda como nosotros. Pero siempre le había caído simpático este “número-once-D’Orsay Street”, por lo cual había una razón más para que D’Orsay Street, una cortada cerca de Mount Street, le resultara de interés.

Y era ahora la causa de un nuevo, pero desagradable interés. Riddle conocía allí unos pocos nombres. El número nueve, por ejemplo, era una lujosa mansión estilo regencia convertida ahora en pisos que daban una renta increíblemente exorbitante.

Mr. y Mrs. Constable habían ocupado el primer piso. Al igual que todo Londres, Riddle estaba al tanto de todo lo vinculado con la familia Constable; pero él ya había sabido algo acerca de ellos antes de ocurrir los crímenes cuyos ecos habían causado revuelo hasta en el mismo Mayfair.

Mrs. Constable, por ejemplo. Ella había tratado en varias oportunidades de hacerle preguntas sobre la policía, pobre señora. Una vez ella había caminado en la calle junto a él, moviéndose a los saltos y sosteniéndose el sombrero a la par que procuraba seguir el mismo paso —y si hay algo que al agente de policía no le agrada es tener a alguno caminando junto durante la ronda— formulándole infinidad de preguntas.

Durante varias noches P. C. Riddle había estado pensando en ella. Sería demasiado decir que estaba obsesionado; a él nada lo obsesionaba. Pero en el medio de la conmoción, mientras la “Telefuerza” gritaba desde los titulares de los diarios y animaba las esquinas, Riddle caminaba más despacio cada vez que pasaba frente al número nueve de D’Orsay Street. Y pensaba.

Nada tenía que ver él con la investigación del crimen. En realidad, una vez cuando habían efectuado una batida en un garito de Curzon Street, se había sorprendido. Tan bien que él conocía la vecindad y no había tenido noticia de su existencia hasta que recibiera las respectivas instrucciones; y se había sentido disgustado con la casa de juego por ignorar su existencia. Pero, nuevamente al igual que todo Londres, se hallaba a sí mismo tanteando una explicación. No le agradaba pensar en ello; no le agradaba pensar en nada que pudiera perturbarlo. Y no podía evitarlo ahora.

Esa borrascosa noche del miércoles —siguiente a la encuesta acerca del cadáver de Mr. Constable ocurrida por la tarde— sus ojos habían sido sorprendidos por el titular de un periódico en Park Lane. No había visto ningún diario de la tarde; no había tenido tiempo. De un modo confuso había deseado que le hicieran algo a ese hombre Pennik. Pero el titular del periódico saltaba ante él con sus letras rojas.

PENNIK EN PARIS

El enojo se agitó en el alma de P. C. Riddle; se agitó y se desparramó igual que el engrudo cuando sale de una botella. De modo que lo habían soltado. De modo que otra vez estaría a las andadas. Y esta vez sólo el Señor sabía hasta dónde llegaría ese payaso. Durante las crisis próximas a la guerra Riddle había experimentado la misma sensación: que no podía en absoluto fiarse uno del mundo; que en el lapso de sólo unos pocos días uno era súbitamente lanzado contra lo increíble, mientras que todo se volvía patas arriba.

Al llegar a la boca de Mount Street disminuyó su andar.

Sentía tentación de hacer algo que nunca había hecho en su vida. Tenía un camarada que había ascendido y que, en realidad, era sargento en el departamento de

dactiloscopia de la división. Riddle estuvo medio tentado de telefonarle a Billy Wynne (podía usar el teléfono del número cuatro, el farmacéutico) y consultarlo sobre una teoría que había dado vueltas en su cerebro porfiadamente durante días. Claro está, Billy no era de los principales investigadores. Pero estaba en el departamento de investigaciones criminales, de todos modos, y sabría a quién había que ver. Riddle mismo no conocía a ninguno de aquellos escarbadores de vidas ajenas. Una vez había tenido oportunidad de conocer a uno de los jefes inspectores del Yard, Masters, y de vista; hacía un par de años atrás que había estado en un bochinche en Lancaster Mews, cerca de aquí, cuando el caso de las “diez tazas de té” había reventado. Allí también había estado el anciano caballero llamado Merrivale. Pero, en la emergencia, mejor sería hablar con Billy Wynne y que él le aconsejara.

¿Telefonaría a Billy?

No; mejor que no. Sólo lograría un llamado de atención.

P. C. Riddle prosiguió su tranquila marcha a lo largo de una calle oscura y aparentemente desierta. Había clara luna llena y cálido viento borrascoso, que arrastró un periódico sobre el pavimento delante de él.

De más allá llegaba un calmo rumor de tránsito; tranquilo también el tictac de su reloj; todo estaba en calma. Eran las diez menos veinte. ¡Pennik en París, Pennik en París, Pennik en París! Caramba, ¿no iba hablar Pennik por la radio de París a las diez menos cuarto? El frutero del cuatro b en Russell Lane, el pequeño callejón sólo a un paso de allí, tenía un receptor; le sería bien fácil llegarse hasta allí para escuchar por unos minutos. Pero, mejor no. Él tenía que encontrarse con su sargento a las diez; esta vuelta tenía que hacerla tan incommovible como la marcha de un reloj.

Venciendo otra vez a la tentación P. C. Riddle se atuvo a su ronda regular y penetró en la pequeña cortada denominada D’Orsay Street. Aquí, a medio camino, se detuvo. Había oído un ruido desusado.

Riddle conocía los ruidos propios de sus calles tan bien como un hombre conoce los ruidos de la calle desde su propio cuarto. Cualquier cosa fuera de lo común se registraba en su mente segundos antes de que él comenzara a pensar en ella. Esta vez fué un ruido fuerte, y le siguió la pista cuidadosamente hasta donde el superlujoso número nueve acometía a la luna con su pesada arquitectura.

Junto al número nueve, cuyo primer piso había sido ocupado por Mr. y Mrs. Constable, había un portón alto y estrecho con una decorativa reja de hierro. En la parte trasera del nueve, Riddle lo sabía, había un largo jardín rodeado de altas paredes; y el portón se abría sobre un pequeño pasadizo que llevaba hasta el jardín mismo. La reja estaba ahora abierta. Chirriaba y se golpeaba descuidadamente a cada ráfaga de viento. Aún vista desde la distancia, si uno tenía buena vista, se la podía ver mover. En los cuatro años de hacer rondas por este distrito Riddle nunca la había conocido abierta.

Mr. y Mrs. Constable estaban muertos, de modo que ellos no podrían haber abierto el portal. El inquilino del piso bajo, según cierto conocimiento de Riddle,

estaba fuera de su casa. En cuanto al morador del piso superior, no estaba muy seguro; ése había estado por lo menos hasta hacía poco en el sur de Francia y quizá no habría regresado aún. Pero cuando el inquilino del piso superior estaba en casa siempre había luces y a veces ruidos de francachela. Ni una luz asomaba en el número nueve, y la puerta continuaba rechinando.

Riddle la empujó y caminó en dirección del jardín.

El jardín era en su mayoría césped y árboles. La clara y tenue luna lo iluminaba, dejando la parte posterior del edificio en sombras. Riddle pudo descubrir que los fondos de la casa eran un blanco y resplandeciente sepulcro de sombras, basuras y cáscaras; que cada piso tenía un largo balcón de hierro a todo lo largo, con una decorativa baranda de hierro, y juegos separados de escaleras que conducían hasta abajo de modo que cada inquilino tenía acceso desde el jardín.

Amparado en la oscuridad de la casa Riddle espió el jardín y vió allí a Pennik.

No podía haber equivocación en cuanto a esa cara vuelta a la luz de la luna, esa cara que había mirado en los periódicos en todas las combinaciones posibles de frente y perfil. Un castaño, nuevo y pleno de follaje, arrojaba, espesa sombra sobre la orilla del césped, pero Pennik —con los ojos puestos en la casa— se movió desde la sombra.

Iba a cabeza descubierta, y su cara (quizá por un efecto de la luz lunar) parecía hinchada como la de un ahogado. Riddle lo vió deslizar la mano en el bolsillo y extraer algo de él. A pesar del gran murmullo del follaje agitado por el viento todos los sonidos se aguzaban hasta tal punto que Riddle oyó claramente el clic y vió luego brillar la luz en la hoja apenas Pennik hubo apretado el resorte de la navaja.

Luego, deslizando el arma abierta en él bolsillo, se movió sin ruido en dirección del edificio.

P. C. Riddle se movió al mismo tiempo en las sombras a medida que Pennik avanzaba. Cuando Pennik puso el pie en el primer escalón de la escalera de hierro Riddle estaba tan cerca de él que podía echarle el aliento. Casi puso su mano sobre la de Pennik al asirse éste de la barandilla. Pero Riddle no lo hizo; esperó a que Pennik estuviera media docena de escalones arriba y le siguió.

Ese trepar grotesco, como de simios, en medio de la oscuridad fué hecho en silencio. Pennik no se daba vuelta, o por lo menos Riddle esperaba que lo hiciera en silencio. Si había en su mente algún pensamiento, era un confuso gritarse a sí mismo que él había estado acertado después de todo. Debiera haber telefonado a Billy Wynne. Quizá se hubiera hecho a sí mismo un buen favor.

No importa. Leonard Riddle tenía su propia satisfacción. Podría decirles a ellos una o dos cosas, si quisiera. ¿De modo que otra vez Pennik estaba en dos lugares al mismo tiempo, eh? No, no lo estaba. Len Riddle les podría decir por qué no lo estaba. En Londres podían saber mucho acerca del trabajo de investigación, pero ellos nada sabían acerca de cazadores furtivos...

La escalerilla de hierro crujió débilmente. Arriba, Pennik estaba casi en el primer

piso; Riddle podía ver las ventanas sobre la sucia pileta de lavar. Luego Pennik se detuvo, y Riddle también lo hizo, pero tan precipitadamente que por poco no sacude toda la escalera. Había otro hombre en el balcón justo encima de sus cabezas.

Riddle no podía descubrir la cara del otro hombre, cuya talla era mediana y usaba sombrero blando y tenía apoyada una mano sobre la baranda del balcón. A Riddle le pareció que era joven; y también le pareció que Pennik, al aparecer su cabeza como la de un muñeco de resorte por sobre el borde del balcón, le había dado un susto al otro hombre. Los dos se miraron recíprocamente y parecieron abrazarse.

Pennik hablaba casi en un murmullo, de modo que era difícil distinguir las palabras.

—Buenas noches, doctor Sanders —dijo.

(¿Sanders? ¿Sanders? ¿No le era familiar ese nombre?).

El joven se adelantó y se plantó en el final de la escalera. También él habló en un murmullo.

—¿Qué está haciendo aquí?

—He venido para arreglar algunos asuntos, doctor Sanders —dijo Pennik.

A la distancia, apagado por aquel murmurar nocturno, la campana de la iglesia de St. Ald dió las diez menos cuarto. Pennik, echando atrás la cabeza y levantando la muñeca, esforzó la vista para mirar su reloj pulsera en la oscuridad. Lo que vio pareció proporcionarle gran satisfacción.

—Muy correcto —murmuró—. Y ¿qué está haciendo “usted” aquí, doctor?

—Quisiera saberlo —replicó el otro hombre, asiéndose fuertemente de la barandilla del balcón—. Agradecería a Dios poder saberlo. Quisiera que ellos me lo dijeren.

—Yo le puedo decir —contestó Pennik y dió un salto hacia el último escalón.

Aquí fué cuando P. C. Riddle accionó. No lo hizo con dramatismo; no estaba en su modo de ser el actuar dramáticamente. Simplemente salvó los escalones restantes con un par de largas y eficientes zancadas y golpeó hábilmente a Pennik en el hombro desde atrás. Al mismo tiempo desprendió de su cinto la linterna eléctrica, la encendió y volvió el haz de luz sobre la cara de Pennik en el momento en que éste giraba de costado.

—A ver —dijo P. C. Riddle—. ¿Qué pasa aquí?

La pregunta fué retórica. Qué respuesta esperaba ni él mismo lo sabía. Pero lo último que esperaba era la expresión de esa cara vuelta hacia él bajo la luz de su linterna. Tan furtivo había sido el movimiento de Pennik que el resultado fué asombroso y casi horrible. La cara de Pennik lucía extraña e hinchada porque el hombre había estado llorando; llorando como un niño; llorando hasta hincharse los párpados y enrojecer el blanco de los ojos. Alzó una mano para resguardar los ojos de la luz. Las comisuras de su boca se plegaron hacia abajo... y sollozó.

Hubo un revuelo de pasos sobre las chapas de hierro del balcón. Eran pasos cautelosos, pero tan francos como el ruido de ratas. El haz de una linterna eléctrica

enfocó a Riddle.

—¿Qué demonios está haciendo? —murmuró una voz con exasperación, tan ferozmente concentrada que parecía imposible en las palabras pronunciadas con el aliento—. ¡Apague esa luz!

Ambas luces desaparecieron luego de Riddle desvió la suya hacia arriba. Pero lo que vió le asombró tanto que arriesgó un guiño más de luz para estar seguro. Quien había hablado era el inspector jefe Masters, que se calzó más el sombrero y desvió la luz como si estuviera quitándose algo de la cara. Junto a él estaba el viejo caballero, que Riddle, recordaba de los líos de Lancaster Mews. Luego, en el ventoso balcón de una casa sin luces, P. C. Riddle procuró dominar su juicio.

—¿Qué es esto? —murmuró Masters—. ¿Qué quiere usted?

—La puerta estaba abierta —replicó Riddle, automáticamente. Luego el asunto más importante le brotó de la boca—. He agarrado a Pennik —agregó y apretó con su mano libre el cuello de Pennik.

—Sí, sí, está bien. Vuele de aquí, ¿me oye? ¡Vuele! No, quédese acá; podemos necesitarlo.

—Señor, éste es Pennik. No está en París. Sé como lo hizo. Igual que los cazadores furtivos lo hacían en Lancashire. Mi pa...

—¡Suéltelo! ¿Qué cree que está haciendo?

—Le pido disculpas señor, Estaba por ponerme en contacto con Billy Wynne, pero me agradecería que usted me escuchara. Eran hermanos mellizos, la mejor pareja de cazadores furtivos que alguna vez haya vuelto locos a los magistrados. Tom y Harry Golden; uno de ellos había “limpiado” el parque de sir Mark Williams bajo las mismas narices del guardabosque, pero tenía una coartada porque el otro hermano había estado en la taberna con una docena de testigos para probar...

—¿Anda usted mal del “coco”?

—Hay dos Penniks —insistió Riddle, apretando más aún su mano—. Ya se me había ocurrido eso antes, y ahora lo compruebo.

—Calma, hijo —interrumpió una pesada voz. Riddle oyó a sir Henry Merrivale respirar en la oscuridad—. No se salga de la vaina, Masters. Usted sabe, en cierto modo él tiene razón.

—Gracias, señor. Mi pa...

—¡Bueno, bueno! Déjelo irse, hijo; quítele la mano de encima. No ha hecho nada.

—Pero esos crímenes, señor...

—Él no ha cometido ningún crimen, hijo.

La mano de Riddle cayó, más que nada porque esta vez no había equivocación posible en el gesto del inspector jefe Masters en la oscuridad. El hombre joven, llamado Sanders, fué quien habló. Lo hizo despacio y razonadamente; hasta el mismo Riddle tenía la impresión de que deseaba que se le contestara, y Riddle se habría dispuesto a contestarle si hubiese podido.

Sanders Dijo:

—Vea, señor, esto se ha convertido en una función. Ya no es momento para, artificios. Dígame qué debo hacer y lo haré. Dígame hasta dónde estoy implicado, y de qué debo cuidarme, y cómo tengo que ayudarlo; pero sería justo que se me permitiera dar una opinión sobre lo que ocurre.

—Hum. Bien; ¿de qué se trata?

—¿Dice usted ahora que Pennik no cometió los crímenes?

—Él no hizo nada —respondió la grave voz, con tono opaco y de tedio—. Él no cometió ningún crimen; ni siquiera tiene la menor noticia de ningún crimen. Es absolutamente inocente de todo crimen o complicidad en un asesinato de cualquier naturaleza.

Bajo de ellos, el viento arremolinaba las hojas del jardín.

—Ahí —continuó la grave e imponente voz—, ahí lo tiene usted. Ése es el duende que ha estado incomodándolo a usted e incomodando al mundo casi una semana. Pero venga conmigo. “Yo” le mostraré un duende real, si quiere.

Se desplazó por la escalera de hierro hacia el balcón del piso de arriba. Hizo muy poco ruido pese a su respiración y a su pesado andar. Sanders lo siguió.

—¡Pero el piso de los Constable es éste! Éste de aquí. En este piso. Aquí es donde vivían. ¿Por qué vamos arriba?

Todo este coloquio forzado, desarrollado en explosivos cuchicheos, estaba a punto de afectar los nervios de los presentes. La empinada escalera crujió, H. M. se puso al frente y los otros lo siguieron. En el último piso había un destello de luna a través de los barrotes y las tablillas. Casi al final de la escalera H. M. titubeó y se volvió. La luz de la luna brilló en sus anteojos y en la tapa del viejo sombrero de copa que estaba echado atrás hacia la nuca. Sus fornidos brazos estaban extendidos como para impedir el paso al extremo de la escalera. En el instante que se volvía, todos oyeron sonar tenue, pero chillonamente, el timbre de la puerta del último piso.

—Espero que sea el verdadero criminal el que está tocando el timbre ahora —musitó H. M.—. Escúchenme. Vamos a mirar adentro desde algunas ventanas que han sido dejadas abiertas ex profeso. Si alguien llega a hablar mientras estamos en este balcón, lo mataré. Les diré solamente que aquí arriba es el piso donde vive una persona hacia quien todo el esquema de este sucio trabajo iba enfocado casi desde el principio. Se supone que esa persona va a morir esta noche. Vamos.

Su abrigo desapareció. Aquel balcón no tenía alero. La luz de la luna plateaba las tejas del techo y las largas ventanas que llegaban hasta el suelo. Estas ventanas se abrían como puertas; dos de ellas estaban abiertas varios centímetros. Dentro había cortinados tapizados probablemente de un centímetro de espesor, y éstos también habían sido dejados abiertos en parte. Había un aspecto velado en la escena porque, además de los cortinados tapizados, las ventanas estaban cubiertas de un fino “voile” dorado. Ni una brisa de aire los movía. Como si lo hicieran a través de una película de gasa, los observadores miraron dentro de la habitación difusamente iluminada.

Era el dormitorio o “boudoir” de una mujer, decorado a la moda francesa de

mediados del siglo dieciocho. Las paredes tenían paneles de seda, alternando con espejos y medallones dorados. La cama, a la izquierda, una especie de tienda, estaba tapizada con cortinas que descendían en pliegues desde un círculo de madera dorada pendiente del cielo raso; también del cielo raso pendía una gran araña de cristal. Empero no había otras luces encendidas que un par de candelabros eléctricos de pared. Alguien a quien ellos no conocían, presumiblemente la dueña del departamento, estaba sentada en un gran sillón hamaca dando la espalda a los ventanales.

Ya habían oído al criminal hacer sonar el timbre de la puerta. Una voz desde el sillón hamaca contestó que entrara. Hubo un ruido de pasos provenientes de los otros cuartos del departamento.

El doctor Sanders, que sentía golpearle el corazón, fué asido por H. M. y lanzado hacia la abertura entre las cortinas. Justo enfrente de él había una puerta. La puerta se abrió, y el visitante penetró.

Fué P. C. Riddle quien desobedeció las órdenes de H. M.

Habló con un murmullo cortante y restallante en el oído de Sanders.

—¡Pero si yo sé quien es, señor! —casi pareció gritar—. La he visto a menudo aquí, en el piso de su madrastra. Esa es miss Hilary Keen.

CAPÍTULO 19

El velo de irrealidad en la escena vista a través del “voile” dorado, los dos candelabros eléctricos que arrojaban sus luces mortecinas sobre las paredes cubiertas de seda, el amortiguamiento impartido a los pasos y basta a las voces por aquellas gruesas alfombras, todas estas cosas mantenían el cerebro de los observadores embotado como por un narcótico.

En medio de tanto refinamiento, la presencia de Hilary era contrastante y fuera de lugar.

Sin embargo, había en torno de ella un aire especiante y un ligero color en sus mejillas; pero esto podía deberse al haber subido las escaleras demasiado rápido. Llevaba bajo un brazo un paquete cuadrado más bien grande envuelto en papel oscuro. Usaba un traje sastre de *tweed* verde oscuro y un sombrero blando que le caía sobre los ojos. A pesar de su aire reprochable, su sonrisa era la sonrisa sincera que los observadores habían visto.

Un cacareo de placer o bienvenida partió del sillón donde la anfitriona, y madrastra, estaba sentada.

—¡Hilary, mi querida! ¡Qué amable has sido en venir!

La dama se levantó.

Moviendo la cabeza hacia un costado Sanders podía ver ahora a Mrs. Joseph Keen reflejada en uno de los largos espejos del cuarto. Era una rubia pequeña, regordeta, muy bien parecida, con largos bucles que rebasaban los hombros, boca grande y ojitos brillantes. No debía ser mucho mayor que Hilary, y junto a ésta parecía más pequeña. Usaba una pesada negligé de encaje que armonizaba con su aire de suavidad de seda. Corrió hasta Hilary y la besó en ambas mejillas.

—¿Cómo estás, querida Cynthia? —saludó Hilary, dejándola que la besara.

—Yo sabía que vendrías —respondió Cynthia, en tono triunfante—. Prometí que no habría nadie más aquí y ¡así es! Hilary, desventurada, he andado tras de ti durante días y días y días...

—¡Pero si has vuelto de la Riviera recientemente este domingo! —protestó Hilary. Hizo una pausa y agregó con voz curiosa—: ¿Qué tal estaba la Riviera?

—¡Divina! ¡Verdaderamente divina!

—Ya me lo suponía.

—Oh, así es. Me encontré con los más simpáticos... Pero eso no interesa. Tú sabes lo que yo quiero escuchar. Todo lo que se refiere a P-e-n-n-i-k. Hilary, te has vuelto positivamente famosa; todas esas terribles cosas en los diarios... No puedo ni pensar en lo que se nos avecina. Y tú en medio de todo eso, esas cosas tan

espeluznantes y lo demás. Y eso no es todo. ¡Pennik! Dicen que él haría cualquier cosa por ti; dicen que te adora; que está chocho contigo.

—Supongo que lo está.

—Stella Erskine los vió a ambos en “Boroni’s” anoche. Stella me contó que lo vió inclinarse y besarte la mano en público. Yo me pregunto si no estás atemorizada. “Yo” lo estaría. Igual que si me invitaran Hitler o Mussolini; y mucho más, si entiendes lo que quiero decir, Hilary, la gente prácticamente me persigue cuando se enteran de que yo estoy emparentada contigo. Pero habrás de contármelo a mí primero, ¿verdad? ¿Me contarás toda la historia?

—Oirás todo, querida Cynthia. Te lo prometo.

—¡Ésa es mi Hilary! Ahora ven aquí y siéntate, por favor. No puedo esperar más para oírte. ¿Es simpático, él? ¿Tiene..., tú sabes lo que quiero decir; no, querida? ¿A lo menos, quiero decir? Dicen que es una “grande passion”, como la de esos reyes franceses que aparecen en los cuentos y lo resuelven todo —su frente se nubló, aunque no seriamente. Rió a medias—. Stella me decía que mejor tuviera cuidado. Decía haber oído que Pennik afirmaba que yo no era digna de continuar viviendo porque me quedó con el dinero de tu padre o algo así por el estilo. ¡Qué absurdo! ¿No es cierto querida? Pero no te quedes así, por favor. Quítate esas cosas. Y, por los cielos, ¿que es lo que llevas debajo del brazo?

—Un regalito para ti.

Los ojos de Cynthia se abrieron y se ruborizó de placer.

—¿Para mí? Oh, Hilary, qué buena eres. Y eso me recuerda algo. Yo también te he traído algo de la Riviera; no es gran cosa, pero es el mejor reloj que tenían en la tienda y tiene movimiento a diamantes o algo que no entendí bien. Caramba, ya te he dicho de qué se trataba, pero no importa. ¿Qué hay en el tuyo? ¿Qué es? Déjame abrirlo.

—Ya lo sabrás dentro de un minuto, querida Cynthia —respondió Hilary.

Eludiendo las manos de Cynthia puso el paquete sobre la repisa de mármol blanco de la chimenea. Sonriente, se quitó el sombrero y sacudió hacia atrás su hermoso pelo castaño.

—¡Hilary! ¿Te ocurre algo malo? ¡Estás temblando!

—No me ocurre nada, Cynthia querida... ¿Puedo usar tu baño por un momento?

—Claro que sí —contestó Cynthia, sonriéndole sutilmente. Aunque Hilary mantuvo su sonrisa mecánica en la penumbra del cuarto, le dirigió a la otra una larga y singular mirada. Sanders sintió que en sus adentros el corazón se le enfriaba. Luego, Hilary, alzando la cartera con un rápido movimiento se encaminó prestamente hacia el baño. Entró y cerró la puerta.

Sanders podía escuchar el tictac del reloj de alguien. No pensaba; no osaba pensar. En cierto momento había dado un paso adelante, como para irrumpir en el cuarto, pero la mano de H. M. había caído sobre su hombro, haciéndolo cruzar.

Cynthia Keen murmuró algo para sí; se miró en el espejo, echando la cabeza a un

lado y se dió vuelta, siempre observándose. Rió un poco con excitación, encendió un cigarrillo que tomó de una caja sobre una mesita ubicada junto al sillón hamaca y apagó el cigarrillo inmediatamente. Era evidente que estaba ávida de oír los detalles que tanto la inquietaban. Luego la puerta del baño se abrió, y la atmósfera de aquel cuarto recargado de decoración cambió tan palpablemente como si una fría corriente de aire hubiese entrado en él.

Empero sería difícil explicar cómo o porqué había cambiado la atmósfera. Los candelabros mortecinos estaban encendidos cerca del rostro de Hilary, uno a cada lado de la puerta del baño detrás de ella. Ambos arrojaban sombras oblicuas y revelaban que los colores de Hilary estaban algo más subidos y que quizá respiraba algo más rápido; nada más. Conservaba su agradable, reposada y más bien pesada mirada. Tenía las manos atrás y usó una de ellas para cerrar la puerta. Dió un paso adelante.

Cynthia rió apenas.

—Querida, por todos los cielos, ¿qué es lo que sucede? Nunca he visto tantas boberías. ¿Pasa, algo malo?

Hilary dió otro paso más, con las manos siempre detrás de la espalda.

—¡Hilary!

—Realmente, no —contestó Hilary, rompiendo la tensión con su tranquila y agradable voz—. No me sucede nada malo, Cynthia querida. Sólo que...

Hilary ya estaba junto al sillón. Para ese entonces, aún los que estaban afuera habían podido percibir débilmente un nuevo olor en aquel cuarto recalentado: el olor del cloroformo. Cynthia debió notarlo también, o debió haber olfateado alguna atmósfera rara alrededor de Hilary, porque se volvió en tal forma que su rostro se repitió simultáneamente en varios espejos; en todos se veía su cara pálida. Tampoco Hilary levantó el tono de la voz al hablar; sólo era el contraste entre el tono tranquilo y el significado de sus palabras.

—Sólo que voy a matarte igual que a Mina Constable —dijo Hilary, y se abalanzó sobre la otra mujer.

Sanders podría haberle dicho que administrar cloroformo a un paciente que lucha no es tan fácil como el lego supone. La toalla que había saturado de cloroformo casi se le cayó de la mano; Cynthia Keen estaba a punto de gritar, porque alcanzaron a verle los dientes cuando su cabeza se hundió bajo el apretón del brazo de Hilary. Ambas desaparecieron de la vista tras el mullido sillón; solamente podían oírse los ruidos anhelantes, cuando golpeaban contra el respaldo, del sillón, casi sacudiéndolo. Un minuto después las piernas de Cynthia, con los pies calzados en chinelas de raso blanco, dejaron de patear y se aflojaron.

Hilary se incorporó y retrocedió. Estaba inclinada de tal modo que los costados del pelo le habían caído sobre la cara y respiraba afanosamente. Sus ojos azules estaban descoloridos, aunque al mismo tiempo observaban intensamente; erraban por los rincones; estaban en suspenso como si todos los nervios estuvieran escuchando;

casi sopesaban el silencio.

Luego se examinó a sí misma. Una de las medias se la había ladeado. Automáticamente puso un dedo en los labios, lo mojó y lo hizo correr luego por la costura de la media para enderezarla. Apaciguando el aliento jadeante, y echando hacia atrás el pelo, fué a mirar su rostro ahora pálido en el espejo sobre la chimenea. Con todo no abandonó su tensa cautela, moviéndose a uno y otro lado cuando caminaba, como esperando a que algo la sorprendiera desde algún rincón. El silencio era demasiado pesado; ni siquiera había un reloj.

Como si acabara de recordarlo, corrió y echó llave a la puerta. Luego, con rapidez, rompió el hilo del paquete que había depositado sobre la chimenea. Parecía contener una gran caja de cartón, dentro de la cual había diversos objetos. Primero extrajo varios pedazos de un cordón negro muy pesado, pero de liviana apariencia, evidentemente el cinturón de una bata de vestir cortado en varios trozos.

Luego sacó un par de guantes de goma y se los calzó expertamente en las manos.

Un poco sosteniéndola y otro poco arrastrando a la mujer inconsciente, su rostro de pronto se enrojeció y afeó con una mueca por encima del hombro cubierto de encajes de Cynthia. Hilary la llevó hasta el lecho y allí la hizo rodar, en la oscuridad de las amortiguantes cortinas de brocado.

Por primera vez Hilary habló en voz alta.

—Tendré que desvestirte, Cynthia querida —dijo—. Las personas deben ser desvestidas antes de que mueran en la forma que los otros dos murieron. Luego que estés desvestida, te ataremos con estas que son suaves y no te dejarán ninguna marca. Después —corrió hasta la chimenea y volvió con un pañuelo y varios cortes de tira emplástica— te pondremos esto en la boca y lo aseguraremos con cinta emplástica para acabar con esta mordaza. Quiero que “estés” bien despierta cuando mueras.

Hilary incorporóse y miró en derredor, investigando con los ojos.

La liviandad y gracia de sus movimientos, como los de una bailarina, estaban en contraste con la expresión de sus ojos. Esos ojos que se movían hacia las ventanas, titubeaban y volvían a mirar. Sobre la cama, la otra mujer lanzó un débil quejido.

—Si, ya te atenderé dentro de un momento —dijo Hilary, con rapidez—. Ya me ocuparé de ti.

Un par de minutos más tarde echó el cobertor rojo sobre la mujer, que se revolvía y quejaba y que ahora tenía los brazos y piernas inmovilizados.

—Cynthia; ¿puedes oírme?

—“Si pudiera... si pudiera quitarme esta mordaza. Si pudiera...”.

—“¡Cynthia!”.

Bajo el dosel sólo se veía un oscuro bulto que Hilary sacudió. Luego Hilary pareció despertarse. Del otro lado del cuarto había un gabinete ancho y de patas cortas decorado con laca y oro en cuyo frente estaba pintada una escena pastoral de Watteau, con hombres y mujeres. Dentro escondía ingeniosamente un aparato de radio. Hilary dió vuelta el interruptor, pero ninguna lucecita iluminó el dial.

Apresurada examinó el enchufe, que estaba conectado; nuevamente hizo funcionar el interruptor sin resultado.

—Cynthia, ¿por qué no funciona esta radio?

No hubo respuesta.

Hilary se acercó al lecho y habló con un tono de tranquila moderación.

—¿Ves? Yo tenía que escuchar a Pennik, pobre cordero. Él va a anunciar tu muerte, y yo quiero saber cuándo debo matarte. La “Telefuerza” de nada vale si no tiene una pequeña ayuda, que él desconoce. Tal como el estimado inspector dijo acertadamente una vez, Pennik no podría matar, ni una hormiga..., aunque él cree sinceramente que puede hacerlo. ¡Se le ha metido en la cabeza!

Se inclinó más.

—Te sorprenderías si supieras los inconvenientes que tuve para persuadirle que debía matarte. ¡Estaba tan empeñado en hacer el experimento con Jack Sanders, que no había modo de convencerlo! Yo tenía todo lindamente arreglado, antes de que el doctor Sanders se entrometiera y lo desafiara. Entonces, tuve que volver a trabajar de nuevo. Pero me las compuse para persuadirlo (¿comprendes lo que quiero decir Cynthia? Claro que sí) de que te utilizara a ti, en cambio. Él sigue diciendo que me daría el sol y la luna, si fuera rey; de modo que no podría dejar de acceder a un modesto pedido como el de liquidarte a ti.

Hilary rió un poco. Su enorme vitalidad, la tibia vivacidad de su persona, la inundó. Pero ese estado de ánimo desapareció bien pronto. Con las piernas separadas y las manos en las caderas volvió a inclinarse hacia adelante igual, que una madre sobre una cuna.

—¿De modo que querías enterarte de todo, Cynthia? ¿Querías saber todo lo de Pennik y qué hace y quién es él? Ya lo oirás; te lo prometo. Para decirlo vulgarmente, pensabas que había hallado un buen partido, ¿no? Ya escucharás que buen partido es. ¿Sabes quién es Pennik? ¿Sabes lo que es?

Se hundió en la oscuridad de la cama. Hubo un sonido de sollozos. Arrancó varias tiras emplásticas, quitó el pañuelo de la boca de Cynthia Keen y arrojó luego el pañuelo al piso.

—¿Sabes, Cynthia?

El sollozo proveniente de la cama era ininteligible.

—Es un mulato del África Oriental —explicó Hilary—. Su padre era un cazador blanco de buena familia, o así dice él. Su madre era una salvaje de la tribu de los matabeles. Su abuelo era un hechicero o brujo bantú, y él fué criado en una choza matabele hasta que cumplió los ocho años.

Afuera, en las ventanas, varias personas se miraron unas a otras.

Igual que por el golpe de una flecha al dar justo en el centro del blanco; igual que por el sonido del bate puede saberse la corrección del golpe, la “exactitud” de aquellas palabras se hizo evidente. Sirvieron para agitar docenas de recuerdos. Retrotrajeron docenas de escenas. Crearon la imagen de Pennik, uniendo

simultáneamente todas las contradicciones.

—Tú lo has visto en público —prosiguió Hilary—. Mírale la boca y la nariz y su quijada. Fíjate en la forma de su cabeza y de su cuerpo. Antes que nada mírale las pequeñas medias lunas azuladas en la base de las uñas. No podrás equivocarte, aun cuando veas cómo se desenvuelve. Se impone terribles restricciones a sí mismo. Ni siquiera bebe. Y sin embargo hay en él algo que no encaja. En su alma él es tres cuartas partes caballero culto y una parte de salvaje supersticioso; pero observa una vez y otra y otra y verás cómo la cola mueve al perro. Ése es él gran partido que he conseguido para mi. Cynthia querida: el muchacho negro.

Hilary no se quedaba quieta. Se alejó del lecho. Sus mejillas estaban aún más ruborizadas, y temblaba. Iba y venía con pasitos cortos.

—De todas maneras era, y es muy inteligente. No puedes negar eso. Le descubrieron eso cuando era un niño, y un clérigo inglés y un médico alemán se encargaron de su educación. Lo arrancaron del lado del hechicero y se ocuparon ellos mismos de vender el marfil del hechicero para que no lo estafaran. Así tuvieron dinero para mantener a aquel portentoso niño durante toda su vida. Pero quisiera que el abuelo hechicero no se le hubiera metido tanto dentro del pellejo. Así ocurrió, y tendré que soportarlo..., por un rato, al menos. El hechicero le enseñó demasiadas cosas. Me hubiera gustado que no hubiese visto al brujo murmurar hechizos dentro de una choza y voltear a alguien a centenares de millas de allí. Él cree en eso. Lo vió hacer. Todo el resto de su vida ha estado tratando de explicárselo científicamente. Ha machacado con la ciencia de la mente, la ciencia de la mente, la ciencia de la mente: pensando que en alguna parte había Un gran poder; creyendo que él podría echarle una red científica y definir sus términos, estudiarlo y utilizarlo. Él ha logrado un poder en cierto modo; no lo niego. Pero no es el que él piensa.

“Y entonces algo le estalla a veces en la cabeza y retrocede a sus orígenes. No me importa eso en absoluto, porque le ha proporcionado a la pequeña Hilary lo que ella quiere; o lo hará, cuando yo te haya visto morir. El último viernes por la noche, en casa de los Constable retrocedió a sus orígenes, cuando no pudimos evitar que la conversación recayese sobre cierto punto.

“Tienes que oír esto. Estábamos en el invernáculo Sam Constable y Mina Constable, el doctor Sanders, Larry Chase y yo, sin comprender qué había bajo la superficie. Cómo hubiera deseado comprender entonces. Pero no pude. Nadie podía. Ese perfecto caballero, ese caballero de suave rostro, Samuel Hobart Constable había estado provocando a Pennik basta que él no pudo resistir más. Luego el doctor Sanders echó a rodar la verdadera bola diciendo: “Pasaremos por encima la cuestión de si podría usted matar a un hombre con sólo pensar en él, igual que un hechicero bantú”.

Pennik mismo había cometido un desliz al usar la palabra “salvaje” como ilustración de un argumento, corrigiéndose en seguida. Pero luego de eso no pudimos alejarnos del tema. El gorro de cocinero entró en conversación, y Mr. Constable dijo,

con ese gesto tan poco agradable en él, que Pennik luciría bien con el gorro puesto. Mina Constable preguntó si acaso Dumas no había cocinado una cena para los “gourmets” de Francia; y Dumas, como probablemente sabes, era un mulato. Samuel Hobart la remató diciendo: “Si yo puedo vestirme para cenar entre un montón de condenados negros, me puedo cambiar para cenar en mi propia casa”. Fué así cómo la luz desapareció del cerebro de mi pequeño mulato. Y le dijo a Samuel Hobart que moriría.

“Y habría muerto, si un hechicero bantú pudiera haberle matado. Eso fué lo que agregó Pennik en la ensaladera, y eso fué lo que asustó a la sirvienta y su hijo, tanto que dispararon de la casa. Por eso es que Pennik se puso a echar espuma por la boca. Ése fué el motivo por el cual vino hacia mí primero e intentó esa seducción tan poco artística antes de la cena (realmente, Cynthia querida, realmente espero que todos tus clientes sean mejores) y me dijo que mataría a Samuel Hobart corto sacrificio a mí y que arrojaría rubíes a mis pies. En resumen, mi querida, en ese momento, por lo menos, realmente la sacó a la pequeña Hilary de su quicio asuntándola. Yo estaba terriblemente impresionada, porque Samuel Hobart murió tal como Pennik había dicho. Pero la parte divertida de toda la cosa es que Pennik nada había tenido que ver en eso. El pequeño muchacho matabele es bien inofensivo, si sabes cómo manejarlo. De todos modos, él fué una buena cortina para esconderme cuando maté a Mina Constable. Yo maté a Mina para que ella no pudiera divulgar la verdad sobre la muerte de Sam; así yo podría proseguir y terminar mi real cometido..., es decir, dar buena cuenta de ti, siempre encubierta bajo los poderes misteriosos de Pennik. ¡La misteriosa hojarasca de Pennik!

“Sé exactamente lo que estoy haciendo, ángel. Sé que me tiene entre ojos por algunas preguntas chambonas y algunas sospechas también chabacanas. Pero estoy acostumbrada a eso. Prefiero más bien tratar con los hombres de esa manera. El asunto es que a despecho de cuánto sospechen y crean que sospechan, nunca podrán probar nada. Incluso si revientan el globo de Pennik siempre seguirán sospechando de él, y yo estaré sentada tan hermosa y exquisita (como siempre) porque tengo una coartada realmente impecable para desvincularme de la muerte de Samuel Hobart Constable.

Aquí Hilary Keen cometió el error que quizá no pudo evitar. Perdió la cabeza; había empezado a hablar y no podía detenerse.

Su cara estaba ruborizada; llegó hasta el punto de dar unos pasitos de baile sobre la alfombra, con mucha gracia y más bien grotescamente, con lo cual reveló el interior de su mente tanto como con sus palabras.

—Estoy cansada de hacer las cosas con decencia, cuando gente como tú pueden conseguir todo lo que quieren meramente dando un silbido. Me propuse qué te vería en la tumba tan pronto como me enteré de la verdad acerca de la forma en que Samuel Hobart Constable murió.

“Yo no lo maté, Cynthia... ¿Te dije eso ya? No, no. Hasta el día después que él

murió mis pensamientos eran tan inocentes y puros como siempre lo habían sido. De otro modo, no habida tenido la libertad de admitir ante el doctor Sanders que quería verte muerta. Oí la verdad sobre la muerte de Samuel Hobart porque las dos noches siguientes dormí en el mismo cuarto con Mina; y Mina, como todos lo saben, hablaba en sueños. Primero así un cabo, luego até otro, y así ya supe cómo utilizar a Pennik para encubrirme (lo mismo que una sábana) para llegar hasta ti.

“Legalmente, podrías decir que la muerte de Samuel Hobart fue un accidente. Lo fué, en cuanto a la mecánica del hecho; pero no fué en verdad un accidente. Pennik es el responsable. Si Pennik no hubiera dicho lo que dijo, y hecho lo que hizo, y profetizado la muerte en Fourways antes de las ocho de la noche, Samuel Hobart estaría vivo y pavoneándose en este momento. Aquello tenía fatalmente que suceder. Si yo solamente hubiese escuchado aquella conversación de antemano, podría haberlo visto venir hacia nosotros igual que un tren expreso. Todas las personas actuaron de acuerdo con su naturaleza; cada uno como debía ser. Y él gordo esqueleto de Samuel Hobart recibió el beneficio. “Yo” me quedé con el resto del beneficio. Ahora verás tú como murió él, porque habrás de morir en la misma forma.

Hilary hizo una pequeña reverencia, como la que Sanders recordaba haberle visto hacer antes, en la escalera de Forways. También conocía la expresión de su cara: la había visto bajo las luces del comedor, con los colores encendidos y sus ojos brillando, cuando lo abandonara unas pocas horas antes de la muerte de Mina Constable.

Ella corrió hasta la chimenea dando uno o dos saltos igual que una colegiala. Introdujo la mano en la caja de cartón.

—Si la radio no funciona —dijo con tono práctico—, no funciona. Y así es. Yo tengo tiempo de sobra, de todos modos, antes de que hagan el anuncio. Quiero que prestes toda tu atención. Cynthia. Es la más hermosa manera de matar gente que yo haya conocido, Y no requiere ningún conocimiento; el cielo sabe que de lo contrario yo no podría haberlo hecho. El inspector jefe Masters dijo otra cosa que es tan cierta como el Evangelio. A hurtadillas pude escuchar lo que decía en la puerta, antes de que me dejaran en el tren que no tomé. Dijo él: “Algo tan salvaje como el viento y sin embargo tan doméstico como el queso. Algo que uno podría hacer en la propia casa con dos dedales y una pastilla de jabón”. Y tenía razón. ¡Jabón! ¡Jabón! Eso me recuerda algo. ¡Tendrás que esperar un minuto!

Voló hasta el cuarto de baño y un instante después dos canillas eran abiertas con un rugiente precipitar de agua.

—Aquí no tengo que cuidarme del ruido —explicó, reapareciendo en la puerta—. No como tuve que cuidarme en Fourways cuando eliminé a Mina. El pobre “cerebro-tupido” del doctor Sanders oyó correr el agua, pero creyó que era la fuente del invernadero.

“Casi sucumbo ante ese muchacho, Cynthia. Lo provocaba y provocaba para que me hiciera el amor violentamente; incluso me senté con él en la oscuridad para que

podría hacerlo. Pero no lo hizo. Todavía está tan enamorado de una moza tonta como tú, que anda de viaje ahora... Él cree que ella lo menosprecia, como probablemente sea; pero él simplemente no puede olvidarla, y el rechazo no le ha sido suficiente. Por poco lo consigo. Me dijo que yo era como “la heroína de una novela de crímenes”, y yo pensé que ésa era la mejor parte que yo podía representar. ¿No te parece?

“El asunto fué un buen trabajo porque es muy fácil mentirle y yo sabía que si me hubiera sorprendido el domingo por la noche, en Fourways, podría haberle hecho jurar que me protegería. Él me habría resultado de mucha ayuda. Lo ha sido. También tuve que desairar y librarme del pobre Larry Chase, luego de haberlo animado a Larry para que me llevara hasta allí.

“Sabes, Cynthia, estoy comenzando a ser positivamente como tú. No sabes qué alivio es no ser como un perro digno de porte al cual todos le hacen buscar y llevar cosas, aunque sea por un corto rato. Creo que mis mejores tretas e ideas las he aprendido de ti. Te he estudiado desde que te casaste con mi padre. Sólo que, mala suerte, los hombres al menos tolerable que se enamoran de mí no parecen tener dinero. Siempre tuviste suerte en eso... ¡“Perversa”! ¡Ya no lo tendrás!

La mujer en la cama, luchando bajo la cobertura, gritó. Hilary se le aproximó, tranquila y serena y otra vez fría.

—Igual que Pennik, estoy hablando demasiado —dijo—. No vuelvas a gritar así. ¿Sabes? Había pensado en quemarte los pies con fósforos encendidos antes de lo que voy a hacerte. No creo que ellos se incomoden por una o dos quemaduras de ésas, luego, y así me daría el gusto. De todos modos, apróntate; tengo que llevarte.

La voz de Cynthia Keen, tosiendo, pero ahora inesperadamente clara, se dejó escuchar.

—No; no lo harás —advirtió.

—¿Por qué no, mi querida?

—Por todos los que están afuera, en el balcón —agregó Cynthia—. Alguna modestia me ha quedado, a pesar lo que tú dices. Desaté todos estos condenados nudos y de ahora puedo alcanzar mi negligé; pero creo que ellos podrían haberme dicho lo que tú ibas a hacerme.

—Adelante, muchachos —ordenó H. M., en su tono normal de voz.

De un tirón abrió la ventana, empujó los tapizados y cortinas hacia un costado y entró en el cuarto.

CAPÍTULO 20

Sí —dijo H. M., sosteniendo un alto vaso contra la luz y revolviendo el azúcar dentro de éste—. Se lo contaré todo, hijo. Masters y yo no pudimos decírselo antes porque temíamos que pudiera soplarle nuestro plan a la muchacha, aunque no hubiera sido ésa su intención. Pero usted merece saberla. Es una historia muy sencilla, hijo.

—¿Incluyendo, —preguntó Sanders— el método criminal que es “algo que uno podría hacer en casa con dos dedales y una pastilla de jabón”?

H. M. asintió con un ademán. Y el inspector jefe Masters sonrió.

Estaban sentados, cerca del alba de esa misma mañana, en la oficina de H. M. en el último piso atrás de Whitehall. Durante algunas horas el teléfono había estado sonando, y H. M. había estado dando las mismas alegres instrucciones una y otra vez. El mismo escritorio ancho, la misma lámpara flexible, la misma caja de hierro que contenía botellas y vasos: todo era enteramente familiar.

—¡Hum! —dijo H. M., husmeando, probando del alto vaso y soplando por la boquilla de una pipa con rápidos y sucesivos movimientos—. Exige muy poco “sentarse y reflexionar” una vez que se ha hallado el nudo central. El cual es éste: que un hombre pueda estar muerto y al mismo tiempo vivo; y que sólo hay una única causa médica o fisiológica capaz de ponerlo en tal estado. Aquí, Masters pensó algo nada bueno cuando lo dije la primera vez, pero es un hecho cuerdo. Reflexionó.

—El mejor modo de atacar será “contarle” simplemente a usted la historia tal como ocurrió, desde el comienzo de todo el embrollo el último viernes por la noche. Hilary Keen... Bueno —observó por encima de sus anteojos—, no hablaremos demasiado de ella; pero ella dijo una cosa cierta. Dijo que era prácticamente inevitable, porque allí cada uno actuó de acuerdo con su modo de ser. Y así fué.

“Ahora quiero que usted imagine que está de vuelta en Fourways, junto al frente del invernadero, a eso de las siete y treinta del viernes por la noche. Una hoja en blanco hay delante de usted; los muertos están vivos, y toda la cosa está a punto de suceder exactamente igual. Pennik acaba de hacer volar una mina anunciando que Sam Constable morirá probablemente antes de las ocho.

“¿Pero qué fué en verdad lo que Pennik dijo? ¿Dijo (en ese momento) que él realizaría el acto de matar? ¡Ni una pizca! ¿Entendió alguien que él quería significar que él sería el autor? ¡No! Ustedes habían estado jugando a la adivinación del pensamiento. Por eso Hilary Keen preguntó en seguida: “¿Quiere usted decir que está en la mente de alguien el matar a Sam Constable dentro de un corto rato?”. Y Pennik, sonriendo afirmativamente, replicó: “Quizá”.

“Ahora bien, cada uno de ustedes tomó esa respuesta y la interpretó de acuerdo

con su propia naturaleza. Ninguno de ustedes pensó en Pennik como el posible criminal; en realidad les quitó el respiro cuando Pennik anunció fríamente que él había querido significar precisamente eso. Lo que todos creyeron que quería decir era que alguien más en aquella casa había concebido un plan para matar a Constable; y que Pennik había podido adivinar ese pensamiento culpable.

“¿Está claro lo que digo, hijo?”

Sanders afirmó con la cabeza.

—En efecto —admitió y volvió a recordar otra vez el recalentado invernadero.

—Bien, ¿y cuál fué el efecto de eso en ambos anfitriones? ¿Qué efecto produjo en Sam y Mina Constable? Reflexione justo en eso. Constable, un hipocondriaco perfecto como nunca he visto otro, primero pensó en un ataque y luego instantáneamente pensó en un crimen antes de que el crimen fuese sugerido. Y volvió a su vieja y repetida idea de la cual tanto había hablado: que su mujer, más joven y atractiva, podía asesinarlo. Era una broma en sus tres cuartas partes, claro está. En realidad él no creía seriamente que su mujer pudiera hacerlo. Pero él era de esa clase de gente que les gusta poner a prueba a su esposa con tales cosas, tres cuartas partes en broma, pero una cuarta parte como advertencia para que no vaya a ensayar ninguna jugarreta. Todo lo que él dijo estaba, rociado y condimentado con datos coincidentes. Incluso indicó en qué forma ella podría matarlo. “Mina será mi muerte, volteando cosas”. Y más directamente: “Me matará ella y hará aparecer todo como un accidente, igual que el caso publicado en los diarios”. ¡Ja! Ésa fué una indirecta que ambos comprendían, porque el caso estaba en el libro de recortes de Mina.

“Así que mientras él miraba acusadoramente a su mujer, ¿qué imagina usted que su mujer estaba pensando? Ella ya había escuchado eso mismo antes. Era una mujer imaginativa, enferma y trastornada a consecuencia del ataque de malaria, capaz de saltar ante cada sombra. Ella adoraba realmente a aquel viejo infatuado. Por eso respondió: “El pobre Sam cree que yo podría matarlo, y por supuesto, nunca lo haría; pero; ¿si lo hiciera aun sin pretenderlo?”. En ese entonces ella, creía con fervor en Pennik, y así fué cómo surgió esta profecía que ella pensó se aplicaba a sí misma exclusivamente. Por eso se atajó diciendo: “Si yo lo matara, me colgarían”. Lo cual era un pensamiento bastante desagradable.

—¿Y Pennik?

—Pennik fué el responsable de todo. Éste es el caso de Pennik. Él es el Dios dentro de la máquina. Su personalidad era mucho más poderosa de lo que usted cree. Él tomó un grupo de personas corrientes y triviales y antes de que terminara con usted ya los tenía a todos pensando precisamente en aquello que no debían. Le hizo pensar a “usted”, amiguito, que no le importaba un ardite Marcia Blystone. Le hizo pergeñar a Hilar y Keen pensamientos muy desagradables con respecto a su madrastra. Le hizo temer un poco a Sam Constable que su esposa lo mataría, y a Mina Constable aterrorizarse pensando que podría ser cierto. La presión emocional se fué arriba; algo tenía forzosamente que estallar. Y así ocurrió.

“A las siete y treinta los Constable se retiraron a sus respectivos cuartos para cambiar de ropa. Esa mujer con sus manos temblequeantes y su imaginación atemorizada tenía que preparar el baño de Sam y ponerle los botones y gemelos a la camisa. Él ya había insinuado, estando abajo, cómo podría ella matarlo, incluso mientras lo ayudaba a vestirse. ¿Y si ella lo hiciera? Supóngase que ella tuviese un deseo subconsciente (¡cuernos!, ¡qué afición le tenemos y cómo tememos todos a esa palabra!) de matarlo. Ése es el peor pensamiento de todos.

“Ahora bien. ¿Tomó Samuel su baño apenas se retiraron a sus habitaciones? Más tarde ella dijo que sí; ella dijo que él había terminado su baño y estaba vestido hasta el punto que le estaba atando los cordones de los zapatos justo antes de que él se largara abajo para investigar la rotura de la lámpara en la otra habitación, a las ocho menos cuarto. Pero ella mentía, como lo comprobamos nosotros. A las ocho menos cuarto Constable llevaba puesta una bata y pantuflas, y nada más. Eso era porque todavía no había tomado su baño. Había perdido tanto tiempo regañándola y poniéndola más nerviosa, que cuando la lámpara se rompió él estaba por meterse en la bañera. Fué a ver qué pasaba, volvió y se introdujo en la bañera entre las ocho menos cuarto y las ocho.

“¡Ah, ahora ya nos vamos aproximando!

“Samuel siempre vivía quejándose del frío. No conseguía que su casa estuviese lo suficientemente calentada. En verdad, la última cosa por la que puso el grito en el cielo antes que la reunión se dispersara, a las siete y treinta, fué la frialdad de la casa. Bien; ¿qué hizo él, de acuerdo con su manía, en el cuarto donde “de veras” uno siente el frío, quiero decir, el baño?

H. M. miró a Sanders con ojos malevolentos.

—Oiga, hijo. En un par de ocasiones posteriores usted vió en el cuarto de baño una estufa eléctrica portátil. Una de dos resistencias. Hasta, en una ocasión, usted tropezó con ella, ¿no es así? Sí, es muy enigmático... Repito, muy enigmático, que aunque usted vió una estufa allí el sábado y el domingo no pudo verla el viernes a la noche cuando miró un poco por el baño luego de la muerte de Sam Constable.

Era cierto. Sanders tenía en su mente bien clara la visión de aquel cuarto de baño oliente a humedad, cuando había entrado buscando en el botiquín algún narcótico para suministrarle a Mina Constable. Había tomado nota de cada objeto existente en el baño el viernes por la noche; y allí no había ninguna estufa. Pero luego una cosa se impuso por sí misma: un aparato de bronce con el cual él y Mina habían tropezado en distintas ocasiones.

—Y —dijo súbitamente— el cuarto de baño olía a humedad...

—Claro —gruñó H. M.—. Porque Samuel Hobart no tomó su baño hasta después de las ocho menos cuarto. ¡Que quemem! ¡Si hasta puedo verlo y oírlo!

“Se introdujo en la bañera. Protestó a más no poder por las corrientes de aire y el frío. Allí estaba revoloteando su mujer, igual que él hacía revolotear a su valet. Él era rey y emperador. Y automáticamente y sin pensarlo, tal como lo había hecho miles de

veces con su valet, le gritó a su mujer que pusiera la estufa portátil más cerca de la bañera. El temor subconsciente o el deseo se apoderó de ella, tal como ella había temido que sucediese. Y mecánicamente lo alzó con esas manos de ella que no podían sostener ni un vaso. Y de pronto, cuando la alzaba, ambos pensaron en la misma cosa. Ella se resbaló, y la estufa eléctrica cayó dentro de la bañera. Eso es todo, caballero. Muerte segura, eso es todo.

H. M. lanzó un profundo suspiro.

—Usted sabe, hijo, que aquí, en la ciudad, el Consejo Municipal de Londres ha estipulado reglamentaciones muy estrictas con respecto a los artefactos eléctricos en los cuartos de baño. Ni siquiera le permiten un interruptor eléctrico dentro del recinto. Pero alzar una estufa de dos resistencias y trasladarla cerca de la bañera es nada más que intención suicida pura.

“Si llega a caer en el agua, se produce un corto circuito en el artefacto con un estampido. La carga completa de la corriente de la casa se transmite por el mejor conductor eléctrico conocido: el agua, y a través del cuerpo de la víctima sentada con el líquido hasta los hombros. No dejará ni marca ni quemadura en el cuerpo porque el área de contacto está muy extendida. No dejará absolutamente ninguna marca, excepto una dilatación, de las pupilas. Hubo recientemente dos casos similares, en Bristol, y la pobre Mina Constable lo sabía demasiado bien porque ella tenía el recorte del diario en su álbum. En cuanto al voltaje, no interesa; 210 bastan para matar.

“Ella fué la muerte de él, siempre volteando cosas. Y la misma cosa de la cual estaba tan horriblemente asustada fué la que realmente ocurrió.

“Bien; ¿qué sigue luego? Mina permaneció allí en la oscuridad, con un baño salpicado de agua y un marido muerto. (¡No, no me interrumpan!). Ella tenía que verificar si era cierto. Las luces se habían apagado al saltar los fusibles. Pero, como ya lo hemos descubierto, Fourways está dotado de un sistema que llaman de fusibles distribuidos, correspondiendo un juego para cada dos o tres cuartos. Las únicas luces que se habían apagado en la casa eran las del cuarto de ella, del baño y del cuarto de Samuel Hobart.

En el cuarto del marido, sobre una cómoda, había un par de velas. Corrió, encendió las velas y las trajo chorreando al cuarto de baño para ver qué pasaba. Además de mancharse con gotas de sebo la manga, también derramó dos gotas en la alfombra. Una, al pie de la cama, y la otra junto a la puerta que da al baño. ¿Se acuerda, hijo? Estábamos el sábado por la noche hablando con ella, y Mina se encontraba parada en la puerta que da al baño. Yo le pedí a usted que examinara las manchas de sebo, una junto a la cama y la otra donde ella estaba parada. Hum. Le hicimos pasar un mal rato, entonces, y por mil rayos que lo siento; pero así fué cómo ocurrió.

“Bien; su marido estaba muerto. Y ahora la colgarían.

“Usted conoce cómo era el carácter de esa mujer. Ella vió en su mente, como en

un pergamino decorado con brillantes colores, al juez, al cadalso y a ella sobre el patíbulo. La treta de Pennik acudió a su cerebro y barrió con todo lo demás. Nadie creería ahora que aquello era un accidente. Samuel Hobart había dicho prácticamente delante de testigos que ella lo mataría: “y lo haría aparecer como un accidente, como en el caso publicado en los diarios”. Ella misma había pensado en ese método criminal para un libro; ella era “culpable”. Oh, ¡por mi vista!

“Ya sabe usted, lo que ella pensó, parada allí en ese cuarto de baño con el candelabro en alto. El diablito le silbó y le dijo: “¿No podrías alegar que no lo has hecho tú?”. Ella respondió: “No, no. Yo lo amaba y no lo haré”. “Pero no tuviste la intención...”. “Eso no importa”. “Pero si puedes sacarlo de la bañera”, agregó el diablito, “y no dejas en el baño nada que te delate, podrías salvarte”.

Es bien simple. Ella lo amaba muchísimo, pero no podía soportar el pensamiento de verse arrestada y ahorcada. Nunca pensó tan rápido, ni siquiera durante un ataque de fiebre. Mina Shields, profesionalmente, lo dejó resuelto en un par de minutos. Una vez había escrito un cuento policial (digo, joven Chase, ¿no comentó usted ésto?) en el cual el criminal mataba a su víctima en un lugar y luego acarrea el cuerpo a otro lado y pretendía que la víctima había muerto allí.

Sanders asintió tétricamente.

—Sí —asintió—. Chase lo comentó. Fue mi presentación a Mina Constable. Él dijo que se negaba a creer que pudiera hacerse.

—Ya veo. ¿Ya andaban las ideas flotando en el aire, eh? Bien; su mente trabajó otra vez exactamente sobre las mismas líneas: trasladar el cuerpo.

”Fué bastante fácil volver a encender las luces, hecho ignorado para todos los demás. La caja de fusibles estaba en el armario de su mismo cuarto. Repuso el fusible quemado y volvió a dejar las velas sobre la cómoda del otro cuarto. El siguiente paso fué muy espantoso para ella, porque tenía que vestir a su marido. Caballeros, yo la vi el domingo... y les aseguro que sólo la idea de la horca la tuvo en pie. Tengan presentes sus actos posteriores y podrán comprender. Fué fácil trasladarlo; Sam no era demasiado pesado, y ustedes habrán notado las fuertes muñecas de ella. He visto mujeres pequeñas acarrear hombres idos de borrachos y desvestirlos y meterlos en la cama sin inconvenientes. Lo que ella hizo fué al revés. Ella tenía unos buenos diez minutos para operar. Las ropas estaban alistadas, y los botones y gemelos, colocados en la camisa.

”Lo que pensó que sería la peor parte era sacarlo al corredor. Lo empujó hasta allí y lo colocó sobre la baranda de la escalera, como si se hubiera caído sobre el pasamanos. Este sostuvo el cuerpo porque el peso estaba equilibrado para ambos lados.

”Pero no fué la peor parte. No, ¡ni por un porrón!

”Caballeros —dijo H. M., con larga mirada, reflexiva y mal intencionada, dirigida a sus dos compañeros—, luego vinieron esos gritos. Cuantos los oyeron quedaron casi paralizados. Me han dicho que no parecían humanos. Ella estaba parada en la

puerta de su cuarto y proseguía gritando como si se hubiera vuelto loca; y casi lo estaba. No era ficción. Luego de su sobrehumana labor para evitar la horca había dejado un montón de restos mortales acomodados sobre el pasamanos. Y justo cuando estaba volviéndolo a mirar antes de cerrar la puerta “ella le vió moverse”.

”Noten ustedes, jóvenes, que ningún testigo imparcial vió positivamente a Sam Constable parado sobre sus piernas. Ustedes no lo vieron, y eso que llegaron al corredor tan pronto como la mujer comenzó a gritar. No había ningún rastro del “bailar y tambalear” que ella inventó para protegerse. Ustedes lo vieron doblegado sobre la baranda, tal como ella lo había dejado, con una de las manos sobre un poste. Pero no lo vieron moverse.

”Vieron su cuerpo contraerse, y una de sus manos alzarse crispada, así, mientras que los dedos se retorcían. Estaba inerte sobre la baranda, y sin embargo podía mover la espalda y su mano. Los síntomas son bien característicos, ¿eh? Sí —H. M. se volvió hacia Masters—. El doctor le dirá, hijo, que hay una sola forma de muerte en la cual el hombre puede ser declarado oficialmente muerto y tener su corazón detenido, y sin embargo mostrar señales de vida durante unos minutos después. Es la muerte producida por “shock” eléctrico.^[8]

”Se sabe que así ocurrió en los viejos tiempos de ejecución oficial mediante la electricidad, en América, antes de que supieran todo lo que saben ahora. Cuando un sujeto sufre sólo un “shock” y eso por ejemplo en vida mediante la respiración artificial. Ahora cuidado, Masters; dije “signos” de vida. Ninguna respiración artificial inventada hasta ahora puede mantener ese corazón latiendo por mucho tiempo. La víctima no tendrá remedio si su corazón, de entrada, se ha paralizado. Pero usted puede conseguir los mismos signos que Sanders vió en Constable. ¿Y sabe cómo? Sin saberlo, Mina Constable acababa de darle a él una violenta respiración artificial al vestirlo.

”Al final de esa afiebrada tarea, cuando lo apretó para llevarlo hasta el pasamanos, ella había insuflado apenas una pizca de vida en él. Un movimiento; un quejido; nada más. Pero por un capricho de las circunstancias Sanders pudo ver extinguirse esa chispa de vida... y con toda naturalidad pensó que era el instante real de la muerte.

”¡Señor! ¿Quién puede reprocharle? ¿Quién iba a sospechar una resurrección luego de un “shock” eléctrico en el caso de un hombre que, según todas las evidencias y testimonios, simplemente había caído y muerto en su propia casa? Fué una especie de segunda muerte. Pero hizo que nos confundiéramos basándonos en la hora, lugar y manera de producirse la muerte. Nos hizo tomar de entrada por el camino equivocado. No me fío de este joven como detective, pero si le tengo fe como médico; y no queda viviente nadie que pudiera haber visto lo que había acontecido. Fué algo desgraciado y en parte fruto de la misma inevitabilidad. Por último, casi termina con Mrs. Constable.

—Gracias —dijo Sanders. Estaba recordando a Mina en su dormitorio justo

después de aquella muerte. Su total azoramiento y su agitado pulso debido al esfuerzo físico realizado. Sus palabras: “¡Pero él no está realmente muerto! No lo está. Yo lo vi...” podrían ser completadas ahora de un modo distinto. “Usted lo sabría. Usted es médico. Usted lo sabría, ¿no es cierto?”.

Si. Sanders podía trazar cada uno de los giros de los sentimientos de Mina, el automenosprecio que demostrara y la vacilación que sufriera estando a punto de revelar todo en ese entonces.

—Del mismo modo —prosiguió H. M. secamente— ustedes habrán de trazarse sin gran dificultad el estado de sus sentimientos cuando, tranquila y fríamente, Pennik anuncia a todos que él mató a Samuel Hobart mediante la “Telefuerza”. Eso les hará vislumbrar por qué ella se volvió contra Pennik acusándolo de ser un fraude y un farsante. Aquí intervino él, diciendo muy graciosamente que había eliminado a un miembro inútil para la sociedad y valiéndose de la oportunidad para hacerse de una gran reputación, mientras que ella tenía un montón de despojos mortales de los cuales ni siquiera podía cuidar. El inconveniente era que ella no podía hablar. Ella hubiera deseado más que nada en el mundo verle desenmascarado. Tal era su ansiedad por desafiar su “Telefuerza” que nada pudimos hacer con Mina. Pero ella no podía hablar.

“Y ahora dejaremos de lado a Mrs. Constable. Ella no fué una criminal. Era una mujer decente que trataba de salvar su propio pellejo. Luego del accidente ella escondió en el ropero la estufa eléctrica mojada y quemada, y al día siguiente la cambió por otra en buenas condiciones entre el centenar de estufas que había en aquella casa. Ella escondió el libro de recortes después de haber visto a Sanders mirarlo, y luego de que Sanders “no viera” ninguna estufa en el cuarto de baño. Así consiguió salir airosa. Ahora pasemos a considerar la figura nada apetecible del criminal, del verdadero asesino, del único criminal en este caso.

”Me refiero a Hilary Keen, cuya madrastra sólo tenía un interés vital en la fortuna de Joe Keen, la cual volvería a las manos de Hilary en caso de morir.

El inspector jefe Masters gruñó, alzando la vista de su libreta de apuntes. Detrás de su ancho escritorio, cuya lámpara flexible había sido doblada hasta tocar casi la tapa del escritorio, H. M. se echó hacia atrás en el sillón giratorio. Hizo sombra sobre sus ojos y gafas con una manó. Las comisuras de su boca estaban plegadas hacia abajo, y todavía chupaba ruidosamente la pipa vacía. Pero Sanders tenía la sensación de que unos ojos pequeños y agudos le miraban desde bajo la sombra de aquella mano.

H. M. habló.

—No —dijo—, a mí no me gustaba Hilary. Y ella fué bastante inteligente para comprenderlo. Yo conocía a su padre, y ella es de muy mala pasta, hijo, aunque yo no podría habérselo dicho a usted so pena de verlo prendido a mi pescuezo por perseguir a una pobre e hidalga muchacha. Usted no cayó en sus redes, aunque ella hizo lo indecible para que usted cayera, porque le habría podido resultar útil. Estoy más bien contento de que usted no se enamorara de ella, porque le apuesto un ducado contra un

zapato viejo que va derecho a la horca.

(Ésa fué la primera palabra que realmente dolió a Sanders).

—No necesita saltar, hijo. No es agradable, pero ella tampoco lo era. Si yo fuera usted lo tomaría a esto como experiencia y no le diría mucho acerca de ello a Marcia Blystone cuando vuelva de regreso en Junio. Usted oyó hablar a la hija de Joe Keen, cuando estaba desprevenida, así que no necesito decirle más acerca de su carácter. Una fuerte inteligencia práctica sumada a un reprimido desarrollo emocional. Resolvía las cosas con suficiente rapidez. Allí estaba Herman Pennik luciéndose dominante y a sus anchas, absolutamente convencido de que había muerto a Sam Constable; enteramente convencido de que esgrimía un poder tan grande que le infundía temor incluso a él mismo. Ése era el estado mental de Pennik. Y ella entrevió lo útil que podría resultarle para sus planes.

El rostro de H. M. retomó su mueca malintencionada.

¡Ah! Déjenme contarles ahora “mi” parte en el asunto. Ustedes dos me arrastraron a este caso el domingo por la tarde. Yo voy allá para pasar una tarde pacífica, preocupado como los mil diablos, con la Cámara de los Lores farfullándome desde cada sitio, y ¿qué me encuentro? Me encuentro con un rubicundo montón de tontos. Lo único que hacen es parlotear acerca de personas que matan a otras personas mediante las ondas del pensamiento. Mrs. Constable me pide, de rodillas y con lágrimas en los ojos, que desenmascare a Pennik... y al mismo tiempo me dice un montón de mentiras.

”Bien. ¿Qué pensé yo? ¿Qué habría pensado cualquiera? Concuero con Masters en que si algún crimen se había cometido era la misma Mrs. Constable quien lo había realizado. Dije que ella no corría ningún peligro; dije que estaba tan segura como si estuviera cuidada entre algodones en el corazón mismo del Banco de Inglaterra. Y todavía sostengo que tenía un derecho para afirmarlo.

”Pero Pennik me preocupaba. Y si Mrs. Constable había asesinado a su esposo, yo no podía imaginar, por mi vida, cómo lo había hecho. Todo lo que yo sabía era que el baño estaba entremezclado con el crimen en alguna forma. Todas las pistas conducían al cuarto de baño. Las gotas de cera de las velas llevaban hasta allí. Mrs. Constable había mentido en cuanto a la hora en que su esposo había tomado su baño. Sanders había hecho una cuidadosa descripción del cuarto de baño luego de la muerte de Constable, expresando que no había ninguna estufa eléctrica allí. Pero yo pude ver el domingo por mí mismo una gran estufa de bronce, bien grande por cierto, y no me pareció razonable que un hombre que sentía el frío de esa manera hubiera omitido tener una estufa precisamente en el sitio donde más la necesitaba.

”Yo estaba terriblemente confundido, Masters. Pero luego anduve preocupado y tuve que saltar por encima del obstáculo interpuesto por un médico que juraba que Constable había fallecido en el corredor. No fué hasta muy tarde en la noche del domingo cuando, vuelto a casa y luego de sentarme y reflexionar, se me ocurrió que alguien había necesitado encender velas en aquel cuarto de baño porque las luces

habituales se habían apagado. Y las luces habituales se habían apagado porque alguien había volteado una estufa eléctrica (que faltaba) dentro de la bañera. Eso explicaría el cadáver revivido. Era la única cosa que podía explicar lo de las pupilas dilatadas.

”Aquello aparentaba como si Pennik hubiese estado en connivencia con Mrs. Constable. Pennik haciendo profecías con su “Telefuerza”, y Mrs. Constable realizando el verdadero trabajo. Me fui a dormir soñando alegremente con lo que les haría... y me desperté con la novedad de que Mrs. Constable había sido eliminada y que Pennik contaba “otra vez” con una coartada.

”Entonces me puse furioso. Aquello de la “Telefuerza” estaba levantando un tremendo alboroto. “Yo” estaba tan ocupado con mis asuntos que sólo el martes, durante el almuerzo, pude tener un informe completo sobre la muerte de Mrs. Constable. En esa ocasión escuché lo que ustedes dos tenían que decir. Aquello lo confirmó. Yo sabía que estaba acertado porque “a”) las velas habían sido encendidas nuevamente, y “b”) Sanders, sentado en el comedor casi justo debajo del cuarto de baño, había notado un ruido continuado y vibrante que no provenía de la fuente del invernadero.

Hubo un silencio. Sanders asintió con displicencia.

—Ya veo. Era el agua que llenaba la bañera...

—No, hijo.

—¿Qué significa usted con “no”?

—Era el agua que “salía” de la bañera —contestó H. M.—. ¿No ve? Es fácil llenar una bañera prácticamente en silencio, tal como el criminal quería hacerlo. Basta con llenarla en forma lenta. Era imposible que, a través de esas gruesas paredes, usted hubiera oído llenarse la bañera. Pero lo que no, puede evitarse, lo que produce ese ruido vibrante que usted escuchó es el agua que corre libremente a lo largo de la cañería cuando se la suelta. Y eso explica porqué la oyó usted. El agua bajaba por la cañería, más allá del comedor, para desagotar la bañera. Y usted la escuchó. De modo que resultaba perfectamente sencillo que Hilary Keen era la asesina.

El jefe inspector Masters se irguió en su silla.

—¡Espere un poco, señor! No entiendo bien eso.

—¿No? —dijo H. M.—. Fíjese en la otra evidencia. ¿Qué nos dice Sanders con respecto a la noche del domingo, en Fourways? Le dió a Mrs. Constable una tableta de morfina, la acomodó en el lecho y bajó al piso principal a eso de las diez y veinte. Poco antes de las diez y media oyó ese ruido de agua corriente, echó una mirada a la vuelta y vió la “proyección astral” de Pennik (¡jo!) mirándole desde el invernadero. Investigó en el invernadero sin ningún resultado, y luego disparó escaleras arriba para asegurarse de que Mrs. Constable estaba bien. Ella estaba perfectamente bien, durmiendo con placidez.

”Pero en ese caso, ¿cuándo ocurrió su muerte? Durante quince minutos después

de aquello, Sanders se sentó en la escalera a no más de dos metros y medio de la puerta, en una casa totalmente silenciosa. Si ustedes me van a decir que durante esos quince minutos la criminal llevó a cabo todos sus movimientos: arrastrando a una mujer seminarcotizada que con seguridad podía despertarse parcialmente, lanzándola en la bañera, volteando la estufa que hace una fuerte detonación, vistiéndola y llevándola nuevamente hasta el lecho para acomodarla allí con todas sus prendas puestas... Si ustedes me van a decir que todo eso ocurrió allí, y que un hombre a sólo dos metros y medio de distancia de la puerta no oyó el más mínimo ruido solitario... Masters, en ese caso haré un ruido tan descortés como éste. De igual modo que si usted me dijera que todo eso ocurrió durante los dos minutos que Sanders estuvo abajo atendiendo el teléfono. No. Si se lo vincula con el hecho de que la bañera fué desagotada antes de las once y treinta, ello significa una sola cosa.

”Mina Constable estaba muerta antes de las once y treinta. Pero Sanders halló a una mujer que vivía y respiraba, acostada en su lecho, a las once y treinta. Es verdad, como él nos lo dijo, que no encendió la luz cuando penetró en el cuarto. Es cierto que dejó a Mina Constable con la cabeza sepultada bajo la almohada. Es cierto que la dejó vestida con su gruesa bata, demasiado grande para su talla. Pero aquella mujer viva que él vió en la oscuridad no podría haber sido Mina Constable. Y si no era Mina Constable, agucen un poco su inteligencia por un segundo y pregúntense quién debió haber sido.

Era la parte más crispante que recordaba Sanders de todo el asunto. Él y H. M. se miraron uno al otro, y H. M. meneó la cabeza.

—Seguro, hijo. La hija de Joe Keen. Ella simuló solamente que iba a tomar aquél tren cuando la dejamos en la estación. El sábado ya sabía que, tarde o temprano Mrs. Constable desafiaría a Pennik; sabía cuándo iría a suceder; de modo que inculcó en el crédulo cerebro de Pennik cuándo debería él efectuar la próxima descarga de su “Telefuerza”. Volvió en silencio a Fourways; tenía todo el tiempo del mundo a su disposición. Sabía que Sanders estaba solo en la casa, y que si por alguna casualidad la sorprendía, creía firmemente en el fondo de su alma algo engreída que podría persuadirlo para que la protegiese.

”Hilary entró en la casa por medio de la escalera exterior que conduce al dormitorio de Sam Constable. Todo lo que tuvo que hacer fué agenciarse otra de esas omnipresentes estufas eléctricas del último piso (poco utilizado) de la casa, esconderse allí y esperar hasta el momento oportuno. No era creíble que Sanders estaría sentado toda la noche junto a Mrs. Constable; y así fue.

”Mrs. Constable sólo estaba narcotizada a medias y opuso alguna resistencia. Pero la hija de Joe Keen sabía cómo salvar ese inconveniente: ya vieron lo que proyectaba hacerle a su madrastra. Todo anduvo como sobre rieles, sólo basta después del crimen. Ya había extraído a su víctima de la bañera, la había secado y puesto su camisón, cuando de pronto ella se dió cuenta de algo. Hasta ese entonces ella no había hecho, ningún ruido que la delatara..., pero ¿qué ocurriría con el agua

que descendía corriendo por la cañería y que alguien en la planta baja tenía seguramente que oír?

”Tenía que saberlo. Descendió por la escalera principal hasta la cocina, a través de la puerta del vestíbulo, sin entrar al comedor, y de la cocina pasó al invernadero. Desde allí miró hacia el comedor como si fuera la “proyección astral” de Pennik. ¡No importa ahora lo de esa protección astral! —dijo H. M., alzando una mano—. Ella no pretendía que el retrato de Pennik fuese visto... En modo alguno.

”Pero todo salió al revés. Sanders no prestó mucha atención al agua corriente, pero sí saltó cuando vió fugazmente la cara de Pennik. Ella entonces tuvo que actuar rápidamente. Era seguro que Sanders iría hasta arriba para ver si Mrs. Constable estaba bien. Si entonces encontraba a Mrs. Constable muerta, la partida estaba perdida. No era la cuestión explicar su propia presencia en la casa por cuanto podría haber hallado una excusa o pretexto. Pero es que ella había dejado toda su utilería desparramada en el escenario: las velas en el cuarto de baño, la estufa eléctrica “extra” enchufada para cometer el acto, la bañera aún mojada y los fusibles todavía sin reponer. Si el cuerpo era descubierto antes de que ella pudiera hacer desaparecer las pruebas, el mito de la “Telefuerza” se habría descartado para siempre.

—Bien. Ella se las arregló. No hizo ningún ruido: ya han visto lo liviana que es sobre sus pies, y apuesto un ducado contra un zapato viejo de que entonces andaba caminando descalza. Cuando Sanders la vió a través de la puerta del invernadero ella corrió a través del recinto, abrió la ventana del invernadero desde adentro, salió y volvió arriba por el balcón exterior, mientras él investigaba en el invernadero. Hilary empujó al cuerpo de Mina Constable debajo de la cama, se puso la bata y se acomodó en el lecho, con la cabeza debajo de la almohada en la forma que Mina acostumbraba dormir.

”Sanders no podía haber encendido la luz si hubiese querido, porque los fusibles estaban fundidos. Ante el enorme alivio de encontrar a la mujer viva no se le ocurriría investigar más a fondo y menos aún transponer la puerta cerrada del cuarto de baño. No lo hizo.

”El intervalo durante el cual él estuvo sentado en la escalera ella lo empleó jugando silenciosamente a la comadreja, haciéndose la muerta. Le agradaba todo esto; ya saben: era algo excitante, que estimulaba su hipertiroidismo. Cuando oyó que Sanders había bajado puso a Mina Constable otra vez en la cama y reparó las luces con un fusible de repuesto: sólo una cuestión de un par de minutos. Abrió la puerta del cuarto de baño, que él había cerrado desde adentro, se deslizó allí, volvió a cerrar la puerta y recogió todos los elementos utilizados.

”Luego vino la parte verdaderamente audaz del asunto. Yo no lo determiné por mí mismo; eso lo habrán comprendido ustedes ante los gritos que lanzó al vernos cuando penetramos y la detuvimos en el piso de su madrastra...

—No importa —dijo Sanders, rápidamente.

—Continúe, señor —gruñó Masters—. Creo saber lo que usted quiere decir.

—La moza quedó en aquella casa durante toda la noche. En la confusión general producida al hallarse a Mrs. Constable muerta, Sanders no podía estar en todas partes al mismo tiempo. Él era la única persona. Tenía que telefonar. Tenía que llamar a la policía; y era de esperar que la policía no llegaría hasta la mañana. Él mismo tendría que dormir en un momento u otro. De modo que Hilary reparó todas sus omisiones. En primer lugar, regresó al cuarto ahora abierto y cerró la puerta del baño, pero del lado del dormitorio. En segundo término, volvió a dejar la estufa quemada en uno de los cuartos deshabitados del último piso. Era como jugar a las escondidas y a ella le agradaba. A las cinco y media de la fría madrugada se deslizó furtivamente de la casa portando su pequeña maleta, caminó por la ruta, tomó el primer ómnibus a Guilford y el primer tren a la ciudad; luego de lo cual apareció en su oficina tan fresca y honrada como un gato que regresa de los tejados o un santo que vuelve a su nicho. Eso es todo.

”Ésa era mi naciente convicción con respecto a ella y a su modo de ser, el martes. Pero Pennik todavía estaba en último plano, esquivo y perplejo. ¿Estaba ella trabajando con Pennik? Parecía haber una evidencia de que sí. Y sin embargo no podía creerlo. Después de haber visto a Pennik el lunes por la noche yo estaba reuniendo algunas ideas nebulosas acerca de él mientras me hallaba en el comedor del “Corinthian”. Caballeros, hay una cosa llamada verdad psicológica; y que me quemen, yo no podía ver en él sino un individuo que creía en lo que decía. Usted, Masters, ha experimentado también eso. Usted también, hijo. Desafío a cualquiera a que hable con Pennik durante cinco minutos y piense luego que es parte de alguna trampa. Les he dicho y repetido que era un lobo solitario. Les dije también que, dentro de sus límites, él era un hombre perfectamente honesto.

”Aún antes de que me fuera presentado yo ya tenía una pequeña noción acerca de su origen africano pues me había valido de un pretexto para echar una mirada en esas pequeñas medias lunas azuladas en la base de sus uñas. Lo cual era el mayor motivo para querer descubrir qué era lo que lo impulsaba. Tenía que derribarlo.

Y había sólo una manera de lograrlo; Mrs. Constable me lo había sugerido el domingo. ¿Si pudiera yo hacerlo encerrar un mes o dos? Sí. Y la única manera para conseguirlo era lanzar tal atronadora publicidad que el británico medio se alzaría en toda su majestad diciendo: “¡Al diablo con el sentido común! ¡Métenlo entre rejas!”. De modo que el viejo intrigante —explicó H. M., frotándose súbitamente las manos con una vampiresca expresión de placer— comenzó con sus intrigas nuevamente. Pero no salí muy bien parado, Masters. Honestamente, no.

”Porque la verdad de todo brilló en la mesa de almuerzo el martes, cuando los tres nos sentamos allí con Hilary Keen y Pennik. Yo acababa de transponer un infierno espiritual tratando de inquirir la razón. Estaba seguro de que la hija de Joe Keen estaba al tanto de todo, pero que Pennik no lo estaba en el sentido práctico. Pero ya fuese que ambos actuasen juntos o no, ¿por qué habría muerto a Mrs. Constable la hija de Joe Keen? Con toda seguridad que no era sólo para apoyar su creencia en la

“Telefuerza”.

”Ustedes conocen la respuesta. Mrs. Constable podría haber desenmascarado a Pennik. Más aún, lo habría hecho. Varias veces había estado ella a punto de soltar la lengua y desbaratar todo; ustedes pudieron apreciarlo. Si hubiera ocurrido otra vez, si alguien hubiese muerto, y Pennik hubiera alegado por segunda vez sus derechos de autor, Mina Constable habría hecho volar todo aquél simulacro más alto que una cometa. De modo que Hilary tenía que asesinarla antes de que la carrera triunfante de Pennik prosiguiera. El nombre de la verdadera víctima, de la futura víctima, Mrs. Cynthia Keen, era tan evidente como si alguien lo hubiera pronunciado en voz alta en la mesa. ¿Recuerdan la forma seca y terminante con que Hilary cortó la conversación cuando Masters comenzó a hacer preguntas sobre la posible víctima, y Pennik, en forma expansiva, estuvo a un par de pasos de delatarse? Yo lo tenía ya. Ya había encontrado a Frau Frankenstein.

”¿Ven qué magnífico es el pensamiento que dice: “Ya los tenemos a ambos”? Dejen que Pennik vaya a París a pronunciar su conferencia. Dejen que la muchacha llaga actuar la “Teiefuerza” otra vez. En cuanto lo hiciera, la pescaríamos con todas las pruebas que de otro modo nunca habríamos de conseguir. Al mismo tiempo, mantengan a Pennik alejado de la encuesta: dejen que un jurado honesto pronuncie su veredicto en contra de él; arréstenlo tan pronto como comience su conferencia, dobléguenlo y háganle confesar la única verdad. Con un sólo tiro los habríamos volteado a los dos.

”Sólo que...

—Yo me entrometí —murmuró Sanders—. Y desafié a Pennik.

—Hijo, yo mismo tuve deseos de matarlo a usted —replicó H. M.—. La puso tan furiosa a Hilary como me puso a mí. Porque para ella no había ningún beneficio en que Pennik se levantara y dijera: “Sanders morirá”. Como ya les dije, ella estaba haciendo lo indecible para quitarle de la cabeza a Pennik que se volviera contra usted. Ella rezaba porque no sucediera. La atmósfera de la mesa del almuerzo estaba impregnada de ese deseo.

”Ella tenía que impedirlo de alguna forma. Yo esperaba que lo lograra. Hubiéramos desbaratado el espantapájaros de la “Telefuerza” si Pennik hubiese dicho: “Sanders morirá”, y Sanders no muriese. Pero eso no nos ayudaba para atrapar al verdadero asesino. Así, mientras mis esperanzas se desvanecían, tuve que buscar otra línea de ataque. En primer lugar, ahora que yo estaba convencido de que para la fúnebre tarea se habían utilizado estufas eléctricas, tenía que hallar la correspondiente prueba. Las estufas en sí no eran una buena evidencia. Yo no podía agenciarme una estufa quemada y decir: “¡Ea! Esta estufa no funciona; y ello es prueba de que ha sido utilizada para matar gente”. El libro de recortes era un camino mejor. Yo podría haber jurado que Mrs. Constable lo había ocultado y que la hija de Joe Keen nada sabía acerca de su existencia. Ella había estado reuniendo las distintas piezas del juego, como le oyeron ustedes decir, valiéndose de que Mina Constable hablaba en sueños.

Al pensar sobre la electricidad en general se me ocurrió súbitamente que un sitio inmejorable y desusado para ocultar un libro podría ser una caja de fusibles. En ese caso Hilary Keen podría también haberlo sabido; como así ocurrió. Pero ella lo había dejado en su sitio porque no implicaba un indicio en su contra y (lamento decirlo) tampoco era de utilidad para nosotros.

”Aquello dio paso a mi segunda línea de ataque: hacer que Pennik fuese culpado por el jurado en la encuesta, pero logrando el veredicto en su ausencia, de modo que no pudiese ser arrestado hasta que volviera de dar su conferencia en París.

”Teníamos que prevenimos de que Pennik apareciera durante la encuesta, como juró que lo haría. Trataría de hacerlo, pese a saber que no se le permitiría el acceso. En ese caso hubiéramos tenido, que arrestarlo sobre el tambor, lo cual no nos beneficiaba. Porque la verdadera intención del secreto de la encuesta celebrada a puertas cerradas era que, en el caso de conseguir el veredicto que esperábamos, Hilary Keen ignoraría que Pennik había sido arrestado o que estaba próximo a serlo. Íbamos a evitar que saliese en los diarios; incluso pensábamos demorar al jurado de modo que cuando se divulgase la noticia ya no tuviera ninguna importancia.

”Bien. Pennik asistió a la encuesta. Y nosotros logramos el veredicto que aguardábamos. Pennik, al principio se indignó, pero luego se derrumbó. Masters y yo lo llevamos al pequeño salón donde...

—En el cual no me admitieron ustedes —intercaló Sanders, con amargura.

—No, hijo. Usted era demasiado peligroso para que le dejáramos entrar. Usted no habría de creer nada acerca de la muchacha, a menos que la viese en plena actuación. Aquello fué como jugar a la mancha: le sacamos la verdad a Pennik. Le dije que yo había urdido esto, y que si me decía toda la verdad procuraría sacarlo de entre rejas. Él me creyó. Nos hizo un relato completo de su vida, y su “Telefuerza” quedó rebajada a un fetichismo bantú de su abuelo.

”Ahora viene el punto delicado que quiero meterles en la cabeza. Juzgada científicamente, su adivinación del pensamiento era una farsa. Estaba basada en información recibida de antemano, u obtenida sin esfuerzo del paciente mismo. Por ejemplo, él se enteró de un montón de cosas acerca de Masters por boca del superintendente de Grovetop, que conoce a Masters. “Pero” Pennik no considera su don como una patraña. Ésa es la verdadera cuestión. Él posee, en verdad, cerebro notable, sorprendente penetración, habilidad para leer pensamientos en el sentido de ver a las personas y deducir (por sus rasgos, como los que leen en los músculos) exactamente hacia dónde apuntan sus ideas, ya sea que estén pensando en cosas serias o en trivialidades. Unas u otras, él se las adivinará hasta un punto alarmante; déle solamente un poco de información para que opere y ya lo verá. Nos dijo que lo había hecho saltar a usted, sí, a usted, hijo, diciéndole acertadamente que estaba pensando en un busto de Lister que se halla en el Harris Institute. Y esto debido que usted le había contado a Chase una vez que cuando quería despejar su mente se concentraba en aquel busto.

”Probablemente usted se habrá olvidado de eso. La habilidad de Pennik fué ésta: él dedujo que usted estaría tratando de poner su mente en blanco (un tanto para él); y luego disparó hacia lo que pensó que podría ser, y acertó. A las personas desprevenidas es capaz de hacerles perder los pantalones del susto.

”El inconveniente es que, gradualmente, él se ha hipnotizado a sí mismo con una creencia distinta. Se ha hipnotizado convenciéndose de que sus facultades, que hasta los niños y hasta los idiotas tienen a veces, son un gran poder científico. Él cree que los hechizos bantúes pueden combinarse con ese poder y que tiene la misma raíz. Cuando perdía la cabeza, retrocedía a su ancestro y lanzaba su hechizo bantú que mataba a los hombres... Bueno, que los hacía añicos. Pennik creía que la última barrera estaba sobrepasada.

”Ése era el sujeto a quien tenía que derribar. Ése era el sujeto cuyo secreto yo debía lograr. Le expliqué lenta y cuidadosamente cómo habían muerto exactamente Sam y Mina Constable. Él no me creyó, y por un rato nos las tuvimos que ver con un loco; especialmente cuando le expliqué qué clase de mujer era Hilary Keen. Como era obvio, ya saben, su inteligencia nativa no le servía para leer o adivinar lo que a “ella” concernía; estaba enamorado ciegamente de ella; ciego, sordo, mudo y dominado. Confesó que esa noche iba a ensayar su “poder” sobre Cynthia Keen. Pero como yo estaba al tanto de la raíz de un secreto que era tan peligroso como un insecticida, yo estaba de lo más contento; el partido ya era nuestro.

”Le dije: “Perfectamente, entonces. Usted no me cree. Usted no cree que esta moza está convirtiéndolo en un tonto. Usted no cree que ella matará a esa mujer con una dosis ordinaria de electricidad. Muy bien; ayúdenos y convéznase por sí mismo. Vaya a París y pronuncie su conferencia. Yo haré los arreglos para que pueda ir. Luego, observé lo que pasa”.

”Estuvo de acuerdo. Fué, acompañado de un oficial vestido de ropas civiles. Ni una palabra se filtró de que había sido arrestado y, así, subió al avión posando ante las cámaras, pálido y libre. Eso era todo lo que yo quería. Quería alejarlo, sin que mediase una palabra entre él y la muchacha. Pero yo sabía que él nunca diría tal discurso. No pudo pronunciarlo. Su aflicción venció a su orgullo y lloró como un niño.

”Sabemos ahora qué ocurrió. El fué a Paris, pero no podía soportar la falta de noticias acerca de Hilary. Se le escurrió a nuestro oficial y desapareció. Antes de que alguien pudiera saber dónde estaba ya se hallaba volando de regreso a Londres en un taxi aéreo. Él iba a estar presente en la muerte. Iba a despejar su última duda.

El inspector jefe Masters lanzó una profunda expiración.

—¡Oh, ah! —dijo—. Usted vaticinó que él quizá haría eso, señor, estoy obligado a admitir que no me sorprendió tanto cuando vi a Pennik entrometerse, precisamente cuando estábamos todos aprestándonos para apresar a la joven... con —Masters agregó una ancha sonrisa— la consiguiente ayuda para su madrastra.

El doctor Sanders sentía cierta amargura.

—Bueno, a mí me sorprendió. Cuando me di vuelta y le vi subir por las escaleras del balcón en dirección a mí, yo pensé que se hallaba allí en mi busca. ¿Sabía usted que él llevaba un cuchillo?

—Lo sabía —replicó el inspector jefe, ásperamente—. Le tenía firmemente aferrados los brazos todo el tiempo que estuvimos afuera en el balcón. Ese cuchillo no era para usted; era para Miss Keen. ¡Buena la habría hecho, gimoteando igual que un bebé y al mismo tiempo queriendo atacarla! No siento tanta compasión por “ese” caballero, sir Henry, como parece tenerle usted.

—¡Vamos, vamos; hijo!

—A mí no me conduce. ¡Tratando de dominarnos a todos, y a la vez regresando de vez en cuando a su tribu para dominarlos, actuando de brujo indígena, tal como nos lo contó! ¡Ese Pennik y sus máscaras de goma!

—¿Máscaras de goma? —preguntó Sanders.

H. M. se rascó la nuca con un aire de disculpa.

—Una copia de su propio rostro hecha sobre goma pintada. Una vulgar máscara de hechicero, hijo —explicó—. Está hecha de un tamaño un poco más grande que el natural y de goma, de modo que pueda ser encasquetada y hacerla aparecer más horrible de lo que es. ¿Sabe usted qué clase de fetichismo es ése, realmente? Es demasiado tarde en la noche o demasiado temprano en la mañana para ponernos a rumiar religiones comparadas, pero los principios que sostienen los salvajes africanos son los mismos de las herejías y brujerías de la Edad Media europea. Ajá. Los Vaudois, los Pobres Lombardos eran una secta del siglo “XI” de la cual proviene, resplandeciente y brillante, la palabra Vudú. (¿No le dijo Mina Constable que Pennik no podía soportar cuando un profesor a bordo del barco se empeñó en llamarle Monsieur Vaudois?) Pennik tenía un par de esas máscaras fetiches, y una la llevaba consigo. La pequeña Hilary, una muchacha simpática, se la pidió o se la robó. Le sería siempre útil si quería simular la “proyección astral” de Pennik.

Por las ventanas podía verse el cielo que oscurecía. Durante algunos instantes el inspector jefe Masters había estado contemplando la esquina del escritorio con creciente parpadeo en sus ojos. Alzó su bebida, que estaba casi sin tocar, la revolvió y la ingirió. Rió entre dientes. Su risa se hizo más profunda y se transformó en una risotada.

—¡Cáspita! —dijo con perspicacia y se golpeó los muslos.

—¿Qué pasa? ¿Qué le hace reír, Masters?

—Estaba pensando, señor, en el viejo caballero del tren: ése que quería que pusieran a Pennik encerrado en una caja forrada de zinc igual que a tubo de radio. ¡“Telefuerza”! Un montón de gente aterrorizada. El rayo de la muerte que podía derribar a los bombarderos en el aire. Y..., bueno, todo porque una estufa eléctrica cayó dentro de una bañera.

—¿Cree usted que eso es cómico?

—¿No piensa lo mismo?

—No —respondió H. M.— ¿Por qué cree que se ha permitido todo este alboroto?

—¿Qué quiere significar usted?

—Por la saludable lección moral —replicó H. M. que hemos dado, en este brillante día, transformando la amenaza de la “Telefuerza” en una lamentable tontería y dándole a esa charlatanería pseudo científica el puntapié que merece. Así es como planeamos la campaña. Hemos hecho reventar el globo amenazante. Los diarios publicarán qué es la “Telefuerza” y quien tenía el dominio de ella. Y la próxima vez que los alarmistas anden corriendo de casa en casa, la próxima vez que le digan que existe una superbomba que será lanzada por un avión enemigo para barrer todo un condado, la próxima vez que describan a Londres como una nube de gas venenoso desde Hampstead hasta Lambeth, entonces mire hacia el jardín del fondo de su casa y murmure suavemente: “Telefuerza”, y se sentirá reconfortado.

—Sabemos lo que hacemos, hijo, —con su brazo hizo un amplio ademán hacia Whitehall.

No permita que los alarmistas de afuera le atemoricen. El tridente aún figura en las monedas y todavía no hablan el esperanto en Billingsgate. Cuando usted oiga hablar de esos superaviones, esos supergases, esa superdebilidad de nuestra parte, piense también en la “Telefuerza”. Esta tendencia de la gente a creer en cualquier cosa, es como si cada uno se pusiera una máscara. Es una máscara un poco más grande del tamaño natural; pero es de goma y puede colocarse para parecer más terrible de lo que es. Empero todo eso es “vudú”, hijo, y ya sabe usted que no tenemos sitio para feticherías aquí.

Poniéndose de pie dió un resoplido, caminó pesadamente hacia la ventana y, con la creciente claridad de la mañana reflejándose en su calva y en su cuadrada mandíbula, clavó la vista más allá del río y de la enorme curva de Londres.

ESTE LIBRO SE ACABO DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANON. DE IMPRESIONES GENERALES
RECONQUISTA 319.
EL DÍA SEIS DE JUNIO DE 1955



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] Taylor: *Principios y práctica de jurisprudencia médica*. Séptima edición. 1920. Londres. J. y A. Churchill, 7 Great. Marlborough Street, editores. <<

[3] Taylor, volumen I, página 381. <<

[4] Advertencia al lector: Al revisar estas anotaciones de mis palabras creo solamente necesario agregar que Constable no fué muerto por ningún artificio mecánico que operase en ausencia del responsable. La presencia del culpable era necesaria para que el método tuviera éxito. J. S. <<

[5] Advertencia al lector: Al revisar mis notas de este caso, aún ahora me sorprende por la cantidad de sugerencias que se hicieron sobre distintas personas sospechosas de actuar como cómplices de alguien más. Quizá se logrará una mejor concentración si yo afirmo aquí que el criminal de este caso actuó completamente solo y no tuvo asociados que pudieran conocer su plan o prestarle ayuda material en forma alguna. J. S. <<

[6] Advertencia al lector: Puedo ver ahora que la observación es muy acertada. El motivo del crimen, aunque está íntegramente indicado en el texto, no es obvio en apariencia. En verdad involucra una cuestión legal. Quien se interese en solucionar el problema deberá ser aconsejado para que observe cuidadosamente bajo la superficie. J. S. <<

[7] Se refiere a otro caso descrito por el autor bajo el título “La ventana de Judas”.
(N. del T.) <<

[8] Ver Taylor: *Principios y práctica de Jurisprudencia médica sobre electricidad*, vol. 1 págs. 560-573. <<